
UNA ESPOSA
por contrato
para el
JEQUE
BRENDA RIPARDO

UNA ESPOSA por contrato para el JEQUE

BRENDA RIPARDO

Derechos de autor del texto original © 2026, **BRENDA RIPARDO, UNA ESPOSA POR CONTRATO PARA EL JEQUE**

Portada: Giovana Martins Design

Maquetación: Brenda Ripardo

Revisión: Saulo Moreira

Revisión: Mariana Liliane Acquaro

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con nombres, fechas y acontecimientos reales es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por ningún medio existente —tangible o intangible— sin la autorización por escrito de la autora.

La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la ley n.º 9.610/98, castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Este libro sigue la norma estándar del nuevo acuerdo ortográfico de la lengua portuguesa, pero contiene muchas abreviaturas como «tá», «tô», «pra» y «pro», para que el texto resulte lo más natural y verosímil posible.

ÍNDICE



DERECHOS DE AUTOR

SINOPSIS

DEDICATORIA

LISTA DE REPRODUCCIÓN

IMPORTANTE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

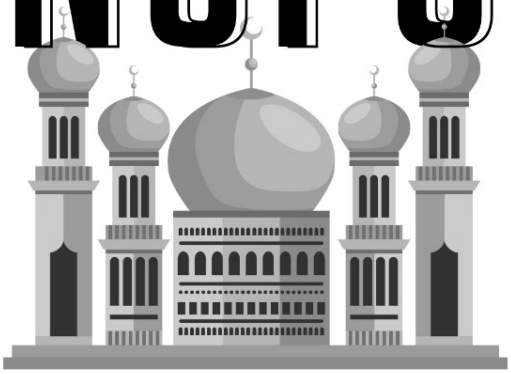
CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

EPÍLOGO

MENSAJE DE LA AUTORA

SINOPSIS



Un jeque implacable. Una joven italo-árabe dejada en herencia. Un matrimonio forjado en las sombras del submundo.

A los veintiún años, Amira vio cómo su mundo se derrumbaba con la repentina muerte de su padre. Pensó que el duelo sería su mayor desafío, pero lo peor aún estaba por llegar. En un testamento gélido, descubrió la verdad más amarga: su propio padre la había dejado como pago de una deuda. Ella era la herencia viviente del hombre más peligroso del desierto.

Malik Al-Zafir es el jeque de Al-Zafiriah y también el dueño del inframundo. Un hombre moldeado por el poder, el control absoluto y la total ausencia de piedad. No quería una esposa, pero aceptó la moneda de cambio que le enviaron.

Una joya inocente, intacta y con la sangre de dos mundos corriendo por sus venas.

El plan de Malik era sencillo: mantenerla encerrada en su palacio de oro, sumisa y en silencio.

El plan de Amira era simplemente sobrevivir al monstruo con el que se vio obligada a casarse.

Pero en Al-Zafiriah, la proximidad forzada es una trampa peligrosa. Tras los muros de mármol, la dulzura de Amira comienza a arañar la armadura del jeque, despertando una obsesión sombría y posesiva que Malik nunca imaginó sentir.

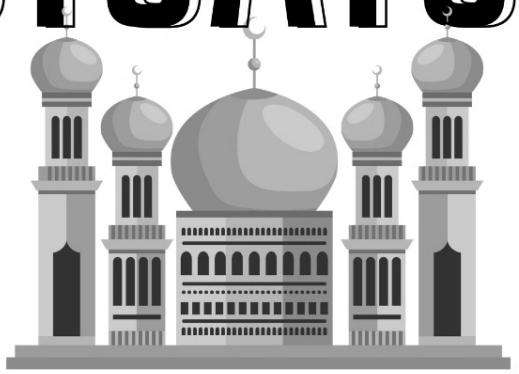
Y cuando los traidores de un linaje milenario amenacen la vida de su nueva esposa, el jeque demostrará al mundo que es capaz de convertir el desierto en un matadero para proteger lo que es suyo.

Ella fue entregada como herencia.

Él la conservará como su único y mayor tesoro.

¡PROHIBIDO A MENORES DE 18 AÑOS!

DEDICATORIA



Para mis « » y «Marias Mafiosas» apasionadas por el peligro,

los secretos y las dinastías,

esta historia es para ti, que adoras a un hombre posesivo

que haría sangrar al mundo para proteger lo que es suyo,

y a una mujer dulce que esconde la fuerza de una reina en su mirada.

Respira hondo antes de pasar la página. El jeque te está esperando.

Besos y buen viaje,

Brenda Ripardo .

PLAYLIST



¿Quieres sumergirte en el ambiente del libro c ? Apunta la cámara al código y escucha la lista de reproducción en Spotify.

IMPORTANTE



Al-Zafiriah es un emirato árabe ficticio creado para esta historia. Imagina un reino en el Golfo donde el lujo moderno convive codo con codo con antiguas tradiciones y códigos de honor que nunca se han abandonado.

Si ya has visto ciudades como Dubái o Doha, piensa en algo por el estilo: rascacielos de cristal, tecnología avanzada, coches de lujo y una élite internacional que se mueve entre hoteles de seis estrellas y reuniones multimillonarias.

Ahora, imagínate eso aún más grande, más poderoso y mucho más cerrado al mundo exterior.

Así es Al-Zafiriah.

El reino está gobernado por la antigua dinastía Al-Zafir, una familia que lleva generaciones en el poder. Para el mundo, el emirato es un centro de comercio e innovación. Pero, tras el brillo de la capital, existen tradiciones implacables y normas que no aparecen en las noticias.

La capital — Al-Zafiriah

La capital del reino es una metrópolis futurista que nunca duerme. Los rascacielos acristalados reflejan el sol del desierto durante el día y brillan con luces de neón por la noche. Es el centro financiero del emirato y el escenario donde se mueven diplomáticos, inversores y millonarios.

Es la cara moderna y sofisticada del poder.

Qasr al-Nujum — El Palacio de las Estrellas

Erigido sobre una colina que domina toda la ciudad, el **Qasr al-Nujum** es el palacio de la familia real. Construido en mármol blanco y bronce, combina la arquitectura tradicional árabe con tecnología de seguridad de última generación.

Tras puertas de nácar y jardines perfumados de jazmín, se toman decisiones que pueden cambiar el destino del reino, lejos de la mirada del público.

El desierto exterior

Más allá de la capital, comienza un mundo completamente diferente.

El desierto de Al-Zafiriah es vasto, silencioso y peligroso. Allí no hay cámaras, tratados internacionales ni prensa. Es un territorio gobernado por antiguas leyes tribales y por el poder absoluto del jeque.

Muchos creen que es en este lugar donde se hace la verdadera justicia del reino… lejos de la luz.

La Garganta de Cristal

En la frontera norte hay un estrecho paso entre desfiladeros de arena cristalizada llamado Garganta de Vidro. Se trata de una ruta estratégica para el comercio y para actividades que el reino prefiere no reconocer oficialmente.

Es un lugar donde se forjan alianzas y las traiciones suelen pagarse con sangre.

Cultura y poder

En Al-Zafiriah, la tradición no es solo una costumbre, sino que define quién eres, hasta dónde puedes llegar y qué puedes perder.

El *hiyab*, utilizado por muchas mujeres, además de ser un símbolo de fe, es también de honor y pertenencia. Por su parte, el *bisht*, la capa ceremonial de la nobleza masculina, representa estatus, poder y linaje. Cuanto más refinado es el tejido, más alto es el lugar de ese hombre en la jerarquía del reino.

Aquí, el respeto no se pide, se reconoce o se impone.

La sociedad se rige por códigos ancestrales que han atravesado generaciones, donde la familia, la lealtad y la reputación tienen más valor que cualquier fortuna. Una palabra mal utilizada puede destruir alianzas, un gesto equivocado puede costar mucho más que dinero.

Y por encima de todos esos códigos está el jeque. No es solo un gobernante, es juez, líder y símbolo viviente del orden. Su autoridad no proviene solo de la corona, sino de la tradición que lo sustenta y del temor que su nombre inspira.

En el mundo visible, gobierna con estrategia. Pero es en las sombras donde se manifiesta su verdadero poder. Porque en Al-Zafiriah, la justicia no siempre significa misericordia.



Prólogo

El viento del desierto no tiene piedad; arrastra el calor sofocante de las arenas y el olor metálico de la sangre que resbala por la barbilla del hombre arrodillado ante mí. Estamos a kilómetros de las luces de Al-Zafiriah, donde la ley la dictan el alcance de mi rifle y el silencio de las dunas.

No llevo puesta la túnica real. Esta noche, bajo el cielo sin estrellas, visto ropa táctica oscura. Solo soy el hombre que heredó la suciedad necesaria para mantener limpio el trono.

— Le suplico, Majestad… — El traidor se atraganta con su propia sangre mezclada con saliva, la voz fallándole mientras intenta fijar la mirada en mí. — Tengo familia.

—Todo hombre que traiciona a la corona descubre que tiene familia en el momento en que su vida pende de un hilo. —Mi voz suena fría, desprovista de cualquier atisbo de humanidad—. Vendiste las rutas de abastecimiento del norte a los rebeldes de Qadir. Vendiste la seguridad de mis fronteras por unas monedas.

Saco la pistola de la funda de polímero que llevo en el muslo. El metal está frío, en contraste con el calor opresivo de la noche. No es que me complazca hacerlo, pero siento la necesidad de hacerlo. Un rey que no castiga la traición pronto se convierte en un rey sin corona.

Y yo nunca permitiré que Al-Zafiriah caiga.

Mantengo el cañón del arma apuntando a su frente; el sonido del silenciador cortando el aire es lo último que oye. Es rápido, eficiente y moderno. El cuerpo golpea la arena con un ruido sordo. Guardo el arma y hago una breve señal a los guardias para que borren el rastro.

—Malik, se acerca el convoy de seguridad —anuncia Kaled, saliendo de las sombras con la radio táctica en la mano—. Tenemos un problema.

Me vuelvo hacia mi hermano, sintiendo la irritación vibrar bajo la piel. No me gustan las interrupciones, especialmente cuando estoy limpiando los restos de mi submundo.

—¿Qué ha pasado?

Kaled no retrocede, pero la tensión en sus hombros dice lo que su voz vacila en pronunciar.

— El convoy de Samir. Los han interceptado en la Garganta de Vidrio, en la frontera.

El nombre de mi consejero más antiguo hace que el mundo a mi alrededor se paralice. Samir es el único hombre que conoce el alcance de las manchas en mi alma. El único que quedó de la época en que aún creía que podía ser un gobernante justo, antes de que Aliyah me fuera arrebatada y me dejara con este vacío helado en el pecho.

—¿Hay supervivientes? —La pregunta sale de forma mecánica, mientras mi mente calcula el daño político.

— Ninguno. Samir murió protegiendo los registros de las cuentas privadas.

Contemplo el horizonte negro, donde la arena se funde con la oscuridad absoluta. Samir está muerto, y eso significa que la barrera entre mi brutalidad y la inocencia de su hija se ha derrumbado. Le prometí, hace años, que Amira nunca respiraría el aire contaminado de mis negocios.

—Prepara la escolta —ordeno, sintiendo que el peso de la corona se vuelve de repente insoportable—. Vamos a buscar a la niña.

—Malik, el Consejo exigirá la confiscación inmediata de todo lo que era de Samir. —Kaled se acerca, bajando el tono de voz para que los soldados que limpian la sangre de la arena no oigan—. No tienen pruebas de que financies las operaciones tácticas con el dinero que él blanqueaba, pero sospechan. Si traes a la niña al palacio ahora, las hienas lo utilizarán como la confirmación que les faltaba. Dirán que estás protegiendo a la única persona que sabe dónde están escondidos los registros físicos.

Miro a mi hermano. El brillo de mis ojos basta para hacerle retroceder un paso. Conoce esa mirada; es la advertencia de que mi paciencia con la burocracia del Estado se ha agotado.

—El Consejo sabe que yo gobierno este desierto, Kaled; solo fingen creer en mi fachada de jeque benevolente porque sus arcas están llenas de dinero. —Mis dedos aprietan la culata de la pistola en la funda—. Pero Samir era mi muro. Ahora que ha caído, creen que pueden invadir mi submundo a través de su hija.

—Exactamente por eso. Llevarse a Amira es admitir que es demasiado valiosa para dejarla en libertad. Es firmar una confesión de que tú y su padre erais socios en lo que ocurre en las sombras.

—Deja que las hienas griten. —Le doy la espalda al cadáver en el suelo y me dirijo hacia el coche blindado—. Samir murió protegiendo mis secretos, hermano. Su hija es ahora mi responsabilidad, y no entrego lo que es mío a burócratas de traje. Si algún consejero se atreve a tocarla para intentar alcanzarme, descubrirá por qué el desierto esconde tantos cadáveres bajo mi mando. — Abro la puerta del vehículo y, antes de entrar, miro a mi hermano. —Vamos a buscarla antes de que los auditores del Consejo lleguen a su casa. La encerraré en Qasr al-Nujum si es necesario. Amira es la clave de todo lo que su padre construyó conmigo, y pretendo ser el único que la detenga.

Soy su salvador, aunque, para asegurar mi trono, tenga que convertirme en el monstruo que más odiará.



Capítulo 1

La oficina de la fundación es el único lugar donde el mundo exterior no consigue imponer sus reglas obsoletas. El ruido de los ventiladores de techo intenta, en vano, expulsar el calor húmedo de Al-Zafiriah, mientras reviso las fichas de las nuevas alumnas.

Es un día cualquiera: el aroma del café con cardamomo, el sonido de las chicas riendo en el patio y la enorme pila de facturas sobre mi mesa. Estoy discutiendo el presupuesto del próximo trimestre con Hana, mi asistente, cuando la puerta se abre de repente, haciéndome sobresaltar.

No es ninguno de mis empleados, sino dos hombres con traje oscuro, gafas de sol y el aire arrogante de alguien que claramente no pide permiso para entrar en territorio ajeno. El emblema de la guardia real en su pecho hace que el ambiente de la sala se enfríe al instante.

—¿Señorita Amira Al-Sahra? —pregunta el hombre más alto, aunque no es una pregunta.

—Sí. ¿Qué ha pasado? ¿Ha habido algún problema en el ministerio?

Hana se levanta, con las manos temblorosas sobre los papeles. Los hombres no responden de inmediato, solo se apartan, dejando espacio para una tercera figura que bloquea la luz del pasillo.

Kaled Al-Zafir, el hermano menor del jeque y comandante de la guardia, entra en la sala. No lleva el uniforme de gala, sino un traje negro de combate, con el polvo del desierto aún impregnado en los pliegues de la tela.

—¿General? —Mi voz sale más baja de lo que pretendo. El nombre «Kaled» se me atraganta ante la rigidez de su postura—. ¿Qué hace aquí? ¿Está mi padre con Su Majestad?

Se quita los guantes de cuero, evitando mi mirada durante un largo segundo, y algo en mi pecho se contrae, como si un presentimiento hubiera atravesado el aire denso que nos separa. Kaled se acerca a mi mesa y apoya las manos sobre la madera, inclinándose hacia delante.

—Ha habido un incidente en el convoy que cruzaba la frontera norte, Amira. Una emboscada.

El nombre de mi padre se me queda atascado en la garganta. Sé que estaba viajando por negocios para el jeque.

—¿Dónde está? ¿En qué hospital?

—No está en el hospital —dice el general, y el tono de su voz parece llevar una sentencia definitiva—. Lo siento mucho. Recuperamos el cuerpo hace una hora. El jeque ha enviado un transporte para recogerlo. Ya no puedes quedarte aquí.

— ¿El cadáver? Por Alá[1] , ¿de qué está hablando? Hablé con él anoche…

El general rodea la mesa y se detiene a una distancia reglamentaria, con las manos cruzadas a la espalda, manteniendo una barrera de acero invisible entre nosotros. Por un breve segundo, la mirada de Kaled vacila, un rastro del niño que debía de correr por los jardines cuando era pequeño asomando bajo la máscara militar, pero se recompone antes de que yo pueda pedir clemencia.

—Amira, escucha —dice, en voz baja, pero con suficiente firmeza para que los guardias de la puerta no detecten vacilación—. No hay tiempo para quedarse en estado de shock ahora. El consejo

ya lo sabe, y eso significa que la fundación ya no es segura. Mis hombres la escoltarán a la casa de su padre para que recoja lo básico. Después, irá al palacio.

—No voy a ir a ningún sitio contigo. Necesito ver a mi padre. ¿Dónde está?

—Lo están preparando en la Gran Mezquita[2] bajo la supervisión de los hombres del jeque —responde, con la voz recuperando su absoluta rigidez—. No complique las cosas, tengo órdenes directas de sacarla de aquí.

Frunzo el ceño, sin haber asimilado aún todo.

—¿Órdenes directas de quién?

—A partir de este momento, estás bajo la protección de la corona. Hana, cierra las puertas y envía a todos a casa.

Me alejo de la mesa, sintiendo una náusea repentina. El sol sigue brillando ahí fuera, las niñas siguen riendo en el patio, pero el suelo bajo mis pies parece haberse convertido en arena movediza.

— No. Esto está mal.

— Amira, ven conmigo y todo irá bien.

Niego con la cabeza, inconformista.

— Él no puede darme órdenes a través de usted, general. No soy una de sus soldados.

— Eres la hija de su consejero, y él era la mano derecha de Su Majestad. En el mundo en el que vivimos, eso te convierte en un objetivo. —Hace un gesto a los guardias, que dan un paso al frente al unísono. —Tienes cinco minutos para recoger tus pertenencias personales. Si no lo haces, te llevaremos solo con lo que llevas puesto. El jeque no acepta retrasos, y hoy no está de buen humor.

Me quedo parada un segundo que parece más largo de lo que realmente es. Hana aprieta los papeles contra su pecho, mirándome como si esperara una orden que no voy a dar.

Los guardias permanecen en la puerta, inmóviles, y Kaled no se mueve detrás de la mesa.

La palabra que ha dicho sigue flotando en la habitación.

Cuerpo.

Apoyo las manos en la madera de la mesa, sintiendo el frío de la superficie atravesar mis dedos. El despacho sigue igual, el ventilador girando en el techo, el olor a café con cardamomo procedente de la cocina, las voces de las chicas en el patio. Nada ha cambiado ahí fuera, y eso lo empeora todo.

Kaled no me presiona, solo espera.

—Amira —dice, tras unos segundos—. Tienes que salir de aquí.

Alzo la vista hacia él.

—Quiero ver a mi padre.

— Y tú sí —responde él—. Pero, primero, tenemos que sacarte de aquí.

—No voy a huir.

—No te estoy pidiendo que huyas. Te estoy sacando de un edificio sin seguridad después de que el consejero del jeque fuera asesinado en una emboscada en la frontera.

No levanta la voz, no cambia de postura, solo dice lo que hay que decir. Hana da un paso hacia él.

— Señorita Amira, puedo recoger sus cosas.

—No —respondo, alejándome ya de la mesa—. Las cojo yo misma.

Cojo mi bolso de la silla, meto el móvil dentro y cierro la cremallera con unas manos que aún no están del todo firmes. Evito mirar la pila de documentos sobre la mesa. El presupuesto sigue abierto en la página donde dejé de revisarlo.

Kaled me observa en silencio. Cuando termino, hace un gesto discreto a los hombres que están en la puerta.

—Quedaos aquí hasta que el edificio se vacíe. No quiero a nadie dentro de la fundación.

Los dos asienten.

Hana me mira de nuevo, claramente esperando algo.

—Cierra la fundación por hoy —le digo—. Dile a las chicas que volveremos tan pronto como podamos.

Ella duda.

—Claro.

Ya me estoy dirigiendo hacia la puerta cuando me detengo un instante, pero no miro hacia atrás.

— Hana.

— ¿Sí?

— Guarda las fichas nuevas en el armario de la sala dos. No las dejes sobre la mesa.

—Me encargo de ello.

Asiento con la cabeza y salgo al pasillo.

Kaled camina a mi lado, manteniéndose medio paso detrás de mí, como siempre ha hecho desde que entró en la guardia real. Bajamos las escaleras en silencio y, al salir, el calor de Al-Zafiriah me golpea con fuerza en la cara.

Un coche negro nos espera en la entrada, y el conductor abre la puerta trasera sin decir nada. Antes de subir, miro a Kaled.

—¿Estaba solo?

—No.

— ¿Los otros hombres?

—Dos sobrevivieron.

Asiento lentamente.

— ¿Sufrió mucho?

Kaled sostiene mi mirada durante un segundo que parece una eternidad.

—No sufrió.

Agarro con más fuerza el asa del bolso, entro en el coche y me siento. La puerta se cierra y el motor arranca acto seguido. Mientras se abre la verja de la fundación y el coche comienza a moverse hacia mi casa, por fin comprendo algo sencillo que nadie tuvo que explicarme:

En cuanto baje de este coche, mi padre ya no estará esperándome como hacía todos los días.



Cuando los guardias abren las puertas dobles de la oficina, el olor a tabaco y papel viejo, que siempre fue mi refugio, parece sofocado por algo más denso. Sándalo, cuero caro y la fuerza gélida de su autoridad.

El jeque Malik Al-Zafir está aquí mismo, frente a mí.

No ocupa la silla de mi padre, está de pie frente a la ventana, de espaldas a la puerta, observando el jardín. La túnica oscura y el *bisht*[3] con detalles dorados caen sobre sus hombros anchos y fuertes con una perfección irritante. Incluso de espaldas, domina el oxígeno de toda la habitación.

Me llevo la mano al *hijab* de sed[4] , arreglándome los pliegues por puro instinto, tratando de ocultar los mechones que se me han soltado en el revuelo de la base de maquillaje.

—Le dejé claro al general que quería privacidad, Majestad —digo, y mi voz resuena más fuerte de lo esperado.

El jeque Malik se gira lentamente; su rostro es de una belleza severa, esculpido en ángulos que parecen no conocer la misericordia. Sus ojos son oscuros, profundos como el desierto por la noche, y me analizan con una intensidad que me hace sentir un cosquilleo en la piel.

Me cuesta conciliar la imagen del misterioso monarca de las noticias con el hombre que ahora irrumpe en mi duelo.

—La privacidad es un privilegio que murió con su padre, señorita Al-Sahra —dice, con su grave voz resonando en mi pecho. Se dirige hacia la mesa, donde hay un maletín de cuero abierto—. Sus primos ya se han puesto en contacto con los abogados. Quieren el inventario de las cuentas incluso antes de que el cuerpo de Samir sea lavado para el funeral.

—Son familia. Es natural que quieran organizarse.

—Son hienas —interrumpe el jeque, en un tono bajo y peligroso. Coge un documento—. Y no saben que su padre ya no posee nada. Todo, desde esta casa hasta el último bolígrafo de su fundación, se entregó como garantía por el apoyo que le ofrecí durante los últimos cinco años.

—¿Apoyo? Mi padre era su consejero más leal, no un deudor.

Rodea la mesa con una fluidez depredadora y se detiene a pocos centímetros de mí, obligándome a levantar la cara para mirarlo a los ojos. El calor que emana de su cuerpo es casi opresivo, y el aroma a sándalo se mezcla con el aire que se dilata entre nosotros. Es demasiado alto, una barrera de músculos y seda negra que bloquea cualquier salida.

—Tu padre te quería demasiado como para dejarte desamparada cuando las hienas del inframundo empezaron a cobrar las deudas que él acumuló para mantener su estilo de vida y tu caridad. —Extiende el papel, pero no me lo entrega, solo me obliga

a dar un paso adelante para alcanzarlo—. Este testamento es un contrato de protección absoluta, Amira.

Leo las palabras y la temblorosa firma de mi padre. La conmoción recorre mi cuerpo como una descarga eléctrica. Esto no puede ser real, pero, por desgracia, lo es. Al pie de la página, el sello real autentifica una cláusula de unión.

—¿Me… me ha entregado a usted? ¿Cómo es eso? Solo tengo veintiún años, tengo toda una vida por delante. —Las palabras salen amargas, quemándome la garganta—. Majestad, esto dice que soy su prometida por derecho de herencia. Eso es demasiado anticuado. No puede ser, usted es mucho mayor que yo y no tenemos nada en común.

Inclina ligeramente el cuerpo hacia mí y no me toca, pero su proximidad es un insulto a mi espacio personal. Sus ojos oscuros atrapan los míos, impidiéndome apartar la mirada.

Siento que mi corazón late con fuerza contra las costillas, una mezcla de miedo y la repentina conciencia de que él es el hombre más peligroso y perturbadoramente hermoso que se ha cruzado en mi camino.

—Ha comprado tu supervivencia de la única forma que la ley de Al-Zafiriah no permite impugnar. —Su voz baja a un tono más suave, casi un susurro que me pone los pelos de punta en la nuca—. Como mi pupila, el Consejo podría arrebatárteme en una semana. Como mi prometida, eres intocable. Soy el único escudo entre tú y los chacales que mataron a Samir.

—¿Me está diciendo que el precio de mi vida es aceptar un matrimonio que nunca he pedido? —replico con una audacia que no sabía que poseía—. Eso no es protección, Su Majestad, es prácticamente un secuestro con sello real.

Un destello de irritación o tal vez de admiración contenida pasa por sus ojos antes de desaparecer bajo la máscara de hielo.

—Piénsalo como quieras. Pero, a partir de ahora, ya no dormirás bajo este techo. Tienes diez minutos para hacer las

maletas; te vas a vivir al palacio, al ala este.

—¿Donde vivía su esposa? —me atrevo a preguntar, y veo cómo un músculo de su mandíbula se tensa al instante—. Eso es enfermizo. Todo el reino sabe que usted precintó ese lugar el día de su funeral.

—Es el ala más segura, con acceso controlado y vigilancia de mi guardia personal —responde, volviendo a los papeles e ignorando mi descaro con una frialdad que duele más que una bofetada—. No confundas eso con sentimentalismo, Amira. No siento nada por esa habitación, y pronto tú tampoco sentirás nada.

Observo cómo sus grandes manos ordenan la historia de mi familia. El jeque no parece un hombre a punto de ganar una novia, sino un soberano que fortifica sus fronteras.

—No tengo nada que ver con sus asuntos, Majestad —insisto, tratando de salvar mi libertad—. Solo me ocupo de escuelas, de niños.

—Exactamente. Y es esa inocencia la que hará que te torturen si te dejo aquí una noche más.

—¿Por qué el Consejo o cualquier otra persona me querría? Solo soy la hija de un consejero que murió en un accidente.

Malik se gira lentamente; la luz crea sombras profundas en su rostro, endureciendo las líneas de su mandíbula. Da un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal con una agresividad que me hace contener el aliento.

—Sabes perfectamente quién soy, Amira. No me vengas con esa máscara de súbdita ingenua.

Trago saliva, sintiendo cómo el aire se escapa de mis pulmones. El secreto que he guardado durante años me quema en la garganta, asfixiándome.

—Por supuesto, Su Majestad. Todos en el reino saben quién es usted. El jeque de Al-Zafiriah.

—No juegues con las palabras —sisea, bajando la voz a un tono peligroso—. Sé que sabes lo que hago cuando se apagan las luces de la ciudad. Sé que sabes cómo se mantiene este trono.

Siento la necesidad instintiva de proteger la memoria de mi padre, aunque la verdad sea una carga demasiado pesada.

—Mi padre nunca me contó nada —miento, sosteniendo su mirada—. Nunca dijo una palabra sobre el trabajo sucio, lo juro.

Malik suelta una risa seca, desprovista de cualquier humor, y se inclina hasta que puedo oler el aroma a tabaco y metal que emana de él.

—Samir era leal, pero tú eres demasiado inteligente y curiosa como para haberte quedado callada todos estos años. ¿Crees que no te veía escondida detrás de esas cortinas cuando tenía reuniones importantes con tu padre aquí? ¿O crees que no sé de los archivos que intentaste organizar en la biblioteca, aquellos que no tenían el sello del gobierno, sino el de la milicia del norte?

Desvío la mirada, sintiendo cómo se me enrojece el rostro.

Las conversaciones que escuché tras las pesadas puertas, los informes de «limpieza» que leí escondida en la oficina de madrugada, sabía que la paz de Al-Zafiriah se había comprado con la sangre que Malik derramaba en las sombras.

—Si ya sabes que lo sé, entonces sabes que no quiero formar parte de esto —susurro.

—Lo que tú quieras es irrelevante ahora. Has visto lo que no debías y has heredado lo que otros matarían por poseer. El Consejo viene, Amira. Y no te preguntarán educadamente qué has descubierto en los papeles de tu padre. Te abrirán la mente con una cuchilla.

—Por favor, solo quiero…

—Tienes cinco minutos para llevarte lo que quieras de esta casa.

—No me va a dejar ir al funeral mañana, ¿verdad?

Inclina la cabeza; parece que la pregunta que le he hecho le molesta de alguna manera.

— Irás. Pero como protegida de la corona, no como una niña que llora en público. Si veo caer una sola lágrima de debilidad ante esos hombres, te sacaré de allí antes de que el cuerpo toque el fondo de la fosa.

Cierra el maletín con un chasquido.

—Ahora sube y coge lo imprescindible. Tenemos cinco minutos antes de que parta la escolta.



Subo las escaleras con las piernas temblorosas, sintiendo la mirada del jeque quemándome la espalda hasta que desaparezco en el pasillo del segundo piso. Entro en mi habitación y cierro la puerta de un portazo, apoyándome en ella mientras el aire vuelve por fin a mis pulmones.

El silencio de la casa, que siempre fue mi refugio, ahora parece el comienzo de un funeral.

Me acerco al tocador de madera clara y mis dedos temblorosos alcanzan el marco de fotos de plata. En la foto, el sol de Al-Zafiriah ilumina el rostro de mi madre, que sonríe entre el abrazo de mi padre y el mío. Yo no era más que una adolescente allí, ajena a los informes de las milicias y a las manchas de sangre que el jeque traía a la oficina de la planta baja.

Una lágrima caliente resbala y golpea el cristal de la foto. Suelto un sollozo bajo, ahogado, mientras la realidad de que nunca más volveré a oír la voz de mi padre me golpea como un puñetazo.

Él me entregó al monstruo. Pensó que el precio de mi vida valía mi libertad.

Tres golpes secos en la puerta interrumpen mi duelo.

—¿Señorita Al-Sahra? Se ha acabado el tiempo, el jeque está en el vehículo y la escolta no va a esperar —la voz de uno de sus guardias atraviesa la madera, desprovista de toda empatía—. ¿Tiene las maletas listas? Tengo que llevármelas ahora.

Miro mi armario y corro hacia él, eligiendo algunas prendas, pero desisto de meterlas en la maleta a mitad de camino. Siento una chispa de furia encenderse en mi pecho, secando las lágrimas.

—Dígale a Su Majestad que no habrá maletas —respondo, abriendo la puerta y mirando al soldado, que parece sorprendido al verme con las manos vacías.

—El jeque fue claro en cuanto a llevar lo esencial, señorita.

—Nada de lo que hay aquí es esencial para el lugar al que me lleva —replico, pasando junto a él con la cabeza alta—. No voy a llevar ni un solo hilo de tela de esta casa a ese palacio.

Bajo las escaleras con paso firme. No voy a amueblar mi celda; si el jeque Malik quiere convertirme en un trofeo o en un archivo viviente, solo tendrá mi cuerpo y mi silencio. No voy a acomodarme en esa ala este, ni a acostumbrarme a su olor a sándalo.

Mientras cruzo el vestíbulo, miro las paredes de la casa que construyó mi padre y hago una promesa a la foto que dejé sobre el tocador.

Volveré. Cueste lo que cueste, no dejaré que Malik Al-Zafir borre mi existencia.

Salgo por la puerta principal y el aire caliente del desierto me golpea. Su Majestad está recostado contra el todoterreno blindado,

con los brazos cruzados sobre el pecho, observando cómo me acerco sin equipaje. Sus ojos oscuros recorren mis manos vacías y una arruga de irritación surge entre sus cejas gruesas.

—¿Dónde están las maletas? —pregunta, con la voz retumbando como un trueno lejano.

—Se quedaron donde debían estar —respondo, deteniéndome ante él—. En mi casa. A donde pretendo volver tan pronto como termine este delirio protector tuyo.

Suelta una risa nasal, casi imperceptible, y abre la puerta del coche con un gesto brusco.

—Sube, Amira. Muy pronto descubrirás que, en mi mundo, nada vuelve a ser como antes.



Capítulo 2

No digo ni una sola palabra durante el trayecto hasta el palacio Qasr al-Nujum. Y, sinceramente, el jeque Malik no parece interesado en hablar conmigo. El silencio del coche solo se ve interrumpido por el ruido de los neumáticos sobre la grava fina.

Y él no aparta la vista de la tableta que tiene en el regazo e ignora mi presencia como si fuera un mueble que se está transportando.

A través del cristal ahumado del todoterreno blindado, veo cómo las luces de Al-Zafiriah quedan atrás, sustituidas por la inmensidad del desierto bañado por la luz de la luna.

El palacio surge como un espejismo de piedra caliza y cristal, una fortaleza de lujo erigida en medio de las dunas, donde la tecnología del siglo XXI se une a la tradición milenaria.

Cuando el coche se detiene frente a la monumental entrada, los guardias, en posición de firmes, dan un golpe de talones. Espero a que uno de ellos abra la puerta, pero, para mi sorpresa, el propio jeque se adelanta, baja del coche y, con un gesto firme e inesperado, me abre la puerta.

Me quedo paralizada por un segundo. ¿Un jeque abriéndole la puerta a una mujer? El contraste entre su frialdad en la oficina y ese gesto de caballerosidad arcaica me desconcierta.

Extiende la mano, no para tocarme, sino como una invitación a que baje del coche. Me arreglo *el hiyab* de seda, tratando de recuperar la compostura mientras salgo del vehículo.

—No te acostumbres a las cortesías, Amira —murmura, tan bajo que solo yo puedo oírlo, con su aliento a sándalo rozándome la cara—. Aquí dentro, cada gesto es un mensaje para quien está observando.

Claro que sí. No es capaz de ser amable con una chica que acaba de perder a su padre.

Trago saliva al cruzar las puertas de bronce; el aire acondicionado helado me golpea como una bofetada, expulsando el calor del desierto. El vestíbulo principal es enorme, con columnas de mármol blanco que parecen sostener el peso del cielo. En el centro, bajo el resplandor de una lámpara de cristal que costaría el presupuesto anual de mi fundación, la Sultana-Madre[5] espera.

No está sola; Layla, la hermana menor de Malik, se encuentra un paso detrás, con mirada curiosa, pero es la mirada de la Sultana-Madre la que me mantiene clavada en el sitio. No parece contenta de verme junto al jeque.

—Has tardado, Malik —dice su madre, con una voz seca que resuena en las paredes. Ni siquiera me mira de inmediato—. El consejo ya ha enviado tres emisarios. Quieren saber por qué la hija de Samir ha sido traída aquí en lugar de ser enviada con los parientes en Dubái.

—El consejo no dicta las reglas dentro de estos muros, madre —responde el jeque, adoptando el tono de mando que utiliza para gobernar—. Amira está aquí por orden mía. Ella es, a partir de ahora, mi prometida por contrato de honor.

La sorpresa deja el salón en silencio. Layla abre mucho los ojos y la sultana palidece. La matriarca finalmente dirige su atención hacia mí, recorriéndome de arriba abajo, deteniéndose en mi ropa de trabajo arrugada.

—No tiene el porte de una futura reina. Parece una sirvienta que se ha perdido de camino a la cocina.

Siento cómo la sangre me sube a las mejillas, el cansancio y el duelo transformándose en una chispa de rebeldía.

—Su Alteza, le pido disculpas si el duelo por mi padre no se ajusta al protocolo del palacio —respondo, manteniendo la espalda erguida, desafiando su mirada—. El dolor, sin embargo, no se doblega ante las formalidades.

El silencio entre nosotros es tan denso que puedo oír el tictac de un reloj lejano. El jeque Malik da un paso al frente, interponiéndose entre su madre y yo; no parece una defensa, solo una advertencia de posesión.

—Amira pasará la noche en el ala este —sentencia, cortando cualquier réplica—. Layla, acompáñala. Asegúrate de que tenga lo que necesite. No debe salir de esas habitaciones hasta que yo dé la orden mañana temprano.

—Malik, no puedes hablar en serio —la sultana da un paso al frente, haciendo golpear el mármol con su bastón de plata—. Esa ala lleva años cerrada. Ocupar esas habitaciones con… con ella… es un insulto a la memoria de Aliyah.

—El insulto sería dejarla en un lugar donde las hienas puedan alcanzarla —responde él, sin vacilar—. El asunto está zanjado.

Se vuelve hacia mí, con la expresión de nuevo impenetrable.

—Ve con mi hermana. El funeral de tu padre exige que mañana estés impecable. Y no intentes explorar el palacio, Amira. Mis guardias no son amables con quienes deambulan por las sombras.

—Como desee, jeque —respondo, forzando la formalidad.

Aprieta los labios; el título, viniendo de mí, le suena como una puñalada. Da media vuelta y sigue a la sultana hacia las salas del consejo sin mirar atrás.

Layla se acerca, tocándome ligeramente el brazo; su perfume de jazmín es un alivio para el clima tenso de hace unos segundos.

—Ven —susurra—. No te tomes las palabras de mi madre como algo personal. Es solo que no le gustan los cambios, y tú eres la mayor tormenta que jamás haya atravesado este desierto.

Subimos las monumentales escaleras; el camino hacia el ala este es largo y cada vez más silencioso. Cuando nos detenemos ante la puerta de madera tallada en nácar, Layla vacila.

—Malik nunca ha dejado que nadie entre aquí desde que murió Aliyah —confiesa—. Él mismo limpiaba el lugar a veces, en mitad de la noche.

Ella empuja la puerta y yo contengo el aliento al darme cuenta de que la habitación es una cápsula del tiempo. Huele a rosas secas y a algo antiguo, conservado. Sedas en tonos melocotón cubren la inmensa cama, y sobre el tocador, cepillos de plata esperan a una dueña que nunca volverá.

—No debería estar aquí —digo, sintiendo un escalofrío—. Esto es un error. Me está utilizando para castigarse a sí mismo o a mí.

—O quizá —dice Layla, cerrando la puerta y dejándome sola en la penumbra—, seas lo único que él considera lo suficientemente valioso como para esconderlo en el lugar donde guarda sus propios fantasmas.



El sonido de la puerta de nácar al cerrarse cuando Layla la empuja es mi detonante. El chasquido seco resuena en la inmensa

habitación y, de repente, el silencio del palacio se vuelve demasiado pesado de soportar.

La fuerza que me mantuvo en pie ante la Sultana Madre y la audacia que utilicé para enfrentarme al jeque desaparecen en un instante. Mis rodillas ceden, haciéndome desplomarme contra la alfombra de seda, tejida con hilos de oro y motivos intrincados.

Empiezo a llorar. El dolor parece arrancarme el aire de los pulmones, y entierro el rostro entre las manos, sintiendo cómo la tela de mi *hiyab* se enreda entre mis dedos mientras me acurruco en posición fetal sobre el frío suelo de mármol cubierto por la alfombra.

—Papá… —susurro, pero su nombre se me quiebra a mitad de palabra.

La imagen de su rostro, siempre sereno, con esa media sonrisa de alguien que guardaba el mundo en los bolsillos para que yo pudiera caminar a salvo, inunda mi mente.

Se ha ido.

No hubo despedida, no hubo una última bendición. No hubo nada.

Mis dedos arañan la costosa alfombra; el dolor del duelo pronto se mezcla con un ardor de traición que me sube por el pecho.

—¿Por qué lo hizo, señor? —pregunto al vacío de la habitación, con la voz entrecortada por los sollozos—. ¿Por qué me entregó a él?

Luché cada día de mi vida adulta para ser algo más que la «hija del consejero del jeque». La fundación, las escuelas, el presupuesto que yo misma gestionaba, eran mi camino hacia la libertad.

Quería ser dueña de mi destino, quería un mundo en el que no tuviera que inclinar la cabeza ante ningún jeque. Y ahora, con una sola firma temblorosa, mi padre me ha encadenado al hombre más implacable de Al-Zafiriah.

Me ha convertido en una posesión. Un contrato. Una deuda de juego pagada con mi autonomía.

Alzo la cara, con los ojos ardientes y la vista nublada por las lágrimas, y observo la habitación de Aliyah. El lujo de este lugar parece una ofensa. Cada detalle en color melocotón, cada cepillo de plata en el tocador, parece burlarse de mi desgracia.

Malik me ha encerrado en un mausoleo. Quiere protegerme convirtiéndome en un fantasma, igual que a la mujer que vivió aquí antes que yo.

—No soy tuya, Malik. —Siento un destello de ira atravesar la desesperación dentro de mi corazón—. Y definitivamente, no me convertiré en tu difunta esposa.

Mientras el sol termina de ponerse sobre las dunas de Al-Zafiriah, estoy sola en un palacio que me odia, prometida a un hombre que no conoce la palabra «no», diecisiete años mayor que yo, y llorando la muerte del único hombre que creía que realmente me amaba.

El olor a rosas secas de la habitación parece asfixiarme. Me arrastro hasta los pies de la cama, abrazándome las piernas, sintiendo el peso de la maldita corona que Malik me colocó en la cabeza incluso antes de que pudiera enterrar a mi padre.



Capítulo 3

El sonido del bastón de plata de mi madre golpeando el mármol resuena como disparos en el pasillo privado. No dejo de caminar, mis pasos son firmes y decididos, mientras ella intenta seguir el ritmo de mi irritación.

Entramos en la sala del consejo privado; las luces LED empotradas en el techo de yeso esculpido se encienden automáticamente, iluminando el mapa holográfico de Al-Zafiriah situado en el centro de la mesa de roble.

—Explícate, Malik —exige ella, temblando de pies a cabeza de indignación—. ¿Cómo es posible que la hija de un consejero sea tu prometida por contrato? Eso es una maniobra jurídica absurda, incluso para tus estándares.

Me sirvo un vaso de agua helada, sintiendo cómo la sequedad del desierto aún me araña la garganta.

—No es una maniobra, madre. Es un hecho documentado y sellado con la sangre de Samir —respondo, sin mirarla.

— ¿Y la princesa Soraya? —Ella dispara el nombre como si fuera un arma. Soraya Al-Maktoum es la heredera del principado vecino de Orizon, una unión que el consejo lleva años tejiendo para unificar las rutas del petróleo. —Nuestras familias están en negociaciones. La unión con Orizon traería la paz definitiva a las fronteras del sur.

Arqueo una ceja y, por fin, la miro a los ojos. El brillo burlón de mi mirada es frío y sarcástico.

—Nunca prometí casarme con Soraya. Y me sorprende que usted la defienda con tanto fervor.

—Es una cuestión de linaje, Malik.

—Soraya es lo contrario de todo lo que usted aprueba —replico, apoyando una de mis manos en la mesa de roble—. Apenas habla nuestro idioma, ha vivido la mayor parte de su vida en áticos de Nueva York y París, y desconoce todas y cada una de nuestras tradiciones. Solo recurre a nuestras leyes cuando le conviene y desprecia el velo que usted considera sagrado. ¿Por qué sería ella una mejor elección?

Mi madre endereza la postura, con la barbilla levantada.

—Porque es una princesa de sangre. Amira Al-Sahra no es más que… la hija de un funcionario. Un hombre que, por muy útil que fuera, no dejaba de ser un siervo de la corona.

Siento una oleada de furia bajo mi piel. Su ingratitud hacia Samir me golpea como un insulto personal.

—Subestimas al hombre que mantuvo este trono bajo mis pies —mi voz baja un tono, volviéndose peligrosa—. Samir hizo más por Al-Zafiriah que diez principados vecinos. Se ensució las manos para que yo pudiera llevar esta corona sin mancharme ante los ojos del mundo. Nunca pidió títulos, nunca pidió tierras. Todo lo que exigió a cambio de toda una vida de lealtad fue el apoyo para mantener esa ridícula fundación y una vida digna para su hija.

—Aun así, hijo mío. Esa chica tiene veintiún años, es tan joven y tú eres un hombre poderoso, viudo, con tantas responsabilidades. ¿De verdad vas a casarte con una niña? —Insiste ella, acercándose. — No tienes por qué aceptar esa carga. Si es una cuestión de gratitud, yo misma cuidaré de Amira. Puedo encontrarle un marido adecuado, un capitán de la guardia o un alto funcionario. Tendrá una generosa dote y una vida segura lejos del palacio.

Suelto una risa seca, sin ningún tipo de humor.

—La edad no es un problema. Aprenderá a respetar los diecisiete años de diferencia que nos separan.

— Malik, hijo mío… —la interrumpo.

— Subestimas lo valioso que era Samir para mí. Y subestimas la magnitud del blanco que dejó en la espalda de esa niña. —Camino hacia la ventana, observando las luces de la capital allá abajo—. Amira no estará a salvo con un capitán ni en una aldea protegida. En cuanto sepan que lleva consigo los códigos y los secretos de las cuentas privadas de Samir, la perseguirán.

—¿Lleva ella los códigos, Malik? —pregunta mi madre con agudo escepticismo—. Esa niña apenas sabe cómo funciona el protocolo de una cena real, y mucho menos los laberintos financieros de Samir.

—No importa lo que sepa en realidad —respondo, volviéndome hacia mi madre con una mirada gélida—. Lo que importa es lo que creen los chacales de ahí fuera. Para el consejo, para los rebeldes de Qadir y para todos los cárteles que Samir mantenía bajo control, ella es la clave. Creen que Samir nunca moriría sin pasarle el acceso a la única persona a la que valoraba.

Doy un paso hacia la puerta, con mi capa ondeando ligeramente.

—Si tiene los códigos, es el activo más peligroso del reino. Si no los tiene, no es más que un cebo al que torturarán hasta que confiese una mentira. En cualquier caso, el único lugar donde no pueden tocarla es a mi lado.

Me vuelvo hacia ella, poniendo fin a la discusión con la mirada que hace retroceder a los generales.

— La única forma de garantizar que nadie la toque es hacerla mía. Bajo mi protección, como mi prometida, tocar a Amira es declarar la guerra al jeque de Al-Zafiriah. Y nadie es tan tonto como para hacer eso.

— ¿Estás sacrificando tu futuro político por una promesa en el lecho de muerte?

—Estoy honrando la única lealtad que nunca me ha fallado —suelto, dirigiéndome hacia la puerta—. El asunto está zanjado. Prepárate para el funeral de mañana. Quiero que el reino vea que a la protegida del jeque se le trata con el respeto que exige su nueva posición.

Salgo de la sala sin esperar respuesta, sintiendo el contrato en mi bolsillo, que parece arder. Le dije a mi madre que era por seguridad, y lo es. Pero, mientras camino por los pasillos del palacio, la imagen de Amira desplomada en el despacho, con esos ojos verdes llenos de fuego y dolor, se niega a abandonar mi mente.

Sé que me odiará por esto. Pero Amira seguirá viva para odiarme.



Capítulo 4

El sol sale sobre Al-Zafiriah con una fuerza que no encaja con mi estado de ánimo. Por la ventana del ala este, veo el desierto brillar en tonos ámbar, pero, aquí dentro, el aire parece estancado.

Una camarera, enviada por Layla, entra en la habitación cargando con el traje que el jeque ha elegido para mí. Es un conjunto de luto real, una *abaya* de seda negra tan densa que parece absorber la luz, con bordados de hilo metálico mate en los puños y el dobladillo. El pañuelo para mi cabello es de un encaje finísimo, casi transparente, pero lo suficientemente pesado como para caer a la perfección.

Mientras me visto, siento que estoy poniéndome una armadura, no un vestido. Cada capa de seda que se desliza sobre mi piel es un recordatorio de que la Amira que dirigía escuelas y tomaba café con cardamomo en una oficina polvorienta murió junto a su padre.

Estoy frente al espejo del tocador de Aliyah, intentando sujetar el velo con unas manos que se niegan a dejar de temblar, cuando la puerta se abre de repente, dándome un susto. La presencia abrumadora, que ahora reconozco sin necesidad de mirar, llena toda la habitación.

Por el reflejo del espejo, veo a Malik detenerse en el umbral de la puerta. Lleva el traje formal negro, el *bisht* con bordados de

hilos de ónix que indican el luto de un soberano. Sus ojos recorren la habitación, deteniéndose en la cama donde dormía Aliyah, en el sillón donde leía, y finalmente, encuentran los míos a través del cristal.

El tiempo parece colapsar.

Malik se detiene, y la expresión de piedra que lució la noche anterior vacila por una fracción de segundo. Me observa, y la intensidad de su mirada hace que la sangre me palpite en las sienes.

No parece estar viendo un «contrato» o una «protección estratégica». Por primera vez, veo algo humano, y peligrosamente atractivo, brillar en esa oscuridad.

Camina hacia el interior de la habitación, con pasos silenciosos sobre la alfombra, y se coloca detrás de mí, a una distancia que desafía nuestras costumbres, pero sin tocarme. A través del espejo, lo veo observar cómo el negro de la realeza resalta la palidez de mi rostro y el verde profundo de mis ojos, que aún están hinchados por el llanto de la noche anterior.

—El negro te sienta bien —dice, con un tono más ronco de lo habitual, que vibra bajo en mi nuca—. Aunque es un color cruel para una mañana como esta.

—Es el color que usted eligió para mí, Majestad —respondo, tratando de mantener la voz firme, aunque mi corazón late a toda velocidad—. Al igual que esta habitación y este destino.

Inclina ligeramente la cabeza y veo cómo sus ojos bajan hacia la curva de mi cuello, donde el velo aún no está del todo sujeto. Malik parece luchar contra el instinto de ayudarme, o tal vez contra el instinto de tocarme aquí mismo, en este santuario de fantasmas.

—Estás deslumbrante, Amira —confiesa Malik, y las palabras suenan como una sentencia de muerte, cargadas de una admiración que él claramente no quería sentir—. Es una pena que, hoy, el mundo solo vea tu fuerza, y no tu fragilidad. —Da un paso atrás, recuperando la máscara de Sheik—. Recuerda lo que te he dicho. Ahí

fuera, eres la protegida de la corona. Ni una lágrima ante los chacales. Deben temer lo que representas ahora.

—¿Qué represento, Sheik Malik? ¿Tu poder o tu mayor arrepentimiento? —Le provoqué, volviéndome para mirarlo a los ojos.

Me estudia durante un largo rato, con la mandíbula tan tensa que parece a punto de romperse los dientes. El brillo de admiración en sus ojos se ve rápidamente sofocado por una cortina de hielo al darse cuenta de que ha hablado demasiado.

—Hoy, tú representas la estabilidad de este reino —replica, cortante como una cuchilla—. Si vacilas, el consejo verá una brecha. Si lloras, verán una debilidad que pueden usar en mi contra. Eres la prueba de que cumplo mis promesas, incluso aquellas selladas con sangre.

Hace un gesto rígido hacia la puerta.

—Vamos. El funeral comienza en una hora. No tengo paciencia para retrasos.

—Por supuesto, Majestad —respondo, forzando una reverencia que es más un acto de resistencia que de sumisión.

El título parece resonar en las paredes de seda color melocotón; él es el dueño de todo lo que alcanzan mis ojos, incluido mi silencio.

Termino de colocar la última horquilla en mi cabello, asegurándome de que el velo de encaje caiga como una cascada negra. En el espejo, la mujer que me mira tiene los ojos endurecidos por lo que ha vivido en las últimas doce horas. Amira Al-Sahra ya no existe, ahora soy un monumento al deber del jeque Malik.

Lo sigo por el pasillo infinito, el sonido de mis tacones contra el mármol es absorbido por la pesada alfombra. Mientras observo la ancha espalda de Malik y la forma en que el *bisht* negro fluye con sus pasos decididos, mi mente vuelve al amanecer.

No pude pegar ojo en toda la noche y, tras pasar horas llorando, en el instante en que el primer rayo de sol tocó la arena, tenía en las manos el teléfono fijo del ala este.

Llamé al Dr. Faris, el abogado que se encargaba de las cuentas de la fundación y que era la única persona en quien mi padre confiaba fuera de los muros del palacio.

—Revisa cada cláusula, Faris —le dije, susurrando para que nadie más que él me *oyera—. Encuentra una laguna. Un error en la competencia del tutor, una falla en la redacción sobre el compromiso… cualquier cosa que me devuelva a mi vida.*

Su respuesta aún arde en lo más profundo de mi memoria:

—El sello es auténtico, Amira. En Al-Zafiriah, la voluntad del jeque prevalece sobre la ley civil cuando hay un contrato de protección firmado por el patriarca. Pero voy a revisar los archivos internacionales. Quizá la fundación sea tu vía de regreso.

Malik se detiene de repente frente al ascensor privado y casi choco contra su cuerpo grande y fuerte. No se gira, pero siento su atención puesta en mí.

—Estás muy callada, Amira. ¿En qué estás pensando?

—En el duelo, Su Majestad —miento, manteniendo un tono neutro—. Exige silencio.

—El duelo exige aceptación —me corrige, al mismo tiempo que se abre la puerta del ascensor ante nosotros—. Y cuanto antes aceptes que tu vida ahora pertenece a este palacio, más fácil será la transición.

Aceptación, pienso, mientras entramos en la cabina espejada. No tiene ni idea de que la «protegida impecable» a su lado está, en este preciso momento, intentando desmantelar el legado jurídico por el que tanto se jacta.

El coche blindado nos espera en el patio inferior. Al salir al calor sofocante del día, el contraste con el aire frío del palacio me

devuelve bruscamente a la realidad; el funeral de mi padre está a punto de comenzar.

Malik me abre la puerta del todoterreno, un gesto que ayer me sorprendió, pero que hoy veo como lo que realmente es: una demostración de dominio ante los guardias que nos rodean.

—Recuerda —murmura, inclinándose para que solo yo lo oiga, antes de que entre en el vehículo—. Ni una lágrima.

—No te preocupes —respondo, mirándole fijamente a la oscuridad de sus ojos—. Mis lágrimas son lo único que aún no has conseguido confiscarme, *Malik.* No se las entregaría gratis a tus enemigos.

Su nombre sale de mi boca sin la fuerza de los títulos que el mundo utiliza como escudo. Es la primera vez que lo llamo así, y el efecto es inmediato.

Malik se queda clavado en el sitio, y el aire entre nosotros parece intensificarse. Aprieta la mandíbula con tanta fuerza que un músculo se le marca en la cara, y los ojos le lanzan destellos con una mezcla de pura irritación y una admiración renuente que intenta, desesperadamente, sofocar.

Nadie le llama por su nombre, salvo su familia y sus amigos íntimos, y, claramente, nosotros no somos ninguno de los dos. Nadie se atreve a despojarle de su autoridad con tanta audacia.

Mi insolencia es el único arma que me queda, y veo que le ha dado justo donde pretendía, en su control absoluto.

Cierra la puerta del todoterreno con un portazo que resuena como un disparo en el patio. El motor ruge al instante, dando inicio al trayecto hacia la Gran Mezquita.

A través del cristal ahumado, observo su perfil en el asiento de al lado. No dice ni una palabra, pero la tensión en sus anchos hombros delata que mi golpe aún resuena en su mente. Me quiere como una protegida silenciosa, y acabo de demostrarle que seré su mayor pesadilla diplomática.

El trayecto es una mancha de arena y sol, hasta que las cúpulas doradas de la mezquita surgen en el horizonte. El cuerpo de mi padre y mi libertad serán entregados a la tierra en pocos minutos.

Al llegar, la multitud de dignatarios y curiosos nos abre paso. Malik baja primero y, de nuevo, me abre la puerta. Pero, esta vez, al extender la mano para ayudarme a bajar, sus dedos casi rozan los míos, y su voz suena como un susurro bajo.

—Cuidado con lo que dices, Amira. Si me llamas así en público, ni siquiera mi contrato de protección impedirá que el consejo exija tu cabeza por insolencia.

Bajo del coche, ignorando el protocolo de espera. Me ajusto el velo sobre los hombros con un movimiento brusco y lo miro de frente, bajo el sol abrasador que hace brillar los detalles de ónix de su traje.

—Si te molesta tanto, quizá deberías haberlo pensado antes de vincular mi vida a tus documentos.

Malik aprieta los puños a los lados del cuerpo, y la tensión que emana de él es casi física. Este hombre es demasiado poderoso y no está acostumbrado a que se le desafíe, y mucho menos por alguien a quien considera su «propiedad».

—Entra —ordena, con una voz que suena como un trueno—. Y trata de no olvidar que las hienas de ahí dentro tienen oídos agudos.

Camino delante de él, sintiendo la mirada de Malik quemándome la espalda. La entrada de la Gran Mezquita está llena de hombres con trajes tradicionales y mujeres cubiertas por *abayas* negras, un mar de luto que se abre para dejarnos pasar.

Zaid, mi primo, está de pie en lo alto de la escalinata y se limita a observar mi llegada junto al jeque con una expresión que mezcla avaricia y desdén. En cuanto me acerco, intenta interponerse en mi camino, ignorando la imponente sombra de Malik que se proyecta sobre nosotros.

—¡Amira! —exclama Zaid, forzando un tono de pesar en la voz—. Por fin. Estábamos preocupados. Ven, la familia te ha guardado un lugar en el ala reservada. Debes quedarte con las mujeres de nuestro linaje, lejos del sol y de las miradas de los extraños. Ya no tienes que estar bajo el amparo de los militares.

Siento que Malik se detiene justo detrás de mí, sin decir nada, pero su presencia es un muro de hielo que hace que los murmullos a nuestro alrededor cesen. Miro a Zaid, al hombre al que nunca le importó mi fundación y que ahora claramente huele el dinero que dejó mi padre, y siento que las náuseas me suben por la garganta.

—Mi familia está dentro de un ataúd, Zaid —respondo, tragando saliva—. El resto de vosotros no sois más que caras que solía ver en las cenas anuales. Si queréis discutir sobre la herencia, hablad con el jeque. Yo estoy aquí para enterrar a mi padre.

Zaid palidece, pero la codicia y el orgullo le hacen insistir, y mira a Malik, buscando apoyo en la tradición.

—Su Majestad, con todo respeto, la tradición es clara. Las mujeres de la familia Al-Sahra deben permanecer juntas en la zona designada. La santidad de la Gran Mezquita exige esta postura. Mantener a Amira aquí, entre los hombres y la guardia, no es nuestra costumbre.

Malik da un paso al frente, su sombra cubriendo a Zaid por completo. La autoridad que emana de él es casi sofocante.

—El protocolo sirve para organizar a los súbditos, Zaid. No se aplica a mis órdenes —replica Malik, irradiando poder absoluto—. Amira no permanecerá en el ala de las mujeres, estará a mi lado, bajo mi mirada y mi protección.

—Pero, Majestad… —tartamúa Zaid, conmocionado por la herejía cultural—. Eso es romper siglos de tradición ante todo el reino.

—Yo soy la tradición —interrumpe Malik, con los ojos fijos en los de mi primo con una frialdad letal—. Y si he decidido que ella estará junto al trono, ahí es donde estará. Abran paso.

Zaid retrocede, abriendo y cerrando la boca, humillado ante las cámaras y los demás nobles. Un murmullo de descontento serpentea por la escalera, pero nadie se atreve a dar un paso al frente para protestar.

Malik vuelve la mirada hacia mí durante un largo segundo, con un destello de sombría satisfacción en el rostro; parece que mi insolencia contra Zaid le ha venido bien. Se coloca como mi escudo físico y político, y comenzamos a subir los escalones de mármol hacia el corazón de la mezquita.

—Perdóname por su osadía —susurro solo para que el jeque me oiga.

—No te atrevas a disculparte por él. Tu primo es un inútil codicioso y no merece ningún tipo de sentimiento por tu parte.

Trago saliva y asiento levemente.

—¿Qué vas a hacer con Zaid?

—Nada.

— ¿Nada? —pregunto, levantando un poco la cabeza para mirarlo. — Zaid no es un gran problema, Amira. Solo es un hombre desesperado por dinero. Es codicioso, pero demasiado tonto y, sinceramente, no merece mi tiempo. Lo mantendré alejado de ti y dejaré que mis hombres se ocupen de él.

—Sí, Majestad —digo en voz baja y siento un sabor amargo en la boca.

Caminamos uno al lado del otro, desafiando cada par de ojos que nos juzga. Siento que el velo sobre mi cabeza pesa una tonelada, y que el cuerpo de Malik, junto al mío, me ahoga, pero el odio que siento por las hienas es ahora mayor que el miedo que siento por el león a mi lado.

El ruido del patio exterior se desvanece al entrar en la sala de oraciones. El techo es tan alto que parece fundirse con el cielo, adornado con hipnóticos motivos geométricos. El olor a incienso y

aceites sagrados es tan denso que tengo que recordarme a mí misma que respire hondo.

El cuerpo de mi padre, envuelto únicamente en un sencillo paño blanco, como manda la tradición, despojado de todas las riquezas que acumuló en vida, yace sobre el ataúd.

Malik camina con una postura que inspira reverencia, pero noto que está tenso.

Tras las solemnes oraciones en el interior de la Gran Mezquita, los guardias de élite de Malik sacan el cuerpo de mi padre al exterior. El trayecto es corto, pero parece durar una eternidad bajo el sol abrasador de Al-Zafiriah.

Salimos al Jardín de las Sombras, una zona reservada para entierros en los límites de la mezquita, donde las palmeras ofrecen una protección poco común contra el calor. Es un lugar tranquilo, donde solo los miembros de la alta nobleza y sus servidores más leales son entregados a la tierra.

El cuerpo de mi padre es colocado al borde de la fosa abierta en la arena. En Al-Zafiriah, la tierra es seca e implacable, como si siempre estuviera hambrienta.

Cuando los hombres comienzan el proceso de bajar el cuerpo, la máscara de «protegida real» que Malik me obligó a llevar empieza a resquebrajarse. No importa si estoy rodeada de generales o junto a un soberano implacable, en este hoyo yace el hombre que me enseñó que el desierto tenía canciones.

Se me escapa un sollozo, bajo y dolorido. Siento la mirada de Malik sobre mí, recordándome su maldita orden de no llorar en público. Mis primos y el consejo están justo detrás de nosotros, observando cada temblor de mis hombros.

Mis piernas se debilitan cuando se arroja la primera porción de tierra sobre el lino blanco. El sonido de la arena golpeando el cuerpo de mi padre es el sonido del fin de mi vida tal y como la conocía.

Siento que el mundo da vueltas, los colores del desierto se mezclan en una mancha gris, y el aire parece desaparecer de mis pulmones.

Para mi sorpresa, siento que Malik me agarra del brazo sin vacilar, haciendo que mi cuerpo se estremezca. Da un paso hacia un lado, utilizando su cuerpo ancho y fuerte como un escudo, bloqueando la visión de las cámaras y la curiosidad morbosa de mis parientes.

Su mano firme se posa en el centro de mi espalda, bajo la capa negra, provocando una descarga de contacto que atraviesa la tela de mi *abaya* como una corriente eléctrica, haciéndome quedarme paralizada y acelerando mi corazón de una forma que no tiene nada que ver con el duelo.

El calor de su palma es intenso, una brasa contra el frío de mi duelo. Siento la presión de sus dedos, fuertes y posesivos, sosteniendo mi peso con una facilidad que me asusta.

Puedo sentir el rastro de su fuerza, el contorno de una mano que comanda ejércitos, ahora sirviendo de apoyo a mi desesperación.

Mi cuerpo se tensa, una reacción instintiva al ser tocada por el hombre que me ha convertido en su prisionera, pero hay una parte traidora en mí que se aferra a esa estabilidad.

—Respira, Amira —susurra él.

Su voz vibra tan cerca de mi oído que su aliento cálido roza el encaje de mi velo. Es un sonido tan bajo, tan desprovisto de autoridad pública, que dudo si lo he oído bien o si ha sido una alucinación causada por el calor.

—Solo unos minutos más. Después, podrás derrumbarte —continúa, y siento sus dedos presionar un poco más mi espalda, enviando un escalofrío involuntario y extraño por mi espina dorsal—. Pero aquí, delante de ellos, haz lo que te he ordenado. Sé fuerte.

En Al-Zafiriah, el cuerpo de una mujer es un santuario. Desde que tengo uso de razón, el único hombre al que se le ha permitido

tocarme, abrazarme o sentir el calor de mi piel ha sido mi padre.

Crecí sabiendo que mi piel estaba reservada únicamente para aquel que, algún día, sería mi marido ante la ley y la fe.

Y ahora, Malik ha traspasado esa barrera sin pedir permiso.

Sentir su palma, la de un hombre, extraña, pesada y ardiente contra mi espalda, es como sentir que un incendio comienza bajo la seda de mi *abaya*. Tengo la sensación de que algo en mí ha sido invadido, y, sin embargo, no es malo.

¿Por qué no me parece malo?

El calor parece quemar la propia idea de pureza y aislamiento que mi padre ha cultivado para mí durante veintitrés años.

¿Qué me está pasando?

Me obligo a respirar; el aroma que emana de él, a sándalo y cuero, invade mis sentidos y me ancla en el presente. La gran mano sigue en el mismo sitio, en un punto que quizá no parezca peligroso para quien observa desde lejos, pero que para nosotros, bajo el cielo de Al-Zafiriah, es una declaración de guerra a la tradición.

Él es el primero.

El primer hombre en cruzar la distancia que mi padre se pasó toda la vida defendiendo. Y el hecho de que lo haga en el propio funeral del hombre que me protegía lo hace todo aún más sombrío.

Malik me está reclamando ante Dios y ante los hombres, dejando claro que el santuario que era mi cuerpo ahora tiene un nuevo dueño. Está fusionando mi sombra con la suya, asegurándose de que nadie vea la grieta en mi armadura.

Ahora entiendo que el tacto de Malik es como el propio desierto. Puede sostenerte, pero también puede asfixiarte si no sabes cómo sobrevivir a él.

Trago saliva y, por un segundo, el odio que siento por él se ve sustituido por una necesidad desesperada de no caer. Me afianzo en su mano, utilizando la fuerza del hombre que me encadenó para sobrevivir al momento en que me despido del hombre que me creó.



Capítulo 5

—La ceremonia ha terminado, Amira. Los coches esperan en la puerta este —dice Malik, llamando mi atención. El calor de su mano, que me ha sostenido hace un momento, ha desaparecido, sustituido por el tono cortante de quien da órdenes a un subordinado.

—No voy al palacio —respondo, manteniendo la voz firme a pesar del temblor que aún siento en las piernas—. Me voy a mi casa. Tengo que organizar las cosas de la fundación y el inventario de mi padre. No pienso pasar otra noche como su invitada forzada.

Inclina ligeramente la cabeza, un gesto que hizo que los guardias a su alrededor se pusieran en guardia.

—No tienes *casa,* Amira. La residencia de tu padre era una concesión de la corona y la fundación está bajo auditoría a partir de ahora. No tienes nada que organizar allí que mis contables no estén ya verificando. Sube al coche, no voy a tolerar la desobediencia ante mi pueblo.

Siento que me hierve la sangre, una chispa de vida en medio de las cenizas de mi duelo.

—Pues prepárate para llevarte una decepción —replico, dando un paso al frente—. Porque no voy a ir a ningún sitio sola contigo. El Dr. Faris, el abogado de mi familia, ya ha sido contactado y nos encontrará en mi casa. O dondequiera que pretendas retenerme

para verificar la veracidad de ese supuesto contrato y la validez del testamento de mi padre.

Nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente, y sé que Malik se está mordiendo por dentro. Nadie contradice sus órdenes tan descaradamente como yo ahora. Si mi padre me entregó a él en matrimonio, debería haberle advertido que no soy fácil; sigo nuestras costumbres y tradiciones, pero no soy una piedra. Tengo voluntad propia y, sobre todo, ganas de vivir mi vida como me plazca.

Malik no aparta la mirada y da un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal hasta que puedo sentir el aroma a sándalo y la amenaza que emana de él.

—¿Crees que miento? —pregunta, casi gruñendo—. ¿Crees que necesitaría falsificar un trozo de papel para conseguir lo que quiero en este reino?

—Creo que eres un hombre que solo entiende el lenguaje del poder —respondo, sosteniendo su mirada, aunque mi corazón late contra las costillas como un pájaro enjaulado—. No confío en ti, Malik. Ni en tu protección, ni en tus intenciones. Si quieres que firme algo o acepte ese destino, tendrás que demostrar cada línea ante la ley. Lucharé por mi libertad, aunque tenga que enfrentarme al jeque de Al-Zafiriah para ello.

Sus ojos brillan con una furia sombría, pero bajo ella veo ese mismo destello de admiración renuente que me asustó en la habitación.

—En Al-Zafiriah, la ley soy yo, Amira —replica, sujetándome el codo con firmeza y conduciéndome hacia el coche blindado—. Deja que venga tu abogado; él confirmará que estás encadenada a mí de formas que ni siquiera tu rebeldía puede romper.

Abre la puerta del vehículo central y yo entro, porque necesito estar viva y a salvo para que Faris pueda liberarme. Malik entra a continuación, cerrando la puerta con un golpe seco que sella nuestro aislamiento.



El convoy se desvía de la ruta principal que lleva a las puertas de Qasr al-Nujum, siguiendo por una carretera secundaria flanqueada por muros de piedra baja. Malik no dice ni una palabra, pero el movimiento de su mandíbula indica que está cediendo en contra de su propia lógica de seguridad.

El coche se detiene frente a nuestra casa, una estructura de líneas sencillas rodeada de buganvillas que parecen pálidas bajo el polvo del desierto. Es el lugar donde he pasado cada noche de mi vida, el refugio que mi padre construyó para mantenerme alejada de las intrigas de la corte.

—Diez minutos —informa Malik, con la mirada recorriendo el perímetro incluso antes de que los guardias salgan de los vehículos de escolta—. Mis hombres ya han revisado el interior. Entra, habla con tu abogado y, por Alá, Amira, no hagas que me arrepienta de haberte traído aquí.

Bajo del coche haciendo caso omiso de la advertencia y me encuentro al Dr. Faris esperando en el porche, con el maletín de cuero apretado contra el pecho y el rostro surcado de arrugas. Malik camina justo detrás de mí, su imponente presencia ahogando el ambiente doméstico como una tormenta inminente.

—Faris, dame buenas noticias —exijo, tras entrar en la casa y detenerme en el centro del salón, donde el olor a tabaco de pipa de mi padre aún flota en el aire—. Dime que este contrato de tutela no es absoluto.

Faris mira a Malik, luego a mí.

Sin esperar una respuesta verbal, me dirijo hacia el despacho de mi padre. El Dr. Faris y Malik me siguen, y detesto ver cómo al abogado de la familia le tiemblan las manos.

Malik se acomoda en el sillón de cuero a la sombra, con un brazo apoyado en el respaldo, observándome como si fuera un problema matemático difícil de resolver. Incluso sin la corona, la forma en que ocupa el espacio deja claro que esta sala ahora le pertenece a él.

—Que Alá te dé paz en el corazón, Amira. Siento mucho lo de tu padre.

Asiento y digo:

—Por favor, dime que has revisado los documentos que dejó mi padre.

Faris suspira y abre la carpeta de cuero sobre la mesa de caoba. Carraspea, ajustándose las gafas, mientras Malik se limita a observarnos.

—Que Alá nos dé sabiduría, Amira —continúa el Dr. Faris, ajustándose las gafas sobre su prominente nariz—. Pero el documento es legítimo. Samir fue muy meticuloso, firmó la cláusula de protección real en presencia de dos testigos del alto consejo. Realmente vinculó su existencia civil a la del jeque Malik Al-Zafir. La dejó como una prometida en un contrato de unión irrevocable. Si te niegas a cumplir el compromiso, pierdes la nacionalidad, la ciudadanía y cualquier derecho a permanecer en suelo de Al-Zafiriah. Te conviertes en una apátrida sin protección de la ley.

Siento cómo el aire se escapa de mis pulmones y miro a Malik, esperando encontrar algún atisbo de ironía o benevolencia, pero no encuentro nada.

— ¿Y si renuncio a la fundación? ¿Y huyo lejos de todo esto?

—Si sales de la jurisdicción de Al-Zafiriah sin la autorización de tu tutor, Amira, serás considerada una fugitiva de la corona por incumplimiento de contrato estatal —explica Faris, con tristeza—. Samir selló tu destino con su sangre. Alá sabe que intentó

protegerte de la única forma que conocía en este reino, entregándote al hombre más poderoso que conocía.

—Mi padre me crió para ser independiente, para gestionar la fundación por mi cuenta, no para ser… —Ni siquiera consigo terminar la frase.

—Tu padre sabía que el mundo no es un lugar amable para las mujeres desprotegidas en Al-Zafiriah —interviene Malik, con su voz grave resonando contra las paredes.

— ¿Por eso me convirtió en su propiedad?

Inclina la cabeza, con los ojos oscuros fijos en los míos al preguntar:

—¿El abogado ha logrado despejar todas tus dudas, Amira?

—Sí, Majestad —susurro entre dientes, conteniendo las lágrimas que nublan mi visión—. Solo deme un minuto y volveré al palacio, donde podrá encerrarme para siempre.

Malik se levanta, ignorando la presencia de Faris en un rincón de la sala, y avanza, invadiendo una vez más mi espacio personal, hasta que la presión de su alta e imponente figura me obliga a levantar la barbilla.

—¿Crees que yo deseaba esto? ¿Crees que me desperté deseando las cadenas de un matrimonio por contrato con una mujer que me mira como si fuera el mismísimo Iblis? —Baja el tono, y su expresión fría vacila por un breve segundo de irritación. —Si no estuviera aquí ahora, Faris estaría leyendo tu notificación de desahucio emitida por el consejo, no el testamento de tu padre. Estarías en la calle antes del anochecer.

—Prefiero las calles a ti —replico, sintiendo cómo la amargura me sube por la garganta.

Él suelta una risa seca y sarcástica que no le llega a los ojos.

—No sabes lo que dices, Amira. ¿Crees que el mundo es bueno solo porque tú lo eres? El mundo es cruel, no seas tonta.

Aprieto los labios en una línea recta, sintiendo cómo un calor me sube por el cuello.

—Pues debería casarse con otra mujer. Una que no sea tan patética como yo a sus ojos, Su Majestad —lanzo las últimas palabras con un veneno que le hace bloquear la mandíbula al instante.

—Eso resolvería todos mis problemas —replica él, dando un paso más, obligándome a retroceder contra la mesa de roble—. Pero me casaré contigo para que no te mueras de hambre. Me casaré contigo para que tengas un techo sobre tu cabeza y el nombre de Al-Zafir protegiendo tu cuello.

Trago saliva, sintiendo cómo mi orgullo se ve aplastado por la brutal lógica de sus palabras.

—Impresionante. El jeque Malik Al-Zafir va a casarse por lástima.

—También —admite él, y esa palabra hiere mi ego más que cualquier insulto—. Pero me casaré contigo, sobre todo, porque respetaba a tu padre. Aunque, por Alá, en este momento lo odio por haberte dejado como una carga para mí.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero las contengo, porque no quiero llorar delante de él. Faris carraspea, extendiendo una hoja de papel con el sello real en lacre rojo. El movimiento hace que Malik se aleje, dándome por fin espacio para respirar, aunque el aire aún parece denso.

—Dejó una carta personal adjunta al testamento, Amira —informa Faris, tratando de suavizar el ambiente—. Dirigida solo a ti. Quizás las respuestas que buscas no estén en la ley, sino en sus palabras.

—Gracias.

Temblando de pies a cabeza, cojo el sobre, sintiendo la mirada de Malik clavada en mí, impaciente.

—Vamos, ahora. No voy a aguantar más tu rebeldía hoy —me advierte, dándome la espalda y saliendo del despacho con pasos firmes, que resuenan por el pasillo.

Me quedo sola con el Dr. Faris, que me lanza una mirada llena de compasión. Me llevo la carta al pecho, sintiendo cómo el papel cruje bajo la palma de mi mano.

Tengo el testamento de un muerto y la sentencia de un vivo, y en Al-Zafiriah, son lo mismo.



Capítulo 6

La habitación del Qasr al-Nujum parece más grande y más fría ahora que las luces de la ciudad comienzan a parpadear en el horizonte, más allá de las ventanas en arco. La calma del palacio es diferente del silencio de mi casa; aquí, el vacío lleva la carga de que me vigilan constantemente.

Me siento en el borde de la cama con dosel, todavía con puesta la *abaya* negra que está llena del polvo del cementerio, y miro el sobre que tengo en el regazo. El lacre de cera roja, con el sello de mi padre, parece una herida abierta en mi corazón.

Lentamente, rompo el sello con las yemas de los dedos; el papel es pesado y tiene la textura de las cosas hechas para durar más que los hombres. Reconozco de inmediato la caligrafía inclinada y firme de mi padre, y el olor residual de su despacho parece saltar de las fibras de la carta, agrediendo mis sentidos.

«Mi pequeña Amira», comienza la carta, y la primera lágrima cae, manchando la tinta oscura. *«Si estas palabras han llegado a tus manos, el desierto ya se ha llevado lo que quedaba de mí, y el jeque Malik ya se ha llevado lo que quedaba de mi legado: a ti.*

Sé que tu corazón rebosa de una ira que confundes con justicia. Me ves como el artífice de tu prisión, pero te pido que intentes ver más allá del polvo de tu dolor.

No te entregué al jeque Malik por falta de confianza en tu fuerza. Lo hice porque llevas una carga que nadie más en Al-Zahir podría soportar. Eres demasiado valiosa para este reino, Amira. Más de lo que imaginas y, sin duda, más de lo que te gustaría saber.

Malik tiene algo que ningún otro hombre en estas tierras posee: una palabra que nunca ha sido quebrantada. Únete a él. Deja que te proteja del mundo, pero no olvides que lo que sabes es lo único que nadie puede confiscarte.

Quédate con los recuerdos de tu madre. Mantenlos cerca. Son la única base sólida en un palacio donde todos mienten».

Doblo el papel lentamente, sintiendo la responsabilidad que nunca pedí. Mi padre no me dio a elegir, solo una sentencia de supervivencia.

La puerta de la habitación cruje ligeramente y el aroma a sándalo anuncia la presencia de Malik antes de que dé el primer paso hacia mi refugio.

—¿Ya has terminado o aún pretendes hacerme esperar? —pregunta, con tal autoritarismo que me dan ganas de levantar muros alrededor de mi corazón.

Me seco la cara con el dorso de la mano y guardo la carta debajo de la almohada. No tengo ni la más mínima intención de compartir las palabras de mi padre con él.

—Ha escrito lo que esperabas —respondo, levantándome para mirarlo a los ojos—. Mi padre ha confirmado que tú eres mi única opción.

Malik da un paso adelante, deteniéndose donde la luz de la luna no le alcanza del todo, haciendo que las sombras acentúen la cruel belleza de su rostro.

—Genial, entonces ya pueden empezar los preparativos para nuestra boda.

Casi me atraganto con mi propia saliva.

—¿Ya? ¿No me vas a dar tiempo para superar el duelo?

—No tenemos tiempo para eso.

—Parece que tiene prisa por resolver la carga que mi padre le dejó —replico, sin apartar la mirada de él.

—Tengo prisa por garantizar tu seguridad, y nada transmite más poder en este reino que una celebración que el Consejo no pueda ignorar. Tendremos una ceremonia a la altura de la corona dentro de cinco días. Toda Al-Zafiriah será testigo de cómo te conviertes en mi esposa. No habrá lugar para dudas ni impugnaciones de linaje después de eso.

Se acerca un poco más, el calor de su presencia invade el espacio que intento preservar. Siento cómo el aire de la habitación se dilata ante la frialdad con la que este hombre organiza el espectáculo de mi propia rendición.

—No estoy preparada.

—Tienes cinco días para quedarte —replica, clavando sus ojos en los míos con tanta intensidad que tengo que tragar saliva y recordarme que debo respirar hondo.

—¿Cinco días? —pregunto en voz un poco demasiado alta, resonando en las paredes de mármol—. Acabo de ver cómo entregaban a mi padre a la tierra. El luto en Al-Zafiriah dura semanas, Malik. Por Alá, ¿no tienes ni una pizca de misericordia? Déjame al menos asimilar el hecho de que lo he perdido todo, antes de convertirme en parte de tu inventario real.

Malik no retrocede, al contrario, da otro paso adelante, entrando por completo en el círculo de luz de la luna que entra por la ventana abierta. Su expresión es una máscara de piedra que no admite sentimientos, lo que me hace preguntarme si, algún día, llegó a amar a su difunta esposa.

En aquella época, yo aún era joven y mi madre también estaba viva, pero recuerdo lo devastado que quedó cuando ella murió en un accidente de coche. Al menos, eso era lo que decían los periódicos, pero sé que ser el rey de este país y del Inframundo tiene un alto precio.

Uno de ellos fue la vida de la mujer que él eligió.

Observo su perfil rígido bajo la luz de la luna y siento un escalofrío recorriendo mi espina dorsal. Si fue capaz de sobrevivir a la pérdida de la mujer que amaba y endurecer su corazón hasta ese punto, ¿qué esperanza tengo de encontrar algo de humanidad en él?

—El Consejo y tus primos no están de luto. Están contando las horas para encontrar una laguna legal que me impida protegerla.

—Son mi familia y respetan las tradiciones tanto como tú —replico, aunque sé que me estoy mintiendo a mí misma.

Malik suelta una risa seca, desprovista de cualquier humor.

—Sé que no quieres tiempo para el duelo.

Aprieto los dientes y cierro los puños a los lados del cuerpo.

—¿Cómo que no?

—Quieres tiempo para encontrarte a escondidas con el Dr. Faris e intentar, en vano, rebuscar entre las cuentas de tu padre en busca de una salida o de un pasaporte que yo no haya confiscado.

—¿Qué? —balbuceo, irritada, porque era precisamente lo que se me había pasado por la cabeza, y detesto que parezca que este hombre horrible puede leerme el pensamiento.

—Admítelo, quieres tiempo para inventarte excusas con las que huir de Al-Zafiriah y del destino que Samir ha elegido para ti, aunque sea imposible. ¿No te bastó con lo que dijo el abogado?

Siento que se me enrojece la cara, la verdad de sus palabras me golpea como una bofetada en plena cara.

—No soy una prisionera —siseo.

—Todavía no actúas como tal, pero lo intentarás —replica él, acortando la distancia entre nosotros hasta que puedo sentir la presión de su cuerpo—. No te voy a dar ese tiempo. La boda será grandiosa y será pronto. El reino necesita ver que eres intocable bajo mi nombre. Si espero a que se sequen tus lágrimas, daré a nuestros enemigos el tiempo que necesitan para preparar la próxima emboscada.

—Eres un monstruo —susurro, mientras las lágrimas de frustración finalmente rompen la barrera que intento mantener.

Malik inclina ligeramente la cabeza, con los ojos oscuros fijos en los míos, impenetrables.

—Quizá lo sea. Pero soy el monstruo que se asegurará de que sigas respirando para odiarme mañana.

Hace una pausa, da unos pasos hacia atrás y apoya la mano abierta en el marco de la puerta, con el cuerpo bloqueando la escasa luz que queda en el pasillo.

—Al amanecer, mi madre y las costureras estarán aquí.

—No… —susurro, queriendo aferrarme a mi rebeldía de cualquier forma—. No quiero casarme. Por favor, Malik, no quiero casarme.

—Mi madre no tiene mi paciencia con la insubordinación, Amira. No las hagas esperar y no la desafíes. No querrás descubrir que su temperamento es más implacable que el mío.

Malik se da la vuelta y se marcha, sin esperar una respuesta; el sonido rítmico y pesado de sus botas se aleja resonando sobre el mármol, dejando un vacío de silencio en la habitación. Me quedo sola, mirando la puerta cerrada, con sus palabras y las de la carta de mi padre martilleándome dentro de la cabeza.

—Alá, ¿qué he hecho para merecer esto?

Doy unos pasos hacia atrás y me siento en el borde de la cama, reflexionando sobre cómo mi vida ha cambiado de un momento a otro. Cualquier mujer en mi lugar daría la vida por casarse con un jeque y disfrutar de las riquezas que él puede ofrecer, pero amo demasiado mi libertad como para aceptarlo todo fácilmente.

Pasan unos minutos, hasta que tres golpes cortos y discretos en la puerta llaman mi atención.

—Adelante.

La puerta se abre y entra una joven que sostiene una bandeja de plata. Lleva el uniforme estándar de las sirvientas del palacio: una túnica de lino azul oscuro ceñida por un cinturón de cuero fino, con un velo ligero que le cubre el cabello, pero dejando al descubierto su rostro juvenil.

Camina rápido y deposita la bandeja sobre la mesita de noche.

El aroma de las especias invade la estancia de inmediato. Hay un plato de *maqluba*, arroz con cordero y berenjenas fritas, un cuenco pequeño de *hummus* con aceite de oliva fresco y panes *khubz* aún humeantes.

—El jeque ordenó que le trajera algo para comer. Su Majestad dijo que la señorita tiene la costumbre de olvidarse de sus propias necesidades cuando está molesta —dice la joven, colocando los cubiertos con agilidad—. Y la señorita no ha comido nada desde que llegó aquí.

Mi estómago gruñe de forma vergonzosa, delatando mi intento por mantener la dignidad. Me doy cuenta de que la última vez que comí algo fue durante aquel almuerzo apresurado en la fundación, horas antes de que mi mundo se derrumbara al descubrir que mi padre había fallecido.

—Gracias —murmuro, acercándome a la bandeja—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Farrah —responde ella, haciendo una pequeña reverencia.

—Amira.

Ella suelta una risita.

—Sé quién es usted. Amira Al-Sahra, la hija de Samir Al-Sahra, el hombre que guardaba bajo llave los secretos del reino.

Me dedica otra sonrisa, un gesto que ilumina sus ojos verdes y curiosos. Farrah parece tener mi edad, pero hay algo en ella que me dice que tiene más experiencia que yo.

—Siento mucho lo de su padre. Era muy respetado por nosotros —continúa, bajando el tono de voz mientras se inclina para arreglar los cojines del sillón—. Pero, si me permite la osadía, usted ha causado un gran revuelo en los jardines. Dicen que el jeque nunca había traído a una mujer a estas habitaciones con tanta prisa. Las lavanderas ya están apostando si la boda será antes o después de la luna llena.

— Sí, la verdad es que no pierde el tiempo. Y los chismes aquí corren más rápido que el viento del desierto, por lo que veo.

—En el palacio, la información es lo único que no se raciona, señora. —Farrah parpadea, mostrando una mezcla de respeto y una malicia inofensiva que casi me hace reír. —Pero no te preocupes, contigo tus secretos están a salvo. Solo he venido a asegurarme de que la novia de nuestro jeque no se desmaye de hambre antes de que la sultana madre llegue con las costureras al amanecer. Esa mujer no tolera la palidez.

Farrah se aleja hacia la puerta, pero se detiene antes de salir, mirándome con sincera simpatía.

— Cómase todo, señora. Necesitará energía para mañana. El palacio es un nido de avispas y la novia del jeque es el centro de todo.

— Se están precipitando, Farrah. No soy tan importante.

Da un paso hacia delante, pero vacila con la mano en el pomo, mira a ambos lados del pasillo y vuelve a cerrar la puerta, apoyándose en ella con una expresión que mezcla temor y emoción.

—Claro que lo es —susurra, acercándose a la mesa de donde aún se eleva el vapor de *la maqluba*.

— ¿Por qué?

—Hace dos noches, Su Majestad pasó la madrugada en el ala sur, en la sala del Consejo, rodeado de los generales del Submundo.

Detengo el trozo de pan *khubz* a medio camino de la boca. El ala sur es el centro neurálgico de las operaciones que mi padre

siempre mencionaba con cautela.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo, Farrah? —pregunto, tratando de mantener la voz firme.

—Dicen que el ataque contra tu padre no fue obra de rebeldes comunes. Hay un traidor en el Consejo, alguien a quien Malik juró decapitar. —Se inclina, con su aliento a menta cerca de mi cara—. Pero las sirvientas de la Sultana Madre dicen algo peor. El Jeque no la trajo solo para protegerte.

Empiezo a toser, atragantada con un trozo de pan.

— ¿No?

—Su padre guardaba la prueba de que la gloria de esta familia es una farsa. Dicen que Samir ocultó el registro que demuestra cómo los antepasados de Malik compraron el trono con la sangre de las tribus que aniquilaron y el oro que robaron a sus aliados. Si ese libro sale a la luz, su linaje perderá el derecho sagrado a gobernar. Y dicen que solo usted sabe dónde está el registro.

Siento un escalofrío repentino recorrer mi espina dorsal, ignorando el calor de la comida. Recuerdo la carta debajo de la almohada y las palabras de mi padre sobre que soy demasiado valiosa para este reino y que llevo una carga que nadie más en Al-Zahir podría soportar.

¿Qué quiso decir con eso?

—Pero yo no sé nada.

Farrah endereza la postura al oír pasos lejanos en el pasillo.

—De todos modos, el jeque necesita que la boda se celebre lo antes posible. Como su esposa, él tendrá la tutela legal sobre sus bienes y sobre lo que Samir haya ocultado. Si el Consejo pone las manos sobre usted antes del «sí», Malik pierde su baza y usted pierde la vida.

Hace una reverencia apresurada y se marcha. Miro el cordero en el plato, pero se me ha quitado el apetito. Si una sirvienta lo

sabe, todo el palacio me ve como un cofre del tesoro cerrado con llave.

Y Malik, el hombre que me prometió protección, es el único que tiene la llave para abrirme. O para destrozarme por completo.



Capítulo 7

El silencio del palacio al amanecer es denso, solo roto por el crujido de la piedra al enfriarse y el zumbido casi imperceptible de las cámaras de seguridad en las esquinas del techo.

Sigo pensando en la carta de mi padre y en las palabras de Farrah; todo da vueltas en mi cabeza, lo que hace imposible conciliar el sueño. Me levanto de la cama, todavía con puesta la camisola de seda blanca que una de las criadas me trajo. La prenda es muy ligera, tiene tirantes finos y apenas me llega a los talones.

Impaciente, camino de un lado a otro por la habitación y me detengo frente al espejo, contemplando mi reflejo durante casi un minuto entero, tratando de reunir el valor para hacer lo que quiero.

—Que Alá me proteja—, susurro mientras cojo un pañuelo de gasa translúcida y me lo echo sobre la cabeza, sujetándolo sin apretar para cubrir lo que exige la decencia, y abro la puerta con una precisión milimétrica.

Camino descalza, sintiendo el mármol helado bajo mis pies, guiándome hacia el ala sur. Mi corazón late contra las costillas como un motor descontrolado al recordar que Malik me ordenó que no intentara explorar el palacio.

Pero, de todos modos, necesito entender qué esconde Malik y qué cree que tengo. ¿Por qué soy tan importante para él, si no sé

nada? No soy una amenaza para su reinado y, claramente, no voy a abrir la boca sobre sus negocios sucios.

Por Alá, solo quiero recuperar mi vida. Solo quiero poder sentir el duelo y no odiar a mi padre por haberme entregado a un hombre sin corazón.

Un murmullo de voces bajas y el sonido rítmico de botas resuenan delante de mí, paralizándome. Antes de que pueda retroceder hacia el nicho de una estatua, dos siluetas surgen de la penumbra del pasillo lateral.

El susto me hace dar un paso en falso, tropezando con el dobladillo de la camisola. El movimiento brusco hace que el pañuelo de gasa se deslice por completo, dejando al descubierto mi cabello largo y ondulado, que cae en cascada por mi espalda hasta la cintura.

Malik se queda clavado en el sitio, y el cansancio de su rostro es barrido por una conmoción que rápidamente se transforma en algo más peligroso, casi hambriento. Su mirada recorre cada onda de mi cabello, descendiendo por el contorno de mi rostro y deteniéndose en mis labios.

Durante un largo segundo, el implacable jeque desaparece, dando paso a un hombre en trance, cautivado por una imagen que no estaba preparado para asimilar. Es un destello de humanidad que intenta sofocar, pero el brillo de sus ojos lo delata.

Yo también me quedo paralizada, pero por una razón que me repugna. Sin la rigidez de las vestimentas reales, Malik parece más joven y peligroso, y perturbadoramente real. El lino oscuro de los pantalones y la tela de la camisa de mangas remangadas dejan claro el físico imponente que las capas de seda suelen ocultar.

Posee una belleza brutal, esculpida por el sol y las sombras del desierto. Odio la forma en que mi corazón late con fuerza contra las costillas, y odio aún más el hecho de que, por un instante, me olvide de que es el hombre que me sacó de casa a la fuerza.

Ver a Malik así, humano y desarmado, es mucho más aterrador que enfrentarme al monarca de hielo.

La mujer que está a su lado, sin embargo, reacciona con una furia gélida. Me mira de arriba abajo, deteniéndose en la transparencia de mi camisón bajo la luz de las lámparas de pared. Su desprecio es palpable, un veneno que inunda todo el pasillo. Acelera el paso, acercándose medio centímetro más a Malik, marcando territorio.

Recupero el sentido primero, sintiendo el calor de la vergüenza quemándome la piel. Temblando de pies a cabeza, me pongo el pañuelo, cubriéndome el pelo y sujetándolo contra el pecho.

—Malik… yo… —logro susurrar, y la mujer a su lado parece sorprendida de que lo haya llamado por su nombre. Ella lo mira fijamente, esperando que él me reprenda o me castigue, pero el jeque no lo hace.

—¿Qué haces fuera de la habitación, Amira? —La voz de Malik suena ronca, desprovista de la autoridad cortés de antes. Todavía parece luchar por apartar la mirada de mi cabello.

—No podía dormir —respondo, tratando de ignorar a la mujer que me mira como si fuera un insecto bajo su bota.

Malik recupera su máscara de hielo con una rapidez cruel. Le hace un gesto breve, casi brusco, a su compañera.

—Vete, Dunya. Hemos terminado por hoy.

Ella me lanza una mirada cargada de odio en su estado más puro antes de retirarse. El susurro de su seda suena como un insulto para mí mientras desaparece en la oscuridad de los pasillos privados.

—El palacio no es un *parque infantil*, y tú no vas vestida para dar un paseo —me informa, con la voz volviendo a ese tono cortante y frío, como si quisiera castigarse a sí mismo por ese momento de encanto y a mí por mi audacia.

Malik da un paso lento hacia delante, acortando la distancia hasta que el calor de su cuerpo comienza a disipar el frío del mármol bajo mis pies. Apretó la mandíbula, tensándola de una forma que delata el esfuerzo por mantener el control, mientras sus ojos oscuros recorren deliberadamente mi cuerpo.

Su mirada es casi táctil, recorriendo la fina seda del camisón, deteniéndose en mis pies descalzos y subiendo lentamente, detalle a detalle, hasta encontrar mis ojos de nuevo.

Mi piel se estremece bajo esa inspección, una reacción eléctrica que me recorre por completo y me hace odiar el hecho de estar tan expuesta ante él.

—¿Cómo has podido salir vestida así? —La pregunta sale en voz baja, cargada de una tensión que intenta enmascarar con desdén.

—No estaba pensando —admito, con la voz ligeramente quebrada por la proximidad.

—Si uno de los guardias de la patrulla te encontrara así, ni siquiera yo podría acallar el escándalo. ¿Quieres ser la futura reina de este reino o un chisme?

—Yo no he pedido ser nada de eso, Malik.

—Pero lo eres. Y mientras estés bajo mi techo, seguirás mis reglas. —Me agarra del brazo con una firmeza que roza la agresividad, obligándome a volver sobre mis pasos. Y ahí está, el hombre cruel, tocándome de nuevo como si fuera de su propiedad. —Vuelve a la habitación. Si te vuelvo a encontrar deambulando, pondré a un guardia de seguridad en tu puerta las veinticuatro horas del día.

Irritado y tenso, me conduce, su presencia casi aplastándome y haciéndome sentir pequeña. Al llegar a mi puerta, no se despide, solo espera a que entre, los ojos oscuros fijos en los míos con una dureza que intenta ocultar el hecho de que, por un instante, le hice perder el control.

Cierro la puerta y apoyo la frente en la madera fría, tratando de estabilizar la respiración que aún parece atascada en la garganta. El sonido de los pasos de Malik alejándose por el pasillo es lo único que rompe el silencio absoluto del ala este, pero el rastro de su presencia sigue aquí, impregnado en el aire.

Llevo la mano al brazo, tocando exactamente el punto donde sus dedos se cerraron con firmeza para llevarme de vuelta. Mi piel aún hormiguea, conservando un calor residual que parece quemar a través de la seda del camisón.

Cierro los ojos y su imagen, con esa camisa oscura y la mirada cargada de una intensidad hambrienta, invade mi mente con una fuerza violenta.

Siento un escalofrío, y sé que es la repentina y aterradora conciencia de que Malik Al-Zafir, además de ser el carcelero que mi padre eligió para mí, es un hombre que ejerce una peligrosa gravedad sobre cada fibra de mi cuerpo.

Niego la cabeza bruscamente, como si pudiera sacudirme de encima el recuerdo de ese roce. Me alejo de la puerta y me dirijo hacia la ventana, apretándome el pañuelo de gasa contra el pecho, ocultando lo que él vio, lo que él deseó durante ese breve instante de trance.

—Alá, quítame eso de la cabeza, por favor —susurro a la oscuridad del desierto que hay ahí fuera—. Que no pierda la cabeza hasta el punto de desear al hombre que me mantiene prisionera.

Respiro hondo, obligando a mis pensamientos a volver a lo que importa: la carta que dejó mi padre, el Consejo y la mujer de mirada venenosa que estaba a su lado.

Dunya.

¿Por qué estoy tan decepcionada? Es obvio que tiene mujeres que le calientan la cama. Un hombre con su posición y su físico no se quedaría solo durante casi diez años.

Me acuesto en la cama con dosel, cierro los ojos y lo primero que veo es la mandíbula de Malik tensándose y la fuerza de su

mirada recorriendo mi cuerpo, transformando mi protección en algo mucho más complejo y perturbador que una simple deuda de honor.

—Alá, por favor, ayúdame—, susurro, antes de quedarme dormida y soñar con Malik.



Capítulo 8

Cierro la puerta de la habitación de Amira y el chasquido del metal resuena en el pasillo vacío. Me quedo inmóvil durante unos segundos, con las manos cerradas a los lados del cuerpo, sintiendo cómo me late la sangre en las sienes.

El silencio de Qasr al-Nujum suele ser mi aliado, pero ahora solo amplifica el sonido de mi propia respiración entrecortada.

Camino hacia mi despacho privado, pero mis pasos carecen de la fuerza habitual. Su imagen, inmóvil bajo la pálida luz de las lámparas, se ha grabado a fuego en mi retina.

Esperaba encontrar a una prisionera rebelde intentando escapar, pero me encontré con una visión que, por poco, me hizo olvidar quién soy.

Su cabello. Por Alá, nunca imaginé que bajo la pesada *abaya* se escondiera esa cascada oscura. La forma en que los mechones ondulados brillaban, como obsidianas bajo la luz de la luna, desarmó defensas que me llevó años construir.

Y el olor… el aroma a jazmín y piel caliente se elevó, invadiendo mis sentidos y nublando el razonamiento estratégico que debería guiarme.

Entro en el despacho y cierro la puerta con llave. Me dejo caer en el sillón de cuero, ignorando los mapas y los informes de inteligencia sobre el Consejo. Estoy tan enfadado que la sensación

vibra bajo mi piel, porque Amira solo debería ser una misión, una deuda de honor con Samir.

Pero el recuerdo del pañuelo deslizándose y revelando la vulnerabilidad de aquella camisola de seda blanca, la forma en que la fina tela delineaba los pechos y la curva de las caderas, me persigue como un fantasma hambriento.

Recuesto la cabeza en el respaldo de cuero y cierro los ojos, pero la oscuridad solo hace que su imagen sea más nítida. Sus labios carnosos entreabiertos por el susto, húmedos, como suplicando un contacto que no debería ofrecer.

¿Y la osadía de pronunciar mi nombre de esa manera? *Malik.* Sin títulos, sin la distancia segura del protocolo. ¿Quién se cree que es para despojarme de mi autoridad con solo dos sílabas?

¿Cómo un ser tan pequeño, y aparentemente frágil, puede albergar tanta rebeldía? Ella es una contradicción que me irrita los nervios y los instintos. Quiero aplastar esa resistencia, quiero oír ese mismo tono de voz sumiso, suplicando por algo que no sea la libertad.

Cualquier mujer daría la vida por ser mi esposa, por sentarse a mi lado en el trono de Al-Zafiriah y ostentar el título de reina. Tengo una larga lista de pretendientes, hijas de reyes y magnates, que pasarían por encima de ejércitos solo por un gesto mío.

¿Y qué quiere Amira? Huir.

Me mira como si fuera una plaga, como si este palacio fuera una mazmorra y no el centro del poder del desierto. Qué mujer tan insolente. Su osadía al rechazar lo que el resto del mundo codicia me irrita de una forma que no puedo definir.

Debería estar agradecida, debería estar de rodillas por haber salvado a su linaje de las hienas del Consejo, pero, en lugar de eso, me desafía con esa mirada ardiente y el pelo suelto.

Me duele la mandíbula de tanto apretarla. La idea de que ella me considere una carga, y no un privilegio, también me hace hervir la sangre. Quiero mostrarle exactamente lo que está despreciando.

Quiero que entienda que nadie, en todo este reino, tiene el poder que yo tengo para protegerla. O para destruirla.

Y maldita sea, ¿por qué me está excitando? ¿Por qué parece que me gusta que ella me lleve la contraria? ¿Quizás porque nunca antes lo había estado? Qué tontería tan lamentable.

Desde que ocupé este trono, mi mundo está hecho de cabezas gachas y asentimientos susurrados. Los hombres tiemblan ante mi silencio y las mujeres se amoldan a mis deseos incluso antes de que los exprese.

Pero Amira… me mira con un desprecio que me atiza. Me desafía con esa espalda erguida y palabras que cortan más que la hoja que llevo en la bota.

Debería quebrantar ese espíritu. Debería domarla hasta que comprendiera que su única función aquí es ser el sello que valida mi poder sobre el legado de Samir. Pero, en lugar de eso, siento un deseo visceral de arrancarle esa camisola de seda y descubrir si el fuego que expulsa por los ojos se extiende por el resto del cuerpo.

Quiero ver si seguirá siendo esa fortaleza de orgullo cuando la apriete contra el mármol, con mis manos enredadas en esa cascada de cabello negro que oculta al mundo, pero que yo he tenido el maldito privilegio de ver.

La idea de poseerla, de silenciar esa boca atrevida con el peso de mi cuerpo, hace que la sangre hierva en mis venas. La imagen de su cuerpo retorciéndose bajo mi peso, con ese cabello esparcido por mis sábanas mientras le enseño quién manda realmente en este palacio, hace que mi cuerpo se caliente y que la presión dentro de mis pantalones se vuelva insoportable.

¿Me quiere como el villano de su historia? Estupendo. Seré el monstruo que le hará olvidar a cualquier otro hombre, cualquier otra vida que creyera tener antes de cruzarse en mi camino.

Suelto un gruñido sordo y llevo la mano al cinturón, desabrochando el botón de los pantalones de lino con una urgencia que roza la desesperación. Me envuelvo con firmeza, sintiendo el

latido que acompaña cada golpe de mi corazón acelerado. Imagino que la seda blanca de esa camisola está bajo la palma de mi mano, deslizándose sobre la suave piel de sus muslos mientras la obligo a enfrentarse al monstruo al que tanto teme.

Y a aceptar el hecho de que me pertenece.

Visualizo a Amira tal y como estaba en el pasillo, descalza, con los ojos grandes y asustados, los labios entreabiertos. Me imagino presionándola contra la pared de mármol, mis manos hundiéndose en ese largo cabello y tirando de su cabeza hacia atrás para dejar al descubierto su cuello. Pensar en ella arqueándose debajo de mí, soltando un suspiro entrecortado mientras rasgo la seda blanca, hace que mi sangre hierva.

Muevo mi mano con un ritmo despiadado, centrado únicamente en la sensación de quemar el autocontrol que tanto valoro. Ella es prohibida. Ella es la inocencia que debería proteger de mi propia oscuridad, pero ahora, solo en el despacho, es lo único que deseo profanar.

Suelto un gemido ronco cuando el clímax me golpea demasiado rápido y fuerte, con una descarga eléctrica que me deja momentáneamente vacío y exhausto.

Me quedo inmóvil durante un largo rato, con la respiración pesada rompiendo el silencio. Me limpio con un pañuelo de lino y me arreglo la ropa, sintiendo cómo el frío de la razón vuelve poco a poco.

Miro la mesa de roble, el tablero de ajedrez de mármol y el peso de la corona que me espera al amanecer. El deseo por Amira es una grieta en mi armadura, un error de cálculo que puede costarme el reino. Si empiezo a mirarla como a una mujer, y no como a una obligación, el Consejo olerá sangre.

Me levanto y camino hasta la ventana. Contemplo el horizonte a través del cristal blindado. El sol está a punto de salir y, con él, la necesidad de ser el soberano que Al-Zafiriah exige. Necesito recuperarme y volver a ser el hombre en el que me he convertido.

Amira seguirá siendo mi prometida, seguirá bajo mi custodia, pero ahora sé que mi mayor enemigo no está sentado en las sillas del Consejo. Está encerrado en la habitación del ala este, vestido de seda blanca y oliendo a jazmín.



Capítulo 9

Parpadeo lentamente cuando la luz de la habitación se enciende de forma abrupta. Me despierto sobresaltada y lo primero que recuerdo es el sueño que tuve con Malik, lo que hace que se me enrojezcan las mejillas.

Me estaba besando, metiéndome las manos en el pelo y empujándome contra una de las columnas de mármol. Trago saliva, sintiendo cómo mi cuerpo se calienta y una sensación extraña recorre mis entrañas.

Farrah entra apresurada, con una tableta de control en la mano; detrás de ella entran dos camareras que llevan un carrito plateado con café turco y toallas calientes.

—Buenos días, señora. Por favor, tiene que levantarse —susurra, consultando el horario en la pantalla—. La Sultana Madre ya está en el salón de té y las costureras reales acaban de pasar el control de seguridad del patio. Si la encuentran en la cama, el día va a ser un infierno para las dos.

Me siento en la cama con dosel, con el corazón aún acelerado, no por el susto de la luz, sino por el rastro del sueño que se niega a desvanecerse. Siento que me arde la cara y, en mi mente, Malik aún me aprieta contra el mármol frío, con sus grandes manos perdidas en mi cabello suelto, su boca reclamando la mía con un hambre que no sabía que existía.

Trago saliva, sintiendo un calor persistente entre los muslos que me hace odiar mi propia traición biológica.

—Farrah —murmuro, tratando de recuperar la voz mientras ella deja la tableta sobre la mesita de noche lacada—. Tengo que preguntarte algo.

—Por supuesto, señora.

—Esta madrugada vi al jeque con una mujer. En el ala sur. ¿Quién es ella?

Farrah se detiene y hace un gesto a las camareras para que salgan de la habitación. Parece dudar un poco, lo que me pone en alerta. Echa un vistazo al monitor de seguridad en la pantalla de la tableta antes de inclinarse para hablar conmigo.

—No debería hablar de eso, señora.

Niego con la cabeza.

— Llámame Amira. Tenemos casi la misma edad y odio que me llames señora —admito.

Farrah lo piensa un poco, pero le dedico una sonrisa cordial que la hace asentir.

—*Amira,* el jeque es un hombre que valora la discreción absoluta sobre lo que ocurre en esas horas —susurra, arreglando las toallas calientes con dedos nerviosos.

—Me miró como si fuera un obstáculo en su camino. No intentes ocultarme lo obvio.

Farrah se muerde el labio, con la mirada fija en la puerta.

—Se llama Dunya. Es hija de uno de los oficiales del alto mando del Submundo. Lleva años en el palacio, Amira. Dicen que es la única persona a la que Malik permite acercarse cuando se apagan las luces. No tiene título, pero cuenta con su confianza, si sabes a lo que me refiero.

La humillación de saber que seré la novia de escaparate, mientras esa mujer ocupa su cama, me quema como ácido en la garganta.

—Entendido. Yo me quedo con la firma del contrato, mientras que ella se queda con el hombre —concluyo, sintiendo cómo mi nueva realidad ahoga cualquier vestigio del sueño que tuve.

Me levanto de la cama, dejando que el frío del suelo suba por mis pies descalzos.

—Precisamente por eso, hoy tienes que estar impecable. Dunya puede quedarse con las madrugadas, pero tú tendrás el sello real, el nombre y el poder sobre este reino. No le des el placer de verte vulnerable.

El sonido de pasos firmes y el tintineo de joyas de platino resuenan en el pasillo. La puerta se abre con autoridad. La Sultana Madre entra, envuelta en una túnica de seda azul oscuro, seguida de un séquito de costureras que llevan escáneres corporales y rollos de telas que cuestan una fortuna.

Su mirada hacia mí es clínica, un rayo X que busca cualquier signo de debilidad en mi rostro.

—Espero que hayas dormido lo suficiente, Amira —dice la Sultana Madre en un tono cortante—. El tiempo para el duelo y la negación acaba de expirar. A partir de ahora, el Estado te moldeará para lo que este trono exige. Quítate esa camisola, quiero ver las medidas exactas de la mujer con la que mi hijo ha decidido casarse.



La Sultana Madre se acomoda en el sillón de terciopelo, observando cómo las costureras desenrollan metros de una seda tan clara que parece líquida. La habitación, que antes era mi refugio, se ha convertido en un centro de mando estético.

Farrah me ayuda a quitarme la camisola y me quedo solo en ropa interior mientras las mujeres se acercan con escáneres corporales portátiles y cintas métricas de seda.

Siento la mirada de mi futura suegra posarse sobre cada cicatriz invisible de mi duelo. No lleva el velo formal dentro de los aposentos, dejando su rostro maduro y severo totalmente al descubierto, enmarcado por joyas de platino que brillan bajo la luz empotrada del techo.

—Estás delgada, Amira —comenta la Sultana Madre, haciendo una señal para que una de las costureras ajuste el busto en el maniquí digital—. Tu rostro está muy pálido, sin vida. Tienes que aprender a usar el maquillaje a tu favor; los ojos apagados transmiten derrota, y Al-Zafiriah no tolera a los perdedores.

—Su Alteza, yo…

—No quiero que mi hijo se case con un fantasma —me interrumpe, y trago saliva. —Come lo que traiga Farrah, o yo misma haré que la dieta sea una orden real.

—Es difícil tener apetito en la cárcel, Alteza —respondo, manteniendo los brazos abiertos mientras el frío de la tela roza mi piel.

Ella deja escapar una risa irónica, que no llega a sus ojos.

— ¿Prisión? —La mujer camina a mi alrededor, evaluando el corte de la seda dorada como si estuviera inspeccionando una mercancía de lujo—. Llámalo como quieras, Amira, pero ten por seguro que las rejas de oro de este palacio son lo único que impide que el resto del mundo devore lo que queda de tu nombre.

La Sultana Madre se detiene frente a mí y hace una señal a Farrah, que se acerca con la tableta de inventario en las manos.

—Farrah, haz que traigan el kit de maquillaje de la línea real. Pide que traigan los tonos tierra y el *kohl* más denso que tengan en el almacén privado. —Vuelve la mirada hacia mí, mirándome a los ojos—. Esas ojeras son un insulto al linaje de Al-Zafiriah. Si no puedes dormir, al menos ten la decencia de ocultar el rastro de tu

debilidad. Nadie tiene por qué saber que te pasaste la noche llorando en un rincón.

—No estaba llorando —replico, esbozando una sonrisa forzada —. Además, el palacio es un lugar muy animado a altas horas de la madrugada. Es difícil descansar con tanto ajetreo en los pasillos.

Las costureras intercambian miradas rápidas y vuelven a bajar la cabeza, concentradas en sus patrones de costura. La Sultana Madre arquea una ceja, con la comisura de los labios esbozando una sonrisa fría que me dice que sabe exactamente a quién me encontré en el ala sur.

—El palacio nunca duerme, y Malik menos aún. Si buscas un marido que te espere con flores y poesía, estás en el desierto equivocado. Él es el jeque. Lo que haga con sus propias horas de insomnio no es asunto tuyo hasta que se firme el contrato. Y, después de eso, solo será si él lo permite.

—He visto a Dunya —digo el nombre con un peso que hace que la Sultana endurezca la postura—. No parecía considerar el contrato tan irrelevante.

La Sultana-Madre se acerca a mí, aparta a la costurera con un gesto seco y me sujeta la barbilla con los dedos adornados con anillos de oro blanco. El tacto es firme, una presión que exige toda mi atención.

— Escucha bien. Dunya es una distracción necesaria para un hombre que lleva el peso de Al-Zafiriah sobre sus hombros. Ella sabe cuál es su lugar. No seas infantil y te metas en esa competencia.

— No estoy compitiendo, Su Alteza.

Me suelta la cara y vuelve a fijarse en los pliegues del vestido.

—Malik respeta la fuerza, no las quejas. Si quieres que te vea, deja de actuar como una víctima del destino y empieza a comportarte como la mujer que Samir creó para ser invencible.

Me quedo inmóvil mientras el rastro del toque de la Sultana-Madre aún me arde en la barbilla. El peso de sus palabras resuena

en las paredes de mármol, creando un nudo de confusión en mi pecho. ¿Me defiende o me ataca? En un momento, me reduce a una carga; al siguiente, exige que recupere la fuerza del linaje de Samir.

Hace una señal a las costureras para que continúen. La tela dorada comienza a tomar forma alrededor de mi cuerpo, aprisionándome en una estructura pesada y opulenta que parece una armadura de seda.

—El banquete de compromiso es mañana por la noche —continúa, volviendo a su sillón y consultando una notificación en el móvil—. Solo quedan cuatro días para la boda. Zaid y los demás miembros del Consejo estarán allí, y buscarán cualquier indicio de desavenencia entre tú y Malik. Si él parece distante o tú pareces humillada, atacarán incluso antes de que se intercambien los anillos. Dunya no es tu problema, Amira. La supervivencia de tu linaje sí lo es.

Trago saliva mientras los alfileres se clavan en el dobladillo del vestido. Me miro en el espejo de cuerpo entero y apenas reconozco a la mujer que me devuelve la mirada. El oro de la seda brilla contra mi piel, pero mis ojos aún llevan la sombra del pasillo oscuro y el brillo de posesión que vi en los ojos de Dunya.

—Estaré lista —murmuro, más para mí misma que para ella.

—Estupendo —concluye la Sultana Madre, levantándose para salir.

La observo caminar hacia la puerta con una elegancia que parece una armadura. Esa dualidad de la nobleza de Al-Zafiriah es un laberinto y me está dejando confundida.

No consigo descifrar si lo que siente por mí es desprecio o una forma brutal de protección. Habla de fuerza, pero me trata como un contrato firmado bajo protesta. Quizás, para personas como ella, no exista diferencia entre una aliada y una herramienta del Estado.

La Sultana Madre se detiene en la entrada, girándose lo justo para que la luz del techo resalte la severidad de su perfil.

—Quererte es un lujo que el Estado no me permite ahora, Amira. ¿Pero necesitarte? Eso es una necesidad. —Se ajusta el brazalete de platino en la muñeca—. No confundas mi frialdad con enemistad. Quiero una reina en el trono, no una muñeca de porcelana que se rompe al ver la sombra de otra mujer en el pasillo.

Hace un gesto seco para que Farrah se acerque.

—Prepara el kit de maquillaje de la línea real. Y asegúrate de que use el *kohl* denso para cubrir esas ojeras. Si Malik la ve mañana con ese semblante de derrota, perderá el poco respeto que aún le queda por su resistencia.

—Sí, Alteza —Farrah se inclina profundamente.

—Y come, Amira. —La orden final llega por encima del hombro, ya en la puerta—. No quiero que las joyas de la familia le queden holgadas en el cuello. Su peso exige sustancia.

La Sultana Madre se marcha sin despedirse, dejando el aire cargado con el aroma del sándalo y la sensación de que he sido evaluada y considerada insuficiente. Miro al espejo y veo a las mujeres arrodilladas a mis pies, ajustando el dobladillo de un vestido que cuesta más que la vida de muchos súbditos.

—Tiene razón en una cosa, *señora…* Amira —murmura Farrah, empezando a soltar los ganchos del prototipo—. El *kohl* en los ojos no sirve solo para la belleza. Oculta lo que no queremos que vea el enemigo.

Me quedo en silencio mientras me ayuda a salir de la pesada estructura del vestido. La confusión continúa dentro de mi cabeza y de mi corazón, palpitando. La Sultana Madre quiere una muralla, Malik quiere una prisionera y Dunya quiere mi lugar.

Y yo, en medio de ellos, intentando entender qué pensaba mi padre cuando decidió entregarme en bandeja.

Después de volver a ponerme la camisola, aprieto la tela contra mi pecho. No me dan cariño, pero me dan armas. Queda por ver si sabré usarlas antes de que se vuelvan contra mí.

Las costureras recogen los escáneres y los rollos de seda, dejando la habitación en silencio mientras salen. Farrah se queda, observándome con la cabeza ligeramente inclinada.

—Tienes unos ojos tan bonitos, Amira —dice, acercándose con la tableta en las manos—. Un poco de maquillaje y el pintalabios adecuado resaltarán esa fuerza que intentas ocultar.

Camino hacia la ventana, observando el reflejo de la mujer dorada que vi en el espejo hace unos minutos. Esa no era yo, era propiedad de Malik.

—Nunca me han importado tanto esas cosas —admito en voz baja.

—¿Por qué no?

—Las chicas del colegio eran mi prioridad —respondo, y una sonrisa involuntaria surge al recordar esos rostros ávidos de aprender—. ¿No crees que nuestro país es un poco injusto con las mujeres, Farrah? Quería darles una perspectiva. Quería que entendieran que el conocimiento es lo único que nadie, ni siquiera un jeque, puede robarnos.

Farrah asiente lentamente, y su mirada pierde la neutralidad profesional por un breve segundo. Me dedica una sonrisa sincera, la primera que me parece real desde que llegué.

—Puedes preocuparte por ellas y, aun así, ser una mujer hermosa, Amira. La belleza aquí no es una futilidad. Es el escudo que usas mientras planeas tu próximo paso.

Ella deja la tableta sobre la mesa lacada y empieza a ordenar las toallas, mientras yo me quedo quieta, asimilando el consejo.

Si el conocimiento es poder y la belleza es un escudo, quizá tenga más herramientas de las que Malik imagina.

—Voy a buscar el kit de maquillaje. Descansa un poco. Mañana será un día largo.

Ella sale, dejando la puerta entreabierta. La tableta sigue sobre la mesa, con la pantalla brillando, mostrando el horario de seguridad del palacio. Mi corazón se acelera.

El conocimiento es lo único que no pueden robarme, pero también es lo único que puede sacarme de aquí.

Me quedo inmóvil hasta que el sonido de los pasos de Farrah desaparece en el pasillo. Camino hacia la mesa de laca, mis dedos vacilan un segundo antes de tocar la pantalla de cristal.

La interfaz es limpia, protegida por un reconocimiento biométrico que, por suerte, Farrah no bloqueó tras la salida de la Sultana Madre.

Deslizo el dedo por las notificaciones de seguridad y mis ojos se detienen en un icono rojo parpadeante en la parte superior de la lista de protocolos activos.

Protocolo de Vigilancia Nivel 4 – Aposentos Este.

Abro el registro de actividades y siento cómo se me va la sangre de la cara. Malik ordenó una vigilancia biométrica y térmica en tiempo real para mi habitación tras el incidente de la madrugada.

Ese hombre me está vigilando.

Maldito sea. Quiere predecir mis pasos incluso antes de que yo los decida.

Irritada, salgo del registro de vigilancia y abro el mapa de la infraestructura de Qasr al-Nujum. Necesito una salida que no dependa de puertas electrónicas ni de reconocimiento facial.

El banquete de mañana por la noche es mi única oportunidad. El palacio estará lleno de dignatarios, equipos externos de catering y guardias de seguridad del Consejo que no responden directamente ante Malik.

El caos es la única cobertura que me ofrece el desierto.

Observo el trazado de las cocinas industriales en el ala norte. Hay un conducto de ventilación técnico que elude el sistema de seguridad principal para evitar interferencias en los sensores de

humo. Si consigo llegar allí durante el apogeo del banquete, cuando Malik esté demasiado ocupado siendo el soberano que Al-Zafiriah exige, podré llegar al patio de servicio.

Si me quedo, seré la esposa de escaparate de un hombre que me vigila como a un animal de laboratorio. Si huyo, me llevo conmigo la oportunidad de ser lo que mi padre planeó. El riesgo de que Malik me dé caza en el desierto es menor que la certeza de morir lentamente dentro de esta jaula dorada.

Oigo el tintineo de frascos en el pasillo. Farrah está volviendo.

Bloqueo la pantalla de la tableta y vuelvo al sillón, cogiendo un libro de poesía cualquiera que estaba sobre la mesa. Cuando ella entra con la caja de terciopelo negro que contiene los cosméticos reales, mi rostro es una máscara de aburrimiento.

—¿Has encontrado el descanso que ordenó la Sultana Madre? —pregunta Farrah, colocando el kit sobre el tocador.

—El descanso es un concepto abstracto en este palacio, Farrah —respondo, cerrando el libro—. Pero estoy lista para el maquillaje. Vamos a ocultar estas ojeras.

Ella sonríe, creyendo que por fin he aceptado mi destino. Farrah no sabe que el *kohl* denso que me aplicará mañana en los ojos no servirá para realzar mi belleza ante Malik. Servirá para ocultar el brillo de quien ya ha decidido que no pasará toda su vida encerrada entre estas paredes.



Capítulo 10

El brillo azulado de las pantallas del Centro de Mando es la única luz que ilumina mi rostro. Mis dedos vacilan sobre el panel táctil durante una milésima de segundo antes de deslizarse, activando la transmisión de vídeo de las Habitaciones del Este.

Es la primera vez que rompo el protocolo de privacidad que yo mismo establecí desde que ella llegó. Pero el recuerdo de la madrugada, de verla vestida de esa manera y del contraste de su largo cabello contra la piel pálida, se ha convertido en una obsesión que ni siquiera el placer solitario y urgente de hace unas horas ha logrado apaciguar.

La imagen aparece en alta definición. Las costureras están terminando el trabajo, y Amira está de pie en el centro de la habitación, vestida solo con ropa interior de encaje claro mientras las mujeres recogen las cintas métricas.

Por Alá.

Es aún más perfecta de lo que imaginaba bajo las capas de *abayas* y vestidos pesados. Pequeña, pero con curvas que parecen diseñadas para encajar exactamente bajo la presión de mis manos.

Su piel brilla bajo la luz de la habitación, pareciendo tan suave como la seda que acaba de probar. Siento un deseo visceral de experimentar esa textura contra mis palmas, de marcar esa

blancura con mi posesividad, al mismo tiempo que detesto la vulnerabilidad que ese deseo me impone.

Observo cómo Farrah y las demás se marchan, dejándola sola. Amira no se mueve de inmediato, parece un pájaro acorralado, pero hay algo en la forma en que tensa los hombros que no encaja con la derrota.

Se dirige hacia la mesa lacada y coge la tableta que Farrah, en un descuido imperdonable, ha dejado atrás. El brillo de la pantalla ilumina su rostro, resaltando la concentración que le tensa la mandíbula.

Con una orden de voz en voz baja, cambio el ángulo de la cámara oculta en el techo, girando la lente hasta que el monitor principal del Centro de Mando muestra exactamente lo que ella sostiene entre las manos.

Mis ojos siguen el rápido movimiento de sus dedos sobre el cristal. No está perdiendo el tiempo con redes sociales ni mensajes de despedida. Amira ha accedido al registro de seguridad y, a continuación, al mapa de la infraestructura de ventilación del ala norte.

Una sonrisa cínica se dibuja en mis labios al verla detener el cursor sobre el patio de servicio de las cocinas industriales.

—¿Así que eso es, Amira? —susurro a la pantalla, sintiendo cómo la sangre me late con una peligrosa expectación.

Está trazando una ruta de escape.

Es adorable, de una forma casi trágica, que crea que puede ser más rápida que el sistema que yo mismo diseñé para que fuera impenetrable.

Apaga la pantalla en cuanto oye regresar a Farrah, adoptando esa expresión de altivo aburrimiento que utiliza como escudo. Me recuesto en el sillón de cuero, observándola mientras deja que Farrah le aplique las cremas y los perfumes. Cree que el *kohl* ocultará sus planes, pero yo ya he visto más allá de la máscara.

Quiere escapar de la prisión de oro. Poco sabe ella que, al intentar escapar, solo me está dando el pretexto perfecto para cazarla en el desierto y demostrarle que, en Al-Zafiriah, no hay lugar donde pueda esconderse de mí.

Quiero ver el momento exacto en que su esperanza se convierta en pavor cuando se dé cuenta de que el desierto no es un refugio, sino solo una extensión de mi dominio.

Salgo del Centro de Mando aún sintiendo la sangre latir en mis sienes. El pasillo de hormigón en bruto, oculto bajo los niveles de mármol del palacio, resuena con el sonido sordo de mis botas.

En la antesala de seguridad hay tres hombres de mi guardia personal, sombras que no visten uniformes reales, sino el negro táctico de las operaciones de campo, que se ponen firmes en cuanto me ven.

Hago una señal para que el comandante de la unidad, Jibril, se acerque. Es un hombre que sirvió a mi padre y ahora guarda mis secretos más oscuros sin cuestionar nada.

Amira es inteligente, una herencia directa de la astucia de Samir, y sería un tonto si subestimara lo que esa mente es capaz de urdir bajo presión. Hoy no intentará nada, con la vigilancia redoblada y los pasillos vacíos.

Pero con el caos del banquete de mañana, la afluencia de extranjeros, la guardia dividida entre el salón y el perímetro, no dejará pasar esa oportunidad. Si yo estuviera en su lugar, haría exactamente lo mismo. Su error es creer que el caos es un territorio que aún no he explorado.

—Mañana por la noche, en pleno apogeo del banquete de compromiso —comienzo, con mi voz cortando el aire acondicionado helado del búnker—, Amira intentará acceder a los conductos del ala norte. Intentará llegar al patio de servicio de las cocinas.

Jibril frunce el ceño y lleva la mano a la radio que lleva en el cinturón.

—Reforzaré el perímetro exterior de inmediato, jeque. Nadie atravesará las vallas térmicas.

—No —lo interrumpo, sin apartar la mirada de la suya—. Vas a dar órdenes para que las cámaras de esa zona entren en ciclo de mantenimiento manual. Quiero que se desactiven los sensores de movimiento del conducto 4-C.

Jibril se queda paralizado. Abre la boca, la cierra y parpadea, visiblemente desorientado por la ruptura de todo el protocolo de seguridad que él mismo ayudó a construir.

—Su Majestad, no lo entiendo. Si llega al patio de servicio, tendrá acceso a los vehículos de reparto. Podría desaparecer en el desierto en cuestión de minutos.

—Es exactamente lo que has oído, Jibril. —Doy un paso adelante, invadiendo su espacio hasta que sienta el peso de mi autoridad—. Abran paso. Dejen que crea que ha vencido a mi sistema, que sienta el sabor de la arena y la ilusión de la libertad.

El guardia traga saliva, la perplejidad estampada en su rostro marcado por cicatrices. Mira a los otros dos hombres, que permanecen como estatuas, y luego vuelve a mí, buscando alguna señal de que estoy poniendo a prueba su lealtad.

—¿Su Majestad quiere que deje escapar a la futura reina? ¿En medio de un acto en el que está presente el Consejo? Si le pasa algo ahí fuera…

—No le pasará nada —sentencio, con voz baja y peligrosa—. He consultado los satélites meteorológicos y hay un frente de polvo procedente del Cuadrante Vacío. Una tormenta de arena de gran magnitud azotará el oasis de Al-Sarab y las rutas circundantes cuatro horas después del inicio del banquete.

Jibril abre ligeramente los ojos, pero parece empezar a comprender la estrategia de mi caza.

—Bloqueen todas las rutas de huida con patrullas visibles, excepto el sendero que lleva al desierto abierto hacia el sur —ordeno, sintiendo un placer sombrío al trazar el destino de Amira—.

Quiero que vea a los guardias por todas partes, menos en esa dirección. Voy a acorralar su voluntad hasta que el único camino libre sea exactamente hacia donde la llevará la tormenta.

Hacia mis brazos.

—Entendido, Majestad —responde por fin, inclinando la cabeza en señal de sumisión absoluta—. El camino estará despejado. Le avisaremos en cuanto cruce la última barrera.

—Estupendo. ¿Y Jibril? Si un solo dedo de otra persona la toca antes que yo, su cabeza será la primera en rodar por el patio.

Me doy la vuelta y estoy a punto de salir de la antecámara, cuando detengo mis pasos y vuelvo mi atención hacia él.

—Entendido, Majestad.

— Deja a Safira ensillada y lista en los establos del ala norte. Quiero que esté alimentada y equipada media hora antes del comienzo del banquete.

El comandante de la guardia parpadea, y la confusión da paso ahora a una comprensión tácita y sombría. Safira es mi yegua de pura sangre árabe de pelaje negro, el animal más veloz y temperamental de Al-Zafiriah. Es mi animal de caza personal.

—¿La yegua? —pregunta Jibril, con la voz quebrada por un breve instante—. ¿Su Majestad pretende…?

—He dicho que la tengan lista —lo interrumpo, con la mirada gélida clavada en la suya—. Y asegúrate de que no se vea a ningún empleado de las caballerizas por allí. Safira y yo esperaremos vuestra señal.

Jibril traga saliva, y su postura se vuelve aún más rígida. Sabe que, si estoy pidiendo a Safira, no pretendo usar uno de los todoterrenos blindados para seguir a Amira. Pretendo alcanzarla en el silencio del desierto, donde el motor de un coche no delataría mi llegada. Quiero el sonido de las pezuñas contra la arena y el viento en la cara mientras la acorralo.

—Sí, Majestad —responde él, inclinándose profundamente esta vez—. Safira estará lista en los establos del ala norte. En cuanto la señora Amira cruce el perímetro de las cocinas, usted será el primero en saberlo.

—Estupendo. También quiero que envíe un equipo de avanzada a Al-Sarab ahora mismo.

Aunque se sorprende al oír el nombre de mi refugio privado en el Cuadrante Vacío, asiente.

El lugar se encuentra a tres horas a caballo a toda velocidad de cualquier civilización. Es una estructura de una sola planta, construida con hormigón pulido y vidrio resistente a la arena, escondida entre dunas que se mueven con cada tormenta. Allí, el silencio es la única ley que respeto. Cuenta con los mismos lujos que este palacio: la automatización, la bodega climatizada, el mármol calefactado, pero no hay testigos.

Pienso llevarla allí.

Quiero ver la expresión en el rostro de Amira cuando la puerta de cristal se abra al horizonte infinito, donde el cielo y la arena se funden en un naranja implacable.

En Al-Sarab, comprenderá que la inteligencia de la que tanto se enorgullece no sirve de nada frente a la inmensidad que yo domino. Allí no habrá escuelas que salvar, ni protocolos que seguir. Solo estaremos ella, yo y la conciencia de que su supervivencia depende exclusivamente de mi voluntad.

—¿Al oasis, señor? Pero allí es…

— Lejos de todo. Lo sé. —Doy un paso adelante, invadiendo su espacio—. Quiero el lugar listo, con la climatización activada, el almacén de provisiones completo y comida para la yegua.

Si Amira desea tanto conocer la libertad del desierto, voy a concederle su deseo. La llevaré a donde el horizonte no tiene fin y el único camino de vuelta pasa por mí. Quiero que ella entienda que, si la soltara en esa arena, moriría antes de encontrar la primera carretera.

Jibril asiente, la comprensión venciendo por fin a la duda. Sabe que Al-Sarab es el lugar donde no hay testigos, solo la inmensidad que yo domino.

—Entendido, Majestad. Al-Sarab estará listo para mañana. Y Safira estará ensillada en los establos del ala norte para su partida.

—Perfecto. Vuelve a tu puesto.

Me dirijo hacia el ascensor privado que me llevará de vuelta a los niveles superiores del palacio. Amira cree que ha encontrado una falla en mi sistema, una ruta de escape entre los conductos de ventilación y los patios de servicio. Poco sabe ella que solo estoy abriendo la puerta de la jaula para ver hasta dónde es capaz de volar antes de que la alcance.

El desierto es mi dominio, y Safira conoce cada duna. Mañana por la noche, Amira aprenderá que, en Al-Zafiriah, la libertad no es más que una correa más larga que yo le permito llevar.



Capítulo 11

Farrah termina de abrochar el último corchete en mi espalda. La tela es una obra maestra de la ingeniería textil, una seda tan densa que parece una armadura líquida, moldeada a mi cuerpo con una presión que no permite ni un solo movimiento en falso ni una respiración profunda.

El escote sube alto, envolviendo mi cuello en un cuello rígido, totalmente cubierto por bordados de hilos de oro que forman patrones ondulados, imitando las dunas infinitas bajo el sol del mediodía.

Es un diseño que ahoga y deslumbra al mismo tiempo.

—Ya estás lista, Amira —murmura Farrah, apartándose para que vea el resultado en el espejo de cuerpo entero.

El reflejo ya no es el de Amira, la hija de Samir que llevaba el luto sobre los hombros. Es el de la futura reina de Al-Zafiriah. El *kohl* denso que Farrah me ha aplicado en los ojos crea un contraste violento con la palidez de mi piel, transformando mi mirada en algo agudo y sombrío.

Las joyas de la familia, un collar de esmeraldas y diamantes que perteneció a la abuela de Malik, pesan contra la base de mi garganta, un collar de millones de dólares que me mantiene erguida por pura necesidad física.

Toco la piedra central, sintiendo el frío del mineral contra el calor de mi piel. Cada gramo de ese oro es un horrible recordatorio del contrato que firmé con mi silencio.

—Ha quedado perfecto —digo, con voz mecánica, desprovista de cualquier rastro de mi vacilación.

El sonido del laúd y los *derbakis* comienza a subir por los pasillos, una melodía rítmica que vibra contra la planta de mis pies.

El banquete ha comenzado.

Miro hacia arriba, a la rejilla del conducto de ventilación en la esquina del techo. El mapa que memoricé en la tableta de Farrah está grabado en mi mente como una ruta de supervivencia.

Cocina, ala norte, patio de servicio.

Si consigo cruzar el salón sin que Malik se dé cuenta, el desierto será mi única oportunidad.

—El jeque se quedará sin aliento —comenta Farrah, cogiendo el frasco de perfume de jazmín.

Poco sabe ella que el aliento que Malik perderá no será por la belleza de este vestido, sino por la audacia de lo que pretendo hacer.

El sonido de la orquesta se intensifica, indicando que la entrada real está cerca. Respiro hondo, sintiendo cómo el corsé, oculto bajo la seda, me oprime las costillas.

—Vamos—, digo, dando el primer paso hacia la puerta.

El sonido de mis tacones contra el mármol resuena como una cuenta atrás. Atravieso el pasillo este, donde la guardia personal de Malik está apostada cada cinco metros. No me miran a los ojos, permanecen inmóviles como palmeras.

Aun así, me siento observada, no exactamente por ellos, sino por las cámaras ocultas que sé que Malik supervisa personalmente.

Cuando se abren las puertas dobles del salón principal, la luz de las lámparas de cristal me golpea como un puñetazo. Cientos de rostros se vuelven hacia mí. Y allí, al final de la alfombra carmesí, en

el trono que parece esculpido en una sola roca de obsidiana, está Malik.

Lleva un traje italiano de corte impecable, tan oscuro como su mirada, pero, sobre los hombros, lleva un toque de tradición al lucir un *bisht* de seda negra con bordados en hilos de oro auténtico. La capa flota ligeramente a sus espaldas mientras se levanta, lo que le confiere una postura dominante y peligrosa, que me hiela incluso desde la distancia.

El contraste entre la modernidad del traje y la imponencia de la capa negra reafirma que él es el señor de dos mundos. Todos permanecen en silencio, observando al jeque moverse al son de la música árabe que aún resuena de fondo.

Los invitados parecen contener la respiración, y el Consejo se limita a observar.

Malik desciende el primer escalón del estrado, con los ojos fijos en los míos con una intensidad que parece querer arrancar el mapa de la huida directamente de mi mente.

Camino hacia el trono, calculando cada paso para que la seda del vestido no delate el ligero temblor de mis piernas. La música árabe, con el lamento agudo de las flautas y el ritmo persistente de los tambores, llena el espacio, marcando el compás de mi marcha fúnebre disfrazada de compromiso matrimonial.

Malik permanece de pie, una silueta de autoridad absoluta recortada contra el tapiz real. Su mirada no vacila, y me observa como un coleccionista que evalúa una adquisición por la que ha pagado un precio demasiado alto.

Cuando llego al pie de la tarima, él extiende su mano enguantada.

—Estás magnífica, Amira —dice, con la voz proyectada para que los miembros del Consejo, sentados a la larga mesa, escuchen la aprobación de su soberano.

Mantengo la barbilla en alto, sintiendo el peso de las esmeraldas contra la garganta.

—Gracias, Majestad —respondo, manteniendo un tono neutro mientras coloco mi mano sobre la suya.

En el instante en que nuestros dedos se tocan, una corriente eléctrica recorre mi brazo, un calor repentino que enciende mi piel. El contacto es firme, una promesa de posesión que atraviesa la tela y hace que mi cuerpo traicione cada una de mis convicciones.

Siento un deseo humillante de cerrar los ojos e inclinarme hacia ese calor, de dejar que su fuerza me sostenga en lugar de oprimirme.

Lucho contra la reacción física, obligando a mis pulmones a funcionar a pesar del corsé y del deseo. El fuego que él enciende con un simple toque es más peligroso que cualquier guardia en la puerta de mi habitación.

Malik cierra los dedos sobre los míos, apretándolos lo suficiente para que sienta la presión de su dominio. Sonríe, un mínimo movimiento de labios que indica que ha sentido el pequeño sobresalto de mi pulso bajo su palma.

—Vamos —murmura, conduciéndome al lugar de honor—. El Consejo está ansioso por ver a la mujer que ha captado la atención del jeque.

Camino a su lado, odiando la forma en que mi cuerpo parece ajustarse perfectamente al ritmo de sus pasos, como si hubiéramos sido hechos para marchar juntos hacia el abismo.

Malik se inclina ligeramente hacia mí, un movimiento que, para quien lo observa desde lejos, parece un gesto de cariño. El aroma a sándalo y cuero que emana de él invade mis sentidos, nublando por un segundo mi concentración.

—La joya de la familia te queda muy bien —susurra, con los labios rozando casi el lóbulo de mi oreja—. Pero el brillo de tus ojos… eso es nuevo. Casi parece que estás anticipando algo más emocionante que una cena de Estado.

Siento que mi corazón se salta un latido. Mantengo la mirada fija en la copa de cristal que tengo delante, negándome a darle la

satisfacción de ver mi pánico.

—Ser la futura reina de Al-Zafiriah exige mucho de una mujer, Malik. Es solo eso.

—En efecto —asiente él, y hay un tono de sarcasmo gélido en su voz que me pone los pelos de punta—. Exige lealtad absoluta. Y una comprensión clara de que, en este palacio, nada ocurre sin mi consentimiento.

La sangre se me hiela en las venas.

Malik no espera a que el sirviente situado detrás de mi silla se mueva. Con un gesto imperioso, aleja al hombre con la mirada y agarra el respaldo de madera tallada. Es una ruptura del protocolo que provoca un murmullo bajo a lo largo de la mesa del Consejo, pero a él no le importa.

Siento el calor de su cuerpo detrás de mí mientras me siento. Se inclina para empujar la silla, y la seda de su *bisht* roza mis hombros. Malik mantiene las manos sobre el respaldo un segundo más de lo necesario, rodeándome. El aroma a sándalo y la presión de su presencia hacen que el aire del salón sea difícil de respirar.

Vuelve a sentarse a mi lado con una calma aterradora, haciendo una señal para que sirvan el primer plato. La música continúa, los invitados vuelven a conversar en un murmullo sordo, pero, para mí, el mundo se ha reducido al espacio entre nuestras sillas.

Miro el conducto de ventilación en lo alto de la pared opuesta, la rejilla metálica burlándose de mi plan.

Malik toma su copa de cristal, sus largos dedos rodeando el cristal con una lentitud deliberada. No aparta la mirada de la mía ni por un segundo. Con la otra mano, llama la atención de los invitados, golpeando ligeramente la plata, y se levanta para brindar.

—Por Al-Zafiriah —anuncia, con voz rica y firme, mientras el salón se queda en silencio al instante—. Y por nuestra futura reina.

Un coro de voces repite el brindis, un estruendo de aclamaciones que resuena en las paredes del palacio.

Malik se lleva la copa a los labios, pero no aparta los ojos de los míos. Bebe como si estuviera sellando un pacto de sangre, y la forma en que tensa la mandíbula al tragar me revuelve el estómago.

Se sienta, y la silla cruje ligeramente por su peso. La cena comienza oficialmente, los sirvientes inician la coreografía de platos de plata y aromas de especias, mientras todos empiezan a conversar.

Malik no me mira; divide su atención entre el plato y los invitados que más le interesan. Pero, para mi sorpresa, su mano izquierda se desliza hacia un lado, por debajo del mantel de lino grueso —que cae como una cortina impenetrable, ocultando nuestras piernas de cualquier mirada curiosa— y posa la palma sobre mi muslo.

Me quedo completamente paralizada.

La presión es firme y posesiva. El calor de su mano atraviesa la tela del vestido con un fuego que me deja sin aliento de inmediato. Es un secreto ardiente entre nosotros, una caricia descarada que nadie en el salón, ni siquiera Zaid, que nos observa desde el otro lado de la mesa, es capaz de detectar.

¿Cómo se atreve a tocarme así? ¿Cómo se atreve a actuar con tanta familiaridad ante todo el Consejo, mientras me mantiene prisionera en este palacio y se acuesta con otra? ¿Cómo se atreve a actuar como si fuera mi dueño?

El contraste entre su expresión indiferente mientras escucha a un consejero y la fuerza con la que sus dedos se cierran sobre mi piel me deja aturdida.

Discretamente, intento moverme, aunque sea un milímetro, pero mis músculos no me obedecen. En lugar de repulsión, el contacto desencadena una oleada de calor que me sube por la espina dorsal, derritiendo la resistencia que me llevó horas construir.

El fuego que Malik enciende en mí me devuelve la neblina del sueño que me persigue desde ayer. Veo claramente la imagen de él presionándome contra una columna de mármol en algún pasillo oscuro del palacio, sus grandes manos perdidas en mi cabello, tirando de mi cabeza hacia atrás para exponer mi garganta a sus besos hambrientos. Siento la presión fantasmal de su cuerpo contra el mío, el deseo carnal que me hizo despertar jadeando y con la piel hormigueante.

Trago saliva, obligándome a llevarme un trozo de pan a la boca mientras el Consejo observa nuestra cercanía con sonrisas de satisfacción, creyendo que el jeque solo está siendo un novio dedicado.

Malik es un laberinto de contradicciones que me confunde y me desarma. El hecho de que desee el tacto del hombre que me vigila como a un animal de carga es la prueba definitiva de que debo huir.

Si me quedo, no solo perderé mi libertad ante las leyes de Al-Zafiriah; me perderé a mí misma ante el poder que él ejerce sobre mis sentidos.

Aprieta los dedos sobre mi piel, los nudillos presionando el músculo de mi muslo con una intensidad deliberada.

—Estás muy callada, Amira —comenta, con una voz que suena como un terciopelo peligroso—. ¿No te gusta el banquete?

—Todo está impecable, Majestad —respondo, con la voz más ronca de lo que pretendía—. Solo estoy ansiosa por que termine la noche —digo la última frase en voz baja, solo para que él la oiga.

Inclina la cabeza, un destello de diversión cruel cruzando sus ojos oscuros.

—Yo también. Hay ciertas cosas que solo pueden resolverse cuando se apagan las luces y los testigos finalmente nos dejan a solas.

El comentario suena como la promesa de un novio impaciente, cargado de una tensión sensual que me hace cuestionar

mi propia cordura por un segundo. No hay sospecha en su voz, solo la arrogancia de quien cree que mi cuerpo ya le pertenece, independientemente de lo que yo diga.

Siento un escalofrío recorrer mi espina dorsal, pero el pánico es sustituido por la urgencia de huir.

Casi media hora después, aprovecho cuando uno de los ministros se inclina hacia delante, gesticulando con entusiasmo sobre las nuevas concesiones petroleras en la frontera norte.

Malik aparta la mirada de mí por un segundo, y su mano izquierda abandona por fin mi muslo para gesticular a su vez. Es la oportunidad que necesitaba. El oxígeno vuelve a mis pulmones en el instante en que se rompe el contacto físico, pero la huella de su calor aún palpita bajo la seda.

—Con permiso, Su Majestad —susurro, aprovechando el murmullo de las risas alrededor de la mesa—. Necesito un momento para retocarme el maquillaje.

Malik no interrumpe la frase que dirige al ministro, pero sus ojos captan los míos con una lucidez aterradora. Asiente una sola vez, un movimiento casi imperceptible de cabeza que conlleva un permiso que nunca pedí.

Me levanto lentamente, con el corsé más apretado que nunca mientras camino por la alfombra carmesí hacia la salida lateral del salón. Siento que cada centímetro de mi espalda arde bajo su mirada, una presión que me acompaña a cada paso.

Tengo la sensación de que, si mirara atrás ahora, encontraría a Malik sonriendo ante mi propia ruina.

Cruzo el umbral de las puertas dobles y el sonido de la orquesta árabe se convierte en un eco amortiguado. El pasillo este está desierto, salvo por los guardias inmóviles que parecen no darse cuenta de mi prisa. Mis tacones golpean el suelo a un ritmo frenético.

Entro en el baño de mujeres del ala de gala y cierro la puerta de roble tras de mí. Me miro en el espejo: la futura reina de Al-

Zafiriah me devuelve la mirada con los ojos muy abiertos por el terror y la adrenalina.

El plan está en marcha.

Tiro del pequeño taburete de terciopelo hacia abajo, por debajo de la rejilla de ventilación que hay en la esquina del techo. El metal me resulta frío al contacto con las palmas de las manos cuando empiezo a aflojar los tornillos que dejé flojos ayer por la tarde. Mi corazón late con fuerza contra las costillas, ahogando el ruido de la fiesta que hay fuera.

Cocina, ala norte, patio de servicio. Repito las coordenadas como una plegaria a Alá mientras me quito el collar de esmeraldas y lo dejo sobre el fregadero. No quiero que me acusen de robar las joyas reales.

Me subo al taburete, noto cómo cede el metal y me meto en el conducto oscuro. El olor a polvo y metal invade mis fosas nasales y estornudo, lo que me paraliza por un segundo, pero sigo adelante en cuanto recupero el valor.

Si Malik cree que nuestra noche se resolverá entre cuatro paredes, primero tendrá que alcanzarme.



Capítulo 12

Entro en el baño y mis ojos recorren el mármol del lavabo, deteniéndose en el collar de esmeraldas. Las piedras verdes brillan bajo la luz fría, abandonadas como una piel mudada.

Una sonrisa lenta y depredadora surge en mis labios. Toco el cristal de la encimera, pero no recojo la joya.

—Inteligente —susurro al vacío—. Pero predecible.

Abro la puerta lateral que da a la antecámara privada y encuentro a Kaled esperándome. Rápidamente, me quito el *bisht* de seda negra y se lo entrego a mi hermano con un movimiento brusco. A continuación, me arranco el traje, dejando al descubierto la discreta funda bajo la camisa de algodón egipcio.

Kaled sujeta las vestiduras reales, arqueando una ceja mientras observa mi transformación.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, con un tono que oscila entre la diversión y la preocupación—. La futura reina desapareció hace diez minutos y ¿tú te estás desnudando?

—Voy a buscar a Amira —respondo, remangándome la camisa hasta los codos—. Ella cree que el desierto es un escondite. Voy a enseñarle que, para mí, es un mapa abierto.

Salgo hacia el pasillo de servicio que lleva a los establos del ala norte. Antes de que llegue a la salida, Zeynep, la maestra de

ceremonias, que también se encarga de mi agenda, me bloquea el paso.

Sostiene la tableta contra el pecho, con los ojos muy abiertos al verme sin el atuendo oficial en plena noche de gala.

—¿Su Majestad? —Planta los pies en el suelo, en estado de shock—. ¿Adónde cree que va? El brindis principal con los embajadores es en cinco minutos. No puede abandonar su propio evento de compromiso. El Consejo va a…

Me detengo a unos centímetros de ella, dejando que mi aura de autoridad haga que el pasillo se estreche de repente.

— Invéntate algo para esos viejos pesados, Zeynep —ordeno en tono áspero—. Diles que me he encontrado indispuesto o que ha surgido una urgencia de Estado en las fronteras. No me importa la mentira, siempre y cuando sigan bebiendo y comiendo.

— Pero, señor… ¿y la novia? —insiste ella, con la mano temblando ligeramente sobre el auricular.

Vuelvo la mirada hacia la oscuridad que se extiende más allá de las ventanas del palacio, donde el viento comienza a aullar sobre las dunas.

—La novia solo está viviendo su último momento de ilusión.

—De acuerdo, Majestad. Yo me encargaré de todo. —Es lo último que dice antes de hacer una reverencia y desaparecer de mi campo de visión.

— ¿Necesitas hombres?

Le lanzo una mirada de desprecio a mi hermano.

—No —le informo con una sonrisa sarcástica—. La llevaré a Al-Sarab.

Mi hermano frunce el ceño, confundido.

— ¿Por qué tan lejos?

—Para que aprenda que me necesita.

—Quieres atormentar a la pobre chica —replica en tono burlón, lo que me hace reír.

—Yo también —admito—. Hacía tiempo que no me sentía tan… animado —añado mientras le pongo la mano en el cuello a mi hermano y apoyo mi frente contra la suya con un movimiento rápido.

Retomo el paso, dejando atrás a Kaled.



Tiro de las riendas de Safira, sintiendo cómo vibran los músculos de la yegua bajo mis muslos. El viento del desierto, que aún arrastra algo del calor del día, me azota la cara, pero no aparto la mirada.

Estamos en la cima de una duna alta, donde la arena fina se desliza como un reloj de arena roto bajo sus cascos.

Saco los prismáticos tácticos del soporte de la silla de montar y ajusto el enfoque. Las lentes térmicas atraviesan la oscuridad azulada de la noche, revelando el rastro de calor que Amira deja tras de sí.

Ahí está.

Una silueta pequeña y frágil contra la inmensidad del horizonte. Camina con dificultad, los brazos envueltos alrededor de su propio cuerpo, tratando de protegerse de las ráfagas de viento que azotan el vestido de seda, ahora convertido en un trapo inútil para quien se enfrenta al desierto.

Se tambalea cada tres o cuatro pasos, la arena blanda devorando lo que le queda de fuerzas. Según el cálculo de la lente, está exactamente a quince minutos de distancia de mí.

Bajo los prismáticos y siento una risa seca subirme por la garganta.

—Mírala, Safira —susurro, inclinándome hacia delante y acariciando el cuello sudoroso de mi yegua. El animal resopla, con las orejas atentas a mi voz—. Ella cree que ha conquistado lo imposible. Cree que, por haber atravesado un conducto de ventilación, ahora es dueña de su propio destino.

Safira sacude la cabeza, impaciente por galopar, pero mantengo las riendas firmes.

—Ahora no, pequeña. Vamos a darle un poco más de ventaja. No voy a acabar con su alegría tan pronto.

Observo cómo Amira se detiene un segundo, mirando a ambos lados con vacilación, revelando su completa desorientación. No sabe adónde va. No tiene brújula, no tiene estrella guía, solo pánico y el deseo de estar lejos de mí.

Camina sin rumbo, trazando una línea errática que la llevará, inevitablemente, al agotamiento antes incluso de encontrar la primera carretera secundaria.

—Deja que camine un poco más, Safira. Deja que sienta el silencio del desierto sobre sus hombros. Quiero que comprenda que la libertad que tanto ha buscado no es más que un inmenso vacío donde yo soy la única ley que queda.

Guardo los prismáticos y me acomodo en la silla de montar. Esperaré a que la luna alcance su cenit. Cuando el frío comience a morderle la piel y la sed transforme su valor en desesperación, apareceré.

Y, en ese momento, mi rostro será la visión más aterradora y, al mismo tiempo, la más deseada que ella haya tenido jamás.



Capítulo 13

Tropezco una vez más, sintiendo cómo la arena fina se cuela entre mis pies descalzos y rasga la seda del vestido que Farrah me ajustó con tanto cariño. Caigo de rodillas, el impacto amortiguado por la duna, pero el aliento se me escapa como si el propio desierto intentara vaciarme.

Miro hacia atrás: el palacio no es más que una constelación de luces lejanas, un lugar que parece pertenecer a otra vida.

—Estúpida —susurro al viento, con la voz ronca, arañándome la garganta seca—. Eres tan estúpidamente ingenua, Amira.

La adrenalina que me empujó dentro de ese conducto de ventilación se ha evaporado, dejando en su lugar un frío cortante que atraviesa el fino tejido de mi «armadura» dorada.

Empiezo incluso a dudar de mi propia inteligencia, esa que siempre he usado como escudo. ¿Dónde está ahora la estratega? ¿Cómo es que no conseguí un mapa? ¿Por qué no robé una brújula de la oficina de Malik?

Aprieto los brazos contra el pecho, tratando de retener el calor que insiste en escapar de mi cuerpo. El plan, que parecía brillante bajo la luz de la lámpara de mi habitación, ahora no es más que una sucesión de fallos catastróficos.

Cuando salí por el patio de servicio, mi único instinto fue correr hacia los coches aparcados, creyendo que encontraría una

salida, una carretera, cualquier señal de civilización que no fuera el dominio de Malik.

Solo pensaba en correr.

Pero ahora, en medio de este vacío absoluto, no sé si correr fue la mejor idea. El desierto es prácticamente un océano de polvo sin rumbo.

¿Acaso voy a seguir caminando hasta morir?

La idea de que mi cuerpo sea encontrado por beduinos, dentro de unos meses, convertido en huesos cubiertos de seda y esmeraldas olvidadas, hace que me tiemblen las manos.

Miro hacia el horizonte oscuro, donde las dunas se confunden con el cielo. No hay señales, no hay luces de coches, no hay nada más que el aullido del viento que parece reírse de mi arrogancia.

Pensé que podía vencer a Malik en su propio juego, pero él es el dueño de todo, y yo solo soy una intrusa que ni siquiera sabe dónde está el norte.

Un sonido rítmico, amortiguado por la arena, corta el silbido del viento. Me quedo quieta, conteniendo la respiración. Es un sonido fuerte y constante. Cascos.

Mi corazón se dispara, golpeando contra las costillas con una fuerza que duele.

No puede ser. No. No. No.

Intento levantarme, pero mis piernas pesan como plomo y el vestido se enreda en mis talones. La silueta de un caballo y un hombre fuerte surge en la cima de la duna detrás de mí, recortada contra la luz de la luna.

Él solo camina, lento e implacable, como si solo estuviera esperando a que yo me rindiera.

Me falta el aliento, pero la adrenalina, la última reserva de un cuerpo que ya se ha rendido, me da un golpe en el pecho. En un movimiento frenético, y sin mirar atrás, empiezo a correr, con los

dedos hundiéndose en la duna, el vestido de seda pesando como una cadena de hierro alrededor de mis piernas.

Corro hasta que me arden los pulmones, hasta que el sabor a sangre y polvo invade mi boca.

El relincho del caballo rasga la noche, un sonido vibrante de poder que hace temblar el suelo bajo mis pies. Tras unos minutos, la silueta oscura del caballo me adelanta con una facilidad humillante, levantando una cortina de arena que me obliga a detenerme, tosiendo y protegiéndome los ojos.

Malik tira de las riendas a pocos metros de mí.

Permanece a lomos del animal, una estatua de autoridad recortada contra la luz plateada de la luna. En silencio, el jeque se limita a observarme desde arriba, con la postura relajada. Parece que nunca dudó del desenlace de esta persecución.

Intento mantener lo que me queda de dignidad y levanto la barbilla, ocultando mis manos temblorosas en los pliegues de la tela rasgada, pero mis piernas finalmente ceden.

Caigo de rodillas en la arena, con las palmas de las manos hundiéndose en el frío del desierto mientras intento desesperadamente recuperar el aliento.

Desde arriba, oigo crujir el cuero de la silla de montar cuando él se inclina ligeramente hacia delante. Malik esboza una sonrisa cínica y seductora, como los colmillos de un lobo que acaba de acorralar a la presa más divertida de la temporada.

—¿Estás perdida, *habibti*? [6]

No desmonta, quiere que sienta la distancia entre mi fracaso, en el suelo, y su triunfo, en lo alto. El fuego que su tacto encendió en el banquete es ahora un incendio de humillación que me consume por completo.

Malik desmonta con una agilidad depredadora, sus pies tocan la arena sin producir casi ningún ruido. Sin prisa, saca un

cantimplora de cuero del soporte de la silla de montar y camina hacia mí.

Siento su sombra proyectarse sobre mi cuerpo encogido. Malik se agacha; la proximidad trae consigo el aroma a sándalo y el calor que emana de su piel, un contraste violento con el frío de la noche.

Me levanta la barbilla con la yema de los dedos, obligándome a mirarlo a los ojos. Me arden los ojos, pero la sed es mi peor enemigo en este momento.

—Bebe —ordena, en voz baja, sin dejar lugar a discusión.

Acerca la boquilla de la cantimplora a mis labios y yo la acepto de buen grado. El agua fresca llega a mi garganta seca como un milagro. Bebo con avidez, sintiendo cómo el líquido resbala y devuelve la vida a mis sentidos.

Algunas gotas se escapan por la comisura de la boca, traziendo un rastro húmedo por mi cuello.

Con una audacia que me deja sin aliento, desliza el pulgar por mi piel, limpiando el rastro de agua con una lentitud deliberada. El tacto es cálido, firme, y el contacto de su dedo contra mis labios me obliga a olvidar mi deseo de mantenerme alejada de él.

Retira la mano, pero permanece agachado a mi altura, los ojos oscuros brillando con una diversión cruel bajo la luz de la luna.

—¿Ya te has cansado de jugar a la libertad, *habibti*? —pregunta, con una voz cargada de un sarcasmo que corta el aire—. ¿O aún pretendes caminar hasta que el sol de la mañana convierta esta seda en tu mortaja?

La pregunta chasquea en el aire como un látigo. El hechizo del tacto se rompe al instante. La humillación de que me traten como a una niña fugitiva, unida a su arrogancia al verme derrotada en la arena, hace que el odio hierva en mi pecho con una fuerza inmensa.

Intento apartar su mano, pero mis fuerzas son insignificantes comparadas con la solidez de su brazo. Lo odio. Odio la forma en que me domina, cómo ha previsto cada uno de mis errores y cómo, incluso ahora, parece deleitarse con mi fracaso.

—No estaba jugando —respondo, irritada—. Intentaba deshacerme de ti.

—Pues has fracasado estrepitosamente. —Malik suelta una risa grave, que vibra en su pecho y parece resonar en la inmensidad vacía que nos rodea. Sin darme tiempo a protestar, me rodea la cintura con el brazo y me levanta de la arena con una facilidad insultante. —Basta de teatro por hoy, Amira —murmura.

Lucho contra su agarre, golpeándole el pecho con los puños cerrados, pero es como golpear contra una pared de mármol. La tela de su camisa de algodón está caliente bajo mis nudillos, y el olor a caballo y sándalo me aturde.

—¡Suéltame! —siseo con odio, que ahora me quema más que la sed—. Prefiero morir aquí antes que volver contigo.

—No vas a morir —responde él, caminando hacia el caballo mientras yo me debato inútilmente—. Y tú, desde luego, no irás a ningún sitio que yo no autorice.

Me levanta en el aire y me coloca de lado sobre la silla de montar de cuero, con la espalda de espaldas al cuello de la yegua. Antes de que pueda intentar deslizarme hacia el otro lado, se sube con un movimiento fluido, sus largas y fuertes piernas flanqueando las mías.

Ahora estoy atrapada entre el arco de la silla y su pecho. Malik acerca mi cuerpo hacia él, obligando a mis piernas a encajar a los lados de su cadera para que él pueda alcanzar las riendas.

Estamos uno frente al otro, tan cerca que siento cada latido de su corazón contra mi pecho.

—Ponme detrás —le pido, intimidada por su belleza—. Me portaré bien.

Esboza una sonrisa de lado.

— ¿De repente te has vuelto tan tranquila?

Aparto la mirada de los suyos, pero mirar fijamente a este hombre es tan hipnótico que vuelvo a mirarlo, tragando saliva.

—Por favor.

—No voy a arriesgarme a que vuelvas a escapar, *habibti* — sopla contra mi cara, su aliento cálido a menta rozando mi piel—. Por cierto, te empeñaste en desafiarme delante de todos… ahora, vas a descubrir cómo trato a las mujeres desobedientes.

Arqueo las cejas.

— ¿Cómo es eso?

— Ya lo entenderás.

Malik da la orden y el caballo emprende un galope rítmico. El balanceo del animal me obliga a inclinarme hacia él para no caerme, y Malik se empeña en mantener la mirada fija en la mía, ignorando por completo el horizonte. Confía en el caballo y dedica toda su atención a mi derrota.

Intento desviar la mirada hacia la oscuridad, pero sus manos, firmes en las riendas a ambos lados de mi cuerpo, me mantienen acorralada. La proximidad forzada, el calor de sus músculos moviéndose bajo los míos y la intensidad de su mirada depredadora me dejan incómoda, desarmada por la propia biología de mi cuerpo, que insiste en reaccionar a su tacto, a pesar de la furia que siento.

El balanceo rítmico del caballo contra las dunas empieza a surtir efecto y me deja un poco somnolienta. Intento mantener la barbilla levantada, sosteniendo la mirada depredadora de Malik, pero el calor que emana de su pecho parece demasiado reconfortante para mi agotamiento.

Mis párpados pesan y trato de enfocar su rostro, pero la imagen de Malik se tambalea. El aroma a sándalo y la firmeza de sus brazos a mi alrededor crean una burbuja que, por un instante traicionero, parece el único lugar seguro del mundo.

Mi cabeza se inclina hacia delante, y mi frente toca el fino lino de su camisa. Lucho contra el sueño durante unos segundos más, con los dedos clavados en sus costillas, pero el movimiento constante del caballo vence mi voluntad.

Dejo que el peso de mi cuerpo ceda por completo contra el suyo. El último sonido que percibo es el latido constante del corazón de Malik contra mi oído y el roce áspero de su barba contra la coronilla mientras ajusta el agarre, asegurándose de que no me caiga.

Me quedo dormida en medio de mi peor pesadilla, acunada por el hombre al que juré odiar.



Capítulo 14

Me despierto con el sonido del agua corriendo.

Estoy tan confundida que creo que el desierto finalmente me ha vencido, convirtiendo mi sed en una alucinación.

Abro los ojos lentamente y me doy cuenta de que ya no siento el balanceo rítmico del caballo, ni el abrazo de los brazos de Malik alrededor de mi cuerpo. Estoy tumbada en un diván otomano ancho y profundo, con cojines de terciopelo que parecen abrazar mi cuerpo exhausto. El techo sobre mí no es el cielo estrellado, sino una estructura de tela color crema que se mece suavemente con la brisa, camuflando el techo real de hormigón y acero.

Intento sentarme, pero mis músculos protestan, recordándome cada duna que intenté escalar descalza. El movimiento hace que el dosel de gasa que rodea el lecho se balancee. A través de la fina tela, veo el resplandor de linternas de cobre proyectando dibujos geométricos en las paredes. El olor a jazmín y tierra húmeda es tan intenso que resulta casi embriagador.

Aparto la gasa con la mano temblorosa y la ilusión de la tienda se desvanece casi al instante.

El lugar es una construcción de arquitectura brutalista y moderna encajada en la roca del oasis. El suelo de pizarra oscura está climatizado, contrastando con las inmensas paredes de cristal que revelan la piscina iluminada en el exterior. A mi derecha, veo

una cocina industrial de concepto abierto, toda en acero cepillado y piedra oscura, donde el brillo de las luces empotradas en el techo se refleja en impecables botellas de cristal.

Más al fondo, una puerta corredera de cristal ahumado deja ver el mármol de un baño monumental, con una bañera de inmersión que parece esculpida en una sola pieza de roca blanca.

Malik está de pie junto a la encimera de la cocina, observándome con una paciencia inquietante mientras sostiene una copa de cristal. Se ha cambiado la camisa sudada por una de lino blanco, con el cuello abierto que deja al descubierto la base del cuello.

—Por fin —dice, con la voz resonando suavemente gracias a la perfecta acústica del lugar.

—¿Dónde estamos? —susurro, con la mirada saltando de la cocina al lujo obsceno del baño al fondo.

Malik da un sorbo a la bebida y camina lentamente hacia mí. Cada paso suyo sobre el suelo de piedra resuena como una cuenta atrás dentro de mi corazón.

—En Al-Sarab, Amira.

—¿Qué?

—Aquí no hay ningún mapa que puedas robar. Construí este refugio para que el mundo, y sus estúpidas reglas, se queden fuera. Aquí, el desierto es la única frontera que importa.

Intento levantarme del todo, pero la visión de mi vestido rasgado y manchado de arena, en contraste con el minimalismo impecable de este lugar, me hace sentir como una mancha en su santuario.

El odio que se había adormecido en mí sobre el caballo se despierta con una punzada aguda en el pecho al darme cuenta de que me ha traído a su centro de mando privado.

—¿Qué pretende hacer conmigo aquí, Su Majestad? —pregunto, sintiendo cómo el calor de la indignación me sube por el

cuello.

Malik se detiene a pocos metros del diván, con una sonrisa cínica grabada en el rostro. En lugar de responder, acorta por completo la distancia que nos separa con pasos lentos y depredadores, mientras su camisa blanca de lino se mece ligeramente, contrastando con la oscuridad de sus ojos.

Se acerca tanto que su calor me oprime, y el aroma a sándalo mezclado con el frescor de la noche me marea. Contengo la respiración, esperando un ataque, una acusación, pero lo que recibo es algo peor.

Un toque de posesión.

Malik levanta la mano y, con una delicadeza torturante, comienza a desatar el nudo de mi *hiyab*. La tela de seda se desliza por mi piel como una caricia seductora, cayendo sobre mis hombros y dejando al descubierto mi cabello, medio enredado y manchado de arena.

Debería retroceder.

Debería gritar y cubrirme la cabeza, pero estoy paralizada por la audacia de este hombre.

Sin decir nada, Malik desliza los dedos entre mis mechones, sintiendo su textura. Con una lentitud deliberada, entrelaza un mechón oscuro alrededor de su dedo índice, tirando de él ligeramente y obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Su pulgar roza mi sien, en un toque tan suave y cálido que me hace estremecer.

Quiero protestar. Quiero preguntarle qué derecho cree que tiene para tocarme así, para exponerme de esa manera en su santuario privado. Las palabras están en la punta de mi lengua, pero mueren ahí mismo.

Odio admitirlo, lo odio con cada fibra de mi ser, pero una parte traidora de mí disfruta de la firmeza de su tacto, de la forma en que me mira, como si yo fuera lo único que importara en el mundo.

Y, por Alá, me odio por ello.

Inclina el rostro, su aliento cálido rozando mi mejilla mientras aprieta ligeramente el mechón de pelo entre sus dedos.

—Te he traído aquí, Amira —susurra, con voz baja y peligrosa, desprovista del cinismo de antes—, para enseñarte una lección que pareces haber olvidado en el momento en que pisaste aquel palacio. —Me suelta el pelo, pero mantiene la mano abierta cerca de mi cuello, con las yemas de los dedos rozando mi piel. —No puedes escapar de mí. No importa cuánto corras, no importa dónde te escondas. El desierto es mío, el reino es mío, y tú… tú también eres mía. Te he traído aquí para que comprendas que, en este mundo al que has decidido desafiar, me necesitas para sobrevivir. Sin mí, no eres más que polvo al viento.

Su arrogancia reaviva la furia que su tacto había apaciguado. Reúno las fuerzas que me quedan y empujo su mano, sentándome erguida en el diván, ignorando el dolor en los músculos.

—Estás loco —gruño con los ojos echando chispas—. Un loco posesivo que cree que puede comprar y encerrar a la gente como si fueran caballos en un establo.

Malik no se inmuta, solo se endereza, cruzando los brazos sobre el pecho, y hace un chasquido con la lengua contra el paladar, un sonido de reprobación que me hierve la sangre, porque me hace parecer una niña.

—Tsk, tsk. —Niega con la cabeza, y la sonrisa cínica vuelve a jugar en sus labios—. ¿Cómo te atreves a hablar así a un rey, *habibti*? ¿Te has olvidado de quién tiene el poder sobre tu vida en este preciso instante?

La capitulación que espera no llega. En cambio, siento cómo el odio purifica mi mente, quemando la confusión de antes. Si él quiere darme una lección sobre supervivencia, yo le daré una sobre resistencia.

Ignoro la protesta de cada nervio de mi cuerpo y me levanto del diván, sosteniendo la mirada de Malik.

—La muerte en el desierto es más digna que la vida bajo tu control—, siseo, con la voz vibrando de un valor que ni siquiera yo sabía que poseía. —Si tu poder es tan absoluto, deja que la arena me lleve.

Doy media vuelta antes de que él pueda reaccionar y me dirijo hacia la salida acristalada, con los pies descalzos golpeando la pizarra calentada, y luego deslizo la puerta con un estruendo metálico.

El aire aquí fuera no es tan fresco como esperaba, el viento ha cambiado. El suave sonido del agua del oasis ahora queda ahogado por un rugido grave y lejano, un lamento que surge del corazón de las dunas.

Me detengo al borde de la terraza de piedra al darme cuenta de que el horizonte ha desaparecido. Un muro de polvo y oscuridad avanza como una ola sólida, tragándose las estrellas y transformando el mundo en un vacío ocre. La primera ráfaga de arena me golpea la cara, cortándome la piel como agujas de cristal.

Retrocedo.

El pánico a ser enterrada viva es mayor que el orgullo de huir. Vuelvo al interior del refugio, cerrando el cristal con fuerza mientras el mundo exterior se apaga en un torbellino violento.

Malik permanece en el mismo lugar, apoyado en la encimera de cuarzo, observando mi regreso con una calma insultante. No se ríe, lo cual es peor.

¡Maldita tormenta de arena!

—Siéntate —ordena.

—No recibo órdenes de ti —respondo, pero me falta el aliento y el odio me hace temblar de los pies a la cabeza.

—Amira, siéntate. Voy a curarte los pies.

Miro hacia abajo por primera vez y veo que mis pies están en un estado deplorable. La piel está desgarrada, cubierta de costras de

sangre seca y arena incrustada en las heridas abiertas por las piedras del desierto.

Malik da un paso hacia mí, pero el movimiento desencadena una alarma de pánico en mi pecho. No siento repulsión, y eso es precisamente lo que me aterroriza. El recuerdo de su tacto en mi cabello aún arde en mi piel, una caricia de posesión que mi cuerpo insiste en acoger.

Sé que si sigue tocándome así, con esa mezcla de autoridad y ternura, mis defensas se derrumbarán por completo. Y si me entrego a este hombre, me romperá el corazón con la misma eficacia con la que gobierna el desierto.

—No —digo, levantando la mano para detenerlo, la voz temblorosa por la batalla interna que libro—. No volverás a tocarme sin mi permiso —añado, pero parece que estoy diciendo una mentira.

Se queda paralizado, con los ojos oscuros entrecerrados, analizando la frontera que acabo de trazar entre nosotros. Aprovecho su momento de vacilación y me dirijo hacia el monumental baño.

Mis pasos dejan pequeñas manchas de sangre en el suelo de pizarra, pero no me detengo. Entro en la estancia de mármol y cierro la puerta de cristal ahumado, activando el cerrojo electrónico con un clic.

Me siento en el borde de la bañera de inmersión, sintiendo el frío de la roca atravesar la tela de mi vestido. Abro el grifo de cascada, y el sonido del agua golpeando contra la piedra blanca resuena en el espacio confinado, intentando ahogar el aullido de la arena que golpea los cristales ahí fuera.

Sumergí los pies en el agua tibia y el ardor fue inmediato, un pinchazo agudo que me hizo morderme el labio inferior para no soltar un gemido. El agua, antes cristalina, empieza a enturbiarse con el rojo de mi sangre y el marrón del polvo del desierto.

Mientras intento limpiar las heridas, me doy cuenta de que he cometido un error. El baño es una extensión de la intimidad de Malik. Su olor impregna cada centímetro de este lugar. Está en las toallas de algodón egipcio colgadas en el toallero calefactado, en los frascos de cristal ámbar con etiquetas minimalistas sobre la encimera y en el propio vapor que empieza a subir del agua.

Es el aroma del sándalo y el cuero, como el olor de la lluvia al caer sobre la tierra seca.

—Amira. —Su voz atraviesa la puerta de cristal ahumado—. La tormenta durará toda la noche. No tienes adónde huir y, desde luego, no puedes pasar las próximas diez horas encerrada en este baño.

—Puedo intentarlo —respondo, con una voz más firme de lo que me siento.

Cojo una de las toallas blancas y la presiono contra el talón desgarrado. Cierro los ojos, y la imagen de él quitándome el *hiyab* vuelve con una fuerza arrolladora. Siento la fantasmagoría de sus dedos entrelazados en mi cabello, la suave presión que me obligó a mirarlo a los ojos.

El miedo a perderme en lo que él ofrece es mayor que el miedo a la tormenta. Malik es un hombre que sabe exactamente dónde son más débiles mis defensas. Si abro esa puerta, si le permito que cuide de mí como él quiere, no quedará nada de la mujer que intentó huir esta noche.

—Déjame entrar —dice, y oigo el ligero golpeteo de sus nudillos contra el cristal—. Estás sangrando, y no tengo paciencia para tu terquedad cuando se vuelve autodestructiva.

—¿Nunca te han dicho que no en la vida, Majestad? —pregunto con ironía, mirando mi reflejo exhausto en el enorme espejo que tengo delante—. Tendrás que acostumbrarte, porque te lo voy a decir muchas veces.

Se queda en silencio al otro lado de la puerta, pero sé que no se ha ido. Puedo imaginar la expresión de su rostro, el ceño

fruncido, la sonrisa cínica reservada para el momento en que finalmente ceda.

De repente, el clic electrónico del pestillo resuena, haciéndome quedarme paralizada. La puerta de cristal ahumado se desliza con una suavidad insultante, revelando a Malik de pie al otro lado.

No parece enfadado; su expresión denota una calma absoluta, lo cual es infinitamente más peligroso. En una de las manos lleva un maletín metálico de primeros auxilios.

—Nadie me dice que no —replica.

—Yo sí.

Tiro de la toalla para cubrirme los pies ensangrentados, un intento inútil de ocultar mi vulnerabilidad.

Malik entra en la habitación, el aroma a sándalo de su camisa de lino inundando el espacio ya saturado por su olor. Cierra la puerta tras de sí, aislándonos en el lujoso cubículo al tiempo que el rugido de la tormenta se convierte en un eco lejano.

—Quiero estar sola, Su Majestad.

— Estar sola es un concepto que aún no te he permitido tener, Amira —responde él en un tono vibrante—. Especialmente en mi territorio.

— Yo…

— Y deja de burlarte —me interrumpe, bajando la voz una octava, cargada de una advertencia que me hace morderme el labio inferior con fuerza—. Los títulos no te protegerán de mí aquí, ni me alejarán de ti.

Se arrodilla en el suelo frente a mí, sin importarle la posibilidad de mancharse la ropa con la sangre que gotea por el borde de la bañera. Malik deja el maletín a un lado y, con autoridad, me agarra el tobillo.

Su tacto es cálido y hace que mi corazón dé un vuelco contra las costillas, y el pánico de antes se mezcla con una descarga

eléctrica que me sube por la pierna. Intento retirar el pie, pero sus dedos se cierran con más fuerza, manteniéndome inmovilizada.

—Quédate quieta, *habibti* —ordena, con la mirada fija en las heridas, pero la suavidad con la que empieza a limpiar la arena con una gasa empapada en antiséptico delata la dureza de sus palabras.

—¿Por qué haces esto? —pregunto, con la voz embargada por el agotamiento y por el conflicto que me devora por dentro—. ¿Por qué perseguirme por el desierto, traerme a tu santuario y ahora… esto?

Malik detiene el movimiento de su mano por un segundo y levanta la mirada, y la intensidad de sus ojos oscuros me hace desear que la puerta aún estuviera cerrada con llave. Hay algo en él que va más allá del deber real o del contrato matrimonial. Es un ansia posesiva que me deja indefensa.

—Porque eres mía, Amira —dice, y esta vez no suena como una amenaza, sino como una verdad absoluta—. Y yo cuido de lo que me pertenece. Aunque lo que me pertenece intente destruirse solo para contrariarme.

Vuelve a ocuparse de mi pie, haciéndome sentir el calor de su cuerpo entre mis piernas, su aliento rozando mi piel. Y el miedo a que me rompa el corazón empieza a perder la batalla frente al deseo desesperado de que nunca suelte mi tobillo.



Capítulo 15

La luz del desierto, filtrada por el polvo de la tormenta, entra por las ventanas de cristal con un tono anaranjado. En el interior del lugar, el silencio solo se ve roto por el chasquido de la cafetera de acero inoxidable, por mis pasos y por el aroma del grano recién molido.

Oigo el suave roce de unos pies descalzos contra la pizarra incluso antes de verla.

Me giro lentamente y me encuentro a Amira de pie al final del pasillo, y la visión paraliza el aire en mis pulmones durante un segundo que no dejo traslucir.

Está envuelta en mi ropa, unos pantalones de chándal oscuros, doblados varias veces por la cintura para que no se le caigan, y mi camiseta de algodón negra resbalándole por el hombro, dejando al descubierto la pálida curva de su delicada clavícula.

Ver mi huella indirecta sobre su cuerpo, sentir el aroma de mi propio jabón emanando de su piel, provoca una reacción física brutal en mi polla.

Ella es una intrusa en mi templo, y nada me ha parecido nunca tan cierto.

Veo el pañuelo de seda atado alrededor de su cabeza, un *hiyab* improvisado que oculta el cabello que sentí entre mis dedos

hace unas horas. Es su escudo, lo sé. Una barrera de tela contra la intimidad que impone este lugar.

Podría ordenarle que se lo quitara, podría exigir ver lo que me pertenece por derecho, pero decido dejarlo pasar. Esa resistencia es lo que la mantiene viva, y prefiero domarla poco a poco antes que quebrarla de un golpe.

Amira vacila, con la mirada saltando de la taza de café a mí, midiendo la distancia como si yo fuera un depredador al que pudiera vencer por agotamiento. Al fin, se dirige a la barra y se sienta en uno de los taburetes altos de cuero.

La camiseta negra se desliza un poco más por su hombro, y obligo a mis ojos a permanecer en su rostro, ignorando el deseo de cubrir esa piel con mis manos.

Empujo hacia ella la taza de café negro y un plato de cerámica mate. Tortilla de claras con hierbas frescas y una ración de dátiles seleccionados. Ella mira la comida y luego a mí, con la ceja arqueada bajo el pañuelo de seda.

—Sin azúcar.

—¿Cómo lo sabías? —pregunta, recelosa—. ¿Que lo prefiero sin azúcar y que me gustan los dátiles? Apenas te he dicho tres frases en toda mi vida, antes de que muriera mi padre.

Doy un sorbo a mi café, sintiendo cómo el calor del líquido desciende ardiendo. Observo cómo aprieta los dedos alrededor de la taza, buscando calor o quizá un arma.

—No he llegado hasta donde estoy siendo un observador mediocre, Amira —respondo, tranquilo—. Conocer a mi adversario es la primera regla de cualquier negociación.

—No soy una adversaria —replica ella, alzando el tono de voz a medida que se indigna—. Soy una persona.

—Exactamente. —Me inclino un poco más sobre la encimera de cuarzo, reduciendo la distancia entre nosotros—. Mi persona.

—No soy un expediente que puedas leer y memorizar, Malik —dice, mirándome con esos ojos tan atractivos y dulces.

—Lo sé. Los expedientes son predecibles. Tú, en cambio, intentaste cruzar el *Rub' al-Khali* a pie porque te sentiste ofendida por un contrato.

—No sé qué te habrá dicho mi padre, pero no soy tan importante como crees —murmura, escrutando mi rostro—. Y nunca revelaría tus secretos. Si temes que algo pueda escaparse de mi boca, te juro, por mi vida, que nunca lo haría.

Siento una punzada de irritación subirme por la espalda. Me alejo de la encimera, y el movimiento brusco hace que el café se agite en la taza. ¿De verdad cree que mi interés se reduce a una cuestión de seguridad nacional o a comprar su silencio?

—Sé que no lo revelarías —respondo, en un tono más duro de lo que pretendía—. Samir fue mi mano derecha durante años, porque fue el hombre más leal que jamás se ha cruzado en mi camino. Y sé que él no crió a una hija para que fuera una traidora.

Mantengo la mirada fija en ella, tratando de leer lo que se esconde tras la barrera de seda que insiste en llevar puesta.

La verdad es que la lealtad de Samir es solo la base. Lo que siento ahora, al verla ocupar mi espacio con tanta naturalidad, es algo que no permití que floreciera hace ocho años.

Desde que la tierra cubrió el ataúd de Aliyah, mi pecho se ha convertido en un desierto tan árido como el que nos rodea. Amira es la primera lluvia en casi una década, y el impacto de ello me deja más inestable de lo que me gustaría admitir.

—Le hice una promesa a tu padre, Amira. Juré que cuidaría de ti si le pasaba algo o si el mundo se volvía demasiado peligroso para una mujer con tu apellido. Convertirte en mi esposa es el cumplimiento de esa promesa.

—Una promesa de protección no necesita un contrato matrimonial —replica ella, pero noto una vacilación en el tono de su voz.

—En mi mundo, es necesario —interrumpo, acercándome de nuevo, lo suficiente para que ella sienta el calor de mi presencia—. Y, para ser sincero, esperaba que lo aceptaras con más resignación. Esperaba una novia obediente que entendiera la lógica política que hay detrás de todo esto.

Suelto una risa ahogada, casi inaudible, mientras observo cómo la indignación vuelve a brillar en sus ojos.

— ¿Por qué?

—Tu padre dijo que eras obediente. Que sería fácil convencerte de que esto era lo mejor para ti.

Ella aprieta los labios, pensativa.

— ¿Ya sabía que iba a morir?

Niego con la cabeza.

— No. Pero sabía que el mundo era demasiado peligroso para una mujer como tú.

Amira asiente, un poco molesta.

—El testamento…

—Lo hizo cuando cumpliste dieciocho años —admito, y ella deja escapar un profundo suspiro. —Intentaba protegerte.

— ¿Con un matrimonio?

Alzo la mano y toco la punta del velo que le cubre el cabello.

—Es un privilegio ser mi esposa —susurro, lo que casi le hace poner los ojos en blanco—. Pero eres demasiado testaruda para estar de acuerdo con eso, *habibti*.

Ella abre la boca para protestar, pero la silencio con un gesto. Por mucho que Samir me dijera que ella era su tesoro, no estaba preparado para la fuerza de la personalidad que él había pulido.

Ella lo es todo para el hombre que era mi pilar, y ahora, de una forma que aún estoy tratando de asimilar, Amira se está convirtiendo en el centro de gravedad de mi propio mundo.

—La boda se celebrará, Amira. No porque tema mis secretos más oscuros, sino porque no acepto perder lo que he decidido proteger.

Amira suelta una risa seca, desprovista de cualquier humor. Respirando hondo, se aleja de mí y camina hacia el cristal, observando la muralla de polvo que borra el horizonte.

— ¿Cuánto tiempo va a durar esto?

—La tormenta está durando más de lo previsto —respondo, observándola con intensidad. ¿Cómo puede ser tan atrevida y hermosa a la vez? —El viento cambió de dirección durante la madrugada. Estamos aislados.

Contemplo su perfil; hay una relajación casi imperceptible en sus hombros, una sombra de satisfacción que intenta, sin éxito, ocultarme. Lentamente, se gira, y el brillo de desafío en sus ojos es lo más bonito de esta habitación.

—La boda es dentro de tres días —informa ella, y percibo el tono de esperanza en su voz—. ¿Y si no conseguimos llegar a tiempo? ¿Y si la arena decide que ese contrato no debe firmarse?

Apoyo las manos en la encimera de cuarzo y dejo que una sonrisa lenta y desafiante surja en mis labios. Me gusta cómo intenta usar el desierto en mi contra, sin comprender que las dunas y yo hablamos el mismo idioma.

—No te preocupes, *habibti*. Estaremos en el palacio antes de eso. El desierto puede ser despiadado, pero conoce a su dueño. No permitiré que nada, ni siquiera la naturaleza, me impida tener lo que es mío. —Le indico el banco que tiene delante, manteniendo la mirada fija en la suya hasta que se ve obligada a apartarla. —Ahora, siéntate y come. La tormenta no nos dará tregua tan pronto, y no pienso pasar hambre mientras decido cuál será tu próximo castigo por obligarme a perseguirte entre las dunas.

Amira abre mucho los ojos, y sus mejillas se sonrojan de una forma encantadora.

—Estar encerrada aquí contigo ya es castigo suficiente.

—Claro que sí —digo con ironía, observando cómo se ajusta su *hiyab* improvisado, intentando protegerse de mí de alguna manera.

Amira se acerca y tira del taburete para sentarse, manteniendo la espalda recta a pesar de la holgada ropa que la envuelve. Se lanza a por la tortilla, pero evita mirarme a los ojos.

Nuestro silencio solo se ve interrumpido por el sonido del viento azotando el cristal templado, un recordatorio de que el mundo exterior no tiene jurisdicción sobre lo que ocurre dentro de estas paredes.

La observo mientras me termino el café.

Hay una tensión en la línea de su mandíbula, una resistencia que me fascina y me irrita a partes iguales.

Aliyah nunca me habría desafiado de esa manera. Simplemente habría aceptado el contrato como una extensión natural de su destino. Pero Amira no es una extensión de nada. Es una fuerza bruta que se ha estrellado contra mi vida, y ahora estoy lidiando con los escombros.

—Estaré en la oficina, revisando los informes de defensa que la tormenta ha retrasado —digo, levantándome y dejando la taza en el fregadero—. Hay una tableta sobre la mesa del salón con acceso a la biblioteca digital del lugar. Sé que prefieres los libros de historia antigua a las novelas. Úsala.

Ella detiene el tenedor en el aire, la sorpresa cruzando su rostro por un breve segundo antes de ser sustituida por la cautela habitual.

—¿Por qué me estás dando acceso a tu biblioteca?

—Porque prefiero que te pierdas en mapas y crónicas antes que intentando descubrir cómo desbloquear las puertas electrónicas de este lugar —respondo, caminando hacia el pasillo. Me detengo en la entrada y miro hacia atrás, encontrándola aún observándome. —Y… ¿Amira?

— ¿Qué?

—No intentes escapar por el conducto de ventilación. El sistema es lo suficientemente inteligente como para saber cuándo hay una intrusa intentando ser más lista que el dueño de la casa.

No espero la respuesta. Entro en el despacho y dejo que la puerta se cierre con un clic sordo. Me siento frente a las pantallas que vigilan las fronteras del reino, pero mis ojos tardan en enfocar los gráficos de patrulla. Mi mente sigue en la cocina, en la curva de su hombro y en cómo el pañuelo de seda contrastaba con la camiseta negra.

Por primera vez en años, el matrimonio parece algo más que un simple deber político. Es una captura. Y mientras la arena sigue cubriendo el mundo que nos rodea, siento que, en esta fortaleza de cristal y hormigón, quien realmente está siendo acorralado soy yo.



Capítulo 16

Abro la pantalla secundaria de mi escritorio y las *imágenes* de las cámaras de seguridad cobran vida en alta definición. Observo a Amira terminar de comer, para luego tumbarse en el diván del salón con la tableta apoyada sobre las piernas, cubiertas por mi sudadera.

Sus dedos se deslizan rápidamente por la pantalla, ignorando las crónicas de Alejandría para abrir los archivos de cartografía topográfica del sector sur, el mismo camino que intentó usar para escapar.

Sonrío para mis adentros, sintiendo una mezcla de irritación y una fascinación peligrosa. Esa chica testaruda no se rinde. Incluso rodeada por una tormenta y protegida por muros de hormigón, Amira sigue buscando una rendija.

Me levanto y salgo de la oficina; mis pasos son silenciosos, pero ella siente mi presencia incluso antes de que llegue al arco de la sala. Amira intenta bloquear la pantalla de la tableta, pero soy más rápido. Le quito el dispositivo de las manos y deslizo el código, revelando el mapa de las rutas de extracción de petróleo que estaba estudiando.

—¿Geografía militar, Amira? —pregunto, en voz baja, cerniéndome sobre ella—. Creía que habíamos acordado que hoy te mantendrías alejada de los problemas.

—Solo sentía curiosidad —replica ella, intentando mantener la mirada fija, pero el rubor en su cuello la delata.

—La curiosidad en una prisionera es el primer paso hacia una nueva fuga. Y ya te he dicho que no pienso volver a perseguirte.

Pulsé un botón en el panel de la pared y las persianas electrónicas de toda la casa se cerraron de golpe, sumiendo la estancia en una penumbra íntima, iluminada únicamente por los LED empotrados en el techo.

Amira se encoge en el diván, al darse cuenta de que el espacio se ha reducido de repente.

—Acabo de decidir tu castigo—, le informo, y veo el momento en que traga saliva, abriendo de par en par sus hermosos ojos verde esmeralda. —Como no eres capaz de mantenerte al margen de secretos que no te incumben e insistes en usar ese pañuelo para esconderte de mí, las reglas han cambiado.

Me acerco a ella y, sin pedir permiso, tiro del nudo del pañuelo de seda que se ha improvisado. La tela se desliza, revelando la cascada de cabello oscuro que tanto deseaba ver desde que me desperté esta mañana.

Amira intenta protestar, extendiendo la mano para recuperar el pañuelo, pero yo lo guardo en el bolsillo de mis pantalones.

—En primer lugar, no vas a volver a ocultar tu rostro ni tu cabello mientras estemos aquí. Quiero ver exactamente lo que estás pensando. En segundo lugar, como intentaste encerrarte y huir, has perdido el derecho a la privacidad absoluta.

Se levanta, y la camiseta negra se le desliza por el hombro, dejando al descubierto la piel que me hace perder la concentración.

—No puedes hacer eso. Es humillante.

—Lo que es humillante, Amira, es que un rey tenga que arrastrar a su prometida por los talones en medio de una tormenta porque ella no sabe obedecer—, le respondo, acortando la distancia entre nosotros hasta que se ve obligada a apoyarse contra el diván.

—Así que este es el trato: pasarás el resto del día en mi despacho, dentro de mi campo de visión. Y cuando necesites lavarte o cambiarte esos vendajes, yo estaré allí. No para tocarte —miento, sintiendo cómo mi cuerpo reacciona ante su proximidad—, sino para asegurarme de que no intentes hacerte daño o huir de nuevo.

—Eres un monstruo —susurra ella, pero no retrocede.

—Soy el hombre que se va a casar contigo dentro de tres días —la corrijo, tocándole la barbilla con el pulgar, obligándola a mirarme a los ojos—. Y si quieres que te responda a cualquier pregunta sobre esos mapas que tanto deseas, el precio será una verdad. Por cada secreto de mi reino que te revele, tú me entregarás uno tuyo. Empezando ahora mismo. —Me inclino un poco más, mi aliento rozando el suyo—. ¿Por qué te da tanto miedo que te guste mi tacto, Amira?

Amira traga saliva y desvía la mirada hacia sus propios pies, los dedos apretando la tela de mi camiseta sobre sus muslos. El silencio entre nosotros es denso, interrumpido solo por el zumbido casi imperceptible del aire acondicionado y por el azote de la arena contra el cristal reforzado allá afuera.

—No tengo miedo de tu tacto —murmura una mentira, temblando de pies a cabeza. Esa mentira no convencería ni a un desconocido, pero me quedo callado y la dejo terminar. —Me repugna tu arrogancia.

Me alejo lo justo para observarla de cuerpo entero. El rubor que le sube por el cuello dice exactamente lo contrario de lo que sus palabras intentan sostener. Cruzo los brazos, apoyándome en la mesa de roble negro que sirve de soporte lateral al *Majlis*, y dejo que el silencio juegue a mi favor.

No respondo ni le llevo la contraria.

Pasa un minuto. Dos.

Amira comienza a moverse, incómoda, en el diván otomano y abre la boca para hablar, pero levanto un dedo, silenciándola sin apartar la vista de la pantalla de la tableta, fingiendo estar ocupado.

El segundo castigo de Amira es mi silencio, y sé que es la tortura perfecta para alguien rebelde e inteligente como ella.

—Malik… —lo intenta de nuevo, diez minutos después.

Mantengo la mirada en la pantalla, fingiendo analizar algo importante. Finjo que ella es solo parte del mobiliario, aunque cada fibra de mi cuerpo está sintonizada con el sonido de su respiración, que se vuelve más errática con cada segundo de indiferencia.

La tela de mi camiseta se desliza un poco más por sus muslos mientras se inquieta, y el autocontrol que me exijo a mí mismo es casi doloroso.

—Me has preguntado por qué tengo miedo —espeta ella, alzando la voz, incapaz de soportar el vacío de atención—. Es porque eres un hombre que destruye lo que no puede doblegar. Aliyah aceptó ser doblegada, pero yo no lo haré.

El nombre de mi difunta esposa resuena en las paredes de hormigón como un chasquido de látigo. Mis dedos se hielan sobre la pantalla de la tableta. Me giro lentamente hacia el diván, y la intensidad de mi mirada hace que Amira retroceda contra el respaldo de terciopelo.

—Aliyah nunca se doblegó —respondo, en un tono tan bajo que roza lo peligroso—. Ella comprendía el orden de las cosas. Tú, por el contrario, crees que la resistencia es una virtud, cuando, en realidad, no es más que una forma de suicidio lento en el desierto.

Amira intenta mantener la barbilla alta, pero sus pupilas dilatadas delatan la excitación que le provoca el miedo. Apoyo las manos en el respaldo del diván, rodeando su cuerpo con el mío, obligándola a hundirse aún más en los cojines.

—¿Quieres saber la verdad sobre los mapas? —le pregunto, con el aliento rozándole la oreja, donde el cabello oscuro ahora cae libremente, sin la protección del pañuelo que le he confiscado. —El sector sur no es una ruta de escape, es un campo de minas de alta tecnología que yo mismo diseñé. Si ayer hubieras dado diez pasos más, Amira, no habría nada de ti que yo pudiera llevarme de vuelta.

Siento cómo se estremece bajo mis manos. Mira hacia las persianas cerradas, dándose cuenta de que su libertad era, en realidad, una sentencia de muerte programada.

—Ahora, tu verdad —exijo, deslizando la mano por el lado de su cuello, sintiendo su pulso acelerado contra mi pulgar—. Admite que, cuando te quité el *hiyab*, no quisiste huir. Admite que el calor de mi mano es lo único que te hace sentir viva desde que murió tu padre.

Amira cierra los ojos, una lágrima solitaria se escapa y moja mi dedo.

—Te odio —susurra, pero inclina ligeramente la cara hacia mi palma, buscando el contacto que su mente intenta negar.

—El odio y el deseo entran por la misma puerta, Amira —replico, apretándole ligeramente la nuca, obligándola a abrir los ojos y a mirar al abismo que nos separa—. Y mientras esta tormenta no amaine, descubrirás exactamente cuál de los dos es más fuerte.

El sonido de un trueno seco y amortiguado por la arena hace que las luces LED del techo parpadeen. El sistema de climatización emite un silbido sordo mientras los generadores de seguridad intentan compensar la inestabilidad exterior. El aislamiento de Al-Sarab nunca ha parecido tan absoluto, y la mujer bajo mi cuerpo nunca ha parecido tan rendida.

Me alejo de ella, pero mantengo la mirada fija en la suya.

— Levántate — le ordeno, sin dejar lugar a discusión. — Los daños de la tormenta están afectando a la red principal y no voy a arriesgarme a que te quedes aislada aquí si el cristal cede o si fallan los cierres electrónicos.

Amira vacila, con la mano aún tocando el cuello donde mis dedos estaban segundos atrás.

—¿Adónde vamos?

—A mi habitación —respondo, cogiendo la tableta y haciendo un movimiento seco con la cabeza—. Es la zona excavada

directamente en la roca, con generadores de emergencia independientes y blindaje de refuerzo. Es el lugar más seguro de este oasis.

Ella me observa, la desconfianza luchando contra el cansancio visible en sus ojos. Sabe que «el lugar más seguro» también significa el lugar más confinado, donde no habrá puertas de cristal ni grandes salones que nos separen.

—Vamos, sígueme —digo, señalando el pasillo oscurecido solo por la luz carmesí de emergencia—. Y no te alejes. En la oscuridad, este lugar puede volverse tan despiadado como el que hay ahí fuera.

Amira se levanta, ajustándose mi camiseta negra sobre el cuerpo, y comienza a caminar a mi lado. Mientras avanzamos hacia el corazón de piedra de la casa, siento que la tormenta ha hecho exactamente lo que yo quería:

ha eliminado todas las vías de escape, dejándola exactamente donde había planeado que estuviera.



Capítulo 17

La habitación de Malik no es lo que esperaba.

No hay el oro ostentoso de las zonas comunes del palacio; en su lugar, las paredes son de hormigón en bruto y pizarra, con una iluminación empotrada que baña el ambiente en un suave tono ámbar. El sonido de la tormenta aquí es solo un susurro vibrante contra la roca.

Tímidamente, me siento en el borde de la cama monumental, con los pies aún vendados tocando la alfombra de lana densa. Malik está de pie junto a una encimera de nogal, sirviendo dos vasos de agua.

Se ha quitado la camisa de lino, quedándose solo con los pantalones de chándal, y la visión de las ligeras cicatrices de su espalda, de sus músculos bien definidos, me hace apartar la mirada rápidamente.

Se acerca y me tiende el vaso. Sus dedos rozan los míos muy ligeramente, y el choque térmico me hace estremecer. Aprieto los labios con fuerza para no soltar un gemido embarazoso.

—Dijiste que cada secreto de tu reino tendría el precio de una verdad mía —comienzo, tratando de mantener la voz firme a pesar de la abrumadora proximidad de su cuerpo cálido y musculoso, y ridículamente hermoso—. Vamos a jugar a un juego de preguntas. Pero solo vale decir la verdad.

Con una mirada depredadora, Malik se sienta en un sillón de cuero frente a mí, cruzando las piernas con una elegancia desenfadada. Me observa con una curiosidad que parece quemarme la piel.

Me cuesta apartar la mirada de su abdomen; tiene tantos abdominales y parecen tan duros que resulta hipnótico. Cierro los ojos, sacudo la cabeza de un lado a otro y bebo un generoso sorbo de agua.

—Un trato —acepta, con la voz resonando en el silencio de su habitación—. Empieza tú, Amira. ¿Qué quiere saber la futura reina de su captor?

Bebo otro sorbo de agua, ganando tiempo.

—¿Por qué Al-Sarab? —pregunto, mirando las paredes de roca —. Tienes el palacio, las villas en la costa, los yates. ¿Por qué construir un refugio donde nadie pueda encontrarte, ni siquiera tu Consejo?

Malik apoya el vaso en la rodilla, la mirada perdida por un instante en la penumbra de la habitación.

—Porque aquí no hay política —responde, haciendo que mis mejillas se sonrojen sin motivo alguno—. Solo yo.

Se inclina hacia delante, con los ojos fijos en los míos, reclamando su parte del trato.

—Me toca a mí. ¿Por qué el desierto, Amira? ¿Por qué arriesgar la muerte en lugar de simplemente decir «no» en el altar?

Respiro hondo, sintiendo el peso de su camiseta sobre mis hombros.

—Porque decir «no» significaría manchar el nombre de mi padre —admito, sintiendo cómo cada palabra me desgarra por dentro—. Es solo que… no podía ser yo la responsable de borrar lo que quedaba de él. —Mi voz se quiebra por un segundo, pero mantengo su mirada—. De todos modos, un cadáver perdido en el desierto no sería más que una tragedia.

Noto cómo se tensa la mandíbula de Malik. No esperaba esa respuesta.

—Preferías la nada a estar a mi lado —constató, alzando el tono, con la voz cargada de un dolor que intentaba disimular como irritación.

—No te conozco, Malik —replico, sintiendo cómo aumenta la tensión eléctrica entre nosotros—. Conozco al jeque. Al hombre que compró mi lealtad a través de un testamento.

Se levanta y camina hasta el borde de la cama, quedándose a pocos centímetros de mí. Empiezo a pedirle fuerzas a Alá, porque su aroma a sándalo y piel es embriagador.

—Nadie me conoce —susurra de forma peligrosa—. Algunos dicen que no tengo corazón.

Trago saliva, con la mirada bailando sobre sus labios.

— ¿Tú sí?

—No —responde con brusquedad.

Aprieto la sábana con fuerza, un poco decepcionada con la respuesta, sin saber exactamente por qué. Ya sabía que este hombre poderoso e implacable no tenía corazón. ¿Qué esperaba?

—Solo sed de poder, ¿no?

Esboza una sonrisa cínica.

—Exactamente, *habibti*.

—Permitiste mi huida solo para tener el placer de darme caza, ¿verdad? —pregunto, sin apartar la mirada de la suya, sin retroceder —. Sabías de la tormenta y me diste la única ruta que me traería aquí.

Malik esboza una sonrisa lenta, casi depredadora, pero hay algo de admiración en el fondo de sus ojos marrones.

—Sabía que eras inteligente, *habibti*. Pero olvidaste una pregunta fundamental en tu juego.

Frunzo el ceño, desconcertada.

—¿Cuál?

Se inclina, apoyando las manos en el colchón, una a cada lado de mis muslos, inmovilizándome.

—¿Por qué me tomaría la molestia de montar un escenario tan complejo, solo para quedarme a solas contigo?

Mi corazón late tan fuerte que parece querer escapar de mi pecho. A medida que sus ojos recorren mi rostro, mis labios y mi cuello, el silencio de la habitación de roca nos envuelve, haciendo que todo resulte sofocante.

Siento un calor abrumador subir en oleadas por mi piel, un hormigueo traicionero que comienza en mi estómago y se extiende; bajando, subiendo, dejándome sin aliento.

Como si me estuviera tocando, incluso sin rozarme.

Mantiene el cerco físico, las manos extendidas sobre el colchón, obligándome a enfrentarme a la oscura intensidad de sus pupilas.

—Te toca, Amira. Una verdad por otra —murmura, con una voz tan cercana que siento su calor en mi rostro—. Samir era el hombre más poderoso de mi círculo, pero vivía como un monje desde que su madre se fue. ¿Por qué?

Trago saliva; la mención de mi madre me provoca una punzada de melancolía que el sarcasmo no logra disimular.

Mamá era italiana y mi padre la conoció en una conferencia en Roma; él nunca volvió a ser el mismo después de enamorarse de ella.

—Porque la amaba de verdad —respondo, y siento que mis hombros se relajan ligeramente al recordarlo—. Murió cuando yo tenía diecisiete años, pero eso ya lo sabes.

—Sí.

—Su mundo se detuvo ese día —admito con tristeza—. Nunca volvió a mirar a otra mujer porque decidió que el amor de su vida

era único. Papá solo estaba esperando el día en que se volvieran a encontrar. Y, ahora, están juntos.

Malik deja escapar un suspiro bajo, un sonido que mezcla respeto y algo que parece envidia.

—Le ofrecí a las hijas de los hombres más influyentes de la región —admite Malik, sorprendiéndome—. Propuestas de matrimonio que duplicarían su fortuna y consolidarían aún más su poder. Las rechazó todas, siempre decía lo mismo. Que ya tenía todo lo que necesitaba: en el recuerdo de ella y en su presencia.

Esbozo una pequeña sonrisa.

—Papá era único.

—Sí, lo era.

En silencio, miro las manos de Malik, las venas marcadas por el esfuerzo y la autoridad, y decido que es hora de tantear el terreno.

— ¿Y tú? —pregunto, sintiéndome más atrevida de lo que esperaba—. Aliyah… ¿la amabas como mi padre amó a mi madre? ¿O ella fue solo el primer contrato bien ejecutado de tu lista?

La mandíbula de Malik se tensa, y me doy cuenta de que se ve precioso cuando lo hace. Se aleja un poco, sentándose en el borde de la cama a mi lado, sin apartar la mirada de mí.

—Aliyah era la elección correcta para el Reino. Yo era joven, y ella era todo lo que esperaban de mí. Lo que teníamos era sólido y estable, como los cimientos de un palacio. Pero el desierto no vive solo de estructura, Amira. A veces, exige fuego.

Siento un escalofrío.

Pienso en la mujer que vi en los pasillos del palacio hace unos días, la morena de ojos felinos que parecía flotar a su lado con una familiaridad insultante.

—¿Y Danya? —suelto, la pregunta sale antes de que pueda contenerla—. ¿Ella también forma parte de *los cimientos*? ¿Seguirá formando parte de tu harén después de que firmemos el contrato?

¿Estará en la habitación de al lado mientras yo desempeño mi papel de reina?

Malik vuelve lentamente la cara hacia mí, y una sonrisa maliciosa comienza a dibujarse en sus labios al mismo tiempo que un brillo perverso y peligrosamente divertido surge en sus ojos.

Se inclina de nuevo, esta vez acortando la distancia hasta que su nariz roza la mía.

—Danya es una distracción necesaria para un hombre como yo, *habibti* —dice, escrutándome el rostro. —Pero percibo un tono de posesividad en tu pregunta. Dime, Amira, ¿me preguntas por mi harén porque temes la competencia o porque quieres ser exclusiva? —Desliza la mano por mi nuca, con los dedos perdiéndose entre mi cabello suelto, tirando ligeramente de mi cabeza hacia atrás para que no pueda apartar la mirada de su mirada dominante. —Porque, si me das la pasión que veo escondida tras tu orgullo rebelde, podré olvidar que existe cualquier otra mujer en el mundo. ¿Estás lista para ser la única dueña de todo esto?

La pregunta flota entre nosotros, más sofocante que el polvo de ahí fuera. Su sonrisa me desafía a admitir que lo que siento no es solo odio, sino un hambre que ninguna distracción del palacio jamás podría saciar.

—No me importa a quién te lleves a tu cama, Malik. Quédate con Danya, quédate con quien quieras —respondo, con más rabia de la que pretendía, y sé que es un intento desesperado por levantar una barrera de hielo entre nosotros—. Puedo firmar el contrato matrimonial, puedo usar tu apellido y ser tu reina, pero nunca tendrás mi cuerpo. Y mi corazón, ese no lo tendrías ni aunque fueras el último hombre sobre la tierra.

Se inclina un milímetro más, haciendo que nuestras narices se rocen aún más, las puntas tocándose en un desafío que hace que el aire se estanque en mis pulmones. Malik deja que una sonrisa de rabia, llena de una certeza depredadora, surja en sus labios.

—¿Estás tan segura de eso, *habibti*? —pregunta, con la voz vibrando tan bajo que siento el eco en mi propio pecho—. Soy un hombre que siempre consigue todo lo que desea. El desierto se doblega a mi voluntad, las naciones negocian según mis condiciones y la gente hace exactamente lo que yo determino. Eres fascinante, Amira, pero no serás la primera excepción de mi vida.

Trago saliva. El movimiento de mi garganta es la única grieta que no puedo ocultar.

Lo miro fijamente, mis pupilas dilatadas devorando el ámbar de la luz de la habitación, y, por un segundo, el odio lucha contra algo mucho más primitivo y aterrador.

—Estoy convencida de que seré la primera —declaro, pero el tono falla al final, con un agudo matiz de incertidumbre.

Intento mantener la postura y parecer la mujer que cruzaría el desierto sola, pero mis ojos actúan por su cuenta y descienden lenta e involuntariamente hacia la boca de Malik.

Por puro instinto, me humedezco los labios con la lengua, lo que hace que los ojos depredadores de Malik brillen triunfantes un segundo antes de abalanzarse sobre mí.

Me toma los labios en un movimiento que interrumpe cualquier protesta que aún pudiera formular. Es un choque de realidad y calor, siento que mi cuerpo se tensa, el susto de la colisión disparando electricidad por mis vértebras, pero él no retrocede.

Su mano grande y firme se cierra con fuerza sobre mi nuca, manteniéndome pegada a él.

Pensar que este hombre me está robando mi primer beso me irrita, al mismo tiempo que me hace estremecer por el calor placentero que se extiende por mi piel.

Siento su sabor mezclado con una resistencia que empieza a desmoronarse. No sé qué hacer con las manos ni cómo corresponderle, pero el fuego que él provoca en mí es abrumador.

Cuando mi boca finalmente se ablanda contra la suya, el mundo exterior, la tormenta y el miedo al futuro dejan de existir. Solo queda el sabor de Malik y la aterradora conciencia de que el muro que he construido durante años acaba de sufrir la primera, y definitiva, grieta.

El impacto inicial del beso resuena en mi cabeza, en una explosión de sensaciones. Malik no es suave, me besa con la misma autoridad con la que gobierna, una mezcla de posesión y un deseo reprimido que me deja sin aliento.

Sus manos abandonan el colchón y suben, una de ellas enredándose en mi cabello suelto, tirando ligeramente de mi cabeza hacia atrás, mientras la otra se desliza por la curva de mi cuello, con el pulgar presionando la línea de mi mandíbula con una firmeza que me obliga a abrir la boca.

Suelto un suspiro tembloroso contra sus labios, y Malik aprovecha la oportunidad para profundizar el beso exigente.

Su lengua encuentra la mía en una caricia cálida, exploratoria y dominante, pero me guía con paciencia. Es una descarga eléctrica que desciende directamente al lugar entre mis piernas, una sensación de derretimiento que nunca imaginé que fuera posible.

Siento el sabor del café amargo y una dulzura metálica, el sabor puro de un hombre que sabe exactamente lo que está reclamando.

Mis manos acaban actuando por puro instinto, y mis dedos se cierran sobre la tela de sus pantalones de chándal, tirando de él para acercarlo más, deseando aplastar la distancia que aún queda entre nuestros cuerpos.

El calor que emana de la piel desnuda del pecho de Malik atraviesa la camiseta de algodón que llevo puesta, encendiendo mis pezones, que se endurecen por el contacto.

Él emite un sonido grave en la garganta, un gruñido de satisfacción que vibra dentro de mi propia boca. El beso cambia, volviéndose más lento y denso. Malik succiona mi labio inferior con

una deliberación que me hace soltar un gemido ahogado, mis sentidos girando en una espiral de placer y pánico.

Es tan profundo y visceral. Siento que este hombre está succionando mi alma, redefiniendo los límites de lo que creía que era mío.

Siento el peso de su fuerte cuerpo presionando el mío contra las almohadas, la dureza de su deseo contra mi muslo recordándome que este juego de preguntas y respuestas acaba de escalar a un territorio donde no hay tratados de paz.

Me da vueltas la cabeza, el oxígeno escasea, pero no quiero que pare. Por primera vez, la idea de ser suya no suena como una sentencia, sino como una rendición inevitable.

Cuando Malik finalmente se aleja, solo unos centímetros, sus labios siguen rozando los míos, hinchados y húmedos. Está jadeando, con la mirada fija en la mía con una intensidad que me hace sentir desnuda, a pesar de la ropa que me cubre.

—Te lo dije… —su voz se desliza baja, ronca, rozándome la piel—. Tengo todo lo que quiero, *habibti*. —Su pulgar roza mi barbilla, arrancándome un suspiro. —Y si un beso ya ha sido suficiente para ponerte así… —Un soplo casi imperceptible contra mis labios—. Imagina lo que hago cuando no tengo que parar.

Entierro los ojos, tratando de recuperar el aliento y la dignidad que se han disipado entre sus caricias. La grieta en mi muralla, ahora, es un abismo, y sé, con una claridad aterradora, que Malik no descansará hasta que cada piedra de esa barrera se reduzca a polvo.



Capítulo 18

Tras el beso, Malik finge que no ha pasado nada, lo que hace que todo parezca una tortura deliciosa.

Me entrega la tableta con la biblioteca digital abierta y se acomoda en el sillón de cuero, tras ir a buscar su portátil al despacho. Malik se sumerge en informes que parecen alternar entre la burocracia del palacio y los oscuros movimientos del submundo de Al-Zafiriah.

Me acurruco en la cama y finjo leer una crónica sobre las rutas de las especias del siglo XIV, pero las palabras no son más que manchas borrosas en la pantalla. Mis ojos, traidores y hambrientos, se escapan hacia él a cada minuto.

Es hipnótico observar la tensión en su mandíbula, la forma en que sus dedos teclean sin piedad y, sobre todo, la curva de sus labios. La sensación de su boca contra la mía aún me quema por dentro, y no puedo dejar de pensar en el sabor de ese hombre.

La proximidad en la habitación de piedra se vuelve asfixiante, hace que sea casi imposible respirar. Necesito espacio. Cualquier cosa que no sea el aroma a sándalo y la presencia abrumadora de Malik.

—Voy a darme una ducha —le digo, levantándome de un salto tras dejar la tableta sobre la mesita de noche junto a la cama.

Me dirijo hacia la puerta de la habitación, pero, antes de que mi mano alcance el pomo, la silueta de Malik se mueve. Rápidamente, se interpone en mi camino y pega su pecho contra el mío, obligándome a dar un paso atrás.

—No vas a salir de esta habitación, Amira —dice de golpe, lo que me hace respirar hondo—. La energía ahí fuera sigue siendo inestable y no voy a permitir que andes sola por ahí, y mucho menos con esos pies heridos.

Controlo las ganas de poner los ojos en blanco.

—No me voy a perder.

— Sé que no, pero eres lo suficientemente inteligente y curiosa como para acabar encerrada en algún sector de seguridad por error.

—Solo quiero darme un baño, Malik. No voy a escapar por los conductos otra vez, te lo prometo.

— Sé que no lo harás. Porque yo mismo te prepararé el baño.

Me quedo paralizada.

— ¿Qué?

El shock recorre mi espina dorsal mientras él se da la vuelta y entra en el baño contiguo al dormitorio. De repente, oigo el sonido del agua brotando en la bañera de piedra y resonando contra el ambiente rocoso.

Me quedo clavada en el sitio, con el corazón martilleándome contra las costillas, hasta que él reaparece en la puerta, haciéndome señas para que entre.

No me muevo.

—Ven ya o te arrastraré hasta aquí —replica, y mis pies se mueven por sí solos.

El baño parece un santuario de mármol. La bañera está tallada directamente en la roca y ya está llena, con el aroma de aceites esenciales de cedro y ámbar flotando en el aire. Malik se acerca a mí y el pánico comienza a subir por mi garganta en el

momento en que extiende las manos hacia la barra de la camiseta negra que llevo puesta.

—¡Por Alá! —casi grito, dando un salto hacia atrás—. ¿Qué estás haciendo? —Mis manos se levantan instintivamente para agarrar la tela.

Me lanza una mirada dominante.

—Te voy a ayudar con eso.

—No necesito ayuda —replico.

—Sé que no, pero estoy siendo generoso contigo —explica, con tanta calma que me irrita.

— Gracias, pero puedo desvestirme sola. No te atrevas…

—Aquí, *habibti*, no tienes elección —me corta la frase y, a continuación, extiende la mano hacia mí, cerrando los dedos con fuerza sobre mi muñeca mientras me atrae hacia él—. Tu intimidad era un privilegio que perdiste al intentar huir de mí en el desierto. Ahora, quédate quieta y sé obediente.

Muy lenta y delicadamente, me tira de la camiseta hacia arriba, obligándome a levantar los brazos. Siento el aire frío del baño rozar mi piel desnuda a medida que la tela se eleva, dejando al descubierto mi cintura y mis pechos. Sin pausa, se inclina un poco hacia abajo y me ayuda con los pantalones de chándal, haciendo que me duela el corazón en el pecho. Después de pasarme la última prenda por los pies, quedo completamente vulnerable ante él.

Malik mantiene la mirada fija en la mía durante un largo segundo, lo que me pone aún más nerviosa. Entonces, lentamente, su atención recorre mi cuerpo y, en cada parte que toca con la mirada, siento un cosquilleo en la piel.

—Eres preciosa, *habibti* —susurra, haciendo que se me sonrojen las mejillas.

Trago saliva cuando se agacha ante mí para quitarme los vendajes de los pies. Es increíble que un hombre tan poderoso y peligroso como él esté haciendo esto ahora.

Cuando termina, sus ojos negros se detienen más de lo necesario en mi vello púbico, lo que hace que quiera encogerme de vergüenza.

—Perfecto —murmura, y yo jadeo, sin saber cómo reaccionar.

Se pone de pie de nuevo y me ayuda a entrar en la bañera con agua caliente; el calor envuelve mis miembros doloridos. Malik se arrodilla junto a la bañera, coge una esponja natural y un jabón artesanal.

Una parte de mí quiere gritar y empujarlo, pero el tacto de sus grandes manos, cubiertas de espuma, deslizándose con delicadeza por mis hombros y brazos, acalla cualquier protesta.

Malik me baña con una reverencia casi religiosa, como si yo fuera algo precioso y frágil, y que, aun así, le perteneciera únicamente a él.

La distancia mental que intento mantener se desvanece con el vapor del agua. El escudo de mi sarcasmo yace en el suelo, junto a la ropa que llevaba puesta. Mientras me pasa la esponja por la nuca, inclino la cabeza hacia delante y cierro los ojos, disfrutando del contacto.

Deja la esponja, prefiriendo el contacto directo de la palma de su mano contra mi clavícula. Confieso que yo también lo prefiero así.

—Cada centímetro de esta piel que estoy limpiando pertenece ahora a un único dueño.

Siento un escalofrío recorrer mi cuerpo, y eso es lo que me hace enderezar la postura. Intento apartar la mirada, pero él me sujeta la barbilla, obligándome a mirar fijamente el abismo oscuro de sus ojos.

— Mírame —ordena, presionando mi labio inferior con el pulgar con una fuerza controlada—. Quiero que grabes esta sensación. El calor de mi mano, de mi tacto. Quiero que, dentro de diez años, sigas sintiendo mis dedos en tu piel cada vez que alguien se atreva a acercarse a ti.

Desliza la mano bajo el agua, rodeándome la cintura y acercándome unos milímetros más al borde de la bañera. El vapor del baño parece llevar consigo el aroma del sándalo y la expectativa de un encierro del que no tengo forma de escapar.

—Yo soy el primero, Amira. Y seré el último —me informa en un susurro peligroso contra mi oído—. No habrá otros ojos, no habrá otras manos sobre ti. El mundo puede gritar todo lo que quiera, pero aquí dentro te has reducido a lo que realmente eres: mi mujer. Mi propiedad. Mi reina.

Trago el nudo que se forma en mi garganta, sintiendo el calor de su cuerpo inclinado sobre la bañera. La humillación de estar desnuda ante Malik es rápidamente sustituida por una sumisión traicionera que me hace querer inclinar el cuello y ofrecerme a su dominio.

—Aprende a disfrutar de esto —continúa él, mientras me enjuaga el hombro, haciendo que el agua resbale como una caricia caliente—. Aprende que mi tacto es lo único que te mantendrá entera.

Detiene el movimiento, con las manos apoyadas contra las paredes de la bañera, rodeándome.

—Di. Di que entiendes que ningún otro hombre llegará jamás a donde estoy ahora.

Mi voz se quiebra, atrapada en la garganta seca.

Quiero luchar, quiero gritar que mi cuerpo es mío, pero la forma en que me mira, como si pudiera ver a través de mis huesos, me hace sentir que cualquier resistencia no es más que una invitación para él.

—Lo entiendo —susurro, la rendición saliendo en un suspiro que él capta con una sonrisa satisfecha y perversa.

Tonta como soy, deseo, con una fuerza que me asusta, que me bese de nuevo tras mi respuesta. La conciencia de que estoy empezando a querer ser completamente suya, de que la idea de ser

su esposa ya no es una carga, sino una necesidad física, es el castigo más cruel que Malik podría haber planeado.

—Ya está —dice, mientras me enjuaga los pies—. Puedes terminar el resto tú sola.

Levanta la mirada y veo el reflejo de mi propio deseo ardiendo dentro de Malik.

Él lo sabe.

Siempre ha sabido que mi odio es como la fina piel de una fruta que él está listo para pelar. Sabe que, al desnudarme y tocarme con esa mezcla de autoridad y cuidado, rompe mis barreras.

Ha sentido el estremecimiento de mi piel, como el reconocimiento de mi cuerpo al tacto de su dueño. Malik siempre supo que mi huida por el desierto era mi último acto de rebeldía antes de entregarme a mi destino.

Antes de entregarme por completo a él.



Capítulo 19

Afuera, el mundo desaparece bajo una nube de polvo que convierte el crepúsculo en Al-Sarab en un espectáculo fantasmal. El naranja denso y claustrofóbico se cierne sobre las ventanas, transformando el interior de esta estructura de hormigón en el único lugar sólido de todo el Cuadrante Vacío.

Camino por la cocina gourmet, concentrándome en el frío bajo mis pies, al tiempo que intento ignorar el calor que aún siento por el baño. Y por la intensidad de la mirada de Malik sobre mí.

Me sigue hasta la habitación y se acomoda en uno de los taburetes altos, observando mis movimientos con una paciencia depredadora, mientras echo agua en una tetera y enciendo la cocina.

Cojo el delantal de lino gris y me lo ato a la cintura; después, abro la nevera y coloco los ingredientes sobre la encimera, sintiendo, por primera vez, que tengo las riendas de la situación en mis manos.

—¿Qué estás haciendo, Amira?

—Tu despensa es excelente, pero le falta alma —respondo, sin mirarlo, concentrada en picar las hierbas—. Voy a preparar un risotto de azafrán con cordero marinado para el almuerzo. Mi madre decía que el cuerpo necesita comida, pero el corazón necesita sabor.

Empiezo a preparar el plato; el sonido del cuchillo contra la tabla de madera marca el ritmo de nuestra tregua. El aroma del ajo

dorándose en el aceite de oliva pronto invade el ambiente, mezclándose con el perfume de sándalo de Malik.

—Aprendiste muchas cosas cuando pasabas las vacaciones en Italia, ¿verdad? —quiere saber, y eso me paraliza y me hace levantar las pestañas para mirarlo. Es la primera vez que me hace una pregunta tan personal. Y, por alguna razón, eso hace que mi corazón se acelere.

Sonrío y asiento con la cabeza.

—A mamá le encantaba cocinar. «Antes de casarse con mi padre, su sueño era ser chef», digo, y al decirlo así, parece que ella renunció a su vida al casarse con mi padre, pero fue muy feliz. «Creía que la cocina era el único lugar donde Italia y Arabia Saudí podían coexistir en paz», añado, mientras remuevo el arroz lentamente.

—No estaba tan equivocada.

Me encojo de hombros.

—Me encantaba pasar los veranos en la Toscana. El aire allí es tan húmedo que huele a tierra mojada.

— ¿No te gusta esto?

Me río.

—Amo el lugar donde nací, pero allí era libre y a nadie le importaba quién era mi padre.

Malik fija la mirada en cómo manejo las sartenes.

—La libertad es un concepto relativo, *habibti* —replica él, con la voz cargada de una sabiduría amarga—. Me criaron para ser un halcón. ¿Sabes cómo se entrena a uno? Al pájaro se le mantiene a oscuras, con una capucha, dependiendo por completo de la mano de su dueño para comer y beber. Al principio, odia esa mano, intenta picotearla, intenta escapar. Pero, al cabo de un tiempo, el halcón comprende que esa mano es su mundo. Es lo que lo mantiene vivo.

Dejo de remover el arroz por un segundo, comprendiendo su metáfora.

— ¿Y tú eres el dueño o el halcón, Malik?

— Fui el halcón de mi abuelo. Hoy, yo soy la mano — responde, levantándose y caminando hasta mi lado de la encimera —. Pero incluso el halcón más entrenado sigue teniendo el instinto de la caza. No obedece porque sea débil, sino porque reconoce una fuerza superior.

Extiende la mano para coger el tarro de pimienta de Jamaica que está cerca de mí. Sus dedos rozan los míos intencionadamente, una caricia eléctrica que me hace sentir un cosquilleo en la piel.

La electricidad es tan palpable que casi espero ver chispas entre nosotros. El beso de la habitación vuelve a mi mente con la fuerza de un puñetazo en plena cara, el sabor de su boca, la posesividad de su tacto.

Dios mío, ¿qué me está pasando?

Intento concentrarme en el risotto, pero Malik no se aleja. Se queda cerca, en mi espacio personal, observando mi técnica con una curiosidad felina.

—Cocinas con la misma intensidad con la que luchas contra mí —observa, con la mano apoyada en el borde de la encimera, peligrosamente cerca de mi cintura—. Hay mucha pasión, Amira. Una necesidad de perfección que solo tienen las personas que sienten demasiado.

—Siento que el control es lo único que me queda —admito, con la voz más baja de lo que pretendía, mientras añado el caldo a la cacerola—. Me has quitado mi plan, mi vía de escape e incluso mi intimidad. Al menos, déjame controlar la cena.

Malik se ríe entre dientes, un sonido que vibra contra mis hombros. Se acerca, con el pecho casi tocando mi espalda, y se inclina para oler el aroma de la olla.

—No quiero quitarte el control, Amira. Quiero que lo uses conmigo —susurra cerca de mi oído, el calor de su aliento haciéndome estremecer y cerrar los ojos por una fracción de

segundo—. La cena huele a hogar. Pero tú… tú hueles a tormenta y a rendición.

Sin apartar los ojos de los míos, coge una cuchara de madera y la sumerge en el arroz, llevándose un poco a los labios para probar el sazonado. El gesto es tan íntimo, tan cargado de una tensión erótica y latente, que siento que me fallan las piernas.

—Está perfecto —informa, dejando la cuchara a un lado y volviendo a acorralarme contra la encimera—. Pero falta algo.

—¿Qué?

— El reconocimiento de que este refugio no es una prisión para ti. Es el lugar donde por fin puedes dejar de fingir que no me quieres.

La luz anaranjada del exterior parece estallar en un último destello antes de la oscuridad de la noche. En el silencio de la cocina, el sonido de mi corazón es lo único que compite con el rugido del viento.

He venido a la cocina para tener el control, pero, bajo la mirada de Malik, comprendo que el único lugar en el que realmente no tengo ningún poder es dentro de mí misma.



Una vez listo, nos sentamos uno frente al otro en la mesa de mármol, con el risotto desprendiendo un aroma delicioso. Sin dejar de mirarme, Malik da el primer bocado y parece genuinamente sorprendido por el sabor.

—Los negocios del Submundo —comienzo de repente, rompiendo el silencio mientras giro el tenedor en el plato—. ¿Siempre han existido? Esa red que manejas en paralelo al trono… ¿nació contigo o es una maldita herencia?

Malik deja los cubiertos lentamente y se recuesta en la silla. Una sonrisa seca, casi imperceptible, surge en sus labios.

— Deberías saber la respuesta. Al fin y al cabo, has pasado los últimos seis meses hurgando en los archivos que viste a tu padre esconder bajo el sello de la Milicia. ¿No pretendías entregar el expediente al sector norte?

El impacto de la acusación me hace soltar el tenedor con un ruido metálico. Siento cómo se me va la sangre de la cara, pero sostengo su mirada.

—Nunca entregaría eso —replico con firmeza, a pesar de la opresión en el pecho—. Solo lo haría si te convirtieras en la amenaza que imaginé en mi cabeza. Si intentaras matar a mi padre o a mí para consolidar el poder. Investigué porque soy curiosa, Malik. Y porque no me conformo con lo que el departamento de relaciones públicas del palacio le echa al pueblo. Pero, lo admito, no profundicé tanto como me hubiera gustado. Si lo hubiera hecho, quizá no estaría aquí ahora.

Malik se inclina hacia delante, la luz ámbar acentuando los rasgos duros de su rostro. No parece ofendido, está satisfecho con mi audacia.

—Todo empezó con mi tatarabuelo —para mi sorpresa, revela, bajando la voz a un tono confidencial que me pone la piel de gallina —. Él comprendió pronto que, para mantener a Al-Zafiriah soberana entre imperios, no bastaba con tener un ejército en la superficie. Era necesario controlar las venas por donde el dinero y los secretos fluyen en la oscuridad. Así fue como garantizamos el poder durante generaciones.

— ¿Y el Consejo? —pregunto, recordando los rostros severos que vi en el palacio.

—El Consejo lleva años sospechando. Huelen la sangre, pero no saben de dónde viene. Están deseando destronar a mi familia, conspirando a escondidas, esperando un tropiezo. Creen que soy joven y que el peso de la corona me romperá el cuello. —Hace una pausa, y la intensidad de su mirada es como el fuego y la guerra mismos. —Pero no lo conseguirán. No soy solo el jeque que firma decretos, *habibti*. Soy el dueño de las sombras que tanto temen. Destruiré a cada uno de los que planean mi caída, incluso antes de que terminen de formular el pensamiento.

Trago saliva, el sabor del azafrán ahora mezclado con la conciencia del peligro real que Malik representa.

—Hablas de destrucción como si fuera una tarea cualquiera —susurro, observando su aterradora calma.

—En mi mundo, o eres el martillo o eres el yunque —responde, levantando la taza de té en un brindis.

—¿Y qué soy yo en tu mundo, Malik?

Esboza una sonrisa provocadora y seductora.

—Te aseguro que no estás hecha para ser aplastada.

El viento lanza un aullido prolongado, como si el desierto estuviera de acuerdo con lo que él dice.

Miro a Malik y veo al hombre que Aliyah nunca conoció, el monarca que abraza su propia oscuridad para proteger lo que es suyo. Y, por primera vez, la idea de formar parte de eso no me aterra tanto como la idea de quedarme atrás.



La tormenta parece haber alcanzado un nuevo nivel de furia, pero, dentro de la biblioteca de Al-Sarab, el sonido no es más que un murmullo lejano.

Malik camina entre las estanterías de madera oscura con los pies descalzos sobre la alfombra persa. Se detiene ante una sección protegida por un cristal esmerilado y, con un toque biométrico, el cerrojo se abre con un clic seco.

—Me preguntaste por las herencias malditas —dice, sin volverse—. Ven aquí.

Me acerco, con su camiseta aún rozándome los muslos. Dentro del compartimento no hay oro ni joyas, sino cuadernos de tapa de cuero desgastada y pequeños objetos personales. Saca un diario con caligrafía árabe clásica y me lo tiende.

—Son los recuerdos de mi abuelo. Él fue el hombre que construyó lo que tú llamas el Submundo. El Consejo lo llamaba «El Pacificador», pero aquí, en estas páginas, confiesa las vidas que tuvo que sacrificar para que el desierto no fuera devorado por las guerras civiles. Cada pozo de petróleo que ves ahí fuera fue bautizado con un secreto que él tuvo que enterrar.

Observo las manos de Malik mientras hojea las páginas. Hay mucho sentimiento en la forma en que toca el papel, algo que no concuerda con la imagen de monarca despiadado que proyecta.

—Pensaba que veías el reino como un tablero de ajedrez —admito, con los dedos rozando la cubierta de uno de los diarios.

—Es un tablero. Pero las piezas son personas a las que juré proteger. Cada decisión que tomo en la oscuridad es para que el pueblo de Al-Zafiriah pueda vivir a la luz del sol, sin saber el precio de su propia paz.

Guarda el diario y, de un cajón más pequeño, saca una cajita de sándalo. Y duda un segundo antes de abrirla. Dentro hay un sencillo anillo de platino y un pañuelo de seda azul claro, perfectamente doblado.

—Pertenecían a Aliyah —revela, bajando la voz hasta un tono casi inaudible.

El aire parece desaparecer de mis pulmones. El fantasma de la mujer perfecta, de la esposa obediente, está aquí mismo, entre nosotros. Miro a Malik y, por primera vez, no veo la institución, al jeque ni al secuestrador. Veo a un hombre que carga con un peso enorme sobre los hombros, solo, en una fortaleza de cristal.

—¿La echas de menos? —pregunto, con un valor que surge de un lugar que desconozco.

Malik cierra la caja, pero mantiene la mano sobre la tapa. Se vuelve hacia mí, la distancia entre nosotros reducida al mínimo necesario para que sienta el calor de su presencia.

— Echo de menos la paz que ella representaba. Aliyah era la brisa antes de la tormenta. Era dulce, leal e hizo todo lo que se esperaba de una reina. —Hace una pausa, con la mirada fija en la mía, escudriñando mi alma—. Pero hay una culpa que arrastro, Amira. Algo que nunca le he confesado a nadie, ni siquiera a su padre.

—¿Qué?

—Cuando murió, lamenté la pérdida de mi compañera. Lamenté la pérdida de una aliada. Lamenté no haberla amado nunca.

Trago saliva, sintiéndome un poco aliviada de que él nunca haya amado a Aliyah, y triste por ella. *Alá, ¿qué me está haciendo este hombre?*

—¿Nunca la amaste? —pregunto, solo para confirmarlo.

—Nunca sentí la llama. —Se vuelve hacia mí de repente, acorralándome contra las estanterías de libros. El portátil y los informes de defensa parecen irrelevantes ahora. Apoya las manos a ambos lados de mi cabeza, su cuerpo emanando una tensión que me hace querer retroceder y avanzar al mismo tiempo. —Pasé ocho años creyendo que el fuego del que hablan los poetas era una mentira para los débiles.

— ¿Y ahora piensas diferente?

—Nunca había habido ese ruido en mi cabeza —gruñe, con la voz bajando a un tono peligroso, casi cruel—. Pasé ocho años creyendo que era inmune a los impulsos. Que el control que ejercía sobre mi pueblo era el mismo que ejercía sobre mi sangre. Pero tú cruzaste ese desierto y rompiste mi maldita lógica.

Desliza el pulgar con fuerza por mi labio inferior, una caricia que roza la agresión, obligándome a mirarlo a los ojos.

— Siento más rabia hacia ti en cinco días que la que he sentido en toda mi vida. Y lo peor es que esa rabia se convierte en un hambre detestable cada vez que me miras así, desafiante. — Inclina la cara, rozando su nariz con la mía—. Aliyah era mi remanso de paz, pero tú… tú eres el error en mi sistema. Y odio el hecho de que prefiera el desastre de estar contigo a la paz de cualquier otra mujer.

El conflicto en los ojos de Malik dista mucho de ser romántico, es algo más depredador y perturbado. Acaba de admitir una derrota que pretende convertir en victoria de cualquier manera.

Siento mi corazón martillear contra las costillas, la percepción de que no solo soy su futura esposa, sino su obsesión más peligrosa, clavándose en mí como la marca de un hierro al rojo vivo.

El silencio en la biblioteca se vuelve tan denso como el polvo que azota las ventanas blindadas. Malik sigue cerca, con la mano extendida contra la madera de la estantería, bloqueando cualquier vía de escape que no pase por sus brazos.

Miro la caja de sándalo y luego a él. Hace apenas cinco días que mi mundo se derrumbó con la muerte de mi padre, y ahora estoy aquí, tratando de descifrar el enigma de un hombre que admite desearme por puro odio hacia su propia falta de control.

—Tres días —murmuro, con una voz más cansada de lo que me gustaría—. Dentro de tres días, estaremos ante un clérigo y su Consejo. Me pondrás ese anillo en el dedo y seré, oficialmente, tu reina.

—Sí —gruñe, con la mirada fija en mi boca.

—Entonces dime una cosa, Malik. —Doy un paso adelante, acortando la escasa distancia que nos separa, sintiendo el calor de su pecho contra el mío—. Si soy el error en tu sistema, si soy un desastre… ¿por qué no me dejas marchar? ¿Por qué no pones fin a esta farsa y me dejas desaparecer en el mundo? Recuperarías tu tranquilidad. Tu control volvería a la normalidad.

Malik suelta una risa seca, desprovista de cualquier humor. Desliza la mano desde mi nuca hacia mi cabello, sujetándolo con una fuerza que me obliga a inclinar la cabeza hacia atrás.

—Porque soy un hombre de negocios, *habibti*. Y nunca renuncio a un activo que ha demostrado ser tan valioso como tú. —Se acerca, su aliento peligroso rozando mi piel—. Además, subestimas mi naturaleza. No quiero la calma, si es mediocre. Prefiero el fuego, aunque me queme.

Me suelta de repente, y el vacío que deja su mano en mi piel es casi peor que la presión.

—La tormenta está empezando a amainar —informa, cambiando de tema de repente. Malik guarda la caja y vuelve a centrar su atención en el ordenador—. El radar muestra que la visibilidad mejorará en las próximas horas. Partiremos pasado mañana, al amanecer. Nos queda poco tiempo antes de regresar al palacio.

Se dirige hacia la puerta de la biblioteca y se detiene, mirando hacia atrás.

—Intenta dormir. Pronto terminará la libertad de Al-Sarab, y tendrás que aprender a caminar a mi lado, el de tu dueño.

Entonces sale, dejándome sola con el olor de los libros antiguos y la conciencia de que, aunque intenté huir por el desierto, la verdadera trampa no eran las dunas, sino el hecho de que llegué a querer quedarme dentro de esta jaula de piedra con él.



Capítulo 20

El rugido, que antes sacudía las paredes de Al-Sarab, da paso a un silbido constante y casi hipnótico. El polvo se está asentando, revelando las formas de las dunas bajo una luz plateada y fría.

Dentro de la suite, la iluminación está reducida al mínimo, y una melodía instrumental, el sonido quejumbroso de un *oud*, el laúd árabe que parece llorar con cada nota arrastrada que flota por el sistema de sonido, llena el vacío entre nosotros.

Malik está recostado contra el cabecero de pizarra con la mirada fija en la ventana, pero intuyo que cuenta los minutos que faltan para que salga el sol. Me hace un gesto hacia el lado de la cama, una orden que no admite discusión.

—Acuéstate —ordena—. Necesitas descansar antes de que regresemos.

Me acomodo a su lado, manteniendo una distancia prudencial, pero el calor que emana de su cuerpo atraviesa la sábana como una corriente eléctrica. El silencio de la burbuja en la que nos hemos escondido durante las últimas cuarenta y ocho horas empieza a asfixiarme. Pienso en los días que vendrán, en el inmenso palacio y en las reglas que borrarán poco a poco quién soy.

—Cuando nos casemos… —comienzo, hablando muy bajito, casi fundiéndome con la música—. ¿Compartiremos la habitación?

Malik ni siquiera gira la cabeza, pero noto cómo se le tensa el músculo de la mandíbula.

—No comparto mi habitación con nadie, Amira. Nunca lo he hecho.

La respuesta me golpea como un puñetazo en el pecho. Siento una punzada de dolor que rápidamente se transforma en una irritación ardiente. Lo imaginé allí, en esa fortaleza de piedra, como un hombre que buscaba cercanía, pero la frialdad de su declaración reconstruye el muro entre nosotros.

—Entiendo —replico, sentándome y mirando su espalda con amargura—. Apuesto a que pretendes dejarme encerrada en un ala lujosa mientras duermes con Dunya en la otra. ¿Es ese el plan? ¿Yo soy la reina y ella es la mujer que te calienta la cama?

Esta vez, Malik gira la cabeza lentamente, y hay un brillo peligroso e impenetrable en sus ojos oscuros.

— Dunya nunca ha entrado en mi habitación.

Suelto una risa nasal, llena de escepticismo.

—¿De verdad crees que me voy a creer eso? ¿Después de ver cómo te miraba en el palacio? —Aparto la sábana a un lado, sintiendo una necesidad repentina de alejarme de su presencia asfixiante—. Si te empeñas en mantener tu soledad sagrada, empieza ahora.

De un salto, me levanto, pero no consigo dar dos pasos. Antes de que mis pies alcancen la alfombra, la mano de Malik se lanza como la mordida de una cobra. Cierra los dedos alrededor de mi muñeca con una fuerza que me hace jadear, tirando de mí hacia atrás con una violencia controlada que me deja sentada en el colchón.

—No vas a ir a ninguna parte —gruñe, con los ojos clavados en los míos, a milímetros de distancia.

—¡Suéltame, Malik! Si no me quieres aquí, ¿por qué me obligas a quedarme?

—No he dicho que no te quiera aquí —replica él, sin aflojar el agarre en mi muñeca y manteniéndome atrapada en el radio de alcance de su cuerpo—. He dicho que no comparto mi espacio. Pero tú…

— ¿Yo qué?

—Vas a dormir exactamente donde te he ordenado. A mi lado.

Me empuja hacia abajo, obligándome a tumbarme de nuevo. Malik se inclina sobre mí, inmovilizando mi cuerpo con el peso del suyo, con el brazo actuando como una barra de hierro sobre mi pecho, para que no me mueva, y aun así, me resisto.

—Deja de luchar —me susurra al oído, y su aliento cálido contrasta con el frío que siento por dentro—. ¿Querías saber sobre la exclusividad? Empieza por aprender que mi cama es el único lugar del mundo donde no tienes voz.

Me quedo inmóvil, sintiendo los latidos de su corazón contra mi espalda mientras me envuelve en un abrazo posesivo. La rabia aún arde, pero la proximidad forzada despierta el deseo traicionero que intenté enterrar.

Dormimos así, entrelazados en una falsa tregua, mientras el desierto termina de calmarse para devolvernos al mundo.



El sol aún no ha despuntado del todo en el horizonte cuando Malik abre las puertas de su oasis. El desierto ante nosotros es un lienzo en blanco, las dunas perfectamente esculpidas por el viento de la noche anterior, bajo un cielo que pasa del gris al rosa pálido.

El frío del amanecer me pellizca la piel, pero la rigidez de mi cuerpo proviene de la noche que pasé atrapada en los brazos de Malik.

Se dirige hacia donde espera el animal, con las riendas sujetas por uno de los sistemas de sujeción del refugio subterráneo. El animal que me cazó junto a Malik parece aún más imponente bajo la tenue luz, con el pelaje oscuro brillando como la obsidiana.

—Es aterradoramente hermoso —murmuro, manteniendo la distancia mientras Malik revisa los arreos.

La ira por su posesividad de la noche pasada aún me late en las sienes, un sabor amargo de mi sumisión forzada.

Malik deja lo que está haciendo y me mira por encima del hombro.

—Es una hembra —me corrige, con la voz ronca por el sueño o la falta de él—. Y se llama Safira. Una de las mejores líneas de Al-Zafiriah.

Trago saliva, sintiéndome pequeña ante la fuerza bruta de la yegua. Malik me tiende la mano y yo dudo; el recuerdo de su puño cerrado sobre el mío sigue demasiado vivo en mi mente.

—Dame la mano —ordena en voz alta, y yo accedo. Me acerco lentamente y él envuelve mis dedos con los suyos, guiando mi mano hacia el hocico del animal.

Intento un toque ligero, casi sin rozarlo, pero Malik aprieta mi mano contra el denso pelaje.

—No seas indecisa, *habibti*. Si el roce es demasiado suave, pensará que es un insecto y se enfadará. Los caballos de esta raza necesitan firmeza para sentirse seguros.

Él guía mis dedos en una caricia larga y decidida por el cuello de Safira. El calor que emana de ella es reconfortante, y la textura es más suave de lo que imaginaba. La yegua suelta un resoplido bajo, inclinando la cabeza hacia mí, y siento una conexión repentina,

una admiración involuntaria por este animal que está tan prisionero del deber de Malik como yo.

—Es… magnífica —admito, olvidándome por un segundo de la máscara de desdén.

Mis ojos brillan mientras sigo el movimiento de sus músculos bajo la piel. Cuando miro hacia un lado, me doy cuenta de que Malik ya no está revisando los arreos, sino que está quieto, observándome con una media sonrisa que nunca había visto antes.

No es la sonrisa depredadora del jeque, ni la expresión sombría del hombre del inframundo. Es algo más humano, casi orgulloso.

—Parece que te ha aprobado —dice, un poco más suave—. Lo cual es raro. Safira suele oler el miedo a kilómetros de distancia.

—No le tengo miedo a ella —replico, recuperando un poco de mi acidez—. Le tengo miedo a su dueño.

Su sonrisa se amplía, pero no responde.

Malik me agarra por la cintura con facilidad y me empuja hacia arriba, acomodándome en la silla antes de subirse justo detrás de mí. El contacto inmediato de su pecho con mi espalda me hace tensarme.

—Agárrate —ordena, pasando las manos a mi lado para sujetar las riendas y rodeando mi cuerpo una vez más—. El camino de vuelta es largo.

Malik da la orden y Safira arranca. El impacto de las patas contra la arena firme vibra en mis huesos, y el viento me azota la cara, llevándose el olor a incienso y encierro del búnker.

Miro atrás por última vez y veo cómo la estructura de Al-Sarab se convierte en un punto indistinguible en medio de la inmensidad.

El calor de Malik es lo único que me impide sentir el frío del desierto, pero también es la certeza de que la tregua ha terminado.

Regresamos al palacio, a las miradas calculadoras del Consejo y a las sombras de un compromiso que, ahora, sabe a su beso.

Aprieto mis manos sobre las suyas, que sujetan las riendas con una calma irritante. Atravesamos las dunas hacia el mundo donde cada caricia será vigilada y cada palabra tendrá el poder de un decreto.

El desierto queda atrás, pero el fuego que Malik ha encendido en mí apenas está empezando a extenderse.



Capítulo 21

Tras tres horas, las torres de alabastro del palacio surgen en el horizonte como crueles espejismos.

Mientras Safira galopa por las puertas laterales, el silencio del desierto es sustituido por el caos frenético de los preparativos. Hay hombres moviendo tapices, el fuerte olor de las flores que se descargan y un ir y venir de empleados, que dejan lo que están haciendo para mirarnos.

Malik tira de las riendas, haciendo que la yegua se detenga frente a la entrada privada. Él desmonta primero y, sin decir una palabra, me agarra por la cintura y me baja al suelo. Siento que me tiemblan las piernas, aún poco acostumbradas a la tierra firme tras horas de cabalgata.

—¡Malik! —El grito agudo proviene de lo alto de la escalera.

La Sultana Madre desciende los escalones con elegancia, pero una expresión gélida se dibuja en su rostro. Sus ojos oscuros, afilados como dagas, recorren a Malik antes de posarse en mí.

La mirada es tan penetrante que siento el deseo de esconderme, pero mantengo la barbilla alta.

—¿Qué es esto? —Se detiene a dos pasos de distancia, señalando mi cuerpo con desdén—. ¿Qué lleva puesto, Malik?

Bajo la mirada.

Llevo los pantalones de chándal de Malik, doblados varias veces a la altura de los tobillos, y la camiseta negra que parece un vestido demasiado ancho. En la cabeza, el *hiyab* improvisado con un paño de lino que apenas oculta los nudos de mi cabello.

—Está viva, madre —responde Malik, con voz desprovista de toda emoción—. Eso debería bastar por hoy.

—Parece una mendiga que ha robado el armario de un soldado —replica ella, algo alterada—. El palacio está alborotado por vuestra desaparición. El Consejo exige explicaciones sobre la fuga de la novia.

Antes de que pueda abrir la boca para defenderme, Farrah aparece corriendo entre las columnas. Sus ojos brillan de alivio al verme, pero palidece al notar la furia de la Sultana Madre.

—¡Farrah! —ordena, sin apartar la mirada de mí—. Sácala de aquí ahora mismo. Llévala por la parte de atrás, a las habitaciones del ala este. No permitas que nadie más la vea en ese estado deplorable.

Farrah se acerca y me agarra del brazo, tirando de mí con una urgencia que me irrita. Cuando empiezo a subir los escalones, veo una silueta cerca de las arcadas.

Dunya.

Está impecable, con un vestido de seda esmeralda que acentúa cada curva de su cuerpo. No dice nada, ni se acerca a Malik, solo se queda cerca, observando la escena.

Su mirada oscila entre Malik y yo, deteniéndose más tiempo del necesario en la ropa que llevo puesta. Hay cierta rigidez en su rostro, no parece gustarle la intimidad que sugiere esa ropa.

Esa mirada me golpea el estómago como un puñetazo.

La tristeza por mi padre, el agotamiento de la huida y la irritación por ser tratada como una vergüenza pública se mezclan en un nudo en la garganta.

Miro a Malik, esperando que diga algo, que defienda mi presencia o que, al menos, desvíe la mirada de Dunya. Pero ya está rodeado de secretarios y guardias, volviendo a ser la institución que aprendí a odiar.

—Ven, Amira. Por favor —susurra Farrah, arrastrándome hacia la sombra de los pasillos.

Mientras entro en el palacio, me consume la sensación de que me han rescatado solo para encerrarme en una jaula de oro.

El recuerdo del calor de Malik a mi espalda, en el desierto, ahora parece una mentira contada en la oscuridad. Aquí, bajo las luces de las lámparas de araña y el juicio de las otras mujeres, no soy más que el problema que hay que ocultar hasta que llegue el momento de decir «sí».



Envuelta en un albornoz de algodón egipcio, salgo del baño y me encuentro a Farrah terminando de ordenar unas toallas. De repente, se vuelve hacia mí con una sonrisa que le ilumina todo el rostro.

—Vale, Amira. Ahora que estamos solas… ¿Qué ha pasado? —pregunta, con los ojos chispeando de una curiosidad que apenas puede contener.

Suspiro, dejando caer los hombros mientras me siento en el borde de la cama monumental. Me paso la mano por la cara, sintiendo una angustia que me oprime la garganta y hace que mi corazón lata con fuerza.

—¿Es posible que te guste alguien en tan poco tiempo? —Las palabras salen antes de que pueda filtrarlas.

Farrah detiene lo que está haciendo, dejando las manos suspendidas en el aire. Su sonrisa se vuelve más profunda, casi cómplice.

—¿Estás enamorada de Su Majestad? —susurra, como si estuviéramos compartiendo un secreto de Estado.

Me encojo de hombros, desviando la mirada hacia mis manos.

—No lo sé. Sigo odiándolo. Odio la forma en que lo decide todo, odio cómo me mira como si fuera un trofeo de caza.

Farrah suelta una risa breve y sincera, y se sienta en la alfombra a mis pies.

—Ay, Amira, en el palacio, el odio y el amor caminan por el mismo pasillo. —Niega con la cabeza, sin dejar de reír—. Fue una locura total cuando desaparecisteis del banquete. El Consejo se vino abajo, la Sultana Madre casi se desmaya y los guardias parecían cucarachas aturdidas. Fue divertido, para ser sincera. Nunca había visto un lío así por aquí.

Siento una punzada aguda de culpa. Pienso en el esfuerzo de todos, en el duelo por mi padre, que se vio arrollado por este caos que yo misma causé.

—Quería huir —digo, con la voz entrecortada—. Tenía que intentarlo, Farrah. Por mi dignidad, ¿sabes? Por mi libertad.

Farrah asiente, con el rostro serio por un momento, la mano tocando mi rodilla en señal de apoyo.

—Lo sé. Todos sabían que no aceptarías que te vendieran sin luchar.

—Pero para él fue fácil —continúo, recordando la imagen de él montado en Safira bajo la luz de la luna en el desierto—. Me encontró tan rápido, y luego me llevó a su oasis.

Ella frunce el ceño, completamente sorprendida.

—¿A Al-Sarab?

—Sí.

Farrah se queda en silencio durante un largo segundo, con la boca entreabierta.

—¿Te llevó allí? Amira, nadie va a Al-Sarab. Ni su madre, ni los consejeros, ni… nadie. Ese lugar es el santuario personal del jeque Malik. Si te llevó a las rocas de Al-Sarab, no solo te estaba escondiendo de la tormenta. Te estaba metiendo en su propia vida.

Aprieto el cordón de mi bata, asimilando la información. Pienso en el encuentro en la biblioteca y en el baño en esa bañera de piedra; ahora parecen aún más definitivos.

Malik no me llevó a una prisión, sino al único lugar donde él es real. Y ahora, de vuelta en el palacio, siento que he dejado una parte de mí encerrada allí.



Capítulo 22

Con las manos temblorosas, Farrah me arregla el velo, mientras el eco de las órdenes de la Sultana Madre aún resuena en los pasillos. Quiere que la *«mendiga del desierto»* desaparezca, sustituida por una novia que no suscite preguntas entre los miembros veteranos del Consejo, que esperan en el salón.

Por eso ha organizado esta cena tan rápidamente. Para demostrar a los demás que todo está bajo control.

Salgo de la habitación con Farrah pisándome los talones, y el pasillo de mármol parece más largo y frío de lo habitual. No doy ni diez pasos antes de que una silueta esmeralda me bloquee el paso.

Dunya está de pie, impecable, con una sonrisa que no le llega a los ojos.

—El oro y las piedras preciosas hacen milagros, ¿no? —comenta, mirando directamente a las joyas que llevo al cuello—. Casi no se ve la arena bajo las uñas, Amira. Pero no te equivoques, el palacio tiene memoria, y todos aquí siguen echando de menos la presencia estabilizadora de Aliyah. Ella sabía que una reina es un puerto seguro, no una fugitiva que causa escándalos y vergüenza a su prometido.

Siento que me hierve la sangre, pero mantengo la barbilla alta.

—Aliyah parece haber sido una mujer admirable —respondo, dando un paso adelante, invadiendo su espacio—. Pero hasta el desierto más tranquilo cambia de forma tras una tormenta. Esperar que las cosas sigan igual es ignorar lo obvio.

Dunya suelta una risa seca, con los ojos chispeantes.

—¿Crees que algo ha cambiado entre vosotros por culpa de Al-Sarab? Te vi llegar y vi el estado de tu ropa… la ropa de él. Fue una táctica desesperada, Amira. Creer que ponerte lo que es suyo te da algún poder sobre lo que él siente.

Recuerdo la firmeza de la mano de Malik la noche anterior, el calor de su pecho contra mi espalda.

—La ropa fue una necesidad —digo, bajando la voz a un tono peligroso. —Pero lo que pasó en ese oasis es algo que nunca vas a entender. Ni lo harás. —Apretó los dientes y, antes de que pudiera decir nada, continué: —Pensé que eras una amenaza, pero me equivoqué. Por tu forma de hablar, sé que nunca pasaste del umbral de la puerta de su habitación. Solo eres una distracción.

El rostro de Dunya palidece, la máscara de perfección resquebrajándose ante la revelación.

—Puedes casarte con él —sisea con los dientes apretados, la voz temblando de furia—. Puedes llevar la corona y ostentar el título. Pero soy yo a quien él busca. Soy yo quien siempre será su mujer.

Me dejo llevar por la ira y levanto la mano con firmeza, dirigiéndola hacia su rostro bonito y bien maquillado. El sonido de la bofetada resonará por el pasillo y mi mano arderá, pero el placer de ver cómo su cabeza se gira con el impacto es abrumador.

Dunya se queda inmóvil por un segundo, la marca roja asomando en su piel pálida, antes de abalanzarse sobre mí con los dedos en forma de garra.

— Vas a pagar por…

— ¿Te has vuelto loca? — La voz de Farrah corta el aire como una cuchilla; ha estado a mi lado todo el tiempo, pero no ha dicho ni

una palabra hasta ahora.

Se interpone entre nosotras dos, apartando el brazo de Dunya con una fuerza sorprendente.

— ¿Has perdido la cabeza, Dunya? ¿Intentar tocar a la futura reina de Al-Zafiriah ante los testigos del palacio? Lárgate de aquí ahora mismo, antes de que los guardias te arrastren por el pelo.

Dunya retrocede jadeando, con los ojos prometiendo una masacre. Me mira fijamente por última vez, la marca de mi golpe aún palpitando en su rostro, y se marcha pisando fuerte; el sonido de sus tacones resonando en el mármol se va atenuando a medida que desaparece al final del pasillo.

Cierro los ojos y respiro hondo, tratando de controlar el temblor de mis manos. El corazón me martillea contra las costillas con una mezcla de adrenalina y pavor.

—¿Estás bien? —pregunta Farrah, arreglándome el velo descolocado.

—Estoy bien —respondo, enderezando los hombros y sintiendo, por fin, las esmeraldas como una auténtica armadura—. Vamos. Tengo una cena que afrontar.

Camino hacia las puertas del salón, sabiendo que la guerra acaba de empezar. Pero si Dunya quería verme destrozada, acaba de descubrir que el desierto no me mató.

Me ha dado garras.



Las puertas de roble y bronce se deslizan con un zumbido casi imperceptible, y el murmullo del salón se apaga al instante. El aire acondicionado central mantiene la temperatura perfecta, pero el ambiente se respira una frialdad que ningún termostato podría corregir.

Camino bajo el resplandor de las lámparas de cristal de diseño contemporáneo, sintiendo la mirada de cada hombre posada sobre las esmeraldas de mi cuello.

Malik está a la cabecera, vestido con un impecable traje de corte italiano, de un color grafito tan oscuro que roza el negro. Por encima, lleva un *bisht* de seda negra con bordados de hilo de oro en los bordes, una prenda tradicional que marca su máxima autoridad y hace que sus hombros parezcan aún más anchos mientras domina la mesa de mármol y cristal. No se levanta, pero sus ojos me siguen desde el primer paso, analizando la rigidez de mi postura.

A su derecha, su madre es la imagen de la perfección dinástica. Lleva un vestido de alta costura en tonos champán que combina con la sobriedad de su hijo. Los demás asientos están ocupados por los cuatro miembros del Consejo Superior, hombres que han visto crecer a Malik y que buscan cualquier señal de que es indigno de la corona que ha heredado.

—Por fin —dice la Sultana Madre, con voz cortante como el cristal—. Siéntate, Amira. Justo estábamos discutiendo el programa de la ceremonia. El incidente en el desierto… ha generado fluctuaciones innecesarias en los informes de estabilidad del sector.

Me siento a la izquierda de Malik, el lugar destinado a la futura reina. El camarero se acerca en silencio para servir el vino, pero mi atención se centra en el consejero Rashid, que me mira por encima de sus gafas de lectura y tiene una tableta abierta ante sí.

—La desaparición de la novia en vísperas del contrato no fue solo un incidente, Su Alteza —interviene Rashid, con la voz ronca de décadas de burocracia—. Fue un riesgo para la seguridad nacional. Hay rumores de que el linaje de Samir no está siendo protegido, sino

coaccionado. El Consejo exige saber qué ocurrió durante las cuarenta y ocho horas en las que estuvieron ausentes.

Siento el calor de Malik a mi lado. Él suelta una breve risa nasal, un sonido casi imperceptible que hace que los consejeros se muevan incómodos en sus sillones de cuero.

—Lo que ocurrió, Rashid, fue una prueba de resistencia que pocos aquí soportarían —declara Malik, acallando el tintineo de los cubiertos—. Amira se enfrentó a la peor tormenta de la década y sobrevivió. Si el Consejo está preocupado por el linaje de Samir, debería estar celebrando la fortaleza de la mujer que se sentará a mi lado, en lugar de cuestionar la privacidad de nuestro refugio.

—La privacidad es un concepto peligroso para un monarca, Majestad —replica otro consejero, inclinándose hacia delante—. Especialmente cuando el lugar de refugio es Al-Sarab, un punto ciego en nuestros radares de vigilancia.

Todos guardan silencio.

Están poniendo a prueba la lealtad de Malik hacia la transparencia del Reino. Miro a la Sultana Madre y veo que no va a defenderme; parece querer que tropiece, para demostrarle a su hijo que no soy la elección ideal.

—Si el Consejo no puede vigilar Al-Sarab, quizá el problema no sea la privacidad del jeque, sino la obsolescencia de vuestras herramientas —respondo con firmeza, sorprendiéndome incluso a mí misma—. Yo estuve allí. Estuve protegida por la estructura que Malik construyó y, sinceramente, me siento mucho más segura bajo su encriptación que bajo la de hombres que tiemblan ante un cambio de planes.

Malik detiene el movimiento del cubierto y vuelve el rostro hacia mí por primera vez en toda la noche; noto un brillo salvaje de aprobación en sus ojos, el mismo que vi cuando me enseñó a tocar Safira.

Extiende la mano por encima de la mesa y cubre la mía, un gesto de posesividad pública que silencia la mesa al instante.

—Mi prometida tiene razón —informa Malik, con la mirada fija en Rashid—. Lo que ocurre bajo mi techo privado es de interés único y exclusivo de la Corona. Si hay alguna otra duda sobre mi conducta o la de ella, que se trate formalmente en la corte, no en una cena familiar.

La Sultana Madre aprieta los labios, pero no dice nada, y no sé si está satisfecha o irritada con nuestras respuestas atrevidas.

La cena es una tortura, y siento que los minutos se arrastran. Pero cuando el evento finalmente termina y Malik me guía hacia fuera, lejos de las miradas de los consejeros, me detiene en uno de los pasillos laterales, donde las cámaras de seguridad son los únicos puntos de luz.

Me aprieta contra la pared de mármol, el peso de su *bisht* y el calor de su cuerpo rodeándome.

—Acabas de humillar al hombre más influyente del Consejo delante de mi madre —susurra, con el rostro a milímetros del mío—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que he aprendido rápido —respondo, sosteniendo su mirada depredadora—. Querías una reina que supiera luchar, Malik. Aquí la tienes.

Él suelta un gruñido grave, la mano subiendo hacia mi nuca, atrayéndome hacia un beso cálido y posesivo, que parece el de un compañero de fechorías que acaba de encontrar a su igual.



Capítulo 23

El vestido de novia es precioso, una cascada de seda blanca y cristales que pesa sobre mis hombros.

Farrah y dos costureras se mueven a mi alrededor, ajustando el dobladillo con alfileres, mientras la radio, en un rincón de la habitación, suena con una música suave para enmascarar el ruido de los preparativos del palacio.

Mi móvil, que está tirado sobre el sillón de terciopelo, vibra con una notificación que me llama la atención. Le pido un minuto a Farrah y cojo el aparato. Abro los ojos como platos al ver que es una alerta del sistema de seguridad de mi casa, aquella en la que crecí con mi padre y mi madre.

Mi corazón se dispara al abrir la notificación: *movimiento detectado en el despacho principal.*

Siento que se me corta la respiración. Estoy segura de que no es el fantasma de mi padre el que está ahí. Alguien por fin ha decidido hurgar entre los escombros de su vida en busca del secreto que tanto guardó.

—¿Amira? Te has puesto pálida. —Farrah se acerca, preocupada—. ¿Es el vestido? ¿Te queda demasiado ajustado?

—Tengo que salir de aquí, Farrah —susurro, subiendo apresuradamente la cremallera lateral de seda, ignorando las protestas de las costureras—. Ahora mismo.

—¿Te has vuelto loca? El palacio está rodeado de periodistas y seguridad máxima. ¡La boda es mañana!

—Mi casa… —empiezo a decir, pero la puerta del dormitorio se abre de golpe.

Malik entra, y el brillo de su mirada me dice que ha recibido la misma alerta que yo. O algo peor. Les hace un gesto a las mujeres para que salgan, y la autoridad de su gesto es tan absoluta que nadie se atreve a cuestionarlo. Cuando la puerta se cierra, se acerca a mí, con los ojos fijos en los míos.

—Los sensores de tu casa se han activado —dice, con una voz tan baja que suena como una amenaza—. Mis hombres acaban de interceptar a un equipo de búsqueda en la residencia de tu padre. No estaban interesados en joyas ni en plata, Amira. Estaban derribando las paredes en busca de algo específico.

Me envuelvo en mi bata, ocultando la vulnerabilidad de la novia bajo el satén.

—¿Qué es lo que quieren? ¿Han encontrado algo, Malik? —pregunto, intentando mantener la voz firme, aunque siento que mi mundo está a punto de derrumbarse.

—No encontraron nada. Mis guardias llegaron a tiempo para ahuyentarlos, pero la casa es un caos. —Se acerca, invadiendo mi espacio personal; el peso de su presencia me obliga a retroceder hasta chocar contra el maniquí del vestido. —¿Qué ha escondido tu padre allí que merezca una irrupción armada a plena luz del día? Rashid está desesperado y está perdiendo la paciencia.

Lo miro fijamente.

Sé que Malik es el líder del Submundo. Sé que mi padre lo mantenía bajo control por alguna razón que aún no he descifrado del todo, pero la urgencia en sus ojos ahora demuestra que el secreto de mi padre es más peligroso de lo que imaginaba. A pesar de la lealtad y la profunda confianza que los unía, mi padre ocultó algo, una garantía que Malik parece temer y desear a partes iguales.

El testamento no fue más que una cortina de humo; el verdadero motivo de esta guerra se esconde en algún lugar de esa casa, acumulando polvo entre mis recuerdos, esperando a ser revelado.

—No sé qué están buscando —respondo, con una voz más firme de lo que esperaba—. Pero si Rashid está dispuesto a derribar las paredes de la casa de un hombre al que llamaba amigo, entonces, sea lo que sea lo que haya allí, es lo único que puede destruirlos a los dos.

Malik aprieta la mandíbula, los dedos sujetándome el brazo con una intensidad que roza el dolor.

—Tengo que averiguar qué es antes de que vuelvan para rematar el trabajo.

—Entonces llévame allí —le desafío, clavándome las uñas en las palmas de las manos—. Podemos buscarlo juntos.

Me suelta y camina hacia la puerta, deteniéndose solo para mirar por encima del hombro.

—Cámbiate de ropa —ordena—. Tenemos treinta minutos antes de que mi madre se dé cuenta de que la novia se ha escapado otra vez. Pero que te quede claro una cosa: si llegamos allí y tratas de traicionarme con lo que haya en esa casa, yo…

Me acerco a él, rompiendo toda la distancia que nos separa, y le toco el pulso. Sus ojos bajan hacia mi mano, donde la piel clara contrasta con la fuerza bruta que emana.

Siento la tensión en sus tendones, una vibración que recorre su brazo.

— ¿No confías en mí? ¿Crees que te traicionaría?

Cuando me mira, hay una sombra en su mirada que trasciende la frialdad del líder del Submundo y del rey de este país. Creo que le cuesta confiar en alguien al cien por cien.

Quizá mi padre fue el único que logró llegar a su corazón.

—Lo que tu padre ocultó puede ser la cuerda que me salve o la que me ahorque, *habibti.*

—No te tendió ninguna trampa —replico, sin soltarlo—. Te quería como a un hijo. Si guardó algo, fue para asegurarse de que su mundo no se derrumbara sobre mi cabeza cuando él ya no estuviera aquí.

Malik deja escapar un profundo suspiro y cubre mi mano con la suya, apretándola durante un breve segundo, antes de apartarse. El contacto no es una amenaza, sino un doloroso reconocimiento.

—Samir era el único que conocía todas mis caras. Quizá, el único que no me veía solo como un trono o un arma. —Se detiene en el umbral de la puerta, recuperando la máscara de control—. No hagas que me arrepienta de creer que has heredado su lealtad.

Se marcha sin mirar atrás, y yo me apresuro a cambiarme de ropa. Tiro el satén y la seda al suelo, me pongo unos vaqueros, botas de cuero y un abrigo sencillo, con una capucha que ayuda a ocultar mi rostro por encima del *hiyab*, y luego recojo mi móvil.

Salgo por la parte trasera del ala este, siguiendo las instrucciones que me envió por mensaje. Malik me espera en un garaje subterráneo que ni siquiera sabía que existía, lejos de las cámaras de seguridad principales. Está al volante de un todoterreno blindado, sin logotipos, sin escolta, sin la pompa del jeque.

Me subo al coche y él arranca antes incluso de que cierre la puerta. El motor ruge mientras salimos del perímetro del palacio, fundiéndonos con el tráfico moderno de Al-Zafiriah, haciendo que las luces de la ciudad pasen ante nosotros como manchas de neón.

—Mis hombres están vigilando el perímetro de la casa, pero no han entrado —informa Malik, con la atención fija en la carretera, las manos apretando el volante con fuerza excesiva—. El Consejo cree que estamos en aislamiento prenupcial. Tenemos poco tiempo antes de que mi madre decida llamar a tu puerta para una última charla de madre a nuera.

—Mi casa está al final de la Avenida de las Palmeras —digo lo obvio; sé que él lo sabe, pero necesito hablar, porque siento que se me hace un nudo en el estómago—. El despacho de mi padre… ahí es donde tenemos que empezar.

Malik da un giro brusco, desviándose del centro comercial.

—Si no lo han encontrado, es porque Samir fue más inteligente que Rashid. —Me mira rápidamente—. Reza para que lo que haya allí siga siendo suficiente para mantenerte bajo mi protección, Amira. Porque, si el secreto cae en manos equivocadas, ni siquiera yo podré impedir lo que el Consejo hará con el linaje de tu padre.

El silencio se cierne sobre nosotros, denso y electrizante. Estamos a pocos minutos de la casa donde crecí, pero siento que me dirijo a un territorio desconocido, donde los recuerdos de mi infancia están a punto de chocar con la brutal realidad del submundo de Malik.



Capítulo 24

El todoterreno se detiene bruscamente ante las verjas de hierro de la casa donde crecí.

Malik se baja primero, con la mano discretamente posada sobre el arma que lleva bajo la chaqueta, los ojos escudriñando las sombras de las palmeras datileras. Hace una breve señal a uno de sus hombres que surge de la oscuridad, y enseguida estamos subiendo los escalones de la entrada.

Al cruzar la entrada, el impacto es casi físico.

—Por Alá, ¿qué han hecho aquí? —murmuro.

El vestíbulo está irreconocible. Las vasijas de porcelana que mi padre trajo de sus viajes están reducidas a pedazos, los tapices han sido arrancados y los muebles de madera maciza, volcados.

—Estaban registrando cada rincón —murmura Malik, dando una patada a un trozo de yeso que se ha desprendido del techo—. Sabían que Samir no se lo pondría fácil.

No consigo responder. Me siento aturdida, caminando por mi casa destrozada. Mis pies me guían automáticamente hacia el piso de arriba, en dirección a mi antigua habitación.

Cuando abro la puerta, el escenario de destrucción se repite. Mi ropa está esparcida, el colchón ha sido rasgado y los libros que leía de niña yacen deshojados en el suelo.

Me detengo ante la cama. Y allí, tirado entre las sábanas revueltas, está el marco de madera oscura. El cristal está agrietado, una telaraña que deforma la imagen de mi madre sonriendo entre mi abrazo y el de mi padre.

Me acerco lentamente y lo recojo. La frialdad de la madera y el peso del objeto parecen concentrar todo el dolor de los últimos días. Aprieto el marco contra el pecho, sintiendo los bordes del cristal roto a través de la tela de mi abrigo. Cierro los ojos con fuerza, tratando de sofocar el sollozo que me sube por la garganta, pero las lágrimas se escapan, cálidas y dolorosas.

Siento la presencia de Malik antes de oírlo. Su calor se proyecta a mis espaldas, la alta sombra cubriendo lo que queda de mi refugio. No me toca, pero la cercanía es asfixiante y reconfortante al mismo tiempo.

—Lo siento, Amira —susurra.

—No sé, Malik… —mi voz se quiebra, ahogada por el llanto—. No sé qué quieren. Mira este lugar, lo han destruido todo, por algo que ni siquiera sé qué es. Si lo supiera, yo… te juro que te lo habría entregado. Perdona por no saber cómo ayudarte.

Encogida, sostengo lo único que me queda de un hombre que conocía todos los secretos del mundo, mientras el heredero de esos secretos me observa en silencio. En el reflejo del cristal roto, veo a Malik extender la mano, vacilando un segundo antes de posarla sobre mi hombro, un contacto firme y cálido, que parece lo único que impide que me derrumbe junto a las paredes de esta casa.

—No te disculpes —dice, con la mandíbula apretada—. Samir no querría eso. Pero, sea lo que sea lo que buscan, todavía está aquí. Lo siento.

Miro el marco de fotos que tengo en las manos, la sonrisa de mi madre tras las grietas, y una duda repentina atraviesa mi mente. ¿Por qué, en medio de tanto caos, este objeto fue el único que quedó sobre la cama?

Las palabras de la carta que mi padre me dejó resuenan en mi mente con una claridad punzante.

«Quédate con los recuerdos de tu madre. Tenlos cerca. Son la única base sólida en un palacio donde todos mienten».

Pensé que solo era el consejo sentimental de un hombre que echaba de menos a su esposa. Ahora, al ver el rastro de destrucción a mi alrededor y cómo la casa ha sido revuelta, mientras que esta habitación parece haber sido objeto de un registro más minucioso, el significado cambia.

Papá no estaba hablando de nostalgia. Me estaba dando una instrucción.

—¿Qué pasa? —pregunta Malik, fijándose en cómo aprieto el marco con los dedos.

—Nada —miento, secándome la cara con el dorso de la mano y levantándome—. Es solo que no quiero dejarlo aquí, para que lo pisotee quienquiera que vuelva a terminar el trabajo. Me lo llevaré conmigo.

—Solo es una foto, Amira. El palacio está lleno de archivos digitales de tu familia, si los necesitas.

—No es solo una foto. Es lo único que queda y que no han conseguido destruir —replico, metiendo el marco en el bolso que traigo escondido bajo el abrigo—. ¿Podemos irnos? No aguanto ni un segundo más aquí.

Malik me estudia con los ojos entrecerrados, buscando un fallo en mi expresión que delate lo que acabo de darme cuenta. Sabe que algo ha cambiado en mi tono de voz, pero el estruendo de una viga que cede en la planta baja interrumpe cualquier interrogatorio.

—Vamos —ordena, agarrándome del brazo y guiándome fuera de la habitación—. Mis hombres dicen que hay movimiento en la esquina. El Consejo no va a esperar al amanecer para enviar un segundo equipo.

Bajamos las escaleras a toda prisa, dejando atrás los restos de mi infancia. Mientras Malik acelera el todoterreno alejándose de la Avenida de las Tamareiras, siento el peso de la madera contra mi cuerpo.

¿Acaso el secreto que puede destruir al jeque o salvarlo no está en una caja fuerte de alta tecnología o en un servidor encriptado? ¿Será esto? ¿Estará conmigo, protegido por un cristal roto y por la memoria de un hombre que sabía que, al final, yo sería la única persona en quien Malik podría o se vería obligado a confiar?



El regreso al palacio es tenso y silencioso. Malik conduce como si estuviera en una misión de rescate, rodeando la entrada principal y utilizando el acceso privado del garaje real.

Sin embargo, en cuanto se abren las puertas del ascensor en la planta de los aposentos privados, la Sultana Madre nos espera. Está de pie en medio del pasillo, con los brazos cruzados y una expresión que podría congelar el desierto.

—¡Malik! —exclama, con la voz subiendo una octava—. ¿Te das cuenta del riesgo que has corrido al sacar a la novia del recinto la víspera de la boda? El Consejo está en pie de guerra, y he tenido que inventarme una excusa ridícula para…

—Ahora no, mamá —la interrumpe Malik, con una voz tan fría y tajante que su madre se queda paralizada en el sitio, atónita—. Lo que haga con mi mujer y adónde la lleve no es asunto del Consejo. Y, a partir de hoy, tampoco es asunto tuyo. Lleva a Amira al dormitorio, tiene que terminar la prueba del vestido.

Ni siquiera mira atrás mientras se dirige hacia el despacho, dejando tras de sí un rastro de autoridad absoluta. Siento la mirada furiosa de la sultana quemándome la piel, pero no espero a que me eche la bronca.

Sigo a Farrah hacia mi habitación, sintiendo el volumen rígido del objeto dentro de mi chaqueta, como un arma cargada.

Al entrar en la habitación, la sorpresa me golpea de nuevo. Dunya está sentada en mi sillón de terciopelo, hojeando una revista de moda con indiferencia. Lleva un vestido de seda color vino, y su rostro irradia una confianza irritante.

—¿Qué haces aquí? —Es lo primero que le pregunto.

—La Sultana Madre sugirió que me hiciera útil —responde Dunya, levantándose lentamente, con una sonrisa felina—. Con tu repentina huida, las costureras se pusieron nerviosas. Pensé que podría ayudar con tu… falta de etiqueta.

—Vete —ordeno, pero las costureras ya se están acercando con el vestido blanco, demasiado nerviosas para darse cuenta del ambiente.

—Por favor, señorita Amira —suplica una de ellas, temblando de pies a cabeza—. Tenemos que dar las últimas puntadas del corpiño. Se nos acaba el tiempo.

Me veo obligada a quitarme el abrigo, escondiendo el retrato bajo una almohada con un movimiento rápido mientras ellas me envuelven en la seda, y dejo que me vistan.

El vestido es una obra maestra de opresión y lujo, que me convierte en la novia perfecta. Dunya da vueltas a mi alrededor, observando cada ajuste con desdén.

—Es una prenda preciosa —comenta, acercándose para tocar el encaje de mi hombro—. Pero Malik es un hombre de costumbres, ¿lo sabías? Le gusta la caza, el peligro, lo nuevo. Al final del día, siempre vuelve a lo que le es familiar. A lo que es seguro y probado. Vuelve a mí, Amira. Siempre vuelve.

Se inclina y me susurra al oído, para que las costureras no oigan.

—Tú no eres más que el contrato que él necesita firmar para honrar la memoria de su padre. Cuando la tinta se seque y las luces se apaguen, recordará que no eres más que una promesa que se vio obligado a cumplir. Una deuda de gratitud no sostiene a un hombre como él entre cuatro paredes. El aroma de mi piel será el único lugar donde encontrará paz, mientras que tú no serás más que la carga que le recuerde a quien perdió.

La sangre hierve en mis venas, pero ya no siento el impulso imprudente de antes. Siento algo más frío y real. Miro mi reflejo en el espejo, la imagen de la futura reina de Al-Zafiriah, y me doy cuenta de que la corona no es solo un adorno, sino que también me da poder.

Me da voz.

Control.

Mando.

—Quiten las manos de encima por un momento—, les digo a las costureras, y mi voz tiene el mismo tono cortante que la de Malik, lo que hace que retrocedan al instante.

Me vuelvo hacia Dunya, acortando la distancia entre nosotras hasta que se ve obligada a inclinar la cabeza hacia atrás.

—Hablas de la familiaridad como si fuera un privilegio, Dunya, pero, para hombres como Malik, lo familiar es desechable. Es lo que utiliza cuando está aburrido, no lo que protege con su propia vida.

—No sabes de lo que estás hablando… —comienza a decir, pero la interrumpo, sujetándole la barbilla con una fuerza que le hace abrir los ojos como platos.

—Soy la mujer a la que buscó en el desierto bajo una tormenta de arena. Soy la mujer a la que defendió ante el Consejo anoche. Y, sobre todo, soy la mujer que llevará su nombre, mientras tú sigues siendo la sombra que acecha en los pasillos. —La empujo

ligeramente hacia atrás, con la autoridad emanando de mí en oleadas—. Sal de esta habitación ahora mismo. No te quiero aquí, no quiero ni necesito tu ayuda. Y si te atreves a acercarte a mí o al jeque de nuevo, me aseguraré de que las medidas tomadas sean lo suficientemente drásticas como para que tu nombre sea borrado de la historia de este palacio.

Dunya abre la boca, con la furia y el miedo luchando en su rostro, pero la seguridad de mi voz la silencia. Mira a las costureras, que están paralizadas, y luego a mí, y se da cuenta de que las reglas del juego han cambiado.

Agarra su bolso y sale pisando fuerte, la puerta cerrándose de golpe a sus espaldas.

Respiro hondo, sintiendo el corpiño del vestido apretado contra mis costillas. Miro a Farrah, que me observa con una mezcla de sorpresa y orgullo.

—Terminad el vestido —ordeno, volviendo mi atención hacia el espejo—. Tenemos una boda que celebrar.

El poder de ser la futura reina es como un arma de doble filo, y ahora sé exactamente cómo empuñarla para proteger lo que es mío.

Dunya cree que conoce al Malik del Inframundo, pero no tiene ni idea de que, probablemente, guardo el secreto que me convierte en la única persona capaz de mantenerlo en el trono.

Por primera vez, no soy solo una novia protegida por las sombras de ese hombre, soy la mujer que guarda lo que él tiene de más vulnerable, y haré de eso nuestra mayor fortaleza.



Capítulo 25

El silencio de la madrugada en el palacio es engañoso. Para mí, resuena con el sonido del yeso desprendiéndose de las paredes de la casa de Samir. La audacia de Rashid no conoce límites, y eso me enfurece.

No solo ha mancillado la memoria del único hombre leal a mí, sino que lo ha hecho ante mis propias narices, impulsado por una desesperación ciega por arrancarme del trono.

Rashid está actuando como un animal acorralado, y esos son los más peligrosos, porque no tienen nada que perder.

Siento la sangre latir en mis sienes, una presión que ni siquiera el aire helado de la noche logra aliviar. Necesito algo que no requiera diplomacia ni órdenes gritadas. Mis pasos me guían hacia el establo, el único lugar donde el peso de la corona parece desvanecerse.

Sin embargo, cuando cruzo el portal de madera oscura, el sonido de una voz suave me hace detenerme.

— Eres tan hermosa, Safira… — El murmullo es dulce, desprovisto del miedo que todos en el palacio intentan ocultar. — Él dice que eres rebelde, pero yo creo que solo eres selectiva, ¿no?

Me acerco entre las sombras, sorprendido de encontrar a Amira aquí. Lleva ropa sencilla y un *hiyab* oscuro ajustado de forma

informal, pero que aún así enmarca su rostro con la elegancia que parece intrínseca en ella.

Está inclinada sobre el pesebre de Safira, y la yegua, que normalmente mordería a cualquiera que se atreviera a tocarla sin mi presencia, inclina el cuello, aceptando las caricias de Amira.

—Le gusta el tono de tu voz —digo, saliendo de la oscuridad.

Amira da un respingo, llevándose la mano al pecho mientras suelta un suspiro de susto. Su mirada se cruza con la mía y, por un segundo, veo la vulnerabilidad que intenta enmascarar con la barbilla levantada.

—Tienes la costumbre de aparecer como un fantasma, Malik —replica, recuperando el aliento, sin alejarse de la yegua.

—Este es mi lugar —respondo, acercándome hasta quedar a su lado. Extiendo la mano y acaricio el hocico de Safira, que resopla, reconociendo mi olor—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Amira vuelve a acariciar el pelaje oscuro de Safira, con movimientos lentos pero firmes, tal y como yo le enseñé.

—No podía dormir. Lo que pasó en casa de mi padre…

Hace una pausa y me mira fijamente.

—Nadie volverá a entrar ahí, te lo prometo.

Amira asiente, apretando los labios en una media sonrisa melancólica. Por Alá, verla tan triste me destroza, y me dan ganas de acabar con Rashid sin pensar en las consecuencias.

— ¿Puedo preguntarte algo?

— Adelante.

— Cuando volvimos de Al-Sarab, Farrah me dijo algo.

— Esa chica habla demasiado.

—Me cae bien —replica ella, inclinando ligeramente la cabeza —. Farrah me dijo que ese es tu lugar sagrado y que nadie entra ahí. Entonces dime, ¿por qué me llevaste a Al-Sarab? ¿Por qué me dejaste entrar en el lugar que usas para esconderte del mundo?

La miro, a la obstinación de sus ojos verdes y a la forma en que no se echa atrás ante mi presencia. La rabia que sentía hacia Rashid empieza a ser sustituida por algo más denso que no consigo descifrar.

¿Por qué la hija de Samir me afecta tanto? ¿Sabía él que, al dejarme a su hija, de una forma u otra, ella acabaría rompiendo todas mis barreras?

¿O es que estoy demasiado cautivado por la belleza y la rebeldía de esta chica y, por eso, no estoy pensando con claridad?

Doy un paso hacia ella, invadiendo su espacio hasta que el calor de nuestros cuerpos se mezcla con el olor del establo. Le sujeto la barbilla, obligándola a sostener mi mirada bajo la tenue luz del amanecer.

—Antes que nada, necesitaba que entendieras tu propia fragilidad. Necesitaba que supieras, en lo más profundo de tu alma, que, sin mí, no eres más que un blanco. Sin mi nombre y mi protección, morirías en cuestión de horas, incluso dentro de estas paredes. Quería que sintieras lo que es depender de mí para cada respiro que das. —Le aprieto ligeramente la barbilla, sintiendo su resistencia, la fuerza que aún intenta usar contra mí—. Pero también necesitaba saber si eras lo suficientemente fuerte como para ver al hombre detrás del monstruo, antes de sentarte en el trono a mi lado. No puedo gobernar con una muñeca de porcelana, que se hace añicos ante la primera señal de sangre. Necesitaba que conocieras mi sombra y la aceptaras, porque, en pocos días, tu vida y tu seguridad dependerán exclusivamente de mi capacidad para ser cruel con el resto del mundo a fin de mantenerte a salvo.

Amira no aparta la mirada. Su aliento roza mi rostro, entrecortado, pero el desafío aún arde en sus iris verdes. Está empezando a comprender que nuestro contrato se basa en una posesividad que no admite fallos.

—¿Y has decidido que soy fuerte? —pregunta en voz baja, pero aún así desafiante.

—Hoy te has enfrentado a Rashid y has echado a Dunya de tu habitación como si hubieras nacido para mandar —digo, dejando escapar un atisbo de aprobación mientras le suelto la cara.

— ¿Te has enterado de lo de Dunya? —pregunta sorprendida.

— Lo sé todo.

Ella asiente con la cabeza.

—La pondré en su sitio siempre que sea necesario, y no me culparé por tomar medidas drásticas… si se atreve a ofenderme otra vez —dice, arqueando las cejas hacia mí y mirándome fijamente, lo que me arranca una sonrisa cínica.

Asiento.

—No solo eres fuerte, Amira. Eres la única persona en este reino que me mira sin apartar la vista, aun sabiendo exactamente de lo que soy capaz.

Nos quedamos en el establo, entre el olor a heno y el silencio de la noche vigilada por cámaras, dos extraños unidos por un pacto de sangre y un secreto que ninguno de los dos está preparado para revelar por completo.

Por primera vez, el amanecer parece más ligero, como si al compartir mi lugar sagrado con ella, hubiera encontrado por fin una aliada a mi altura entre las serpientes.



Capítulo 26

El aire en la sala de audiencias privadas es denso, saturado por el aroma del incienso de sándalo y por la hostilidad velada que emana de los hombres sentados a la mesa de roble.

Ante el Gran Imán[7] , la tecnología que utilizamos para gobernar Al-Zafiriah no tiene voz; aquí, el protocolo lo dictan tradiciones tan antiguas e implacables como las arenas del desierto.

Sentado a la cabecera, llevo el *bisht* negro con bordados dorados que pesa sobre mis hombros como una armadura. A mi derecha, el Dr. Faris, abogado de Samir, sostiene los documentos que sellarán el destino de Amira. A mi izquierda, el Consejo observa con atención.

Rashid está sentado en el extremo opuesto, con las manos entrelazadas sobre la mesa, los ojos fijos en mí con una intensidad que roza la insubordinación. Sabe que, tan pronto como se seque la tinta, el golpe que ha planeado perderá su fundamento legal.

El imán carraspea, ajustándose las gafas mientras lee los términos del contrato en árabe clásico. Su voz es un murmullo rítmico, detallando el *mahr,* la dote que he transferido a Amira. Además de joyas y lingotes de oro, entrego acciones en refinerías y títulos de propiedad que garantizan que, incluso si yo caigo, ella tendrá recursos para reconstruir el imperio.

Es una declaración de posesión y protección que hace que Rashid apriete la mandíbula.

—Malik bin Zayed Al-Zafir—, entona el imán, con una voz resonante que llena cada rincón de la sala de audiencias. —¿Aceptas a Amira bint Samir Al-Sahra como tu esposa, bajo las condiciones establecidas y ante estos testigos?

Todos guardan un silencio absoluto, y puedo oír el suave zumbido del sistema de ventilación del palacio y el latido constante de mi propio corazón, concentrado y frío. Miro directamente a Rashid, sosteniendo la mirada del hombre que se atrevió a invadir la casa de Samir, y siento el sabor metálico de la victoria inminente.

—Acepto—, mi voz resuena por la sala, firme y sin vacilar.

El imán se vuelve hacia el Dr. Hamad.

—¿Y la novia? ¿Ha consentido este contrato de libre y espontánea voluntad?

Hamad asiente solemnemente, abriendo una carpeta donde Amira dejó su firma digital y física en la habitación contigua, separada de nosotros solo por una puerta de madera tallada que parece guardar dos mundos.

—Ha dado su consentimiento, Excelencia. Amira acepta al jeque Malik como su marido y protector.

El imán coloca el documento final ante mí, y contemplo durante un largo segundo la firma de mi mujer.

Ha firmado.

Confieso que, dada su rebeldía, pensé que me llevaría una sorpresa a estas alturas, porque Amira siempre es impredecible. Pero ha firmado, su letra se yergue firme ante mí, demostrando que ha aceptado ser mi protegida.

Mi propiedad.

Me recompongo y cojo la pluma de oro, sintiendo el frío del metal contra mis dedos al deslizar la plumilla por el papel; no aparto la mirada de Rashid, para que sepa que esto es una advertencia.

Con este trazo, me vuelvo intocable a los ojos de la tradición. Con este trazo, la hija del hombre que me ayudó a criarme está oficialmente bajo mi tutela, y cualquier intento de hacerle daño se considerará un acto de guerra contra el propio trono.

Firmé mi nombre con una caligrafía agresiva y precisa. El imán murmuró una oración de bendición, pero no sentí la paz que las palabras deberían traer. Sentí la adrenalina de un cazador que acaba de cerrar la trampa.

—Está hecho —anuncia el imán, cerrando el libro sagrado.

Los miembros del Consejo se levantan, uno a uno, para ofrecerme sus felicitaciones protocolarias. Rashid es el último, como era de esperar. Se acerca con el rostro rígido como una piedra y me tiende la mano. Su apretón es fuerte, en un intento por medir mi resistencia.

—Enhorabuena, jeque —murmura Rashid al tiempo que me aprieta la mano, mirándome fijamente a los ojos.

Me limito a asentir con una sonrisa cínica, sin decir palabra.

—Un paso necesario, Su Majestad —continúa Rashid—. Al-Zafiriah necesita una base sólida para los tiempos de incertidumbre que se avecinan.

—Estoy de acuerdo.

—Un contrato bien redactado puede ser un escudo, pero todos sabemos que los escudos pesan cuando el viento cambia de dirección. Espero que su elección sea tan resistente como sugiere el papel.

No necesita decir abiertamente que planea mi caída. La amenaza está en la forma en que saborea la palabra *«incertidumbre»*, como si ya hubiera orquestado cada crisis futura.

Rashid no solo quiere el título, quiere la regencia, quiere ser el hombre que dicta las órdenes mientras el trono permanece vacío u ocupado por alguien a quien pueda doblegar.

—El papel es solo el registro, Rashid —respondo, manteniendo la voz en un tono grave que no admite réplica—. La verdadera resistencia de un reinado no está en el escudo, sino en la mano de quien decide qué merece ser protegido y quién debe ser eliminado para mantener el orden. No solo he firmado un matrimonio, he trazado la línea que separa a mis aliados de mis objetivos.

Me inclino ligeramente, lo suficiente para que vea que su preocupación por la estabilidad no es más que un disfraz barato para su sed de control.

— Descanse bien, Consejero. La fiesta de esta noche será larga, y necesitaré que el Consejo esté bien despierto para comprender que, a partir de hoy, la sucesión está sellada. La era de los gobiernos provisionales ha terminado antes incluso de empezar.

Suelto su mano antes de que suelte más veneno. El desaire es deliberado, una ofensa velada ante los demás miembros. El *Nikah* ha terminado y Rashid sabe que, al oficializar mi unión con la hija de Samir, he cerrado la última brecha legal que pretendía utilizar para cuestionar mi autoridad en el Consejo.

Salgo de la sala sabiendo que soy legalmente el marido de Amira Al-Sahra, y ahora solo queda el espectáculo. Queda demostrar a Rashid y a todos los demás que la mujer que he elegido no es una debilidad que se pueda explotar, sino la pieza final de un jaque mate que destruirá cualquier sueño de regencia que aún se atreva a albergar.



Capítulo 27

Mientras cruzo los jardines en dirección al pabellón de cristal, el sonido amortiguado de la celebración femenina resuena, procedente del Gran Salón de Gala, en el corazón del palacio.

Allí, mi madre dirige un ejército de embajadoras y realeza extranjera. Es su territorio, un campo de batalla perfumado, donde la influencia se mide por el quilate de los diamantes.

Sé que, en este preciso momento, Amira está desfilando por esa pasarela monumental como un trofeo de alta costura, bajo la mirada analítica de cientos de mujeres que buscan cualquier signo de vacilación en su paso.

Pero sé que Amira no va a vacilar. Ha aprendido de Samir a caminar entre lobos sin dejar que perciban el olor de su miedo.

En cuanto llego al Pabellón Real, donde se reúnen los hombres, el ambiente es diferente. El aire está cargado con el aroma del tabaco caro y el tintineo del hielo en copas de cristal. No hay música suave, solo el murmullo sordo de negociaciones que podrían derrocar gobiernos.

Camino entre los grupos, estrechando la mano de jefes de Estado que sonríen a las cámaras, mientras que, a pocos metros, líderes de cárteles internacionales, camuflados bajo trajes italianos a medida y títulos de «inversores en infraestructura», vigilan el perímetro.

Es un equilibrio delicado. Soy el jeque que garantiza la paz en la región, pero también soy el ejecutor que garantiza que las rutas de suministro permanezcan abiertas.

—Una recepción impecable, jeque Malik —dice el ministro de Defensa de un país vecino, levantando su copa—. Al-Zafiriah nunca ha parecido tan próspera.

—La prosperidad exige vigilancia, ministro —respondo, mientras mis ojos recorren la sala.

Localizo a Rashid cerca de la terraza, rodeado por dos miembros del Consejo, bebiendo y riendo, aunque la atmósfera es tensa. Saben que mi alianza con los Al-Sahra es un obstáculo financiero.

Samir nunca fue un hombre de lujos, vivió como una sombra a mi lado, rechazando palacios y flotas de coches, movido únicamente por la obsesión de garantizar que Amira tuviera unos cimientos inquebrantables.

Lo que el Consejo no previó fue lo que él construyó: una red de activos estratégicos y fondos de reserva que guardó durante décadas, destinados únicamente a la seguridad de su hija.

Con nuestro matrimonio, esos recursos pasaron a estar bajo mi mando. La financiación de las células disidentes que Rashid llevaba más de un año intentando cultivar, apostando por la fragilidad de nuestra economía interna, se agotó antes del atardecer.

Samir no solo me dejó una novia, me dejó la munición que me faltaba para asfixiar a la oposición.

Me muevo por el salón con confianza, paso junto a un empresario mexicano que inclina ligeramente la cabeza, una señal de respeto entre quienes operan en los bajos fondos. Sabe que el cargamento que pasó por el puerto esta mañana solo fluyó porque yo lo permití.

Siento una vibración en el bolsillo de mi *bisht*, es una alerta de seguridad encriptada en mi móvil. Miro la pantalla un segundo; el reconocimiento facial en los salones de las mujeres confirma que

Dunya intentó acercarse a la zona reservada de la novia y fue interceptada por la seguridad privada que instalé.

Se me dibuja una sonrisa al darme cuenta de que Amira debe de haber dejado claro que no necesita intrusas.

Dirijo mi atención al centro del salón; en menos de una hora, la tradición exigirá que abandone este ambiente de testosterona y negocios para ir a buscar a mi esposa al Salón de Gala.

Será el momento en que ambos mundos colisionarán. El momento en que demostraré a mis aliados y a mis enemigos que la mujer a mi lado no es una reina para las cámaras, sino la socia mayoritaria de mi imperio.

Bebo un sorbo de agua, sintiendo la mirada de Rashid quemándome la espalda. Dejo que observe; está presenciando el funeral de sus ambiciones, adornado con flores y luces de gala.

El ambiente se suaviza cuando siento un golpecito amistoso en el hombro. No necesito girarme para saber quién es. Kaled, el único hombre al que confiaría mi vida sin pestañear, aparece a mi lado.

Sé que, como comandante de la guardia real, debería mantener la postura rígida de un oficial, pero su sonrisa genuina ignora la etiqueta diplomática de la sala. Es sangre de mi sangre, el hombre que despeja el camino antes de que yo lo recorra, y el único que se atreve a tocarme con tanta informalidad en público.

Y, para ser sincero, parece un poco borracho.

—Tienes esa cara de quien está planeando una ejecución, Malik —murmura Kaled, entregándome un vaso de agua con hielo, aunque el suyo contiene claramente algo más fuerte—. Relájate. Acabas de casarte con la mujer más guapa de la península. El Consejo puede esperar hasta mañana para ser decapitado.

—Estás borracho —replico, levantando una ceja—. Se te ha soltado la lengua.

—Estoy celebrando la boda de mi hermano.

—Claro. Pero tómatelo con calma.

Él suspira y asiente, aunque parece que no va a tener en cuenta lo que le digo. Al menos, hoy no.

—El Consejo nunca duerme, Kaled —susurro para que solo él me oiga—. Y Rashid está especialmente atento hoy —añado, dejando que la comisura de mi boca se levante un milímetro.

—Rashid es un perro que ladra a la luna. Deja que contemple el resplandor. —Kaled suelta una risa contenida, observando el salón —. Acabo de revisar el perímetro del Salón de Gala. Mis órdenes se han seguido al pie de la letra. Nadie entra, nadie sale sin que yo conozca su ADN. Amira está protegida como el tesoro nacional que es.

Sonrío con orgullo.

—Aunque esté borracho, creo que puedo confiarte mi vida —bromeo, y él se ríe.

—Claro. Quizá esté un poco alterado, pero siento que mis habilidades están aún más afinadas —dice, mirando el vaso que tiene en la mano, lo que me arranca una sonrisa y un movimiento de cabeza.

En ese momento, Jadir, nuestro primo y mi estratega de confianza, se une a nosotros. No tiene la fuerza bruta de Kaled, pero su mente es una red de inteligencia que analiza cada amenaza antes de que se materialice.

Inclina la cabeza en señal de respeto, pero el brillo de sus ojos es de pura camaradería.

—Los invitados están debidamente impresionados, Malik —comenta Jadir, ajustándose el puño del traje—. Pero he notado algo extraño en Bassem.

Frunzo el ceño, sin entenderlo.

—¿Bassem?

—Va de un lado a otro con una expresión que no concuerda con la de un aliado.

Pasamos unos minutos así, intercambiando rápidas observaciones sobre los invitados y recordando momentos de nuestra infancia en el desierto, antes de que el peso de la corona nos convirtiera en lo que somos hoy. Por un breve instante, no soy el jeque ni el rey del inframundo, solo soy un hombre entre los suyos.

Pero la distensión dura poco. Las conversaciones a nuestro alrededor bajan de volumen a medida que se acerca una figura robusta de paso pesado. Es Bassem, el padre de Dunya y el magnate que ha levantado la mitad de los rascacielos de Al-Zafiriah.

Siempre ha sido un aliado útil, un hombre que entiende que la lealtad hacia mí es el mejor negocio para sus empresas. Y por eso, forma parte de la alta jerarquía de mis negocios en el Submundo.

—Jeque Malik —Bassem hace una reverencia breve, pero respetuosa. Kaled y Jadir se tensan al instante, y su postura defensiva vuelve como un reflejo entrenado—. Mis felicitaciones. Hoy es un día glorioso para el reino.

—Gracias, Bassem —respondo, manteniendo la voz neutra—. Espero que tu familia esté disfrutando de la celebración.

Bassem me mira fijamente, y es en ese momento cuando noto algo diferente. Siempre lo he visto como un peón ambicioso, pero leal. Hoy, sin embargo, hay una sombra en el fondo de sus ojos. No me mira con la admiración servil de siempre, hay un destello de resentimiento contenido, una rigidez en la mandíbula como si hubiera recibido una ofensa personal.

—Mi hija está… sintiendo la presión del evento, como puede imaginar —dice, eligiendo las palabras adecuadas—. Pero todos estamos felices de verle asegurar el futuro del linaje. Solo espero que recuerde quién ha estado a su lado, Malik. La sangre de Samir es valiosa, pero el sudor de sus aliados vivos es lo que mantiene en pie los muros de este palacio.

No alza la voz, pero interpreto su tono como una advertencia. Por primera vez, no veo a Bassem solo como el padre de una chica

rechazada, sino como un hombre que podría estar considerando que Rashid tiene argumentos válidos.

—Nunca olvido nada —respondo, dando un paso adelante, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que sienta el frío de mi autoridad—. Especialmente a quienes intentan anteponer el valor de su propio sudor a mi voluntad. Disfruta de la cena.

Él asiente, con los ojos fijos en los míos un segundo más de lo que exige el protocolo, y se retira. Kaled suelta un suspiro bajo a mi lado, con la mano descansando discretamente sobre la empuñadura del arma bajo el traje.

—El ambiente acaba de volverse más tenso aquí, hermano — susurra Kaled—. Bassem nunca te había hablado así.

—El rechazo de una hija hiere el orgullo de un hombre, Kaled —digo, observando cómo su espalda desaparece entre los demás invitados—. Pero, si decide que el orgullo vale más que la vida, no será más que otra fundación que tendré que derribar.

Miro el reloj y me doy cuenta de que se ha acabado el tiempo de la diplomacia. Es hora de ir a buscar a Amira. Y, después de lo que vi en los ojos de Bassem, la necesidad de tenerla a mi lado, como mi reina oficial, se convierte en la única prioridad absoluta.



Capítulo 28

El sonido de los tambores y las flautas del *Zaffe*[8] resuena contra las paredes de mármol del Gran Salón de Gala, anunciando que la barrera entre los dos mundos está a punto de derrumbarse.

De pie en lo alto de la pasarela, en lo alto del trono de terciopelo y oro, siento el peso de la corona de diamantes y el calor de las luces sobre mi rostro. El aroma de las flores frescas y del oud de las invitadas es casi sofocante.

Cientos de pares de ojos están fijos en mí, pero me siento como si estuviera en un vacío, esperando al único hombre que importa.

Por fin, las monumentales puertas de roble y bronce se abren con un estruendo controlado.

El ritmo de los tambores se acelera, pero mi corazón gana la carrera. Malik entra acompañado por Kaled y Jadir, caminando con autoridad. El *bisht* negro flota a cada paso, y el oro de los bordados brilla bajo las lámparas de cristal. Parece una fuerza de la naturaleza que el palacio apenas puede contener, sombrío, imponente y devastadoramente bello.

Se detiene al principio de la pasarela.

Durante un segundo que dura una eternidad, Malik parece paralizarse. La frialdad calculadora de su rostro simplemente

desaparece. Sus ojos, normalmente oscuros como el petróleo, recorren mi cuerpo, subiendo por el encaje del vestido de novia hasta encontrar mi rostro.

No se mueve, ni parpadea. Hay una intensidad cruda en su mirada, una vulnerabilidad momentánea que nunca imaginé ver en el rey del Inframundo. Me mira como si yo fuera lo único real en un salón lleno de espejismos.

Siento cómo la sangre me sube a las mejillas, un calor que ningún velo puede ocultar. Me falta el aliento y el corazón me late en la garganta, tan fuerte que tengo la sensación de que voy a vomitarlo.

Por Alá, sé que es peligroso. Malik Al-Zafir es el hombre al que todo el mundo teme, pero ahora, con el sello del Gran Imán aún fresco en los documentos, es mi marido.

Malik reanuda el movimiento, pero el ritmo es diferente. Camina hacia mí, no como un jeque que cumple con un protocolo, sino como un hombre que reclama lo que le pertenece.

Cada paso suyo me oprime el pecho. Cuando por fin llega al trono y se detiene frente a mí, su aroma a madera quemada y cuero sustituye al olor de las flores.

Me tiende la mano, con los dedos temblando tan ligeramente que solo yo, a pocos centímetros de distancia, puedo notarlo.

—Amira —susurra, con esa voz baja y ronca que solo yo soy capaz de oír por encima del estruendo de la fiesta—. Sabía que serías mi ruina, pero no sabía que mi caída sería tan magnífica.

Pongo mi mano en la suya, y la descarga eléctrica del contacto me hace estremecer. Cierra los dedos con firmeza alrededor de los míos, un gesto de posesión que me hace sentir, por primera vez desde la muerte de mi padre, que el mundo puede estar derrumbándose ahí fuera, pero aquí, bajo la protección de este hombre, soy intocable.

Me ayuda a levantarme, y el salón estalla en aplausos y cantos tradicionales, pero no consigo apartar la mirada de la suya.

Malik me mira con un deseo que me asusta y me fascina a partes iguales.

Mi marido inclina ligeramente la cabeza, con los labios rozando mi oído.

—Estás absolutamente preciosa.

Siento que me arde la cara y se me seca la boca.

— Gracias. Tú también.

— Sonríeles, Amira. Deja que vean que ahora eres la razón por la que quemaré este desierto, si es necesario.

Enderezo los hombros, sintiendo su mano firme en mi cintura. El miedo sigue ahí, oculto bajo las capas de seda, pero la seguridad que emana este hombre es adictiva.

Salimos juntos por la pasarela, atravesando el mar de invitadas, y sé que, a partir de este momento, no soy solo la hija en peligro de Samir. Soy la esposa de Malik Al-Zafir.

Y que Alá ayude a quien intente interponerse en nuestro camino.



En cuanto llegamos al Pabellón Real, el sonido de los tambores cambia, convirtiéndose en un ritmo cavernoso que resuena en mi vientre. En el patio central, las luces LED se funden con las antorchas de fuego, creando un escenario donde lo moderno y lo ancestral chocan.

Malik suelta mi mano por un breve instante, y el vacío de su ausencia es sustituido por una expectación que me hace sentir un

cosquilleo en la piel.

Observo, desde las sombras de la terraza, mientras recibe la espada. Es una hoja curva, de acero de Damasco, que parece absorber la luz en lugar de reflejarla. Cuando se une a la fila de hombres para la *Ardah*,[9] Malik deja de ser el jeque que firma contratos para convertirse en el hombre que conquista territorios.

Se mueve con una gracia letal; el ritmo de las espadas subiendo y bajando es hipnótico, pero mis ojos se quedan clavados en cómo se tensan los músculos de su espalda bajo la fina tela del *bisht*.

No hay nada delicado en ello. Es una exhibición de fuerza bruta, de dominio, de un hombre que sabe exactamente cómo manejar un arma para quitar una vida.

Siento un calor húmedo y repentino subir por mis muslos. Es una especie de fascinación sombría que debería rechazar, pero que me hace querer dar un paso adelante, más cerca del peligro.

Ver a Malik así, rodeado de acero y exudando una autoridad que hace vibrar el aire a su alrededor, despierta algo primitivo en mí. No solo quiero que él me proteja, quiero que esa energía me domine.

Quiero saber qué se siente al tener esa misma mano que empuña la espada apretándome la nuca.

El clímax de la música llega con un grito unísono de los hombres. Malik levanta la espada, el sudor brillando en su cuello, y sus ojos se encuentran con los míos. La distancia entre nosotros desaparece, y su mirada es de pura posesión, lo que me deja sin aliento.

Él sabe lo que estoy sintiendo. Ve cómo mi pecho sube y baja rápidamente, ve cómo se entreabren mis labios mientras lo observo.

Cuando termina el baile, camina de vuelta hacia mí.

Malik se detiene a centímetros de mi cuerpo, el calor que emana de él es casi insoportable. El aroma a sándalo y esfuerzo

físico es embriagador, un perfume de testosterona y poder.

Sin importarle los embajadores ni las miradas críticas del Consejo, envuelve mi cintura con la mano libre. Sus dedos se hunden en la seda de mi vestido, atrayéndome hacia él hasta que mis pechos presionan su pecho.

—No has apartado la mirada ni un segundo —susurra, con voz ronca, vibrando contra mi piel.

—No he podido —admito, temblando de los pies a la cabeza. Mi mano se eleva, posándose contra su fuerte pecho, sintiendo el corazón de Malik latir con la misma violencia que el mío—. Pareces… peligroso.

Una sonrisa lenta y depredadora se dibuja en su hermoso rostro. Malik se inclina, su nariz rozando la mía, su aliento cálido y pesado.

—Soy el hombre que mata para conservar lo que es mío, Amira. Y hoy, el mundo entero ha entendido que tú eres mía.

Desliza la mano desde mi cintura hasta la base de mi espalda, presionándome aún más contra el volumen de su cuerpo. Siento un escalofrío recorrer mi columna, una mezcla de miedo y un deseo tan agudo que llega a doler.

Él es el líder soberano, el hombre que gobierna tanto el palacio como las sombras del Inframundo con la misma mano implacable, pero mientras sus ojos devoran los míos, me doy cuenta de que no quiero huir.

Sin saberlo, mi padre me ha preparado toda la vida para estar exactamente aquí, junto a este hombre, y el miedo que debería sentir se ve sustituido por una sed de pertenencia que me enciende.

—La fiesta apenas acaba de empezar —gruñe, con los labios a punto de rozar el lóbulo de mi oreja, provocándome un escalofrío que me hace cerrar los ojos—. Pero ya no tengo paciencia con el público. Lo que viste en el patio no fue nada comparado con lo que pienso hacer cuando estemos solos.

Trago saliva, nerviosa.

Malik me suelta lo justo para que podamos caminar, pero mantiene el brazo firme alrededor de mis hombros, una marca de propiedad que me hace sentir pequeña y, por primera vez en mi vida, completamente viva.

Atravesamos el salón bajo el silencio atónito de las invitadas y la mirada sombría de Rashid. Sinceramente, no me importa. El corazón de mi marido aún late contra mi brazo, cargado de una violencia que prometió transformar en placer.



En el centro del pabellón, Malik y yo estamos rodeados por un mar de rostros que oscilan entre la adulación y la envidia. Las cámaras de las cadenas internacionales captan cada uno de nuestros movimientos, convirtiendo esta boda en la retransmisión más vista del año.

Malik mantiene su mano posesiva en mi cintura, un ancla de calor que me impide flotar en el mar de flashes.

Los saludos son una procesión de poder. Cuando Rashid se acerca, la temperatura alrededor de Malik parece bajar diez grados. El consejero esboza una sonrisa que no le llega a los ojos, se mueve con confianza, e incluso parece que todavía tiene un as en la manga.

—Una visión inolvidable, Su Majestad —dice Rashid entre dientes, inclinándose lo justo por protocolo, pero sin apartar la mirada de Malik—. Su padre estaría orgulloso de lo lejos que ha llegado.

Se acerca para el tradicional saludo de respeto y, por un breve segundo, Malik se ve obligado a dejar espacio para que las cámaras capturen la *armonía* entre el jeque y su consejero principal. Es en ese instante, mientras se inclina para besar el aire cerca de mi rostro, cuando se destila el veneno.

—Disfruta del brillo de las joyas mientras puedas, pequeña desertora —susurra Rashid, con la voz baja como un soplo contra mi oído. —El contrato de Malik es sólido, pero el desierto tiene la costumbre de tragarse a las reinas que no saben dónde están enterradas las minas. Creo que la sangre de Samir no bastará para salvarte cuando la arena comience a moverse bajo tus pies.

Trago saliva, pero mantengo la sonrisa impecable, sintiendo cómo se me tensan los músculos de la cara. Mis ojos se encuentran con los objetivos de las cámaras, brillando con una felicidad que pasa a ser puramente teatral.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas, pero la educación que me impartió mi padre toma el control por completo.

—Pues bien, más le vale saberlo, Consejero —respondo en el mismo tono inaudible, sin dejar que la sonrisa vacile ni un milímetro —. Que si caigo, le garantizo que usted será el primero en ser enterrado vivo para allanar mi camino.

Rashid se aleja, la sorpresa destellando en sus ojos por una fracción de segundo, antes de que recupere la máscara de aliado. Me lanza una mirada de puro odio contenido y hace un gesto con la cabeza a Malik.

—Vaya, tiene una esposa con lengua afilada, jeque. Espero que sepa cómo controlarla.

Malik vuelve a atraerme hacia él, apretándome la cintura con una fuerza que roza el dolor, pero que me proporciona un consuelo salvaje. No ha oído las palabras, pero ha leído la tensión en mi postura.

—¿Qué ha dicho? —gruñe Malik, apretando la mandíbula y chasqueando los dientes con tanta fuerza que, por un momento,

creo que se los va a romper.

—Nada que no pueda manejar —respondo, volviendo a mirar a la multitud mientras los flashes estallan ante nosotros—. Solo ha confirmado que vamos por el buen camino.

Siento la mirada de Malik quemándome, una mezcla de orgullo y un deseo que me hace estremecer.

No hace más preguntas, así que simplemente me reclama ante el mundo, mientras la sonrisa de la novia permanece intacta en las pantallas de todos los continentes, ocultando el hecho de que acaba de declararse la guerra en pleno salón real.



Capítulo 29

No recuerdo exactamente cómo llegamos hasta aquí. El trayecto entre el pabellón de cristal y el ala real fue una sucesión borrosa de flashes cegadores, saludos a los que respondí de forma automática y el seco repiqueteo de las botas de la guardia de Kaled contra el mármol, marcando un ritmo de marcha militar.

Mantuve la cabeza erguida y la sonrisa de reina congelada en el rostro hasta sentir que me ardían los músculos de la mandíbula, consciente de que cada centímetro de mi cuerpo estaba bajo la mirada de mil lentes.

Malik no me soltó ni un segundo. Su mano, firme y pesada en mi cintura, fue lo único que me impidió derrumbarme mientras dejábamos atrás el eco de los tambores y el veneno que Rashid y Bessem habían destilado toda la noche.

Solo cuando las puertas dobles de roble se cierran con un chasquido seco, el aire vuelve por fin a mis pulmones. El ruido del cerrojo electrónico resuena por la suite, sellando el mundo exterior y transformando el caos de la celebración internacional en un silencio denso, casi palpable.

Malik se mueve con una lentitud deliberada, se quita el *bisht* negro, dejando que la gruesa prenda caiga sobre una otomana; y, a continuación, desata el nudo de *la ghutra*. Cuando la tela blanca se desliza por sus hombros, revelando su rostro y el cabello oscuro

ligeramente despeinado, el aura de monarca intocable se disuelve, dando paso al hombre que domina mi cuerpo con una simple mirada.

Sigo de pie en el centro de la habitación, sintiendo el peso de la corona de diamantes como si estuviera fundida a mi cráneo. Sin decir nada, Malik camina hacia mí, y el sonido de sus botas sobre la alfombra persa marca el ritmo de mi corazón acelerado.

Cuando se detiene detrás de mí, el calor que emana de su cuerpo me golpea como una ráfaga de viento en el desierto.

—Déjeme ayudarla, Majestad —susurra, con la voz ronca vibrando contra mi nuca.

En cuanto me quito los tacones altos, noto cómo sus dedos, grandes y firmes, encuentran el cierre de la diadema. El tacto es preciso, pero su piel está caliente, y el contacto me envía una descarga eléctrica que recorre mi columna vertebral y termina en la punta de mis dedos.

Se quita la corona con cuidado y la deja sobre la mesita auxiliar. Sus manos vuelven a subir, los dedos largos encuentran los pliegues de la fina tela que cubre mi cabello y, con una lentitud que roza la tortura, deshacen el moño del *hiyab*, deslizando la tela hasta que cae al suelo.

Por primera vez en todo el día, siento la brisa del aire acondicionado en mi piel desnuda y el peso de mi cabello sobre los hombros. Malik respira hondo, como si por fin estuviera viendo lo que al mundo se le ha prohibido contemplar.

Sus manos bajan hacia el cierre de mi vestido, y la punta de sus dedos roza la piel de mi espalda. Dejo escapar un suspiro entrecortado, que él capta con un pequeño gruñido de aprobación.

Me giro lentamente en el círculo de sus brazos, sujetando la tela del vestido contra mi pecho para que no se caiga antes de tiempo, y me fijo en la oscuridad absoluta de sus ojos.

—Ahora eres mi mujer.

—Sí —susurro.

—Entonces, ¿por qué sigues intentando esconderte?

Trago saliva, sintiendo un cosquilleo en la garganta.

—¿Quieres que baile para ti?

Sus pupilas se dilatan al instante, la excitación brillando salvajemente bajo las suaves luces de la habitación. Aplasta las manos contra mi cintura, los pulgares trazando lentos círculos sobre la seda.

—Más que nada en esta noche, Amira.

Sostengo su mirada, sintiendo el poder que me da mi vulnerabilidad en este momento.

—Quieres mi obediencia y mi lealtad por encima de todo, ¿verdad? —pregunto, inclinando la cabeza, observando la rigidez de su mandíbula.

—Sí —responde, y la palabra sale como un gruñido grave y posesivo—. Quiero que cada gramo de tu voluntad se doble a la mía.

—Te lo daré —digo, y veo a Malik inclinarse hacia mí, atraído por la promesa—. Te daré mi obediencia, mi lealtad y todo lo que soy… si soy la única mujer en tu vida. Si este reino, este palacio y este hombre me pertenecen solo a mí.

Un silencio tenso se instala entre nosotros, hasta que una sonrisa lenta y depredadora, la primera sonrisa genuina que veo en su rostro desde que entramos en el salón, surge en los labios de Malik. Es un reconocimiento de que ha encontrado a alguien a su altura.

—¿Un imperio a cambio de exclusividad? —murmura, levantando la mano para sujetarme la cara con una firmeza que me hace jadear—. Es un precio alto, *habibti*. Pero, ante lo que veo ahora, es un precio que estoy dispuesto a pagar. Tú eres mi reina. No habrá otra. Nunca.

Se aleja lo suficiente para sentarse en el borde de la cama con dosel, se sienta, cruza los brazos y me observa con la

expectación de un depredador que acaba de sellar un pacto con el destino.

—Ahora, baila. Muéstrame exactamente lo que acabo de conquistar.

Sigo sujetándome el vestido contra el pecho mientras camino hacia la consola de sonido integrada en la pared de mármol y, con un toque, una melodía árabe contemporánea llena la habitación.

Es un ritmo grave y profundo, que parece vibrar directamente en mis huesos, cargado de un punteo de laúd que serpentea por el aire como humo. Vuelvo al centro de la alfombra, manteniendo la mirada fija en la suya mientras deslizo las manos por mis hombros.

Dejo que el vestido de novia se deslice por mi cuerpo; la pesada tela de seda y encaje cae a mis pies, revelando la *lencería* nupcial que elegí en secreto, lejos de las miradas de mis damas de honor.

Es una prenda mínima de seda negra y hilos de oro que apenas logra contener la piel que Malik tanto ha codiciado. Delicadas cadenas de oro puro adornan mi cintura y descienden por mis caderas, tintineando con cada movimiento que hago.

Malik se queda sin aliento.

Veo el momento exacto en que su postura de control se desmorona. Se recuesta en la cama, con las manos apretando las sábanas de satén, los ojos recorriendo cada centímetro expuesto de mi cuerpo con un hambre que roza la desesperación. El brillo de deseo ya no se trata solo de poder, se trata de una necesidad física que lo está consumiendo vivo.

Empiezo a moverme.

La música marca el ritmo, pero es mi cuerpo el que tiene el control. Ondulo los hombros y dejo que el movimiento baje por mi torso hasta las caderas, haciendo que las cadenas de oro canten contra mi piel.

Con cada giro, la seda de *la lencería* roza mis curvas, y veo cómo la mandíbula de Malik se tensa con tanta fuerza que los músculos de su cuello se marcan.

Está hipnotizado. El hombre que dirige ejércitos y decide quién vive o muere en el Inframundo queda reducido a un mero espectador, paralizado por la forma en que la luz de la luna se refleja en el oro que adorna mi piel.

—Eres… magnífica, *habibti* —murmura, con una voz que suena como un gruñido entrecortado.

No digo nada, solo me acerco a él, manteniendo el balanceo hipnótico de las caderas, dejando que el sonido de las joyas sea el único diálogo entre nosotros. Recorro con las manos mis propios costados, subiendo hasta la nuca, arqueando la espalda para que él vea exactamente lo que le pertenece.

Malik se inclina hacia delante, con la respiración pesada y entrecortada, las manos temblando ligeramente mientras intenta resistir el impulso de agarrarme y poner fin a la tortura. Veo el deseo ardiendo en él, una llama oscura que amenaza con reducir el palacio a cenizas.

Me encanta eso, porque es el momento en que sello mi dominio sobre los sentidos del hombre más peligroso de Al-Zafiriah. Él prometió exclusividad, y ahora, mientras mi cuerpo dibuja el aire, me aseguro de que nunca sienta ganas de mirar a nadie más.

El autocontrol de Malik es prácticamente una presa a punto de romperse y, cuando mis caderas trazan el último arco y me inclino hacia atrás, dejando al descubierto la línea de mi cuello bajo la luz de la luna, el sonido de su respiración se convierte en el único ruido que compite con la música.

Incapaz de aguantar más la distancia, en un movimiento tan rápido que mis ojos apenas pueden seguirlo, se levanta y acorta la distancia entre nosotros con dos pasos sigilosos, y luego me agarra la cintura con una fuerza que me hace jadear.

El calor de sus manos contra el frío de las cadenas de oro sobre mi piel provoca una descarga que recorre directamente el centro de mis piernas. Interrumpe la música y el movimiento, silenciando la habitación solo con su presencia arrolladora.

—Te quiero ahora, *habibti* —gruñe contra mis labios.

Antes de que pueda responder, toma mi boca en un beso salvaje y profundo, que parece tener el hambre de un hombre que ha pasado todo el día en el desierto, reclamando cada milímetro de mi paladar.

Su lengua domina la mía, mientras sus manos bajan hacia mi trasero, apretando la seda de *la lencería* y levantándome del suelo.

Suelto un gemido ahogado contra su boca, mis piernas se entrelazan instintivamente en su cintura. Malik camina hacia la cama con dosel sin romper el beso, y el impacto de mi espalda contra las sábanas de satén es la señal clara de que, hoy, Malik tomará mi cuerpo.

Y, tal vez, de mi corazón.

Se abalanza sobre mí, el peso de su musculoso cuerpo inmovilizándome contra el colchón. Sus manos recorren mis muslos, subiendo hasta la cadera, donde se detiene y saborea el tintineo de las joyas que utilicé para seducirlo.

—Querías verme de rodillas, ¿verdad? —murmura, bajando la cara hacia mi cuello.

Pero no espera mi respuesta; siento la punta de su lengua trazar el camino desde mi clavícula hasta el inicio de mi pecho, por encima del sujetador, lamiendo la piel donde se concentra el perfume.

Malik me saborea, como si fuera el festín que ha esperado toda su vida para degustar. Me muerde suavemente la base del cuello, dejándome una marca que el mundo no verá, pero que yo sentiré arder durante días.

— Eres mía, Amira —susurra, con la voz vibrando contra mi pecho mientras sus manos se pierden en los encajes de *la* lencería —. Cada curva, cada suspiro. Si supieran lo que me haces, entenderían por qué destruiría el mundo para mantenerte encerrada en esta suite.

Siento el rastro húmedo de su lengua bajando por mi vientre, rodeando el ombligo y perdiéndose sobre las cadenas de oro. El contraste entre la barba incipiente rozando mi piel sensible y la suavidad de las sábanas me hace arquear la espalda, con los dedos hundidos en el cabello oscuro de Malik, tirando de él para acercarlo más.

Él agarra las cadenas que adornan mi cadera y el sonido del metal rompiéndose resuena en la habitación, un tintineo final, antes de que él desgarre la seda de la *lencería* negra como si no fuera más que un estorbo entre él y su obsesión.

Malik me despoja de toda la armadura real, dejándome desnuda bajo su mirada devoradora, expuesta al hambre que emana de cada poro de su cuerpo.

—Te dije que el precio era alto, Amira —gruñe, con los ojos fijos en mi cuerpo desnudo, bajándose de la cama para colocarse entre mis piernas—. Ahora voy a cobrar cada centavo.

Para mi sorpresa, hunde su lengua, trazando un camino de fuego desde la curva de mi muslo hasta el centro de mi castidad. Cuando me alcanza, el mundo desaparece.

La barba me roza la piel sensible y me hace soltar un grito agudo, que intento ahogar por vergüenza.

Empieza a chuparme con una fuerza devastadora, una intensidad que me hace perder el contacto con la realidad. Nunca ha habido nada parecido a esto en mi vida protegida; ningún roce y, desde luego, ninguna caricia se compara con la posesividad de su boca.

Malik me saborea como si estuviera extrayéndome el alma, con la lengua firme e insistente encontrando el punto exacto que me

hace delirar.

Mis manos se aferran a las sábanas, los nudillos se me ponen blancos, mientras mi espalda se arquea violentamente contra el colchón. Siento que el placer sube como una ola gigante, una presión insoportable que me hace suplicar por algo que ni siquiera sabía que deseaba.

—Malik… por favor… —gimo, con los dedos clavados en sus anchos hombros, intentando tirar de él hacia arriba o fundirme con él.

Él ignora mi súplica, sus manos grandes y firmes abren aún más mis muslos contra sus hombros, impidiendo cualquier intento de huida o de alivio, y entonces aumenta el ritmo de su lengua sobre mi clítoris, la succión se vuelve más profunda y hambrienta, como si pudiera beber mi propia esencia.

Siento una presión desconocida crecer en lo más profundo de mi vientre, un nudo de electricidad que se va apretando hasta que cada terminación nerviosa de mi cuerpo empieza a gritar.

—Malik…—gimoteo mientras mi cabeza se echa hacia atrás, con el cabello esparcido sobre la seda blanca.

Nunca supe que el cuerpo humano pudiera producir tanto calor. Es una agonía deliciosa, un límite que nunca me atreví a cruzar y que él traspasa sin pedir permiso.

Siento que los músculos de mis piernas tiemblan incontrolablemente, los muslos espasmódicos contra su rostro, mientras el placer deja de ser una caricia para convertirse en una posesión violenta dentro de mí.

El clímax llega con una explosión de estática que me desconecta del mundo. En el preciso instante en que me alcanza el clímax, siento que mis entrañas se contraen a un ritmo frenético, una sacudida que recorre mi columna y hace que mis dedos se claven en los músculos de la espalda de Malik con la fuerza suficiente para dejar marcas.

Exploto en colores que nunca había visto, un eclipse de sensaciones que me roba el aire y me hace soltar un grito ronco, que muere en el silencio de la suite.

Pero él no se detiene.

Incluso mientras los espasmos me dominan y el placer es tan agudo que roza el dolor, Malik sigue poseyéndome con la misma intensidad, asegurándose de que sienta cada vibración de mi propia entrega.

Me saborea hasta el último suspiro de resistencia, dejando claro, en cada nervio de mi ser, que, a partir de hoy, ya no existe la Amira que pertenecía a su padre; solo existe la mujer que él ha reclamado.

Abro los ojos, con la vista borrosa y el pecho subiendo y bajando violentamente, solo para encontrarlo subiendo sobre mi cuerpo con la agilidad de un felino, las grandes manos apoyadas en el colchón, sujetándome contra él.

No me da tiempo a recuperar el aliento; sus labios encuentran los míos en un beso profundo y posesivo, forzando mi boca a abrirse para que sienta el sabor de mi propio placer en su lengua. Es diferente a todo lo que imaginé, un sello de intimidad que me hace jadear contra sus labios, sintiendo el calor de su barba sin afeitar rozando mi piel, ahora hipersensible.

Baja el rastro de besos por mi cuello, mordisqueando la suave piel antes de concentrarse en mis pechos. Malik los devora con un hambre devastador, chupando un pezón mientras su mano libre me aprieta la cintura con tanta fuerza que siento sus dedos clavarse en la carne.

El placer agudo que me ha dado hace unos segundos, y la urgencia de su tacto ahora, me hacen arquear la espalda.

De repente, se aleja, y el vacío de su calor es un shock. Malik se levanta de encima de mí y se detiene junto a la cama, quitándose la túnica blanca con un movimiento impaciente.

Me quedo sin aliento. Me quedo paralizada, observando la brutal perfección del hombre que tengo delante. Malik es una obra de fuerza y poder, con los músculos definidos del abdomen y las antiguas cicatrices en el pecho.

Pero es lo que hay entre sus piernas lo que acapara toda mi atención. Su polla es imponente, dura y gruesa, con la piel tensa y palpitante bajo la luz. Una gota de deseo brilla en la punta, directamente en mi dirección.

Se envuelve la base con la mano, bombeando el miembro dos veces, con los ojos fijos en los míos, sin apartarlos ni un segundo. La visión es de un dominio absoluto, una exhibición de virilidad que me hace sentir minúscula sobre las sábanas de satén.

Malik vuelve a la cama; el colchón se hunde bajo su peso. Se coloca entre mis rodillas, su presencia ocupando todo mi campo de visión.

—Abre las piernas, *habibti* —ordena, con una voz que suena como una orden que no admite resistencia.

Siento cómo la sangre me sube a la cara, mis mejillas ardiendo en un tono escarlata. Un escalofrío de miedo, mezclado con una curiosidad pecaminosa, recorre mi columna, pero obedezco.

Poco a poco, abro las piernas para él, revelando la intimidad que acaba de profanar con su boca.

Malik se inclina hacia delante, con las manos sujetándome los muslos para mantenerlos abiertos, y su mirada desciende hacia mi entrada, húmeda por el placer anterior y aún virgen.

Suelta un suspiro bajo, cargado de una satisfacción sombría.

—No tengas miedo —susurra, con la voz vibrando entre nosotros, mientras la punta de su polla roza mi entrada caliente—. Vas a aprender a adorar mi polla dentro de ti, *habibti*. Voy a follarme este coño, que ahora es mío, hasta que no recuerdes nada más que mi nombre.

Malik no entra de golpe, solo presiona la punta de la polla contra mi abertura, aplastando la carne sensible y esparciendo la humedad que él mismo ha provocado. El contacto cálido contra mi piel me hace soltar un gemido bajo, con las manos buscando desesperadamente algo a lo que agarrarse.

Él mantiene el control, moviendo la cadera en círculos lentos, solo torturando la entrada, obligando a mi cuerpo a dilatarse para recibirlo.

—Mírame —ordena, gruñendo.

Abro los ojos, con la vista nublada por el deseo, y encuentro su mirada. Malik está sumido en una concentración salvaje, con las fosas nasales dilatadas y la mandíbula apretada.

Se empuja hacia dentro, solo un centímetro, y la sensación de plenitud es tan vasta, tan absoluta, que siento cómo mis músculos internos protestan y, al mismo tiempo, intentan aferrarse a él. Duele, pero es un dolor placentero que roza el delirio.

Se detiene, esperando a que me acostumbre a la invasión. Sus manos suben, sujetándome las muñecas contra el colchón, por encima de mi cabeza, inmovilizándome mientras observa cómo se contorsiona mi rostro.

—Siente lo grande que soy para ti, Amira —susurra, volviendo a empujar, superando la última barrera con un firme golpe de cadera.

Suelto un grito ronco que se apaga contra su cuello cuando por fin se hunde por completo. El impacto me hace arquear la espalda, con los pulmones luchando por encontrar aire.

Está completamente dentro de mí, ocupando cada espacio, estirándome hasta el límite, una presencia masiva y palpitante que reclama mi centro como territorio conquistado. Malik suelta mis muñecas y me sujeta la cara, obligándome a mirar la posesividad en sus pupilas.

—Puede que ahí fuera te llamen Majestad, Amira —gruñe, retirándose lentamente, solo para volver a hundirse con más fuerza

—. Pero aquí, con mi polla desgarrándote, sabes que solo eres mía. Mi mujer… mi propiedad… mi territorio.

Empieza a bombear contra mí; el ritmo es lento y pesado al principio, cada embestida es una lección de dominio. El sonido de nuestros cuerpos chocando, el chasquido húmedo de cada penetración y la fricción de su piel contra la mía es embriagador.

Siento que el placer renace de las cenizas del clímax anterior, una descarga eléctrica que sube por mis piernas y se concentra exactamente donde él me penetra.

Malik acelera el ritmo, perdiendo la compostura, y me devora con un hambre animal; las embestidas se vuelven más profundas y rápidas, transformando mi voz en una sucesión de gemidos lascivos.

Me pierdo en los movimientos, mis piernas se cierran alrededor de su cintura para atraerlo aún más hacia dentro, deseando que me destruya y me reconstruya. Toda la habitación parece oler a sexo, sándalo y a la rendición de la reina ante su rey del Inframundo.

Él acelera, las embestidas se vuelven cortas, rápidas y fuertes. Malik hunde las manos en mis caderas, levantando mi cuerpo para que cada embestida alcance lo más profundo de mi alma.

Siento cómo aumenta la presión, un calor insoportable acumulándose donde nuestros cuerpos se funden, y sé que está llegando al límite.

Los ojos de Malik están fijos en los míos, las pupilas tan dilatadas que el color castaño desaparece bajo una oscuridad absoluta. Apretó la mandíbula, los músculos del cuello saltando con el esfuerzo de mantenerse en control unos segundos más.

—Amira… —gruñe mi nombre como si fuera una plegaria profana.

Siento cómo su cuerpo se tensa, cada fibra muscular se vuelve rígida como el acero, y entonces, suelta un gruñido gutural y empuja por última vez, hundiéndose tan profundo como puede.

El chorro de semen caliente y palpitante me inunda por dentro, una avalancha de vida que me hace arquear la espalda violentamente contra el colchón. Es una sensación de plenitud que nunca podría haber imaginado. Su calor me reclama, y él marca mi interior con su semilla.

Malik sigue bombeando, su cuerpo temblando contra el mío mientras vacía todo lo que tiene. El placer es tan intenso que mis piernas se cierran alrededor de su cintura con más fuerza, intentando prolongar el momento, absorber cada gota de lo que me está dando.

Siento cómo mis propios músculos se contraen a su alrededor en las oleadas de un nuevo orgasmo, una respuesta involuntaria a la entrega total de mi marido, y gimo en voz alta su nombre.

Se derrumba sobre mí, el peso de su cuerpo musculoso me aplasta contra las sábanas de satén, pero no me importa. Su aliento es cálido en mi cuello, su respiración pesada y entrecortada se mezcla con la mía.

Nos quedamos en silencio un rato; el olor a sexo y sudor llena el aire, mientras su líquido resbala lentamente entre mis piernas, recordándome que, ahora y para siempre, ya no hay lugar para las dudas.

Malik levanta la cara, la mirada aún turbia, pero cargada de una satisfacción depredadora. Me besa la frente, un gesto de posesión que parece más definitivo que cualquier corona.

—Mía —susurra, con voz ronca, casi sin aliento—. Ahora estás marcada, Amira. Por dentro y por fuera.

No consigo responder, porque mis sentidos aún flotan en la neblina del placer y el agotamiento, pero, mientras se retira lentamente de mi interior, siento el vacío de su ausencia y, por primera vez, me doy cuenta de que la adicción al hombre más peligroso de Al-Zafiriah acaba de convertirse en mi única realidad.



Capítulo 30

Me despierto acunada por el calor del cuerpo de Malik contra el mío. De repente, el sonido de ligeros golpes en la antesala rompe el silencio de *la Sabahiya*. «[10] » Malik se tensa a mi lado, abriendo los ojos con una furia que me hace encogerme bajo las sábanas de seda.

Se levanta, vestido solo con unos calzoncillos bóxer, imponente y hermoso, con el pecho fuerte y musculoso al descubierto, sin una pizca de vergüenza por su propia piel, y camina hasta la puerta de la antesala, abriéndola lo justo para que su voz atronadora resuene.

—He dado órdenes de que no se nos interrumpa —gruñe, con la mandíbula apretada.

—La Sultana Madre exige la prueba del linaje y del honor en la sala del Consejo de las Mujeres. Hay que entregar la sábana, Su Majestad. —La respuesta llega en un tono bajo, pero firme.

Reconozco la voz de la gobernanta jefe y los ojos de la Sultana Madre en el palacio.

Siento cómo se me va la sangre de la cara.

La vergüenza me golpea como un puñetazo en plena cara, y tiro de la sábana para cubrirme los pechos, con las mejillas ardiendo en un tono escarlata.

Por Alá, incluso en pleno siglo XXI, con todo el reino modernizado, su madre insiste en tratarme como una posesión que necesita un sello de garantía. ¿Qué clase de mujer cree que soy?

Malik suelta una risa seca, desprovista de todo humor. Vuelve a la habitación, sus ojos se encuentran con los míos. Ve mi incomodidad, la forma en que intento esconderme, y el brillo depredador de su mirada se suaviza hasta convertirse en algo más protector, aunque sigue siendo sombrío.

—¿Dudaba de mi virginidad? —susurro—. Eso es tan… —ni siquiera puedo terminar la frase—. Nunca había besado a un hombre antes de ti.

Él suelta un suspiro, sin responderme, pero parece impaciente e irritado.

—¿Quiere una prueba? —dice, apretando los dientes y caminando hacia la cama—. Entonces le daremos lo que quiere, pero en mis términos.

Con una mano, me arranca la sábana de encima, haciéndome soltar un jadeo y cruzar los brazos sobre el pecho. Malik se fija en la mancha de sangre seca que marca el centro de la tela blanca, el registro indiscutible de la noche anterior.

Recoge la tela sin ningún tipo de delicadeza y vuelve hacia la puerta, entregándole el bulto a la ama de llaves.

—Dile a mi madre que el honor de la reina está exactamente donde debe estar, bajo mi protección —dice con voz gélida—. Y dile que, si se atreve a cuestionar la pureza de mi esposa de nuevo, no solo le entregaré la sábana, sino el despido de cada una de sus aliadas en este palacio.

Cierra la puerta con fuerza y vuelve a la cama, sentándose a mi lado. La ama de llaves se lleva la sábana, y la idea de que ella y la sultana madre estén analizando la prueba de nuestra intimidad me revuelve el estómago.

—No bajes la cabeza, Amira —dice Malik, sujetándome la barbilla y obligándome a mirarlo—. La sangre de esa sábana no es

para ellas. Es la prueba de que me perteneces. Si mi madre quiere vivir en el pasado, que se ahogue en él. Aquí, en esta habitación, tú eres la única autoridad.

Se inclina y me besa la mejilla, aún caliente por la vergüenza, y el gesto, aunque sencillo, me arranca una dulce sonrisa. El *Sabahiya* comenzó con un intento de humillación, pero Malik ha convertido la sábana en un trofeo, dejando claro que, para tocarme o juzgarme, el mundo tendrá que pasar por encima del cadáver del rey de Al-Zafiriah.



Malik se envuelve una sábana alrededor de la cintura y camina descalzo hasta la terraza privada de la suite. El sol de Al-Zafiriah ya empieza a calentar el mármol, pero la brisa que sopla desde las fuentes del palacio mantiene el aire fresco.

Vestida solo con la bata de seda, lo sigo y me encuentro con el banquete dispuesto sobre la mesa de hierro forjado. Panales de miel que gotean sobre cuajada fresca, dátiles rellenos de nueces, panes sirios humeantes y el intenso aroma del café con cardamomo que inunda la estancia.

Malik se sienta y me atrae hacia su regazo, ignorando la silla vacía a su lado.

—El café se va a enfriar, Malik —murmuro, aunque no hago el más mínimo esfuerzo por levantarme, acomodándome contra su pecho.

—Deja que se enfríe —responde, con la voz vibrando a mi espalda.

Coge un dátil, lo moja en miel y me lo lleva a los labios. Abro la boca, aceptando el dulce, y Malik observa cada movimiento de mi deglución con una atención inquietante.

Mi marido no parece interesado en la comida, solo en cómo reacciono a su tacto ahora, después de haber cruzado la línea de la que no hay vuelta atrás.

Recorro con los dedos el vello oscuro de su pecho, trazando las líneas de sus músculos. Malik deja escapar un suspiro bajo, abandonando la comida sobre la mesa y hundiendo el rostro en mi hombro, aspirando el perfume que él mismo ha esparcido por mi piel.

—Podría tenerte aquí durante semanas —dice, rozando lentamente mi lóbulo con los dientes—. Sin la presión del palacio de abajo. Solo nosotros dos y lo que descubrimos anoche.

—La vida normal nos espera dentro de tres días —le recuerdo, inclinando la cabeza para darle más acceso a mi cuello, sintiendo cómo el calor del sol y el suyo se mezclan.

—Vamos al desierto, allí será aún mejor —dice, haciéndome sonreír—. Allí nadie nos interrumpirá. —Me aprieta la cintura, con los dedos perdiéndose en la seda de la bata.

—¿No deberíamos quedarnos aquí?

—Sí, pero este palacio no es más que un escaparate —dice, mirando al horizonte—. Es el lugar de las leyes y el deber.

— ¿Y adónde quieres llevarme? —pregunto, dejando que el viento despeine mi cabello suelto. — ¿A Al-Sarab?

—Exactamente. —Se vuelve hacia mí, y la intensidad de su mirada me deja sin aliento—. Volveremos al lugar donde todo comenzó.

Siento un escalofrío recorrer mi espina dorsal. El Palacio de la Mirage, el lugar al que me llevó para darme una lección, es ahora el destino de nuestra luna de miel.

Malik se acerca, con la sábana arrastrándose por el suelo, y me sujeta la barbilla con una firmeza posesiva.

—La última vez que estuvimos allí, intentabas huir de mí.

Esbozo una media sonrisa.

—Quiero hacerte el amor en cada rincón de ese lugar. Y nadie, ni siquiera mi madre o Rashid, se atreverá a interrumpir lo que decida hacer contigo.

—¿Vas a hacerme tu prisionera otra vez? —murmuro, sintiendo cómo el calor de su cuerpo me envuelve, desafiando la brisa de la mañana.

— Sí, pero te prometo que, esta vez, será más irresistible.

Siento un escalofrío recorrer mi espina dorsal, una mezcla de miedo y una anticipación pecaminosa. Miro más allá de las cúpulas de bronce, imaginando Al-Sarab de una manera diferente esta vez.

—El desierto es tu verdadero hogar, ¿verdad?

—El desierto es donde no necesito máscaras —confiesa, inclinándose para besar la punta de mi nariz antes de bajar hacia mis labios.

—No necesitas usar máscaras conmigo —digo, atrayendo su mirada de una forma nueva y extraña—. Ya no.

—Mientras no nos vayamos, quiero que entiendas una cosa, *habibti* —dice.

—¿Entender qué? —pregunto.

—Que me perteneces. Para siempre.

Creo que nunca dirá que es mío o que me ama. Malik no es hombre de entregar las llaves de su imperio o de su corazón, pero no pasa nada, lo entiendo.

De repente, me sujeta las muñecas con firmeza, reforzando la jerarquía que nunca permitirá que desaparezca.

—Has entrado en mi mundo, Amira —añade, con la voz un tono más dura, aunque sus ojos siguen fijos en mi boca—. Ahora,

cada uno de tus respiros, cada pensamiento y cada centímetro de ese cuerpo son de mi propiedad. Protejo lo que es mío, pero también quiero tu lealtad absoluta.

Sostengo su mirada, asintiendo con firmeza. Beso sus labios con una lentitud perezosa, saboreando el gusto del café y la miel, tratando de encontrar algún atisbo de ternura tras la fachada de acero.

Malik me devuelve el beso con una intensidad que roza la agresividad, reclamándolo como si estuviera firmando un decreto.

Quizá Malik nunca me ame. Hombres como él, forjados en el Inframundo y criados para heredar coronas manchadas de sangre, rara vez conocen el significado de esa palabra.

Pero, si me respeta, si me concede el lugar de honor a su lado y me trata con esa adoración posesiva que ha demostrado hasta ahora, creo que puedo cultivar nuestro amor por los dos.

Puedo ser el corazón que le falta en el pecho al líder del Submundo.

El desayuno continúa entre lentas caricias. Malik me da de comer frutas dulces, pero sus ojos dejan claro que lo único que realmente desea consumir es mi voluntad.

Acepto cada detalle, acepto el peso de sus manos y acepto el destino que he elegido. Si el amor es un bien escaso en Al-Zafiriah, haré del respeto nuestra moneda de cambio.

Mientras contemplo el horizonte desde la terraza, solo veo el comienzo de la inmensidad dorada que rodea la capital. Al-Sarab está en algún lugar más allá de esa línea de calor, enterrado en el corazón del desierto, esperándonos.

Es allí donde Malik quiere llevarme, lejos de los espías de este palacio y del juicio de la Sultana Madre.

Sé, en lo más profundo de mi alma, que lo que ocurrió en esta suite fue solo el principio. En el desierto, lejos de todo y de

todos, Malik terminará de quebrarme o de convertirme en la reina que necesita que sea.



Capítulo 31

Después del desayuno, Farrah me ayuda con las maletas. Se mueve en silencio por la habitación, doblando las sedas con cuidado, pero sus ojos brillan con ese tipo de interés que solo tienen las mujeres curiosas.

—La sábana ha dado mucho que hablar —suelta, haciendo que se me enrojezca la cara.

—Al menos, ¿ella está contenta?

Farrah esboza una sonrisa de medio lado.

—Feliz es una palabra muy optimista. Está satisfecha con la prueba de su pureza, Su Majestad.

Pongo los ojos en blanco.

—No me llames así.

Farrah deja de doblar una prenda y me mira.

—Pero ahora usted es mi reina.

—Pero, cuando estemos solas, quiero que me tutees —le digo, y ella aprieta los labios, pensativa. —Es una orden.

Las dos sonreímos.

—El jeque ha dado órdenes personales para que las bodegas se abastezcan con los mejores vinos franceses y se cambien las flores de naranjo cada mañana en Al-Sarab.

Siento que se me calientan las mejillas. Farrah sabe lo que pasó allí. Para ser sincera, creo que todos en el palacio saben de mi intento de fuga y de cómo Malik me trajo de vuelta, pero sus chismes le dan un matiz diferente.

Ya no soy la novia rebelde a la que se castiga; soy la esposa a la que llevan al nido de un depredador que ha decidido mimarme entre los muros de su fortaleza.

—Es un hombre que se preocupa por los detalles —respondo, tratando de mantener la voz neutra mientras abrocho el cierre de un joyero.

—Es un hombre posesivo —me corrige con una sonrisa cómplice, cerrando la última maleta—. Y, si me permites el atrevimiento, nunca le he visto mirar al horizonte con tanta impaciencia. Quiere sacarte del alcance de Qasr al-Nujum lo antes posible.

Intento ocultar una sonrisa, y ella se da cuenta.

—Está enamorada.

—No —replico, enderezando la postura—. Solo he dejado de resistirme.

—Está bien. Siga así y conseguirá todo lo que quiera de ese hombre.

Malik entra de repente y nuestra conversación se interrumpe al instante. Farrah hace una rápida reverencia y se retira, dejándonos solos entre las maletas preparadas. Él no dice ni una palabra, solo me observa por un instante, antes de señalar la puerta con un gesto.

—Te gusta Farrah, ¿verdad?

— Sí. Es muy buena conmigo.

— ¿Confías en ella?

—Mucho. Ha demostrado ser muy leal.

—Pues hazla tu secretaria particular. Vas a necesitar una.

Abro los ojos, sorprendida.

— ¿Puedo?

—Usted puede hacer lo que quiera, Majestad.

— Gracias.

Salimos del palacio bajo el sol abrasador de Al-Zafiriah, y la caravana de todoterrenos negros ya nos espera en el patio, con los motores rugiendo en silencio, listos para enfrentarse al desierto.

Malik me sujeta la mano con firmeza mientras bajamos la escalera de mármol. No mira atrás, ni a los sirvientes alineados, ni a las ventanas, desde donde sé que la Sultana Madre nos observa.

Su atención se centra únicamente en el camino que tenemos por delante, en la carretera que nos llevará de vuelta al lugar donde demostró que el desierto y él comparten la misma alma implacable.



La carretera desaparece a medida que avanzamos hacia el corazón de la nada.

Contemplo la inmensidad de las dunas y el recuerdo de aquel intento de huida me golpea como una ráfaga de arena caliente, quemándome la garganta. Recuerdo la desesperación de correr a pie, sintiendo cómo los pies se hundían en la arena blanda. Y también recuerdo la figura de Malik surgiendo en el horizonte, montado en su imponente yegua negra, cortando el viento como un dios de la muerte que venía a reclamar lo que era suyo.

Me cazó como si fuera una presa herida y me trajo a Al-Sarab para quebrarme, para demostrarme que, sin su mano, el desierto me

tragaría sin dejar más rastro que huesos blancos bajo el sol.

Malik parece leer mis pensamientos, y siento su mano grande y cálida apoyarse en mi muslo y apretarlo con una fuerza que me devuelve al presente.

—Estás pensando en la última vez —afirma, como una constatación.

—Es difícil no pensar en ello. Me trajiste aquí para mostrarme lo insignificante que era ante tu voluntad.

—Te traje aquí para salvarte de ti misma, Amira —la corrige él, sin remordimientos—. Y para asegurarme de que entendieras que el único oasis que existe para ti soy yo.

Al-Sarab surge en el horizonte, su arquitectura solitaria desafiando la inmensidad. La última vez, las paredes de piedra parecían una prisión mientras la tormenta de arena aullaba afuera, aislándonos del resto del mundo.

Ahora, el silencio es diferente. No hay pánico por la huida frustrada, solo la tensión eléctrica de dos cuerpos que saben exactamente qué hacer el uno con el otro entre cuatro paredes.

Cuando el coche se detiene y Malik me lleva dentro, el eco de nuestros pasos en el patio interior me hace estremecer.

—La tormenta ha pasado, Amira —susurra, deteniéndose detrás de mí y pegando su cuerpo al mío, con las manos subiendo hacia mis hombros—. Pero el aislamiento sigue siendo el mismo. Nadie vendrá a buscarte. Nadie vendrá a interferir.

Me quita el *hiyab*, dejando que mi cabello caiga, y se aleja un poco, dejando al descubierto mi cuello para besarme la nuca, un roce que hace que mis rodillas se debiliten.

—Aquella vez, intentabas huir. Esta vez… —Gira mi cuerpo para que lo mire, con los ojos oscuros brillando con intención depredadora—. Me aseguraré de que no quieras estar en ningún otro lugar del mundo.

Miro hacia las ventanas que dan a la arena infinita y sé que Al-Sarab fue el lugar de mi sumisión forzada. Ahora, bajo la mirada de Malik, me doy cuenta de que pretende convertirlo en el lugar de mi rendición voluntaria.

El jeque que me cazó en el desierto aquel día es el mismo hombre que me está mirando ahora.

Y, por alguna razón que no puedo explicar, eso me gusta.



La cena se sirve en la terraza superior, donde la arena del desierto parece un océano de plata bajo la luz de la luna llena. No hay mesas altas ni sillas rígidas como en el palacio; Malik ha ordenado que se extiendan alfombras persas y cojines de terciopelo directamente sobre el mármol.

El sonido del viento aullando ahí fuera, el mismo que antes me aterrorizaba, ahora es solo el telón de fondo para el tintineo de los cubiertos de oro y el burbujeo del vino en las copas.

Malik está sentado relajadamente, con una pierna doblada, la camisa de lino abierta hasta la mitad del pecho, y me observa mientras me acomodo frente a él, con el vestido de seda deslizándose sobre la piel.

El aroma del cordero asado con especias y de las flores de naranjo impregna el aire, pero lo que me quita el apetito es la forma en que me estudia, como si yo fuera el plato principal.

—Come, Amira —me ordena, aunque el tono es suave—. Necesitas recuperar fuerzas.

—Al-Sarab parece diferente por la noche —murmuro, cogiendo un trozo de pan de pita y mojándolo en el humus. —Menos como una prisión y más como…

—¿Como un reino privado? —completa él, sirviéndome más vino—. Aquí, el mundo no puede alcanzarnos.

Se acerca, moviéndose como un felino, y se sienta a mi lado, invadiendo mi espacio personal. Malik coge un dátil relleno y me lo lleva a la boca; sus dedos rozan mis labios, permaneciendo un segundo más de lo necesario.

Acepto la fruta, sintiendo cómo la dulzura explota en el paladar, mientras su mirada desciende hacia el escote de mi vestido.

—La última vez que estuvimos aquí, apenas podías mirarme sin temblar de rabia —recuerda, esbozando una media sonrisa sombría al observar el desierto a través de los arcos de la terraza. —La tormenta de arena azotaba las paredes, y tú parecías un pájaro enjaulado, dispuesta a lanzarte contra el cristal si eso significaba escapar de mí.

Siento que me arde la cara al recordarlo.

—Estaba intentando sobrevivir a ti —respondo en voz baja—. Me arrastraste hasta aquí y me encerraste para demostrarme que era tu prisionera.

—Te demostré que el mundo exterior no te daría lo que yo te doy —me corrige—. ¿Y ahora? —Desliza la mano por mi nuca, echándome ligeramente la cabeza hacia atrás, obligándome a mirarlo a los ojos—. ¿Qué intentas hacer ahora, mientras te comes mi comida y bebes mi vino bajo mis estrellas, sin ninguna tormenta que nos aísle?

—Ahora… —respondo, con la voz apenas por encima de un susurro, el corazón latiéndome contra las costillas—. Estoy intentando entender por qué el miedo que me das es lo que más me hace sentir viva.

Malik suelta un gruñido grave de satisfacción y deja a un lado la copa de vino. Ya no quiere hablar del pasado ni de la comida, así

que me atrae hacia su regazo con un movimiento brusco, sus grandes manos sujetándome la cintura con una fuerza que deja claro que la cena ha terminado incluso antes de empezar.

—No tienes que entenderlo, *habibti*, solo sentirlo. —Me muerde el lóbulo de la oreja, mientras sus manos suben hacia el escote de mi vestido—. Haré que olvides que existe cualquier salida de este lugar que no sea a través de mí.

Me tumba sobre la mullida alfombra y se aleja, solo lo suficiente para alcanzar una pequeña caja de sándalo junto al diván. Cuando la abre, el brillo azul profundo de la zafiro capta la luz de la luna. La piedra es grande y tosca, parece llevar consigo el frío de mil inviernos.

Malik la presiona contra la curva de mi cuello, y el choque térmico me hace jadear, con la espalda pegada a la alfombra mientras desliza la joya entre mis pechos, por encima del vestido, descendiendo en una línea recta e implacable hasta mi vientre.

Su mano desciende hasta la abertura de mi vestido y, con un tirón, el sonido de la seda al rasgarse rompe el silencio de la noche. Se abre paso, dejando mi piel expuesta al aire gélido del desierto y al calor febril de sus ojos.

—Siente el peso de esto, Amira —ordena, sujetándome las muñecas por encima de la cabeza con la mano libre mientras aparta la tela de mis piernas de una patada—. El valor de esta piedra no es nada comparado con lo que me debes hoy.

Sus manos grandes y posesivas descienden, liberándome de las braguitas de encaje, lo que me deja expuesta, desnuda y vulnerable bajo el cielo abierto. Sustituye la zafiro con un movimiento ágil, y noto un diamante en sus manos.

El tallado facetado es afilado y preciso. Siento los bordes de la piedra rozar directamente la sensible piel entre mis piernas, sin ninguna tela que amortigüe el impacto. Es un contraste cortante y gélido que me hace retorcerme sobre la alfombra.

—Malik—, gimo, sorprendida, intentando cerrar las piernas.

—Mantén las piernas abiertas para mí, *habibti* —ordena.

Utiliza el diamante como una extensión de su voluntad, presionando la joya contra mi clítoris, girándola lentamente. Las facetas de la piedra arañan y estimulan un placer peligroso que me recorre la columna vertebral.

Tragué un gemido.

Mis piernas se abren por instinto, buscando más de ese contacto prohibido. Malik inclina su cuerpo sobre el mío, con las rodillas obligando a mis muslos a abrirse aún más para él, observando cada espasmo de mi rostro.

Aumenta la presión; el diamante tallado me arranca un gemido que se pierde en el viento.

—Mírame —exige, y yo obedezco, encontrando la oscuridad absoluta en sus pupilas mientras inclina la piedra para que penetre un milímetro más—. El diamante solo brilla si hay presión. Te voy a romper hasta que no quede nada más que ese brillo.

El ritmo de la joya se vuelve frenético, las aristas encontrando el punto exacto contra mi carne húmeda, hasta que mi cuerpo se bloquea por completo.

El orgasmo llega como una explosión de plata y hielo, mis músculos se contraen violentamente contra el diamante mientras Malik me mantiene inmóvil, con la mano pesada sobre mi pecho asegurándose de que sienta cada segundo de mi rendición total bajo la luz implacable de las estrellas.

Lentamente, retira el diamante de mí con la misma cruel lentitud con la que lo introdujo. El peso de mi cuerpo aún oscila, los espasmos finales del placer dejándome sin aliento mientras él levanta la joya entre los dedos, llevándola a contraluz.

La piedra brilla bajo una capa viscosa y caliente de mi placer. La gira, observando cómo mi rastro empaña el brillo de las facetas, y una sonrisa depredadora curva sus labios.

—Mira lo que le has hecho a mi diamante, Amira —susurra, lleno de satisfacción.

En lugar de guardar la piedra, la presiona contra mis labios; la gema me deja el sabor metálico y el rastro salado de mí misma.

—Límpialo. No quiero perder ni una gota de lo que me has entregado.

Mis ojos arden en los suyos mientras abro la boca, envolviendo la piedra preciosa con la lengua, limpiando cada arista bajo su orden. La mirada de Malik es puro fuego y posesión al observar cada movimiento.

Cuando por fin retira el diamante, arrojándolo sin cuidado sobre la seda rasgada de mi vestido, Malik se abalanza sobre mí, aplastando sus labios contra los míos en un beso ardiente.

Siento cómo el sabor de mi propio placer y el sabor amargo y masculino de él se mezclan mientras su lengua invade mi boca con avidez, reclamando cada centímetro.

Se aleja solo lo suficiente para que sienta su aliento cálido, el rostro a milímetros del mío, peligroso y absoluto.

—Ni siquiera he empezado a usar mi cuerpo contigo, *habibti* —gruñe, hundiendo los dedos en mi pelo, tirando ligeramente de mi cabeza hacia atrás para que vea la promesa de tormenta en sus ojos.

Malik se levanta para quitarse la ropa, su imponente desnudez dominando todo el espacio sobre mí. Su polla palpita, rígida y apuntando a mi cara, una columna de carne caliente que parece exigir mi total sumisión.

Antes de que pueda apartar la mirada, se arrodilla sobre mí, con sus fuertes piernas sujetándome los hombros contra el suelo, forzando mi barbilla hacia arriba.

—Míralo, Amira —ordena, con la voz vibrando como un trueno sordo—. Ahora vas a aprender a servirme.

Acerca la punta de su miembro a mis labios; el calor que emana hace que mi boca se abra involuntariamente. Con un movimiento lento, desliza el glande contra mis labios, marcando mi rostro con su humedad antes de forzar la entrada.

Siento cómo me llena la boca, una invasión que me hace jadear, pero Malik no me deja retroceder. Sus grandes manos se hunden en mi cabello, sujetándome la cabeza con firmeza.

—Usa la lengua —gruñe, con el cuerpo tenso mientras observa mi esfuerzo—. Rodea la cabeza, siente el sabor del hombre que te posee. Eso. Ahora, chupa con fuerza, como si tu vida dependiera de ello.

Obedeceré, impulsada por un instinto que él ha despertado y que ya no puedo controlar. Lo envuelvo con los labios, sintiendo la textura de la piel y el latido palpitante bajo mi lengua.

Malik suelta un gemido sordo, echando la cabeza hacia atrás por un segundo antes de recuperar el control y empezar a marcar el ritmo, moviendo la cadera hacia adelante y hacia atrás, obligándome a recibirlo cada vez más profundo.

—Más profundo, *habibti* —ordena, tirándome del pelo con los dedos para guiar el movimiento—. Quiero sentir cómo me aprieta la garganta. Quiero que aprendas exactamente cómo me gusta, para que nunca más olvides quién es tu dueño.

El sonido de mi respiración y el chasquido húmedo de la succión llenan el ambiente. Malik me enseña cómo chuparlo, recompensando mis aciertos con gruñidos de placer que me hacen vibrar por dentro.

El ritmo se vuelve frenético, y él empieza a perderse en el control que ejerce sobre mí. Sus manos me aprietan con fuerza el cuero cabelludo, guiando mi cabeza en un vaivén despiadado que me hace llorar, mientras el chasquido húmedo y rítmico resuena contra las paredes de piedra del Al-Sarab. Él es un animal hambriento, y yo soy el oasis que ha decidido secar.

—Así… así —gruñe al mismo tiempo que todo su cuerpo se tensa—. Trágate cada gota, Amira. No desperdicies nada de lo que te pertenece.

Siento el espasmo violento de sus músculos antes de que la primera oleada de calor alcance el fondo de mi garganta. Malik gime alto, un sonido gutural de triunfo, mientras vierte su esencia en mí.

Mantiene mi cabeza presionada contra su cuerpo, obligándome a recibirlo todo, a sentir el sabor amargo y potente de su posesión absoluta. Solo cuando está seguro de que he tragado hasta el último vestigio me suelta, dejándome jadeante y con los labios entreabiertos, marcada por él.

Antes de que pueda recuperar el aliento, se arrodilla entre mis piernas, abriéndolas sin miramientos, exponiendo mi desnudez al aire.

—Ahora te voy a comer —murmura, con la mirada fija entre mis muslos, donde brilla la humedad.

Malik hunde la cabeza entre mis piernas; el contacto de su lengua caliente y áspera contra mi clítoris me hace dar una sacudida, con las manos buscando desesperadamente su cabello al mismo tiempo que intento tragarme un grito.

Malik se concentra en devorarme con la misma voracidad con la que yo lo serví. Usa la lengua con fuerza y ganas, alternando entre largas lamidas y profundas succiones que me hacen perder el contacto con la realidad.

—Mírame —ordena, apartándose para que vea su rostro mojado por mi deseo—. Quiero ver tus ojos cuando te des cuenta de que, incluso en Al-Sarab, lo único que te hará suplicar clemencia soy yo.

Vuelve a lamerme, subiendo las manos para apretar mis pechos, reclamando cada parte de mi cuerpo al mismo tiempo.

El mundo a mi alrededor comienza a girar, las estrellas se convierten en manchas de luz blanca mientras el placer se acumula en una presión insoportable en mi vientre. Mis dedos se clavan en la

alfombra, las uñas arañando la lana mientras arqueo la espalda, suplicando el alivio que está a segundos de estallar.

Malik siente cómo tiembla mi cuerpo, el espasmo inminente de mis músculos, y es justo en ese momento cuando se aleja.

El vacío es un choque gélido, lo que me hace soltar un gemido de protesta, con las piernas vacilando en el aire, pero él me sujeta por los tobillos, manteniéndome abierta y vulnerable bajo su mirada despiadada.

—Todavía no, Amira —gruñe, lleno de una autoridad que me hace estremecer—. No te he dado permiso para correrte.

Se coloca entre mis muslos, la polla palpitante y cubierta por mi propia humedad. Malik me sujeta las caderas con ambas manos, los dedos hundiéndose en mi piel con fuerza bruta, y se clava en mí de un solo golpe profundo.

El grito se me muere en la garganta mientras me llena por completo. El contraste entre la suave lengua y la rígida invasión de su polla me hace perder el suelo bajo los pies. No empieza a moverse de inmediato, deja que mi cuerpo se adapte a su tamaño, obligándome a sentir cada milímetro de su posesión.

—¿Quieres correrte? —murmura, inclinándose hacia delante hasta que su pecho toca el mío; el peso de su cuerpo me aplasta contra la alfombra—. Entonces tendrás que ganártelo, *habibti*. Tendrás que sentir cada embestida y recordar que soy el único que decide cuándo llegarás al cielo.

Empieza a retirarse lentamente, solo para volver a embestir con una violencia que hace vibrar el suelo bajo nosotros. El placer que me negó con la boca ahora regresa multiplicado por la fricción bruta de su piel contra la mía.

Malik marca un ritmo implacable, convirtiendo el acto en una reivindicación de territorio. El único sonido que queda es el choque de nuestros cuerpos y mi respiración entrecortada, suplicando que nunca se detenga.

Sujetándome las muñecas por encima de la cabeza, las inmoviliza contra la alfombra con una sola mano, mientras la otra busca mi nuca para sellar nuestros labios en un beso con sabor a posesión y urgencia.

—Mírame, Amira —exige entre dientes, con la voz entrecortada por el esfuerzo—. Di de quién eres.

—Tuya… —logro articular, con la voz embargada por el placer que vuelve a subir, como una marea incontrolable—. Soy tuya, Malik.

Él lanza un gruñido animal y suelta mis muñecas, solo para agarrarme por la cintura con ambas manos, tirando de mí contra él con aún más violencia. Malik me penetra con todo, sin barreras, cada movimiento llevándome al límite de la conciencia.

Siento cómo mis paredes internas se contraen a su alrededor, un apretón desesperado que marca el fin de mi resistencia.

El clímax nos golpea como una tormenta de arena, repentina, arrolladora e imposible de ignorar. Suelto un grito que se pierde en la inmensidad del desierto mientras mi cuerpo se derrumba; oleadas de descargas eléctricas recorren cada nervio.

Malik se clava dentro de mí, los músculos de su espalda tensándose mientras vierte su última gota de control en lo más profundo de mi vientre. Esconde el rostro en mi cuello, su respiración pesada y cálida quemándome la piel, mientras nuestros cuerpos siguen palpitando al unísono.

Todo vuelve a quedar en silencio, interrumpido solo por nuestras respiraciones que intentan recuperar el ritmo normal. Malik permanece sobre mí, el peso de su cuerpo manteniéndome clavada al suelo.

Bajo el cielo estrellado, me doy cuenta de que él ha marcado mi alma de una forma que el mundo nunca logró. Y aquí, entre las alfombras y la luz de la luna, el rey del Inframundo por fin ha encontrado a su reina. Comprendí que mi libertad siempre había tenido la forma de sus brazos.



Capítulo 32

El regreso a Qasr al-Nujum es como despertar bruscamente de un sueño febril.

Nada más cruzar el gran vestíbulo de entrada, la Sultana Madre nos espera, flanqueada por la hermana de Malik y una fila de sirvientas que mantienen la cabeza gacha, a la espera de órdenes.

La Sultana Madre avanza con su elegancia gélida, los ojos analíticos recorriendo cada centímetro de mi rostro, en busca de signos de debilidad o sumisión. Tras las bienvenidas formales, no pierde tiempo en reafirmar su dominio.

—Espero que el desierto te haya aportado la claridad necesaria para tus obligaciones, Amira —dice, cortante como una cuchilla—. Para garantizar que tu transición sea impecable, me he tomado la libertad de elegir a tu secretaria particular. Una mujer de linaje noble, educada en las mejores escuelas y perfectamente entrenada para acompañarte en todos tus pasos.

Señala a una mujer austera que se encuentra a su lado, quien me lanza una mirada de superioridad que apenas logra disimular. Esbozo una sonrisa que no llega a mis ojos.

—Agradezco su amabilidad, Sultana-Madre —respondo, hablando con firmeza y claridad, sintiendo la imponente presencia de Malik justo detrás de mí—. Pero ya elegí a mi secretaria particular incluso antes de partir.

La Sultana-Madre tensa los hombros y su rostro se convierte en una máscara de sorpresa. Sus ojos se dirigen rápidamente hacia Malik, en una súplica de reprimenda que no llega. Él permanece inmóvil, con los brazos cruzados, observando la escena con una neutralidad que me da todo el espacio que necesito.

—Farrah será mi secretaria particular —continúo, volviéndome hacia la fila de sirvientas.

Farrah abre mucho los ojos, con las manos temblando ligeramente contra el delantal. Mira de mí a la Sultana-Madre, el terror y la sorpresa luchando en sus delicados rasgos.

—¿Farrah? —La Sultana Madre suelta una risa seca, desprovista de todo humor—. Es una criada, Amira. No tiene la educación adecuada, el refinamiento ni los contactos necesarios para un cargo de tal importancia. Eso es un absurdo.

—Farrah es de confianza —replico, dando un paso adelante, acortando la distancia entre nosotras—. Y, en este palacio, la confianza es un bien mucho más escaso que el refinamiento. El resto lo aprenderá con el tiempo, bajo mi tutela. —Miro directamente a la Sultana Madre, sosteniendo su mirada desafiante—. ¿Hay algún problema con mi decisión?

La Sultana Madre vuelve a mirar a Malik, buscando un aliado, pero él solo apoya su pesada mano en mi hombro, un gesto público de apoyo que pone fin a cualquier discusión.

Al darse cuenta de que ha perdido la primera batalla de este regreso, esboza una sonrisa falsa, con las mejillas temblando ligeramente.

—Ningún problema —responde, contrariada—. Solo espero que su confianza no esté tan mal depositada como sugiere su elección.

Se retira con su séquito, dejando un rastro de tensión en el vestíbulo. Malik se inclina cerca de mi oído, su aliento cálido recordándome que, aunque las paredes hayan cambiado, las reglas que establecimos en Al-Sarab siguen vigentes.

—Has aprendido rápido, *habibti* —susurra, con un tono de aprobación sombría en su voz—. El desierto te ha sentado muy bien.

Sonrío a mi marido y empiezo a caminar por el pasillo hacia la suite real; el sonido de nuestros pasos resuena en el tenso silencio que dejamos atrás. Farrah camina dos pasos detrás de mí, pero puedo oír su respiración entrecortada y el roce de la tela de su uniforme mientras se retuerce las manos en un gesto de puro nerviosismo.

En cuanto cruzamos la puerta y la intimidad de la habitación nos envuelve, ella finalmente rompe el protocolo.

—Amira… —comienza, temblando de pies a cabeza, con los ojos aún muy abiertos por lo que acaba de presenciar—. No sé si puedo hacer esto. No sé si merezco un cargo tan importante. Solo soy Farrah, una empleada del palacio.

Me siento en el borde de la cama, quitándome las joyas y observándola. Farrah parece a punto de desmayarse ante la nueva responsabilidad.

— Eres más que eso, Farrah. Solo tienes que creer en ti misma —respondo, sonriendo—. Me has demostrado tu lealtad, y eso es lo que necesito. A alguien en quien confíe a mi lado.

Ella asiente rápidamente, aún nerviosa.

—Pero la Sultana Madre tiene razón en una cosa —murmura, mirando su propio delantal y sus sencillos zapatos de trabajo—. No tengo ropa adecuada para estar al lado de la reina. La avergonzaré en los eventos, en las cenas con los ministros. No pertenezco a este mundo.

Esbozo una breve sonrisa, sintiendo una ligereza que Al-Sarab me enseñó a cultivar.

—Eso es lo de menos, Farrah. Mañana temprano, las dos iremos a la capital. Te llevaré a los mejores sastres de Al-Zafiriah y renovaremos todo tu guardarropa. Tendrás vestidos que se adapten a tu nueva posición.

Farrah palidece y niega con la cabeza frenéticamente, llevándose las manos al pecho como si intentara contener los latidos de su corazón.

—No, por favor, no. No puedo aceptarlo. Es demasiado dinero. Estaría encantada de seguir sirviéndole como siempre he hecho, sin necesidad de tanto alboroto. Por favor, no puedo aceptarlo.

Me levanto y me acerco a ella, sosteniendo sus manos temblorosas entre las mías. El gesto la hace callar al instante.

—Ya te he dicho que no me llames señora.

—Lo siento —susurra.

— Y puedes, y vas a aceptar lo que te estoy dando —digo, con la autoridad que aprendí de Malik filtrándose en mi voz de forma natural—. Ya no eres una sirvienta de este palacio, Farrah. Eres mi secretaria particular.

— Pero no soy tan inteligente como… *usted.*

Esbozo una sonrisa amable.

— Eres más inteligente de lo que crees. ¿Puedes creer en ti misma?

Farrah abre la boca para protestar de nuevo, pero el brillo de determinación en mis ojos la hace retroceder. Baja la cabeza, dejando escapar una única lágrima de alivio y pavor, pero finalmente asiente.

—Lo intentaré.

—Genial. Ahora descansa. Mañana le demostraremos a este palacio que las reglas han cambiado un poco.

Se retira con una reverencia mucho más profunda de lo habitual, y me quedo sola. Me miro en el espejo, ajustando mi postura. La Sultana Madre cree que puede controlarme, pero acaba de descubrir que la mujer que ha regresado del desierto no es la misma que se marchó.



Capítulo 33

—No vas a salir, Amira.

Malik está de pie junto a la ventana de la suite, vestido con un traje negro y caro hecho a medida, observando el ajetreo de abajo con expresión impasible.

—No he pedido permiso, te estoy informando de lo que voy a hacer esta mañana —replico, terminando de ajustarme el reloj en la muñeca—. Farrah necesita ropa y yo necesito salir un rato.

Se gira con una lentitud peligrosa, caminando hacia mí. La distancia entre nosotros desaparece en segundos.

—Sigue siendo peligroso —gruñe a centímetros de mí—. Mis enemigos no han desaparecido solo porque hayas aprendido a complacerme en la cama. Eres un objetivo, y no voy a permitir que te expongas en mercados abiertos por un capricho de vanidad.

—No es un capricho —replico, un poco alterada, sosteniendo su mirada, aunque mi corazón late con fuerza contra las costillas—. No voy a vivir encerrada aquí como un trofeo que guardas en una caja fuerte. Si soy la reina, el pueblo necesita verme. Si quieres que me respeten, no puedes mantenerme escondida como si te avergonzara mi presencia.

La discusión se intensifica un poco, pero mantenemos la voz baja.

—Estás siendo terca —me acusa, apretándome el brazo con fuerza.

—Y tú estás siendo un tirano. Si no puedo salir de este palacio por mi propia voluntad, entonces el matrimonio no ha sido más que un traslado de prisión. ¿Es eso lo que quieres?

Malik aprieta la mandíbula, sus ojos oscuros recorriendo mi rostro como si estuviera decidiendo si me encierra en la habitación o si cede. Nos quedamos en silencio, y él parece pensar. Al fin, suelta mi brazo con un gesto brusco de impaciencia.

—Irás —espeta, contrariado—. Pero no será como te imaginas. Kaled irá personalmente al mando de la escolta. Habrá seguridad en cada esquina de tu recorrido y no saldrás del coche hasta que se haya peinado el perímetro. Si un solo pelo tuyo corre peligro, Amira, te juro que nunca más volverás a ver la luz del sol fuera de estos muros.

—Acepto las condiciones —respondo, fingiendo una calma que no siento.

Se acerca una vez más, agarrándome por el cuello y obligándome a mirarlo.

—No confundas mi concesión con debilidad. Yo protejo lo que es mío. Ve a hacer tus compras, pero recuerda que cada paso que des está bajo mi sombra.

Me suelta, me da un beso agresivo en la boca y, algo irritado, sale de la habitación sin mirar atrás.



La capital de Al-Zafiriah late con una energía que el palacio es incapaz de replicar.

Bajo la vigilancia ostensible de Kaled y de un ejército de hombres vestidos con trajes oscuros que intentan, sin éxito, pasar desapercibidos, entramos en las boutiques exclusivas de la Avenida Al-Nour.

El contraste es gritante; Farrah camina encogida, con la mirada fija en el suelo, hasta que le cojo de la mano y la guío al interior de un taller de alta costura.

Las horas pasan rápido y, poco a poco, Farrah se va soltando, opinando sobre lo que le gusta y lo que no. Elegimos varias sedas, linos finos y joyas. Aunque parezca que sé lo que estoy haciendo, no lo sé; por eso, me sorprenden algunos precios y las dos nos reímos.

Elijo para ella tonos verde esmeralda y azul marino, colores que imponen respeto sin perder la discreción. Nos sonreímos la una a la otra frente a los espejos y, por un momento, olvido que soy la propiedad de un hombre poderoso y que Farrah es mi única aliada en un nido de serpientes.

Me compro pañuelos de seda pura y perfumes con notas de sándalo que me recuerdan a la piel de Malik, permitiéndome un lujo que Amira, criada por mi padre, nunca se atrevería a imaginar.

—Estás radiante —susurra Farrah mientras salimos de la última tienda, cargadas de bolsas que los guardias de seguridad se apresuran a recoger.

—Lo estamos, Farrah. Mañana, nadie se atreverá a llamarla sirvienta.

El sol comienza a descender, tiñendo los edificios de tonos bronce y oro. Caminamos hacia el convoy blindado estacionado al final de la plaza. Kaled hace una señal por la radio, y su postura se relaja ligeramente al ver que el trayecto está a punto de concluir.

Al cruzar un pequeño tramo de acera, el flujo de peatones aumenta de repente. Siento que los guardias forman un círculo a mi alrededor, pero la multitud presiona.

Un hombre con el rostro parcialmente cubierto por un pañuelo surge de entre la masa de gente, moviéndose con una agilidad que los guardias no logran prever.

Antes de que Kaled reaccione, siento una mano áspera y fuerte agarrarme del brazo con una violencia que me hace perder el equilibrio.

—¿Así que esta es la joya que esconde el jeque? —sisea el hombre, mirándome fijamente.

Sus dedos se clavan en mi piel, subiendo por mi brazo con una audacia que me hiela la sangre. Me toca con una familiaridad obscena, la mano libre buscando mi rostro de forma invasiva.

El pánico me sube por la garganta, el olor a sudor y humo que emana de él invade mis sentidos.

—¡Suéltame! —grito, intentando retroceder, pero él me sujeta con más fuerza.

Oigo el sonido metálico de las armas al desenfundarse y el grito de mando de Kaled; el contacto aún me quema la piel, una violación que rompe la burbuja de seguridad que Malik juró que me rodearía.

El hombre me mira con ojos inyectados en sangre por el odio y algo que parece satisfacción.

—Dile a tu jeque que ni todos los muros del mundo pueden proteger lo que ama —gruñe, apretándome la cara con sus dedos sucios antes de que el impacto del cuerpo de Kaled lo arrastre violentamente de encima de mí.

El desconocido es arrojado contra el suelo, pero la sensación de su contacto permanece, como una marca de fuego. Farrah me sostiene, temblando tanto como yo, mientras los guardias forman una barrera de escudos humanos a nuestro alrededor.

Me queda el sabor amargo del miedo en la boca y la certeza de que la furia de Malik, cuando se entere de que alguien se ha

atrevido a ponerle las manos encima a su propiedad, será devastadora.



El vestíbulo del palacio parece más frío de lo normal cuando las puertas se abren de par en par.

Kaled y los guardias de seguridad entran en formación defensiva, pero el clima de alerta queda inmediatamente eclipsado por la presencia de Malik. Está de pie al pie de la escalera, con una postura rígida como una estatua de granito, pero sus ojos son como brasas que parecen quemar todo lo que encuentran.

No mira a Kaled, no mira las bolsas de lujo que Farrah sostiene con las manos temblorosas, solo me mira a mí.

Malik avanza, y el sonido de sus zapatos contra el suelo resuena al unísono con los latidos de mi corazón. Se detiene a unos centímetros de distancia, su aura de furia y posesividad me envuelve de tal manera que el aire a mi alrededor parece dilatarse.

Antes de que pueda decir nada, me sujeta la cara con ambas manos, los pulgares presionando mi mandíbula con una fuerza que roza el dolor, obligándome a sostener su mirada alucinada.

—¿Te ha tocado, *habibti*? —susurra, con una voz ronca que encierra una promesa de violencia tan absoluta que siento un escalofrío recorriendo mi espina dorsal—. Piénsalo bien antes de responderme. Piensa en cada segundo, en cada centímetro de piel que ha tocado la mano de esa basura.

—Malik…—intento hablar, pero él me aprieta aún más la cara, con los ojos escudriñando los míos en busca de cualquier marca, cualquier vestigio de la profanación.

—Responde —gruñe, y veo cómo se le marca la vena del cuello—. Si te ha puesto un solo dedo encima sin mi permiso, no solo lo mataré. Me aseguraré de que suplique por la muerte mientras le arranco cada parte de su cuerpo que se atrevió a acercarse a lo que es mío.

Trago saliva, sintiendo el calor de sus manos contrastar con el rastro helado que el tacto del desconocido dejó en mi brazo.

Kaled intenta intervenir, pero una sola mirada de Malik lo hace retroceder de inmediato. El silencio en el vestíbulo es tan denso que puedo oír la respiración pesada de mi marido, y suena como la de un animal que acaba de descubrir que su santuario ha sido invadido.

—Me ha tocado —confirmo, algo vacilante—. Dijo que ningún muro podría protegerme.

Malik suelta mi rostro lentamente, pero su expresión es mil veces peor que la furia anterior. Mi marido parece tranquilo, pero, aun así, es mortal y devastador.

Se vuelve hacia Kaled sin apartar del todo la atención de mí.

—¿Dónde está?

—En las celdas subterráneas, esperando su juicio.

—No habrá juicio —informa Malik, con frialdad y rotundidad —. Prepara la sala de interrogatorios. Quiero que vea la puesta de sol, porque será lo último que vea antes de que yo, personalmente, le arranque las manos con las que tocó a mi mujer.

Vuelve a dirigirse a mí, con los dedos trazando el lugar de mi brazo donde el hombre me agarró, como si intentara borrar la marca con su propio tacto.

—Ve a descansar, Amira —dice, y yo abro los labios para articular algo, pero no puedo. —Farrah, ocúpate de que se asee. Usa

los aceites más caros, frótale la piel hasta que no quede nada más que mi olor.

—Vamos, Majestad —susurra Farrah, tirando de mí hacia la escalera—. Necesitas un baño.

Miro por encima del hombro a Malik, y parece enfadado con su hermano. Quiero intervenir, porque Kaled no tiene la culpa, pero no tengo fuerzas para nada más que hacer lo que Farrah me pide.



Capítulo 34

El acero de la hoja brilla bajo la luz amarilla y enfermiza de las celdas subterráneas, reflejando el sudor y el terror en el rostro del hombre atado a la silla de hierro.

El olor a humedad, miedo y sangre impregna el aire, pero, para mí, el único aroma que importa es el rastro del perfume de Amira que aún siento en mis dedos, ahora manchados por la urgencia de mi furia.

El prisionero intenta balbucear algo, una súplica inútil que muere en un atragantamiento cuando le sujeto la muñeca sobre la mesa de piedra. La presión que ejerzo es calculada, sintiendo los huesos y tendones bajo su piel, la misma piel que tuvo la osadía de rozar lo que me pertenece.

—¿Creías que podías tocarla y salir ileso? —pregunto, con un tono tan bajo y firme que el silencio a mi alrededor parece gritar—. ¿Creías que podrías desafiarme así?

—Piedad… —logra esputar, pero la palabra es un insulto para mis oídos.

—La piedad es un lujo para los inocentes. Para ti, solo tengo el ajuste de cuentas.

Bajo el machete con fuerza, directamente sobre su muñeca, haciéndole gritar de dolor. Es un sonido agudo y visceral que resuena en las paredes de piedra mientras la primera mano se

desprende del brazo, cayendo al suelo con un golpe sordo. La sangre me salpica la cara, caliente y metálica, pero no parpadeo.

Él sacude el cuerpo en agonía, con los ojos en blanco mientras el muñón de su brazo derrama el líquido oscuro sobre el suelo. Lo sujeto por el pelo, obligándolo a mirar lo que queda de sí mismo.

—Esta mano tocó su brazo —siseo, sintiendo el calor de mi propia ira latir en las sienes—. Y ahora, ella no tocará nada más. Ni en esta vida, ni en la próxima.

Ignoro los gritos descontrolados y el olor a orina que empieza a apestear la sala. Repito el proceso con la otra muñeca, porque el líder del Inframundo no deja el trabajo a medias.

Cuando la segunda mano toca el suelo, el hombre se derrumba en estado de shock; el llanto se transforma en un lamento patético y entrecortado.

Dejo el cuchillo sobre la mesa y me limpio la cara con el dorso de la mano, sintiendo cómo baja la adrenalina, dejando solo un vacío gélido y posesivo. Kaled observa desde las sombras, en silencio, sabiendo que cualquier palabra ahora sería peligrosa.

—Quémale las manos —ordeno, sin mirar atrás—. Mantenlo con vida el tiempo suficiente para que sienta cada segundo de lo que le queda de su inútil existencia. Quiero que sea la advertencia que Rashid tanto buscaba.

Camino por el pasillo de piedra, limpiándome la sangre de las manos con un paño de lino que pronto se tiñe de escarlata. Mis pasos resuenan en las paredes, cada golpe contra el suelo reforzando la promesa de que Al-Zafiriah se volverá demasiado pequeña para quien se atreva a poner a prueba mis límites.

Kaled me sigue, manteniendo la distancia respetuosa que mi humor exige, pero su silencio está cargado de preguntas.

—¿Crees que fue Rashid, hermano?

Me detengo bruscamente y me vuelvo hacia él. La furia que intentaba sofocar me sube por la garganta, amarga y ardiente.

—Por supuesto que fue ese *kalb* —respondo, escupiendo la palabra con el asco que se reserva a los perros sarnosos—. Rashid no tiene el valor de enfrentarse a mí de hombre a hombre, así que envía basura para que toque a mi esposa. Cree que, al profanar lo que es mío, puede desestabilizarme. No entiende que solo me ha dado la razón que necesitaba para convertir su vida en un infierno.

—El hombre no confesó nada ante ti… —Kaled señala la puerta de la celda.

—No necesitaba confesar. El olor de Rashid estaba en cada palabra amenazante que le siseó a Amira. —Aplasto el paño ensangrentado y lo tiro al suelo, como si fuera el propio cadáver de mi enemigo. —Ese maldito quiere ponerme a prueba, así que descubrirá que no hay muros lo suficientemente altos en todo el desierto que lo protejan cuando decida que mi paciencia se ha acabado.

Retomo el camino hacia la superficie. El odio hacia Rashid es una llama persistente, pero la necesidad de Amira es un incendio que consume mi razón.

Necesito verla.

Necesito asegurarme de que el miedo no haya dejado huellas en sus ojos verdes, o volveré para asegurarme de que ese maldito tarde mucho más en morir.

— Refuerza la vigilancia en cada centímetro de este palacio, Kaled. Si un insecto cruza el muro sin mi autorización, quiero la cabeza de quien estuviera de guardia.

Sin esperar respuesta alguna, me dirijo hacia la suite real, dejando tras de mí un rastro de sangre.

Arderé el mundo entero antes de permitir que alguien vuelva a mirar a mi reina con intenciones impuras.



Abro las puertas de la suite con tanta fuerza que el marco cruje.

La habitación está bañada por una luz suave; el aroma de los aceites de jazmín y sándalo lucha por disipar el olor a sangre y muerte que traigo impregnado en mis fosas nasales.

Amira está de pie cerca de la terraza, vestida con una bata de seda clara que parece brillar en la penumbra. Tiene el pelo húmedo, cayéndole en oscuras ondas por la espalda, y, por un segundo, el contraste de su pureza con la inmundicia que acabo de dejar en las celdas me hace dudar.

Se gira al oír que entro. Sus ojos verdes, aún cargados con la sombra de lo que ocurrió en la capital, recorren mi rostro antes de descender hacia mi cuerpo.

Nos quedamos en silencio durante una eternidad, hasta que da un paso hacia mí, con una expresión que oscila entre el alivio y la conmoción.

—Malik… —susurra, con la voz un poco ronca.

Se detiene a pocos centímetros, con la mirada fija en la mancha escarlata que tiñe la parte delantera de mi camisa y en las salpicaduras que se han secado en mi cuello. Amira levanta la mano, con los dedos temblorosos que vacilan antes de tocar la tela ensangrentada.

—¿Estás herido? —pregunta, preocupada y temerosa—. ¿Qué ha pasado ahí abajo? Esa sangre… ¿es tuya?

Le agarro la muñeca antes de que sus dedos toquen la mancha. No quiero que se manche con lo que queda de ese gusano.

—No es mía —respondo, con una voz que suena más áspera de lo que pretendía—. Es el precio que han pagado por haberte tocado.

Amira suelta un suspiro entrecortado, mirando mis manos, que aún conservan el temblor de la adrenalina. No retrocede ante la violencia implícita en mis palabras; en cambio, envuelve mi rostro con las manos, obligándome a mirarla.

—¿Lo mataste? —pregunta, y tal vez esté empezando a comprender la naturaleza del hombre con el que se casó.

—Casi —digo, haciéndola jadear y tragar saliva—. El hecho de que pensara que podía tocarte es un insulto que solo su sangre podría limpiar. Si no hubiera bajado a esa celda, quemaría este palacio entero solo para acallar la furia que ruge dentro de mí.

Hundo mis dedos en el cabello húmedo de su nuca, acercando su rostro tanto que nuestras respiraciones se mezclan. Siento su corazón latir acelerado contra mi pecho, como un pájaro atrapado.

La examino minuciosamente, buscando cualquier señal de que ese maldito haya dejado algo más que un mal recuerdo. Paso mi pulgar por su labio inferior, sintiendo su suavidad.

—Nadie más te tocará. Nunca —prometo—. —Rashid envió un mensaje, y yo le respondí como se merecía.

Amira apoya su frente contra la mía, cerrando los ojos por un instante. Siento su respiración calmarse contra mi piel, y la necesidad posesiva de marcar cada centímetro de ella, de sustituir cualquier rastro de aquel extraño por mi dominio, se vuelve insoportable.

La salvé del desierto y ahora la salvaré del mundo, aunque para ello tenga que convertirme en el monstruo que todos temen.



Después de lavarme la sangre de la piel, vuelvo a la habitación con la mente un poco menos agitada.

Amira está tumbada en medio de la inmensidad de las sábanas de seda, apretando contra su pecho el marco de madera oscura que traje de casa. Es una fotografía antigua, con los bordes ligeramente desgastados por el tiempo, en la que aparece ella, aún niña, entre su padre y su madre.

Me siento en el borde de la cama, el colchón hundiéndose bajo mi peso, y me limito a observarla.

—*Quédate con los recuerdos de tu madre. Tenlos cerca. Son la única base sólida en un palacio donde todos mienten* —susurra, con una voz tan baja que casi se pierde en el ruido del aire acondicionado—. Eso es lo que mi padre me dijo en la carta. —Aprieta el objeto contra el corazón, con la mirada perdida en algún punto del techo. —Siempre abrazaba este portafotos cuando la echaba de menos.

Extiendo la mano, dejando que mis dedos se pierdan en la suavidad de su cabello, aún ligeramente húmedo. La caricia es un contrapunto a la violencia que mis manos infligieron hace unas horas. Amira vuelve el rostro hacia mí, con la mirada cargada de una claridad repentina.

—Creo que la carta que él me escribió también era para ti, Malik.

Frunzo el ceño, mi mano se detiene sobre su sien por un instante.

—¿Para mí? ¿Por qué?

—Creo que, entre líneas, dijo dónde había escondido lo que tanto deseas —responde ella, sentándose y entregándome el objeto —. Pero ya he desmontado este marco y no he encontrado nada. No hay fondo falso, no hay papeles escondidos detrás de la foto. Nada.

Tomo la pieza, sintiendo el peso de la madera en mis manos. Es un marco artesanal, tallado con motivos que recuerdan al antiguo estilo de Al-Zafiriah. Empiezo a examinarlo con atención, sabiendo que lo obvio es siempre la mejor distracción. Mis pulgares recorren las ranuras de la madera, palpando las imperfecciones.

—Tu padre no era un hombre de secretos superficiales — murmuro, girando el marco hacia un lado.

Observo las esquinas del marco, donde las piezas de madera se unen; hay un pequeño encaje, casi imperceptible, que parece desalineado milimétricamente. Presiono el lateral con fuerza, escuchando un chasquido seco. Uno de los laterales del marco está hueco.

Abro el primer cajón de la cómoda junto a la cama y cojo el cuchillo pequeño que tengo a mano; con la punta, deslizo por una rendija casi invisible. Un pequeño cajón de madera, del grosor de un palillo, se desliza hacia fuera.

—Por Alá… —susurra Amira, sorprendida.

En su interior, hay algo que brilla bajo la luz de la lámpara. Es una pequeña llave de latón con el escudo de la antigua biblioteca real y un microchip pegado a su mango.

—No escondió lo que yo buscaba en el marco —digo, mostrando la pieza a Amira, que tiene los ojos muy abiertos—. Escondió el acceso. Este es el camino hacia lo que guardó.

Amira toca la pequeña llave con la yema de los dedos, un escalofrío recorriendo su cuerpo.

—Sabía que vendrías a por eso —murmura—. Y sabía que la única forma de mantenerme a salvo era darme la llave de lo que

más deseas.

Cierro la mano sobre la pequeña llave, sintiendo el metal frío contra la palma. El juego acaba de cambiar por completo.

Miro a Amira, sintiendo una peligrosa mezcla de triunfo y protección. Ahora, más que nunca, ella es la pieza más valiosa de mi tablero, y no dejaré que nadie se acerque a quitármela.

Me inclino y tomo sus labios en un beso breve, pero cargado de una urgencia que el metal frío en mi mano no hace más que intensificar. Es el sabor de la victoria mezclado con el perfume de jazmín que emana de su piel.

Cuando me aparto, veo la duda nublar sus ojos verdes.

—Tengo que irme —digo mientras me levanto y guardo la pequeña llave en el bolsillo interior de mis pantalones.

Amira se apoya en los codos, con el albor de seda deslizándose por su hombro mientras me observa.

—¿Adónde vas ahora? Ya es más de medianoche, Malik —pregunta con un tono de aprensión en la voz.

—Voy a buscar lo que puede destruirme —respondo, deteniéndome en la puerta y mirándola por última vez—. Tu padre guardaba eso porque yo confiaba en él más que en cualquier otro hombre de este reino. Si ese chip contiene lo que imagino, mañana el sol no saldrá de la misma forma para nadie de este linaje.

—Es peligroso ir ahora —insiste ella, sentándose en la cama. La vulnerabilidad de la conversación anterior da paso al miedo real —. Déjalo para mañana, a la luz del día.

—En el desierto, la noche es el único momento en que los depredadores pueden cazar sin ser vistos. Quédate aquí. Las puertas estarán cerradas con llave desde fuera y habrá guardias en el pasillo.

No espero que ella se oponga, simplemente salgo de la suite, sintiendo la responsabilidad y el calor de la urgencia corriendo por mis venas. Atravieso los pasillos del palacio, donde las sombras

parecen conspirar a cada paso, y encuentro a Kaled esperándome cerca del ascensor de servicio.

—A la biblioteca antigua —ordino, con mi voz sonando como el gatillo de un arma descargada—. Y prepara al escuadrón de élite. Si alguna de las ratas de Rashid cruza el pasillo, quiero que el suelo quede bañado con la sangre de quien se atreva a cruzarse en mi camino.

Kaled asiente, comprendiendo inmediatamente el riesgo.

— ¿Qué ha pasado?

—He encontrado la llave —susurro.

—¿Crees que ya saben que la has encontrado? —pregunta Kaled, comprobando el cargador de su pistola mientras caminamos a paso rápido por el subsuelo.

—Seguro que, a estas alturas, ya deben saber que salí de la habitación a toda prisa.

—¿Crees que hay algún espía aquí dentro?

—Seguro. Rashid daría la vida por esa llave.

La antigua biblioteca se encuentra en un ala aislada del palacio, un lugar donde las sombras son más densas y el silencio lo mantienen mis hombres del Submundo. La zona no está patrullada por la guardia habitual del palacio; allí, el uniforme es solo una fachada para los soldados que han jurado lealtad a mi faceta más oscura.

Samir fue mi guardián más fiel y murió para proteger los secretos que podrían destronar a mi linaje. Sabía que, dentro de estas paredes, el enemigo viste el uniforme del Estado, pero el Submundo es el único lugar donde la traición se castiga con la muerte inmediata.

Durante años, creí que el silencio de Samir era mi único escudo, pero él fue más allá: dejó el destino de mi reinado en manos de su propia hija, asegurándose de que su lealtad sobreviviera incluso a su muerte.

Ahora me toca a mí atravesar el corazón de mi propio dominio y recuperar lo que él ocultó tan bien.

Rashid pensó que podría distraerme, pero solo me dio el combustible necesario para quemar a cualquier infiltrado que intente entorpecerme esta noche. Si no recupero ese expediente lo antes posible, el trono de Al-Zafiriah estará en peligro antes del amanecer.

Y estoy a punto de honrar el sacrificio de Samir de la única forma que sé, eliminando a cualquiera que se interponga entre mí y la verdad por la que murió para proteger.



Las puertas de roble macizo de la antigua biblioteca crujen al ceder ante la llave de latón. El aire aquí dentro es pesado, estancado por el tiempo y el polvo de los pergaminos que nadie se atreve a tocar desde hace siglos.

Kaled y el escuadrón de élite flanquean la entrada, las linternas tácticas cortan la oscuridad en haces blancos que revelan estanterías que llegan hasta el techo abovedado. Hago una señal para que permanezcan en la puerta, y solo mi hermano me acompañe.

Caminamos hacia la sección de historia dinástica, donde el silencio es tan absoluto que puedo oír el mecanismo de mi propio reloj. Mis ojos buscan el grabado de un león de arena en el lateral de una de las columnas de mármol, exactamente igual que el tallado que vi en el marco de Amira.

Introduzco la pequeña llave en una ranura oculta bajo la melena de la bestia y la giro. El sonido de pesados engranajes

moviéndose tras la pared resuena como un trueno contenido.

Una sección de la estantería se desliza hacia atrás, revelando una caja fuerte empotrada en la piedra en bruto. El microchip que estaba pegado a la llave es la pieza final; lo encajo en el lector digital, que brilla con una luz carmesí antes de volverse verde, y, con un clic neumático, la puerta se abre.

En su interior yacen un cilindro metálico sellado y un sobre de cuero con el sello personal de Samir. Mis dedos tiemblan ligeramente al tocarlos. Al abrir el sobre, la firme caligrafía de mi guardián más fiel salta a la vista:

«Mi linaje ha servido al tuyo en las sombras para que tú pudieras brillar bajo el sol, Malik. Esta es la carga que hemos heredado: la mentira que sustenta Al-Zafiriah. Guárdala como a tu vida o destrúyela para siempre, pero nunca permitas que el enemigo utilice nuestro secreto para dictar tu destino».

Desenrollo los documentos y conecto el chip a la tableta que Kaled me entrega. En cuestión de segundos, la pantalla se inunda de registros de linaje y certificados que conozco tan bien como las cicatrices de mi espalda.

Aquí están todos, ante mí: los nombres, las fechas y la mancha de ilegitimidad que me convertiría en un blanco fácil para las leyes más antiguas de este desierto.

Siento un escalofrío helado recorrer mi espina dorsal al darme cuenta de que, por un momento, esta prueba estuvo fuera de mi alcance. Samir no era solo mi guardián, era el último heredero de una carga que atravesó siglos.

Está claro que esta farsa no comenzó conmigo, sino con mis antepasados. Y un antepasado de Samir también fue leal a mi tatarabuelo, quien forjó por primera vez el derecho de nuestro linaje al trono, convirtiendo una mentira necesaria en un fundamento.

El secreto se transmitió de generación en generación, de guardián a jeque, como un pacto de sangre que mantenía la corona sobre nuestras cabezas. Samir murió para proteger mi herencia, que

sus antepasados juraron mantener viva, asegurándose de que el mundo siguiera viendo al soberano legítimo, mientras el Inframundo se encargaba de que nadie hiciera las preguntas equivocadas.

—¿Malik? —Kaled se acerca, con la mano en la funda, observando el brillo de la pantalla—. ¿Es lo que necesitábamos para callar a Rashid de una vez por todas?

—Es lo que Rashid nunca debe saber que aún existe, Kaled —respondo, cerrando la tableta con un chasquido seco—. Samir fue fiel a la tradición de nuestra familia hasta su último aliento. Escondió la única prueba que podría destronarnos en el lugar donde nadie se atrevería a buscar, excepto su hija.

Guardo todo en el bolsillo, sintiendo el peso de la verdad aplastarme el pecho con renovada urgencia. Samir no guardó esos papeles por desconfianza, solo los mantuvo bajo su protección porque, como cada «Samir» antes que él, era el guardián de la grieta en la armadura de nuestra familia.

Salgo de la biblioteca sin mirar atrás, la determinación sustituyendo cualquier atisbo de vacilación.

Si Rashid quiere mi trono, tendrá que enfrentarse al líder del Submundo que protege un secreto de generaciones. Voy a quemar ese chip y cada rastro físico que el linaje de Samir protegió con su vida.

El sol de mañana solo traerá la continuidad de mi dominio, porque, ahora que he recuperado lo que Samir ocultó, su linaje ha cumplido su misión. Y pretendo garantizar que su silencio no haya sido en vano.



Capítulo 35

Entro en la suite real y el silencio del palacio por fin parece menos amenazador.

La tensión que tensaba mis nervios comienza a ceder, dejando solo un cansancio gélido. Amira está de pie, su silueta dibujada por la suave luz de las lámparas, los ojos verdes fijos en la puerta como si su vida dependiera de mi regreso.

En cuanto nuestras miradas se cruzan, cruza la habitación con un movimiento desesperado, chocando contra mi pecho. Sus manos buscan mis brazos, subiendo hacia mi cuello, pero detiene el movimiento, frunciendo la nariz delicadamente.

—¿Estás bien? —pregunta, oliéndome—. Malik, ¿qué ha pasado? Hueles a… quemado.

El olor acre de las cenizas del chip y de los documentos que convertí en humo en la chimenea de la biblioteca aún impregna mi ropa y mi piel. Le sostengo el rostro, sintiendo la suavidad que es mi único refugio ahora.

—Se acabó, *habibti* —respondo, y siento el primer atisbo de una sonrisa genuina tensar mis labios—. Ya no queda nada. Cada prueba, cada rastro, cada línea escrita que pudieran usar para destruirme o para cuestionar mi lugar… todo se ha convertido en cenizas.

Amira me estudia, la curiosidad luchando con el alivio en su mirada. Se toca el bolsillo donde solía estar el frío metal de la llave.

—¿Qué era, Malik? ¿Qué guardaba mi padre con tanto empeño? ¿Qué estaba protegiendo mi padre cuando murió?

Suelto un profundo suspiro y la atraigo hacia mí, escondiendo el rostro en la curva de su cuello, aspirando su perfume de jazmín para borrar de una vez el olor a destrucción.

—Durante generaciones, el linaje de tu padre guardó un secreto que mantenía al mío en el poder —susurro contra su piel—. Era una carga, una tradición que pasó de padres a hijos. Pero he decidido que esa herencia muera conmigo esta noche. No voy a continuar esa tradición. No voy a cargar el peso de una mentira secular sobre tus espaldas, ni sobre las espaldas de quienes vengan después de nosotros.

Siento cómo su cuerpo se relaja contra el mío. Amira no hace preguntas innecesarias, porque conoce la fuerza del poder y la naturaleza de los secretos de Al-Zafiriah. Entiende que, al quemar aquellas pruebas, no solo estaba protegiendo mi trono, sino liberándola de un papel que ella nunca pidió desempeñar.

Mi mujer se aparta lo justo para mirarme a los ojos, con una comprensión profunda y leal brillando en ellos. Sin decir una palabra, me abraza con una fuerza sorprendente, hundiendo el rostro en mi pecho, los brazos rodeando mi cintura como si quisiera protegerme del mundo que acabo de incendiar.

—Gracias —murmura contra la tela de mi camisa.

Le devuelvo el abrazo, apretándola contra mí con posesividad.

El secreto de Samir ha muerto, y ahora, por primera vez en la historia de este linaje, el jeque y su reina pueden gobernar sin que ninguna sombra les sujete por el cuello.

Amira me mira una vez más, sonriendo de una forma que hace que mi sangre hierva. Desliza las manos por mi pecho, sintiendo la aspereza de la tela impregnada de humo.

—Vamos a darnos un baño —murmura, con una sonrisa en los labios—. Apestas, y necesito a mi marido.

Suelto una risa breve, la primera en mucho tiempo, y dejo que me guíe hacia el baño.

Poco a poco, empieza a desabrocharme los botones de la camisa, dejando caer la prenda manchada al suelo. Hago lo mismo con su bata, dejando que la seda se deslice por sus hombros hasta que queda totalmente al descubierto bajo la luz ámbar de las lámparas de cristal del baño.

Entra en la amplia cabina, abre los grifos y deja que el agua caliente empiece a llenar el ambiente de vapor. Me uno a ella, sintiendo cómo el choque térmico relaja cada músculo tenso de mi espalda.

Amira se gira, con el cuerpo mojado brillando, y se acurruca entre mis brazos.

—¿Mejor? —pregunta, pasando sus manos enjabonadas por mis hombros, limpiando los restos del mundo exterior.

— Mucho mejor.

La levanto, obligándola a entrelazar las piernas alrededor de mi cintura, y la empujo contra la fría pared de la ducha, aprisionándola entre el hielo de la piedra y el fuego de mi cuerpo.

Amira levanta la cabeza, dejando el cuello al descubierto como una ofrenda, mientras mi boca desciende con mordiscos hambrientos, reclamando cada centímetro de piel que ese bastardo se atrevió a codiciar.

El contraste del agua caliente que resbala por nuestros cuerpos y el latido despiadado de mi polla contra su entrada me hace gruñir, un sonido animal de quien ya no acepta nada más que la rendición total.

—Malik… por favor—, suplica ella, con el cuerpo temblando, los dedos clavados en mis hombros mientras se frota contra mí, buscando desesperadamente el alivio que solo yo puedo darle.

Aún no le doy lo que quiere, solo le sujeto la cadera con una mano, manteniéndola al límite, rozando apenas la punta de mi polla contra su raja empapada. Quiero que sienta la tortura de la espera, que cada terminación nerviosa grite mi nombre.

Amira arquea la espalda, soltando un gemido sordo, el rostro bañado por el agua y por el deseo más crudo que jamás he visto.

—Pídelo, Amira —le ordeno al oído, mi voz un trueno que la hace vibrar por dentro—. Di que necesitas a tu dueño. Que nada más importa aparte de sentirme dentro de ti.

— Lo necesito, Malik… ahora. Te necesito. Tómame… por favor, hazme sentir que soy tuya, solo tuya, y que nada más puede alcanzarme aquí.

Ajusto el ángulo y me hundo en ella con una sola embestida violenta, lo suficientemente profunda como para sentir el cuello de su útero. Su grito queda ahogado por mi beso, una colisión de lenguas y dientes que sabe a posesión y furia.

Empiezo a embestirla con una cadencia brutal, cada impacto de mi cadera contra la suya resonando como un chasquido húmedo en el silencio vaporoso del baño.

—Mírame —le exijo, y cuando abre los ojos, veo el abismo verde inundado por una lujuria que me consume.

Aumento el ritmo, transformando el placer en una deliciosa agresión. Amira se aprieta a mi alrededor, sus paredes internas succionándome, implosionando en espasmos que intentan robarme el alma.

El vapor nos aísla del mundo, y la única realidad es la fricción de la piel húmeda y la forma en que ella clava las uñas en mi espalda, marcándome mientras la poseo.

Siento cómo su pequeño cuerpo se tensa, sus piernas apretando con fuerza mis caderas mientras alcanza el límite. El orgasmo la sacude en violentas oleadas, y yo me dejo llevar justo después, quedándome inmóvil con el cuerpo rígido dentro de ella, mientras derramo todo lo que soy en su vientre, liberando toda la

tensión de esta noche interminable aquí, marcándola una vez más como mi única y absoluta reina.

Nos quedamos así, pegados, escuchando solo el ruido del agua y el de nuestras respiraciones descontroladas. La aprieto con fuerza, sintiendo cómo el latido de su orgasmo disminuye lentamente.

Ella es mía.

Cada gota de sudor, cada gemido, cada secreto que quemé para protegerla. Aquí y ahora, yo soy solo el hombre que le pertenece, y ella es la mujer que lleva mi mundo en sus brazos.



Capítulo 36

Hace un mes que Malik descubrió lo que mi padre guardaba con tanto celo. Treinta días desde que las llamas de la chimenea de la biblioteca consumieron las únicas pruebas que podrían hacer tambalear el trono de Al-Zafiriah.

Desde entonces, el palacio respira un aire diferente. La tensión constante, que parecía poner a todos los nervios de punta, ha dado paso a una calma vigilante. Malik es más implacable con los enemigos, sí, pero conmigo se ha convertido en una tormenta de fuego y protección.

Nuestro matrimonio ya no es un juego de poder, es una entrega que me consume y me fortalece cada noche.

Siento que, poco a poco, las defensas de la Sultana-Madre también están cediendo. Ella, que siempre me vio como una intrusa peligrosa, ahora me permite sentarme a su lado durante nuestras reuniones estratégicas de la tarde, en las que discutimos la gestión de la imagen pública de la familia y el control de las alianzas sociales que sostienen el imperio de Malik.

Entre los documentos y las decisiones que marcan la pauta de la élite de Al-Zafiriah, percibo un atisbo de respeto en sus ojos, algo que ella nunca concede a nadie.

Sé que estoy empezando a infiltrarme en el corazón de su estructura de poder, no con maniobras baratas, sino con la lealtad

inquebrantable que tanto valora.

Estoy a punto de comentar el presupuesto de la próxima gala benéfica cuando el aroma del café árabe, de repente demasiado intenso, me golpea el estómago como un puñetazo.

El mundo a mi alrededor gira en una mancha borrosa y necesito clavar los dedos en la tapicería de seda del sofá para no caerme hacia un lado. Una ola gélida de náuseas me sube por la garganta y el sudor brota al instante en mi nuca.

—¿Majestad? —La voz de Farrah suena lejana, pero enseguida siento sus manos firmes sobre mis hombros, ayudándome a enderezarme—. Te has puesto pálida en un segundo. Inspira y espira despacio.

—Debe de ser el calor, ya estoy bien. No te preocupes por mí —miento, intentando ignorar cómo mi estómago sigue dando vueltas, rebelándose contra el olor de cualquier cosa que no sea agua helada.

—Bebe un poco de esto —dice Farrah, ofreciéndome un vaso de agua con menta, que acepto, pero no consigo beber más que un pequeño sorbo.

Layla, que estaba revisando las notificaciones de su móvil, levanta la vista y me estudia con una intensidad que me hace querer encogerme. Deja el aparato a un lado y se inclina hacia delante, ignorando la taza de porcelana que tiene delante.

—El aire acondicionado mantiene fresca la sala, Amira. No es el clima —comenta mi cuñada en voz baja, en un tono casi conspirativo que hace que la Sultana-Madre preste atención—. Ese brillo diferente en tu piel y esas náuseas repentinas, ¿será que Al-Zafiriah tendrá un heredero antes de lo que imaginábamos?

—No —respondo, esforzándome por que mi voz suene firme, a pesar del temblor en mis manos—. No tengo retraso en la menstruación. Conozco mi cuerpo y mi ciclo es preciso. Es solo el estrés acumulado de todo lo que hemos afrontado en el último mes.

—¿Estás segura? —pregunta mi suegra.

—Sí —respondo, aunque no sueno tan convencida.

—El cuerpo, a menudo, ignora el calendario cuando la vida decide florecer —replica Layla con una sonrisa de quien sabe algo que me niego a admitir, surgiendo en sus labios—. Deberías hacerte una prueba ahora mismo. El laboratorio del ala médica del palacio resolverá esta duda en cuestión de minutos. ¿Te imaginas la reacción de Malik al saber que ha plantado su semilla?

—Se pondría muy contento —comenta la Sultana Madre, tomando su té con calma.

—No estoy embarazada —interrumpo, recuperando mi postura soberana e ignorando la pulga que Layla acaba de ponerme detrás de la oreja—. No voy a alimentar rumores ni a crear expectativas en Malik hoy. Tengo planes más importantes para esta tarde.

—¿Más importantes que el linaje del jeque? —pregunta mi suegra, arqueando una ceja, con la mirada analítica ahora fija en mi vientre.

—Sí. —Sostengo su mirada con determinación—. Hoy le presentaré a Malik el proyecto final de la Fundación Educativa Samir. Quiero reactivar las escuelas para las niñas, convertirlas en centros de excelencia tecnológica. Mi padre murió para proteger la estabilidad de este trono, y voy a honrar su sacrificio asegurándome de que las mujeres de este reino sean el cerebro detrás de nuestro progreso, no solo figuras decorativas.

Layla esboza una sonrisa orgullosa.

— Me muero de ganas de ver la cara de mi hermano. Se va a volver loco.

—¡Layla! —la reprende su madre, pero la joven se encoge de hombros.

Me levanto con cuidado, sintiendo cómo las náuseas se retiran a un rincón oscuro de mi mente. Me niego a que me vean solo como un vientre fértil antes de demostrar que mi inteligencia es la mayor aliada de Malik.

Me dirijo a su despacho, cada paso reafirmando mi propósito. Si hay una vida creciendo dentro de mí, nacerá en un mundo que yo misma he ayudado a transformar.



Abro las puertas dobles del despacho sin llamar, un privilegio que Malik me ha concedido y que me empeño en usar ahora que mi sangre hierve con una mezcla de adrenalina y esa náusea que se niega a desaparecer.

Está sentado tras el escritorio de ébano, con la mirada fija en tres monitores que muestran gráficos y flujos de datos que sé que son la cara legítima de sus negocios, pero su expresión es la del rey del inframundo: fría, calculadora y letal.

Cuando me ve, la rigidez de sus hombros cede por un segundo, un cambio casi imperceptible para cualquiera que no lo conozca como yo.

—*Habibti* —dice, con la voz ronca vibrando en el espacio que nos separa—. Pensaba que estabas con mi madre.

—El té se acabó antes de lo previsto —respondo, acercándome a él y dejando el maletín de cuero sobre la mesa—. Tengo el proyecto final de la Fundación Samir. Quiero que las escuelas abran en dos semanas, Malik. Ya he seleccionado a los profesores y los nuevos protocolos de seguridad. Coordinaré las visitas personalmente a partir de mañana.

Malik se inclina hacia atrás, y la silla de cuero cruje bajo su peso. Para mi disgusto, ni siquiera abre el maletín. Su mirada se

oscurece, volviendo a mostrar esa máscara de hierro que usa ante el mundo.

—No —dice, seco y conciso—. La reina de Al-Zafiriah no va a exponerse en aulas ni en obras. No vas a trabajar fuera de estos muros.

Su «no» me golpea con la fuerza de una bofetada en plena cara. Siento que se me revuelve el estómago, pero, esta vez, de pura indignación.

—¿Qué has dicho? Malik, escúchame bien, por favor. Soy la persona más cualificada para dirigir la fundación y no quiero ser solo un trofeo, encerrada en este palacio.

—Eres un blanco, Amira —replica él, levantándose. Rodea la mesa, su imponente presencia dominando el ambiente mientras se detiene a pocos centímetros de mí. —En las calles, serías un blanco fácil para cualquiera que quiera alcanzarme. No voy a poner tu vida en peligro por un capricho administrativo.

—¿Un objetivo? —Doy un paso adelante, pegando mi pecho al suyo, desafiando la orden que hay en su mirada—. Pensaba que todo estaba resuelto.

Malik me sujeta la cara con ambas manos, los pulgares trazando mi mandíbula con una posesividad que me hace estremecer, pero sus palabras son hielo puro.

—En parte. Lo que he encontrado ha borrado el pasado, pero no borra quién soy. Sigo liderando el Submundo, *habibti*. Mi poder no proviene solo de la corona, sino del miedo que impongo en las sombras. Mientras sea quien soy, siempre habrá alguien que quiera lo que es mío. Y tú eres lo más valioso que tengo.

Me libero de su tacto, sintiendo cómo una amarga rebelión me sube por la garganta.

—Entonces, ¿me estás diciendo que soy una prisionera? ¿En eso se ha convertido nuestro matrimonio, ahora que ya no hay secretos?

—Es protección, no prisión —me corrige, alzando el tono de voz por primera vez—. En cualquier caso, la discusión ha terminado por ahora. Voy a pasar los próximos días en Dubái, para cerrar acuerdos que no se pueden resolver por videoconferencia. Durante mi ausencia, no quiero que pongas un pie fuera de este palacio.

— ¿Dubái? —Lo miro, incrédula—. ¿Y tú simplemente decides que me voy a quedar aquí, sentada, esperando mientras estás fuera?

—Sí. Yo decido lo que te mantiene con vida, *habibti* —replica él, volviendo a la mesa con una frialdad que me da ganas de gritar —. Prepárate para la cena. No quiero oír ni una palabra más sobre colegios hasta que vuelva.

Le doy la espalda sin responder, con el odio y la frustración luchando contra el mareo que amenaza con volver.

Malik puede ser el jeque, puede ser el líder del submundo, pero está muy equivocado si cree que la hija de Samir Al-Sahra va a aceptar que la silencien con un decreto de protección.

Si quiere irse a Dubái y mantenerme encerrada, descubrirá que una reina enjaulada es mucho más peligrosa que una reina en las calles.



La cena se sirve en la terraza suspendida de la suite real, donde la brisa del desierto trae el frescor de la noche y el aroma del jazmín parece, por milagro, no agobiarme tanto.

Malik ordena a los sirvientes que se retiren en cuanto los platos de plata se colocan sobre la mesa de mármol. Estamos solos bajo la luz de la luna de Al-Zafiriah, rodeados únicamente por el lujo y la tensión que me empeño en mantener viva entre nosotros.

No toco la comida, mantengo la mirada fija en el horizonte iluminado de la ciudad, el rostro endurecido por la furia que me despertó la conversación en el despacho.

Malik, sin embargo, ha cambiado el impecable traje por una túnica de seda oscura, desabrochada en el cuello, y su postura dista mucho de la rigidez del hombre que se enfrentó a mí hace unas horas.

Se levanta y camina hasta mi lado de la mesa. Siento el calor de su cuerpo incluso antes de que me toque. Sus manos descansan sobre mis hombros, los dedos largos masajeando el músculo tenso de mi nuca con una delicadeza que me hace odiar cómo mi cuerpo sigue respondiéndole.

—Come un poco, Amira —murmura cerca de mi oído, con una voz que es como terciopelo sobre brasas—. Pedí que prepararan el cordero exactamente como a ti te gusta.

—Perdí el apetito en el momento en que me trataste como una mercancía sin voluntad propia —respondo, sin mirarlo, aunque mi corazón está martilleando contra las costillas.

Malik deja escapar un suspiro bajo y se inclina, apoyando los brazos en el respaldo de mi silla y rodeándome. No se aleja ante mi frialdad, sino todo lo contrario, busca mi mirada, obligándome a mirarlo.

—No te veo como una mercancía, *habibti*. Te veo como mi punto débil —confiesa, y hay una sinceridad desarmante en el brillo oscuro de sus ojos—. La idea de que te pase algo mientras estoy fuera, de no estar cerca para ser tu escudo, me vuelve loco. —Me coge la mano y se la lleva a los labios, besándome la palma con una lentitud que es pura tortura—. No quiero que estés encerrada, *habibti*. Te quiero viva. Si el precio para garantizarlo es tu ira

momentánea, acepto pagarlo. Pero no te vayas a dormir con ese odio en los ojos.

Se arrodilla junto a mi silla, una postura de humildad que el jeque de Al-Zafiriah nunca adoptaría ante nadie más que ante mí. Malik coge un trocito de pan de pita, lo moja en el humus y me lo ofrece a la boca, con los ojos fijos en los míos, suplicando una tregua.

—Solo un poco. Por mí.

Dudo, porque todavía siento un poco de náuseas, pero la forma en que me mira, tan dócil, casi vulnerable, empieza a derrumbar mis barreras. Abro la boca y acepto la comida, saboreando su suave sabor.

Malik sonríe, un gesto leve y victorioso, antes de limpiarme la comisura de los labios con el pulgar.

—¿Lo ves? —susurra, deslizando la mano hacia mi nuca y acercándome a él para darme un beso casto en la frente—. Cuando vuelva de Dubái, nos reuniremos con los arquitectos. Te daré el mejor edificio de la ciudad para la fundación, con la mayor seguridad que el dinero pueda comprar. Solo necesito tiempo para allanar el camino, Amira. Dame ese tiempo.

Suspiro, sintiendo cómo la ira se transforma en una resignación cansada.

Es imposible odiarlo por completo cuando me mira como si fuera lo único real en su mundo de mentiras. Pero, mientras me sirve un vaso de zumo helado, la duda vuelve a rondarme la cabeza.

Si realmente estoy embarazada, el tiempo que me pide puede ser un lujo que Al-Zafiriah no tiene.

—Mira… —Señala la ciudad resplandeciente que se extiende ante nosotros, sin apartar la mirada de mí—. Todo lo que ves desde esta terraza me pertenece. Y yo… yo te pertenezco.

Sus palabras flotan en el aire nocturno, cargadas de una gravedad que me hace perder el suelo bajo los pies.

El hombre que dirige ejércitos y decide quién vive o muere está aquí, arrodillado a mis pies, confesando una servidumbre que ningún título nobiliario podría comprar.

Siento mi corazón martillear contra las costillas, un latido frenético que resuena con deseo y asombro. La barrera de hielo que intenté construir durante toda la tarde se derrite bajo el calor de su mirada, y me veo sumergiéndome en la profunda oscuridad de sus pupilas.

Me doy cuenta de que ya no estoy simplemente ocupando un lugar en el palacio, sino el lugar más peligroso y sagrado de todos.

El corazón de Malik Al-Zafir.

Me inclino hacia delante, mis manos encuentran su rostro, los dedos trazan la línea dura de su mandíbula antes de hundirse en su cabello oscuro. Malik deja escapar un suspiro pesado, cerrando los ojos e inclinando la cabeza contra mi tacto, como un depredador que elige ser domesticado solo por un par de manos.

—Dices cosas que podrían destruirte, *mi amor* —susurro, con la voz quebrada por la emoción que me oprime la garganta.

—Solo si decides usar eso en mi contra —responde él, abriendo los ojos y atrayéndome hacia su regazo con un movimiento fluido, acomodándome entre sus piernas mientras sigue arrodillado —. Pero te confío mi vida, Amira. El reino es mío, pero el alma que lo gobierna es tuya.

Lo abrazo con fuerza, escondiendo mi rostro en la curva de su cuello, sintiendo el aroma a sándalo y el calor de su piel. La sospecha del embarazo vuelve a latir en lo más profundo de mi mente, pero no me produce miedo, solo una feroz urgencia por protegerlo tanto como él me protege a mí.

Si hay un fruto de nuestra unión, crecerá bajo el dominio de un hombre que se ha doblegado ante nada, salvo ante el amor por su mujer.

Malik aprieta sus brazos alrededor de mi cintura, sellando nuestra promesa bajo las estrellas. Por un momento, no hay Dubái,

no hay fundación, no hay enemigos. Solo hay el jeque y su reina, unidos en una farsa que se ha convertido en la verdad más real de nuestras vidas.

—Te quiero. —Las palabras se me escapan de los labios antes de que pueda contenerlas, un secreto que no sabía que estaba preparada para contar.

Él se tensa por un segundo, apretándome aún más con sus brazos, antes de buscar mis labios en un beso que sabe a alivio y a un futuro que, por primera vez, parece pertenecernos por completo a los dos.

Si el mundo quiere alejarme de él, tendrá que derribar cada ladrillo de lo que ve desde esta terraza, porque Malik Al-Zafir acaba de darme la llave de su imperio, y no pienso devolverla.



Capítulo 37

No han pasado ni dos horas desde que salió el sol cuando el sonido de la puerta de mi suite abriéndose con urgencia me hizo saltar de la cama.

Farrah entra sin avisar, con el rostro pálido y la respiración tan entrecortada que necesita apoyarse en el marco de la puerta para no caerse. Sus ojos están inundados por un pánico que hace que mi estómago dé un vuelco incluso antes de que ella abra la boca.

—¿Qué ha pasado?

—Amira… —jadea, llevándose la mano al pecho—. Lo ha conseguido. He visto la lista con mis propios ojos.

Me siento en la cama, la sábana de seda deslizándose por mi piel. No necesito nombres, porque sé exactamente de quién está hablando.

—Dunya —murmuro, sintiendo el sabor amargo de la bilis en la garganta.

—Aprovechó una laguna en el protocolo de la cancillería —explica Farrah, recuperando el aliento—. Dunya se autoproclamó asesora técnica de Bassem en el último momento, añadiendo su nombre a la lista de apoyo de la delegación, y no a la lista personal de Malik. El documento de la comitiva oficial lo firmó el jefe de gabinete junto con cientos de otros formularios. Malik no tiene ni idea de que ella está allí, Amira. Cree que se quedó en el palacio de

Bassem, pero su nombre figura en la lista de pasajeros del vuelo. Salen en dos horas.

Aprieto los labios con tanta fuerza que noto el sabor metálico de la sangre. La osadía de Dunya es un insulto calculado. Sabía que Malik, absorto en los preparativos finales y en la seguridad del Submundo, no revisaría personalmente los nombres del equipo de apoyo técnico.

Y ella contaba con su distracción y con mi reclusión para convertirse en una sombra junto a mi marido en Dubái.

Las náuseas de los últimos días dan paso a una claridad gélida. Malik quiere protegerme, quiere mantenerme como una reina en una burbuja para garantizar mi seguridad, pero se ha olvidado de que una reina que no vigila las fronteras de su propio territorio acaba permitiendo que los invasores se cuelen por la puerta trasera.

—Farrah, llama a las criadas de mayor confianza —ordeno, levantándome con una determinación que no admite réplica—. Quiero que me hagan las maletas ahora mismo. Pon las joyas, las más pesadas que me regaló Malik.

—Pero, Amira, el jeque lo ha prohibido… Si él la encuentra allí, el enfrentamiento será inevitable —dice Farrah, con las manos inquietas sobre la tela de mi vestido.

—No pretendo esconderme, Farrah —la interrumpo, mirándome en el espejo. Veo a una mujer que Malik aún no conoce del todo, una que no espera permiso para proteger lo que es suyo. —Quiero que se lleven las maletas en cuanto estén listas.

—Sí, señora.

—Si Dunya cree que puede esconderse tras el protocolo, descubrirá que el resplandor de mi título es capaz de cegar.

Camino hacia la ventana, observando en el horizonte el jet oficial que espera en la pista privada en las afueras del palacio. Ella cree que Malik está vulnerable porque yo estaré encerrada aquí, pero está a punto de comprender que soy yo quien tiene el control sobre el hombre que ella codicia.

—Prepáralo todo. Quiero partir hacia el hangar en veinte minutos —ordeno, sintiendo cómo la adrenalina recorre mis venas—. Y trae el té de jengibre, no quiero sentir náuseas durante el vuelo.

¿Dunya quiere un viaje a Dubái? Pues lo tendrá. Pero no como la invitada que pensaba ser. Si quiere formar parte de la comitiva de la reina, entonces aprenderá lo que es cargar con mis maletas.



La pista de aterrizaje privada está sumida en el ensordecedor ruido de las turbinas del jet oficial. Malik está al pie de la escalera, terminando de revisar algo en la tableta con el jefe de seguridad, mientras que Dunya, estratégicamente situada a pocos metros de él, luce una sonrisa victoriosa que ni siquiera el fuerte viento consigue borrar.

Lleva un bolso de diseño como si fuera un trofeo, lista para subir los escalones hacia lo que ella cree que es su momento de reconquista.

Camino por el asfalto caliente con pasos lentos, la barbilla levantada y la espalda tan recta que parece de acero. El ruido de las turbinas parece disminuir a medida que los guardias se percatan de mi presencia y se apartan de inmediato, abriendo paso a su reina.

Malik alza la vista y la sorpresa se refleja en su rostro, seguida de una nube de irritación que intenta disimular. Dunya, por su parte, palidece al instante, la sonrisa se le apaga en los labios al mismo tiempo que aprieta con fuerza la asa del bolso.

—¿Amira? —Malik da un paso hacia mí, su voz cortando el ruido del motor—. Te di órdenes expresas de que te quedaras en el palacio.

Me detengo frente a él, a pocos centímetros de distancia, manteniendo una expresión tan gélida como el mármol de nuestra habitación.

—Las órdenes del jeque son para sus súbditos, Malik. La reina decide dónde debe estar —respondo en voz baja, pero con una autoridad que hace que el jefe de seguridad retroceda un paso—. Y he decidido que voy a Dubái contigo. Mis planes para la fundación no pueden esperar a tu regreso, así que pretendo aprovechar el viaje para ocuparme de asuntos que exigen mi presencia física.

—No hay lugar en el protocolo para un cambio de última hora en la comitiva personal —interviene Dunya, con voz un tanto estridente debido al nerviosismo—. Todos los asientos y funciones técnicas ya están ocupados, Majestad. No hay sitio para usted en este vuelo ni en los compromisos oficiales.

Vuelvo lentamente el rostro hacia ella, y el silencio con el que la recibo en los primeros segundos es tan denso que la hace encogerse bajo mi mirada. La examino como si fuera un insecto molesto que acaba de posarse en mi vestido.

—Tienes razón, Dunya. El protocolo es estricto —digo, con una calma que parece más peligrosa que cualquier furia—. Pero he revisado la lista de pasajeros y me he dado cuenta de que falta una pieza esencial en mi equipo. Necesito una doncella personal que cuide de mis vestidos y mis joyas en Dubái. Alguien que conozca bien los tejidos finos y sepa exactamente cuál es su lugar de servidumbre. —Dunya abre la boca, pero las palabras no le salen. La conmoción en sus ojos es casi palpable. —Tú servirás perfectamente —añado, soltando la frase como una sentencia de muerte social—. Como ya tienes las maletas hechas y estás incluida en la comitiva de Bassem, será mucho más sencillo reasignar tu función. Subirás al jet, pero no como asesora. Subirás como mi asistente de vestuario. Si quieres ir a Dubái, este es el único puesto disponible para ti.

—¡Malik! —grita Dunya, buscando su apoyo, con la voz embargada por la humillación.

Malik observa la escena con los brazos cruzados, la mirada saltando de mí a Dunya. Veo el momento exacto en que se da cuenta de la jugada y casi sonrío. A este hombre parece gustarle verme celosa.

Malik sabe que estoy castigando su osadía por querer estar cerca de él y, al mismo tiempo, desafiando su autoridad sobre mi libertad. Un destello de admiración sombría surge en los ojos de mi marido.

—La reina tiene razón —dice, con voz desprovista de toda piedad—. Si la presencia de Dunya es indispensable para la comitiva, debe ser útil para mi esposa. Lleva su equipaje al compartimento de servicio.

Dunya aprieta los labios, con lágrimas de rabia brillando en sus ojos. Tiene una elección: quedarse atrás y admitir la derrota total o aceptar la humillación pública de servirme para seguir cerca del poder.

Con los nudillos blancos, inclina la cabeza en una reverencia forzada y sube la escalera detrás de las otras sirvientas.

Malik me tiende la mano, sus dedos cálidos envolviendo los míos con una firmeza que dice mucho más que las palabras.

—Eres implacable, *habibti* —susurra mientras subimos.

—Soy lo que tú has hecho de mí, Malik —respondo, sintiendo que las náuseas me dan un respiro mientras el jet comienza a rodar por la pista—. Y más te vale acostumbrarte, porque, de ahora en adelante, no irás a ningún sitio con otra mujer si yo no estoy a tu lado. Nadie hace planes para mi vida, y mucho menos para la de mi marido, sin que yo lo apruebe.

Esboza una sonrisa sombría y casi depredadora, y siento el impacto que mis palabras tienen en él. Malik me aprieta la mano con fuerza, una confirmación de que mi posesividad lo enciende tanto como la suya me consume.

—No esperaba menos de mi reina —susurra, tirando de mí hacia el lujoso camarote.

Paso junto a Dunya, que está de pie cerca de la zona de servicio con la cabeza gacha y las manos temblorosas. No le concedo el placer de una mirada; ahora no es más que una sombra necesaria para llevar mis vestidos.

Quiero que piense bien en lo que ha hecho al intentar engañarme y quedarse a solas con mi marido. Quiero que sepa que en Al-Zafiriah, el líder del Submundo puede ser el jeque, pero soy yo quien dicta las reglas de su corazón.

La puerta del jet se cierra con un clic hidráulico, sellándonos en este capullo de cuero y opulencia.

Dubái nos espera, pero la verdadera partida de poder acaba de ganarse aquí, incluso antes de que dejemos el suelo de Al-Zafiriah.



Capítulo 38

Dubái es preciosa, un espejismo perfecto que parece inclinarse ante nuestra llegada. Desde la planta cuarenta, el mundo allá abajo es un mar de luces y, a través de las inmensas paredes de cristal, el Burj Khalifa se eleva contra el cielo nocturno, una aguja de luz que parece querer perforar la luna.

Aquí dentro, el aire es denso, con olor a cuero nuevo, sándalo y el resentimiento que Dunya exhala a cada paso que da.

El lujo de este lugar me recuerda que Malik puede comprar cualquier cosa, incluso el silencio y la servidumbre de aquellos que se atreven a desafiarlo.

—¿Dónde está mi té? Tardas mucho, Dunya. Y pedí específicamente que se sirviera a setenta grados. Ve a buscarlo —digo, sin apartar la vista del deslumbrante paisaje. Sé que estoy siendo mala con ella, pero es lo que se merece por creer que puede pasarme por encima y estar cerca de mi marido.

Oigo el tintineo nervioso de la porcelana. Dunya se acerca con la bandeja, el rostro enrojecido por la humillación que acumula desde que aterrizamos. Se ha pasado la tarde cargando con las bolsas de las joyerías más exclusivas del Dubai Mall, y ahora, con los pies hinchados por los zapatos de tacón, se ve obligada a servirme como si su sangre azul no fuera más que agua de alcantarilla.

—Aquí tiene, Majestad —murmura, temblando de odio.

— Quédate de pie. No recuerdo haberte dado permiso para retirarte mientras cenamos —ordeno con calma, mientras los demás empleados terminan de colocar el banquete en la mesa de comedor privada.

Malik entra en la habitación, guardándose el móvil en el bolsillo de sus pantalones de chándal grises. Me estudia por un momento, con la mirada saltando de mi postura soberana a la silueta encorvada y servil de Dunya.

Hay un destello de diversión cruel en sus pupilas oscuras. Al jeque parece gustarle verme comportarme mal. Se sienta frente a mí y empezamos a comer en silencio, mientras Dunya permanece inmóvil a dos metros de nosotros, como una estatua de mármol deteriorada, observando cada caricia que Malik me da en la mano entre plato y plato.

—Parece cansada, Amira —comenta Malik, con una voz cargada de una ironía que solo yo percibo—. Quizá deberías dispensarla por hoy.

—Está aquí para servir, amor mío. Y aún no he terminado de hacer uso de sus servicios —respondo, dando un sorbo al té—. Dunya, lleva esas bolsas al armario y ordena cada joya por color y quilates. Quiero que todo esté listo antes de que me vaya a bañar.

Ella hace una reverencia breve, casi mecánica, y desaparece en el pasillo. Malik se levanta, rodea la mesa y se coloca detrás de mi silla. Sus manos bajan por mis hombros, los dedos calientes apretando la piel con una intensidad que hace que la náusea constante sea sustituida por un ardor mucho más peligroso.

—Hoy has sido una reina malvada, *habibti* —susurra, tirando de mí hacia arriba hasta que estoy de pie, pegada a su cuerpo.

—Un poco.

—Estás celosa, ¿verdad? ¿De que ella esté cerca de mí?

—No me provoques, Malik —murmuro entre dientes—. O haré que le corten la cabeza —añado, aunque sé que nunca tendría el valor de hacerlo.

Él se ríe, pasando las manos suavemente por mi espalda, jugando con la cremallera de mi vestido. Intento moverme para impedírselo, pero Malik me mantiene en mi sitio.

— Me gusta ese lado tuyo.

Resoplo.

— No me digas.

—Te recompensaré.

Arqueo las cejas.

— ¿Recompensarme?

— Sí, por tu pasión y tu lealtad.

Me guía al centro de la suite, donde una caja de caoba descansa sobre una mesita. Cuando la abre, el brillo es casi cegador. Es un collar de diamantes amarillos, tan intensos que parecen gotas de sol solidificadas, dispuestos en un diseño que imita el curso de un río de oro.

—Dubái es famosa por su oro, pero ni un gramo de este metal brilla tanto como tú bajo mi mando —dice, cogiendo el collar y colocándomelo en el cuello. El peso de las piedras frías contrasta con mi piel, pero las manos de Malik, que vuelven a bajar hacia la cremallera de mi vestido, son puro fuego. —Dunya puede lucir tus joyas, pero soy yo quien marcará tu cuerpo con ellas.

Me conduce hacia la bañera de borde infinito, ya preparada con aceites esenciales y una infusión de pétalos de jazmín y hojas de oro que flotan en el agua como polvo estelar. Poco a poco, el vestido cae a mis pies; Malik me ayuda a quitarme la *lencería* y a entrar en el agua dorada, con el collar de diamantes puesto.

Él entra justo después, su piel morena contrastando con el brillo líquido de la bañera. Deliberadamente, mi marido se acerca con una sonrisa maliciosa estampada en su rostro.

Malik extiende la mano y me rodea la nuca, sumergiendo los dedos en el agua antes de agarrarme con fuerza el pelo y tirar de mi cabeza hacia atrás. El collar de diamantes amarillos brilla

intensamente contra mi escote mojado, subiendo y bajando al mismo ritmo de mi respiración entrecortada.

—Estás magnífica, *habibti* —susurra, con la voz vibrando en un tono grave, cargada de un deseo que no se molesta en ocultar—. Pero los diamantes no son las joyas más bonitas que estoy viendo ahora.

Me atrae hacia él, eliminando el espacio que nos separa. Siento el calor de su pecho contra el mío, la rigidez de sus músculos en contacto con la suavidad de mi piel bajo el agua.

Malik desliza los labios por mi cuello, trazando el recorrido del collar con besos lentos y hambrientos, mientras una de sus manos desciende por mi cintura, apretando la carne con una posesividad que me hace soltar un gemido bajo.

Sus manos grandes y callosas exploran cada curva de mi cuerpo bajo la superficie dorada, moviéndose con una urgencia que me excita mucho. Él sabe exactamente dónde tocar para hacerme perder el sentido de quién soy.

Cuando sus labios por fin encuentran los míos, el beso es salvaje y profundo, un entrechoque de lenguas que me exige todo.

—Te adoraré en este altar, Amira. Eres lo único en mi vida que voy a adorar —murmura contra mi boca, su respiración entrecortada mezclándose con la mía—. Y pienso pasar el resto de la noche demostrándotelo.

Malik me levanta con facilidad, acomodándome en el borde de la bañera mientras el oro líquido resbala sobre nuestras pieles unidas.

Sus manos grandes y posesivas sujetan mis muslos, abriéndolos para que él encaje en el espacio que reclamó como suyo desde la primera mirada. El contraste es casi insoportable, la piedra helada bajo mi cuerpo y el calor brutal de su pecho presionando mis pechos, apretando los diamantes amarillos entre nosotros y marcando mi piel.

Hunde el rostro en mi cuello, inhalando el rastro de aceites y oro como si me necesitara para oxigenar sus propios pulmones. Sus dientes rozan el lóbulo de mi oreja antes de morder la curva de mi hombro, adorándome.

—Mírame —ordena, con la voz ronca vibrando contra mi piel.

Abro los ojos, la vista ligeramente nublada por el deseo, y encuentro sus iris transformados en pozos de obsidiana. Malik lleva una de sus manos a mi vientre, los dedos largos y callosos descendiendo por la piel húmeda, trazando el camino que el oro dejó tras de sí.

Cuando me toca, el gemido que se escapa de mi garganta es agudo, cargado de una necesidad que me hace arquear la espalda contra el mármol.

—Eres mía —gruñe, como si fuera una ley fundamental de la naturaleza—. Cada suspiro, cada latido de ese corazón… me pertenece.

Me empuja al borde del abismo, sus dedos me exploran con una precisión despiadada y me dejan sin aliento. El mundo deja de existir, y lo único en lo que me concentro es en el sonido del agua desbordándose de la bañera y en el ritmo violento de su respiración contra mi boca.

El impacto de la entrada de Malik es un golpe de realidad y placer que me hace perder el equilibrio. Me sujeta los muslos con una fuerza que dejará marcas y, cuando se empuja dentro de mí, siento cada centímetro llenando el vacío, una posesividad física que me hace soltar un grito ahogado contra su cuello.

Empieza a embestir con una fuerza brutal, un ritmo violento que hace que el agua de la bañera salte sobre el mármol en ondas rítmicas. Al mismo tiempo, baja la boca hacia mis pechos, capturando un pezón entre los dientes y chupándolo con voracidad, haciéndome arquear la espalda hasta el límite.

El delicioso dolor de la succión y el peso del collar de diamantes contra mi piel se mezclan con la sensación de ser

invadida por él, golpe tras golpe.

— Eres mía, Amira —gruñe entre una succión y otra, con la voz entrecortada por el esfuerzo—. Dilo. Di de quién eres.

—Tuya… soy tuya —gimo, mis manos palpando desesperadamente sus anchos hombros, las uñas clavándose en la piel morena a medida que él aumenta la velocidad.

Él embiste con fuerza, sin ningún atisbo de piedad, cada embestida profunda haciendo vibrar el frío mármol bajo mi cuerpo. Siento que me desmorono, una tensión insoportable acumulándose dentro de mí mientras él sigue devorándome, alternando entre chupetones hambrientos en mis pechos y besos que me roban todo el oxígeno.

El placer es una agonía deliciosa, un incendio que Malik aviva, y sé que conoce cada centímetro de mi deseo, convirtiendo este momento en nuestra rendición más absoluta.

Él hunde el rostro en mi cuello, su respiración cálida y entrecortada quemando mi piel al perderse en mi cuerpo, cada embestida más profunda que la anterior. Siento que voy a romperme, a explotar en mil pedazos, y me aferro a él como si fuera lo único sólido en mi vida.

Sus grandes manos sujetan las mías contra la pared, nuestros cuerpos aún fundidos, y me obliga a mirarle a los ojos.

—*Habibti* —susurra, entrando y saliendo con fuerza, arrancándome gemidos de rendición—. Mírame.

Mantengo la mirada, el pecho subiendo y bajando, los fríos diamantes amarillos entre nuestras pieles en llamas.

—Te amo. Más que a mi reino, más que a mi propia vida. Te amo, *habibti* —confiesa, sin perder el ritmo de sus embestidas.

Sus palabras son el golpe final, y el clímax me golpea con toda su fuerza, ahora con una urgencia desesperada, como si quisiera sellar su confesión dentro de mí.

Grito su nombre, entregándome a la abrumadora ola de placer que me consume, mientras Malik se derrama en mí, escondiendo el rostro en mi cabello y susurrando una y otra vez cuánto me ama.

Poco a poco, el oro líquido deja de agitarse en la bañera, y el silencio entre nosotros se llena de la certeza de que, de todas las cosas que pertenecen al jeque, él es el único que me pertenece por completo.



Capítulo 39

Me despierto con el sol de Dubái colándose por las persianas automáticas. Antes incluso de abrir los ojos, siento que el estómago me da una sacudida violenta que me hace correr al baño y vomitar.

Después de lavarme la boca y la cara, vuelvo al dormitorio y me hundo en el colchón, mirando hacia el lado de Malik en la cama. Se ha ido temprano a las reuniones con los inversores del Submundo.

Debido a las náuseas, paso toda la mañana en la habitación, alternando entre un sueño entrecortado y el esfuerzo por no devolver el poco agua que consigo beber. Cuando por fin siento que mis piernas pueden sostenerme, me pongo una bata de seda y salgo de la suite.

Dunya está en el salón, ordenando unas carpetas de documentos con una rigidez que roza lo teatral. Cuando me ve, sus ojos se entrecierran en un análisis frío, demorándose demasiado en mi rostro.

—Parece enferma, Majestad —dice, y hay un tono extraño en su voz, algo que oscila entre la satisfacción y la ansiedad—. ¿Quiere que le prepare un té para las náuseas?

Ni siquiera tengo tiempo de negarme; se retira con una prisa inusual, regresando minutos después con una taza de porcelana humeante. La deposita sobre la mesa frente a mí y se queda quieta,

observándome con una expectación que me pone los pelos de punta.

Sus dedos juegan con la tela de su propio vestido, los ojos fijos en la taza como si el destino del mundo dependiera de mi primer sorbo.

Siento el aroma de las hierbas, algo amargo y terroso que mi instinto rechaza de inmediato.

Me siento en el cómodo sofá y alejo la taza unos centímetros.

—No voy a tomarme esto ahora —digo, observando su reacción.

— Deberías. Te ayudará a… calmarte —insiste, dando un paso hacia delante—. Bébete eso, *Amira.* Se está enfriando.

—¿Por qué me tuteas?

Ella esboza una sonrisa forzada.

—Lo siento —susurra y hace una reverencia forzada—. Es que corren rumores de que estás embarazada —continúa, con los ojos brillando con malicia—. Solo quiero cuidar de usted, Su Majestad.

—¿Cuidar de mí? —replico, escéptica, pero ella ignora mi pregunta.

—¿Se lo has contado?

—No es asunto suyo.

—¿De qué tienes miedo? —pregunta—. ¿No quieres tener un hijo con Malik?

Aprieto los labios con fuerza y respiro hondo, cerrando los ojos durante una fracción de segundo.

—Deja de entrometerte en mi vida.

— Deberías empezar a cuidar mejor de ti misma y del bebé —me aconseja con una sonrisa maliciosa—. No creo que a Malik le haga gracia saber que estás descuidando a su hijo.

— Cállate.

—¿Sabías que el riesgo de aborto espontáneo es mayor en el primer trimestre del embarazo? Entonces, creo que deberías tomarte el té y comer bien —dice, acercándome la taza.

Irritada y sin paciencia, la miro directamente a los ojos y le pregunto:

— ¿Qué le has echado a ese té, Dunya?

Su rostro se sonroja al instante, una mancha roja que le sube desde el cuello hasta las mejillas. Da un paso atrás, y su expresión se transforma en una máscara de indignación ofendida.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —espeta y empieza a hacerse la víctima—. Lo único que haces desde que llegamos a Dubái es ofenderme y humillarme. No he hecho nada para merecer este tipo de acusación. Solo intento ser útil.

—Cuando dejes de codiciar a mi marido y de colarte en comitivas a las que no has sido invitada, quizá empiece a tratarte como a una igual —respondo, con voz gélida y pausada—. Hasta entonces, no eres más que una amenaza a la que mantengo bajo mi mirada.

Me levanto del sofá y le doy la espalda, sintiendo cómo el veneno de su presencia empeora mi estado. Dunya sigue inmóvil, temblando de rabia o de miedo, quizá de ambos, no me importa.

Hago una señal a una de las empleadas que está limpiando la zona exterior.

—Tú —la llamo con autoridad—. Ve a la cocina y prepara un té de jengibre con limón para mi malestar. Y quiero que lo prepares tú misma, con tus propias manos, de principio a fin. Tráemelo directamente a mí.

—Sí, Majestad.

La empleada hace una reverencia y sale apresuradamente. Vuelvo al sofá y empiezo a pensar que quizá sea hora de hablar con un médico y contarle a Malik lo de mis náuseas.

Si realmente estoy embarazada, la realidad de la Fundación Educativa Samir tendrá que rediseñarse bajo una nueva perspectiva.

Quizá no pueda estar en el centro ni coordinar las aulas como había planeado y solía hacer antes de que muriera mi padre, pero un hijo del hombre al que amo sería una bendición que se antepondría a cualquier proyecto.

En el fondo, siento que debo dar gracias por esta vida, si es que realmente está aquí, floreciendo en medio de tanto caos y poder. Puedo seguir siendo la mente detrás del éxito de la fundación, la artífice de la estrategia, mientras pongo a Hana al mando de las operaciones directas. Siempre he confiado en ella, y Hana tiene el empuje necesario para llevar a cabo mi visión mientras yo ocupo el lugar que me corresponde.

Sé que Malik es un superprotector posesivo, pero tiene algo de razón. El mundo ahora me mira de otra manera. Ya no soy solo la hija del consejero, libre para transitar por las sombras y las calles.

Ahora soy la reina de Al-Zafiriah. Mi papel ha cambiado, y si un heredero está en camino, mi prioridad es garantizar que el imperio que él heredará sea tan sólido como la protección que Malik me ofrece.



La cena se sirve en la terraza de la planta cuarenta, con las luces de Dubái brillando como una alfombra de diamantes extendida sobre el desierto. La brisa cálida agita las cortinas de seda, pero mi atención se centra por completo en el hombre que tengo delante.

Malik parece más relajado, aunque el brillo de posesión en sus ojos nunca desaparece del todo.

Dunya se mueve como una sombra en el fondo, sirviendo los platos con rigidez, tragándose su propio orgullo con cada movimiento.

—Malik… —empiezo a hablar cuando nos quedamos a solas, dejando los cubiertos sobre la mesa y sintiendo cómo las náuseas me revuelven el estómago—. Tengo que contarte algo, pero quiero que me escuches con calma. No te hagas ilusiones todavía.

Detiene el movimiento de la copa a medio camino de los labios, su mirada se vuelve instantáneamente aguda.

— ¿Qué ha pasado?

—Hace unas semanas, he tenido algunas náuseas —continúo, manteniendo la voz firme, a pesar del temblor en mis manos—. Pero no tengo retraso en la regla, así que puede que solo sea el estrés, el calor o cualquier otra cosa. No quiero que te aferres a una idea que quizá no sea real.

— ¿Estás embarazada?

—No —respondo rápidamente—. Quiero decir, no lo sé. Pero no vamos a crear expectativas, ¿de acuerdo? Si es la voluntad de Alá, será. Pensemos así, ¿queda acordado?

Malik se queda paralizado, la expresión normalmente impenetrable del jeque de Al-Zafiriah dando paso a un shock puro y visceral. Me mira como si estuviera procesando una información que altera el eje de su existencia.

—Di algo —le pido, mirándole a los ojos. —Por favor — susurro.

Lentamente, se levanta de la silla; el movimiento es fluido, pero cargado de una solemnidad que me deja sin aliento. Rodea la mesa de mármol y se detiene a mi lado, arrodillándose con una humildad que reserva solo para mí.

—Amira —susurra, con la voz vibrando de una emoción que rara vez escucho—. Si hay una vida nuestra aquí… si hay un heredero de Al-Zafiriah creciendo en ti… —Me rodea la cintura con las manos e inclina la cabeza, depositando un beso prolongado y reverente sobre mi vientre, aún liso bajo la costosa tela del vestido. —Te amo, *habibti*. Más que a cualquier imperio, más que a mi propia vida —murmura contra mi piel, las palabras saliendo como una plegaria.

El sonido metálico de una bandeja cayendo al suelo resuena por la terraza, rompiendo el hechizo por un segundo. Miro de reojo y veo a Dunya inmóvil, el rostro pálido por el horror y la envidia antes de dar media vuelta y salir corriendo hacia la cocina.

Malik ni siquiera gira la cabeza. Para él, el resto del mundo dejó de existir en el momento en que se planteó la posibilidad de tener un hijo. Vuelve a mirarme, con las manos ahora enmarcando mi rostro con una ternura que me hace olvidar cualquier duda o miedo.

—No importa el tiempo, *habibti* —murmura, sellando nuestros labios con una promesa poderosa—. Si es real, será el mayor tesoro de este reino. Y, si no lo es ahora, pasaré cada noche de mi vida intentándolo hasta que lo sea.

Le dedico una dulce sonrisa.

—Te quiero, Malik.

—Yo te amo más, *habibti*.

Me rindo a su tacto, sumergiéndome en la seguridad de los fuertes brazos de mi marido, ignorando las sombras que Dunya dejó atrás mientras celebramos la esperanza de un futuro que, por un instante, parece perfectamente en paz.



Capítulo 40

Malik ha convertido Dubái en un campo de batalla logístico desde nuestra conversación durante la cena de ayer.

Ha adelantado todas las reuniones con los consejeros y los inversores, moviendo piezas y firmando acuerdos con una urgencia que roza la obsesión, solo para cruzar mañana el golfo de vuelta a casa.

Desde que lo vi arrodillado a mis pies, con la mano extendida sobre mi vientre, no habla de otra cosa que no sea el regreso inmediato.

Descubro que el jeque no acepta exámenes en clínicas extranjeras ni diagnósticos de extraños. Para él, la única palabra que cuenta es la del médico del palacio, el único hombre a quien confía el linaje de Al-Zafiriah.

Su protección es ahora un manto aún más asfixiante.

Sale para su última reunión de negocios, dejando una doble guardia en la puerta de la suite, pero el silencio no logra acallar la tormenta que se forma dentro de mí.

Necesito aire.

El aroma de las flores frescas y el olor del café que Dunya ha preparado y que he rechazado me están asfixiando. Camino hacia el exterior, buscando el vacío del cielo para calmar los sentidos.

El viento en la planta cuarenta es casi un látigo que ruge contra las paredes de cristal, un recordatorio constante de lo alto que estamos por encima de la civilización. El silbido del aire contra los bordes del edificio parece hacer eco de la advertencia de mi propio cuerpo.

Las náuseas que me han atormentado toda la mañana regresan con fuerza, una ola de calor que hace brotar sudor frío en mi frente al instante.

Me apoyo en la barandilla de cristal de la terraza suspendida, cerrando los ojos mientras siento que el suelo bajo mis pies descalzos parece inclinarse. El Burj Khalifa se yergue ante mí como una aguja plateada, majestuoso e indiferente, pero la belleza de la vista se ve destruida por el sonido de pasos apresurados sobre el suelo exterior.

—Pareces tan frágil aquí arriba, Amira—, la voz de Dunya corta el rugido del viento, destilando un veneno que ya no intenta ocultar. —Como una joya de cristal lista para hacerse añicos contra el asfalto.

Intento girarme, pero un mareo repentino me hace perder el equilibrio. Mis dedos resbalan sobre el cristal liso y, antes de que pueda recuperar el equilibrio, siento el empujón violento.

Es un golpe seco, cargado de todo el odio que ella ha acumulado desde Al-Zafiriah. Mi cuerpo se inclina hacia atrás, y el grito se me muere en la garganta cuando me doy cuenta de que no hay nada entre mí y el vacío de cuarenta pisos, excepto la barandilla baja que mis manos buscan desesperadamente.

Me quedo colgando al borde del abismo.

Mis dedos se aferran al borde de metal y cristal, las uñas clavándose con una fuerza que las hace sangrar. Siento una punzada tan aguda en el vientre que, en ese momento, tengo la certeza de que estoy embarazada.

El terror de perder a mi bebé es mayor que el miedo a la caída. Hago un esfuerzo titánico para sostener mi propio peso en el

borde de la plataforma y siento que algo se desgarra dentro de mí.

—Ayúdame —suplico entre lágrimas, viendo solo la inmensidad mortal bajo mis talones.

— Si no puede tener la perfección que imaginó, no tendrá nada —sisea Dunya, asomándose al borde de la logia. En lugar de tenderme la mano, levanta el pie, con el tacón de aguja suspendido sobre mis dedos pelados. — Muere con tu secreto, Amira. Muere, zorra.

El aire a mi alrededor parece estallar al mismo tiempo que oigo un sonido desgarrar todo el lugar, como el rugido de un animal herido.

Malik atraviesa las puertas de cristal como un huracán y, sin dudar, lanza a Dunya contra la pared con un solo brazo, un impacto que hace vibrar el cristal de la barandilla. Al instante siguiente, está en el borde de la terraza, sus manos de hierro cerrándose alrededor de mis muñecas, tirando de mí hacia arriba con una fuerza monumental que ignora cualquier delicadeza.

Me lanza sobre el mármol de la terraza privada, cubriendo mi cuerpo con el suyo mientras el viento ruge a nuestro alrededor.

—Estaba intentando ayudar —dice Dunya, con la voz perdida en el vacío de aquella altura.

—¡Amira! —grita él, desesperado—. Mírame —ruge, con sus grandes manos sujetándome la pálida cara.

Intento responder, pero siento un calor húmedo y aterrador extendiéndose entre mis piernas, manchando el suelo de la terraza de rojo. El horror en los ojos de Malik es lo último que veo antes de que el dolor me arrastre hacia la oscuridad.



Abro los ojos lentamente, sintiendo que el mundo flota en una neblina de sedantes y el zumbido sordo de la presurización de la cabina. El techo del jet ejecutivo es lo primero en lo que enfoco la vista, pero mi cuerpo parece pesado, como si estuviera pegado al colchón de la camilla médica.

El dolor en mi vientre es ahora como un eco, un recuerdo del terror en la terraza, pero la mano de Malik, firme y cálida sobre la mía, es lo que me hace respirar hondo y mirarlo.

—Está a salvo, *habibti* —susurra, con voz ronca, con una autoridad que calma mi corazón—. Nuestro linaje es más fuerte que su traición.

—Perdóname por haber sido tan descuidada.

Malik niega con la cabeza, apretando la mandíbula.

—No es culpa tuya —dice, inclinándose para besarme en la frente—. Descansa, *habibti*.

A través del cristal de la ventana, veo el hangar privado de Dubái sumido en el silencio bajo el sol implacable. Malik se levanta y parece una escultura de hielo y muerte inmóvil en la pista, observando lo que queda de la mujer que se atrevió a tocar lo que es suyo.

Dunya es arrastrada por dos guardias del Submundo. La mujer elegante ha desaparecido, y en su lugar hay una figura destrozada, con las manos atadas a la espalda por esposas de acero que ya le cortan la piel de las muñecas, dejando un rastro de

humillación. Tiene la cara hinchada de tanto llorar y, desesperada, intenta caer de rodillas, suplicando una misericordia que Malik nunca tuvo intención de conceder.

—Podría acabar contigo aquí mismo, en el asfalto de Dubái. —Su voz vibra, grave y letal, llegando a mis oídos incluso a través de la distancia. —Pero no te mereces el lujo de una muerte rápida en suelo extranjero. Volverás a Al-Zafiriah, Dunya. Volverás al lugar donde yo soy la única ley y donde tu destino quedó sellado en el momento en que la tocaste.

Hace un gesto brusco, una orden de deseche. Los guardias la arrojan al interior de la cabina de seguridad del avión como si fuera una carga muerta. Malik sube la escalera sin mirar atrás, la determinación en sus hombros revelando el peso del imperio que lleva sobre sus hombros. La puerta del jet se cierra, sellando su destino y el nuestro.

Vuelve a mi lado y se inclina, besándome la frente con ternura, en contraste con la furia que acaba de demostrar.

El rugido de los motores aumenta y siento que el avión se mueve. Estamos volviendo a casa. Malik ahora tiene un reino que gobernar, un hijo que proteger y una venganza que solo comenzará de verdad cuando nuestras ruedas toquen la arena de Al-Zafiriah.



Capítulo 41

La mazmorra del palacio de Al-Zafiriah huele a humedad y a un destino inevitable.

Dunya está atada a la silla de hierro en el centro de la sala, las frías luces resaltando el temblor incontrolable de sus hombros. No necesito látigos ni cuchillas para hacerla hablar, porque mi presencia, de pie en las sombras mientras me ajusto los puños de la camisa de vestir, es suficiente para aplastar lo que queda de su resistencia.

—El silencio empieza a aburrirme, Dunya —digo con brusquedad, cortando el aire pesado—. Y tú sabes que, cuando me aburro, el líder del Submundo ocupa el lugar del jeque.

Ella levanta el rostro, con las lágrimas manchándole la piel pálida, y hay un destello de desesperación fanática en sus ojos.

—¡Lo hice por ti, Malik! ¡Lo hice por amor! —grita, con la voz quebrada—. Intenté matar a esa mujer porque es una intrusa. Ella no pertenece a este desierto, no te entiende. Tu verdadero amor soy yo, siempre lo he sido. Ella es solo una distracción, un error que tenía que corregir para salvarte de ti mismo.

Camino lentamente hacia la luz, deteniéndome a pocos centímetros de ella. No siento ira, solo un profundo desprecio. Me inclino, sujetándole la barbilla con una fuerza que la obliga a sostener mi mirada.

—¿De verdad crees eso? —pregunto, con una ironía tan afilada como un bisturí—. ¿Crees que amaría a una zorra envidiosa como tú? No eres más que un pedazo de mierda.

Ella se libera de mi contacto, pero vuelvo a agarrarle la barbilla con fuerza.

—Me amaste. Sé que me amaste.

—Nunca. Comerte el coño no significó nada más que saciar mis necesidades —digo, haciendo que sus lágrimas corran aún más —. Ahora dime la verdad. Sé que eres astuta, ambiciosa, pero no lo suficientemente inteligente como para orquestar algo así tú sola.

— ¿De qué estás hablando?

— No tendrías ni los medios ni el valor para actuar si nadie te moviera los hilos. ¿Quién te dio la idea de hacerle eso a mi mujer?

— Ya te he dicho que lo hice por amor.

— No te creo.

Le aprieto la mandíbula hasta que ella suelta un jadeo de dolor.

El silencio en la mazmorra solo se ve interrumpido por el sonido de la respiración entrecortada de Dunya. Saco del bolsillo de mi pantalón de vestir el frasco de cristal ámbar que mis hombres encontraron escondido entre sus pertenencias y lo coloco sobre la mesa de metal, entre nosotros. El chasquido del cristal contra el acero suena como un disparo en el vacío de la sala.

—Encontramos esto entre tus cosas, Dunya. Hierbas potentes, extractos concentrados que no sirven para curar el mareo, sino para provocar un aborto —digo, bajando la voz hasta convertirla en un susurro letal mientras me inclino sobre ella—. Querías matar a mi hijo.

Dunya abre mucho los ojos, el terror palideciendo aún más su rostro manchado de lágrimas.

—No. No —llora.

—¿Quién te ayudó? ¿Quién te facilitó y consiguió esos venenos? —la presiono, con la furia palpitando bajo mi piel, contenida solo por la necesidad de la verdad—. Si no me das los nombres ahora, te prometo que tu muerte será lo único largo y memorable de tu mediocre vida.

Ella solloza, el cuerpo temblando tanto que la silla de hierro cruje. Las pruebas sobre la mesa parecen aplastar cualquier intento de mentira.

—Esto no es mío —miente—. Lo pusieron entre mis cosas, lo juro.

Empiezo a reír, irónicamente.

—Te contradices, Dunya —digo, enderezando el cuerpo—. ¿Intentaste matar a Amira, pero niegas los venenos? Estás insultando mi inteligencia.

— Te juro que… — Irritado, levanto la mano y le doy una fuerte bofetada en la cara, haciéndole sangrar la boca.

—Deja de mentir —le ordeno, y ella llora aún más.

—Yo… —comienza, sollozando, y hace una pausa. —Necesito una garantía.

—¿Estás negociando conmigo? —Miro por encima del hombro a mi hermano, que está cerca de la puerta, pero no ha dicho ni una palabra desde que entramos—. Kaled, está negociando conmigo.

—Parece que al final tienes valor —dice mi hermano.

—Está bien. —Le sigo el juego, acercándome a ella—. Dime cuáles son tus condiciones.

—Te daré los nombres y tú me dejarás vivir. Me iré a otro país; no volverás a verme jamás.

Aprieto los labios, fingiendo reflexionar. Es muy tonta si cree que la dejaré vivir después de intentar matar a mi mujer y a mi hijo. Aun así, asiento con la cabeza.

— De acuerdo.

— ¿Tienes mi palabra?

—Sí —respondo, seco y sin rodeos.

Ella traga saliva, llorando.

—Rashid… —confiesa, con la voz quebrada—. Consiguió los extractos, dijo que Amira era una amenaza para nuestros intereses, que su sangre no podía mezclarse con la suya.

Entorno los ojos, pero no hay conmoción en mi alma, solo la gélida confirmación de lo que ya sospechaba. Rashid, el hombre que debería velar por la estabilidad de mi consejo, lleva demasiado tiempo dejando rastros de ambición como para que me pille por sorpresa. El rastro de la traición no ha hecho más que extenderse, dejando al descubierto la podredumbre que voy a extirpar ahora.

—¿Y quién más? —pregunto, volviendo a sujetarle la barbilla con fuerza, obligándola a mirar al abismo en que se ha convertido mi mirada—. Rashid no habría actuado sin asegurarse de que mis propios hombres miraran hacia otro lado.

—Mi padre —admite entre sollozos—. Él se aseguró de que se relajaran los protocolos de seguridad en Dubái. Utilizaron mi amor por ti para llegar hasta ella, Malik. Prometieron que, si Amira desaparecía, volverías conmigo.

Suelto su rostro con un movimiento brusco, limpiándome los dedos en los pantalones, como si hubiera tocado algo en descomposición. Rashid y Bassem pensaron que podrían usar la obsesión de una mujer destrozada para herir lo que más protejo.

—No utilizaron tu amor, Dunya. Sino tu debilidad —digo, con una voz tan desprovista de humanidad que ella se encoge contra la silla—. Y, por esa debilidad, tu padre y Rashid pagarán un precio que ni siquiera las dunas del desierto serán capaces de olvidar.

Me alejo, haciendo una señal a Kaled y a los guardias que están en la entrada de la mazmorra. Ambos creen que estoy distraído por mi amor por Amira, pero descubrirán que es precisamente por él por lo que voy a convertir Al-Zafiriah en un matadero de traidores.

—¿Me vas a liberar? —pregunta cuando estoy a punto de salir —. Me diste tu palabra.

La miro por encima del hombro.

— Cometiste un error al creer en mí. —Es lo último que le digo al dejarla con mi hermano y los demás.

La oigo gritar y llorar, llamándome cretino. Pero no me importa, su fin está cerca y haré que su querido padre lo vea.



Capítulo 42

El patio interior del palacio está sumido en una penumbra plateada, iluminado solo por la luna llena que vigila el desierto. El sonido de la fuente central, que suele ser relajante, hoy parece el tictac de un reloj contando los últimos segundos de vida de hombres condenados.

He convocado a Rashid y Bassem a esta reunión de emergencia con el pretexto de discutir las fallas de seguridad en Dubái. Han venido, con la arrogancia enmascarada por una falsa preocupación que me hace sonreír por dentro con el desprecio de un verdugo.

—¿Dónde está la seguridad adicional que solicité, Rashid? —pregunto, con mi voz resonando contra las paredes de piedra—. ¿Y los informes de inteligencia? ¿Cómo has podido permitir tal brecha en la planta cuarenta?

—Majestad, se siguieron los protocolos de Dubái, pero nos enfrentamos a fallos humanos imprevisibles —dice Rashid, manteniendo la calma—. En cuanto al incidente en la terraza, se debió a un fallo de vigilancia que ya estoy investigando rigurosamente en la Guardia Real.

Dirijo mi mirada hacia Bassem.

—¿Y tú, Bassem? ¿No te llegó nada a través de tus contactos comerciales en Dubái?

Bassem da un paso al frente, ajustándose con calma el cuello de su costoso traje. Es uno de los principales inversores del Submundo, un empresario que mueve millones, pero que nunca ha ocupado un cargo oficial entre estas paredes.

—Su Majestad, comprendo su nerviosismo, pero creo que ha habido un malentendido al convocarme a esta conversación —dice con un tono mesurado y respetuoso—. Mi relación con Al-Zafiriah es comercial y estratégica. Yo no dirijo la guardia del palacio y mucho menos la logística de Dubái. Eso es competencia de su guardia y del consejero Rashid.

—Tu modestia es admirable, Bassem —respondo con una sonrisa gélida—. Entonces quizá quieras ayudar a averiguar cómo tu hija, que se encontraba en Dubái bajo tu supervisión y la protección de Rashid, se sintió tan animada a intentar asesinar a mi esposa y a mi heredero.

Antes de que pueda reaccionar, mis hombres del Submundo emergen de las sombras, rodeando el patio con un armamento excesivo. Rashid lleva la mano a la pistola en la funda oculta, pero se detiene al ver el destello de las miras láser apuntando a su pecho.

La pesada puerta de roble se abre y traen a Dunya, arrastrada por los brazos y arrojada de rodillas al suelo frío, entre su padre y mi consejero.

—Díselo, Dunya —ordino, con un tono desprovisto de toda humanidad—. Dile a tu padre y a Rashid lo que me confesaste en el calabozo.

—¡No digas nada, Dunya! —ordena Bassem, perdiendo la cortesía y adoptando un tono de mando desesperado.

Suelto un bufido, un sonido breve y cargado de escarnio.

—Ya es demasiado tarde para eso, Bassem.

Traga saliva, con la mirada saltando entre mí y el círculo de fusiles que se cierra a nuestro alrededor. El pánico comienza a corroer su fachada de inversor intocable.

—¿Cómo te atreves a tratar así a mi hija? —pregunta, intentando adoptar una última postura de indignación—. Ella es de linaje noble, Malik. No tienes derecho a…

Siento que se me tensa la mandíbula de odio. Doy un paso adelante, invadiendo su espacio personal, hasta que podamos sentir el calor de la furia del otro.

—¿Cómo te atreves a conspirar contra mí? —le pregunto, con una voz que sale en un susurro letal que hace que Rashid retroceda un paso—. ¿Creías que nunca descubriría tu traición?

—No sé de qué está hablando, Majestad —replica entre dientes, con la mentira muriéndose en su garganta seca—. Esto es un malentendido. Mi hija está delirando por culpa de su trato brutal.

—¿Delirando? —Me río, un sonido sombrío que resuena entre nosotros—. Ella habló del veneno, detalló el plan que Rashid y tú ideasteis para que los guardias estuvieran en otra planta cuando empujara a Amira. Vuestro único error fue creer que su amor por mí sería mayor que el miedo que me tiene.

Miro a Rashid, que permanece inmóvil, con la mano temblando ligeramente cerca de la funda. Sabe que el juego ha terminado y que las miras láser en su pecho no son un farol.

—Me lo ha contado todo, Bassem. De hecho, vuestro plan nunca fue salvar a Al-Zafiriah —le informo, dirigiendo mi atención al empresario—. El plan era poner en el trono a un títere que pudierais controlar. Y, para ello, decidisteis que mi hijo tenía que morir.

Dunya deja escapar un grito agudo y se tapa la cara con las manos. Bassem intenta decir algo, pero la voz se le apaga y vuelve el silencio, ahora absoluto, mientras Kaled da un paso al frente y abre la caja de terciopelo. El brillo de la cimitarra bajo la luz de la luna es la única respuesta que queda a sus mentiras.

—Por favor, Malik —solloza Dunya—. La culpa es toda de Rashid. Fue él quien consiguió los extractos abortivos. No nos hagas daño a mi padre y a mí.

— ¿La culpa es mía? —grita Rashid, que no había dicho nada hasta ahora—. Tú fuiste quien tuvo la idea de hacerla abortar después de oír los rumores sobre el embarazo.

—¡No! —grita Dunya, llorando—. Mentira, mentira, mentira.

—No importa quién empezó todo esto, los tres van a morir ahora —digo, mirando fijamente la cimitarra durante unos segundos.

Bassem palidece, la arrogancia de su riqueza se desvanece de su rostro al darse cuenta de que la pieza clave de su plan de sucesión acaba de entregarlo al verdugo.

Rashid intenta una huida desesperada hacia la salida lateral, pero es detenido brutalmente por el cañón de un rifle. Lo arrojan de vuelta al círculo, desarmado y humillado.

Miro a mi hermano antes de sacar la cimitarra ancestral de la caja de terciopelo. El acero damasceno brilla bajo la luz de la luna, reflejando una luz fría que hace que Dunya levante la vista. Por un segundo, ve el reflejo de su propia muerte en mis pupilas.

—Mi tatarabuelo usaba esta hoja para cortar la cabeza de cada enemigo que se atreviera a amenazar las fronteras de Al-Zafiriah —digo mientras deslizo el pulgar con cautela por el costado del metal—. Creía que la sangre de los traidores era el único abono capaz de mantener fértil el desierto.

Levanto el arma, sintiendo el equilibrio perfecto del peso en mi mano. El silencio en el patio es tan absoluto que el leve silbido del acero cortando el aire parece un grito.

—Han pasado décadas desde que fue forjada, pero, como pueden ver… sigue perfectamente afilada. El tiempo no ha cegado a la espada, al igual que no ha cegado mi justicia.

Dunya suelta un jadeo ahogado, la comprensión final derrumba lo que quedaba de su cordura. Bassem intenta retroceder, pero mis hombres cierran el cerco, los cañones de los fusiles le obligan a permanecer donde está, exactamente en la trayectoria de la hoja.

—Has atentado contra mi heredero, Dunya. Contra mi mujer. Y vosotros —miro a Rashid y Bassem, cuyos rostros son máscaras de puro terror— habéis vendido el honor de este reino por una ambición que morirá aquí, hoy.

—Por favor, no lo hagas, Malik —suplica Bassem.

—Me conoces lo suficientemente bien como para saber que no tengo piedad. —Es lo único que le digo.

El movimiento es un borrón, el corte de la cimitarra es seco y definitivo, un golpe ejecutado a la perfección. El cuerpo de Dunya cae de costado sin hacer ruido, y la sangre caliente salpica al instante, manchando el cuero de los zapatos de Bassem.

No le doy tiempo a terminar su grito. La hoja continúa su arco, hambrienta, encontrando el cuello de Rashid y, por último, el del empresario. El sonido del acero cortando la carne es la única nota que queda en el patio.

Observo cómo los cuerpos caen casi simultáneamente, el mármol blanco tiñéndose rápidamente con la oscura herencia de los traidores.

Limpio el filo de la cimitarra con un pañuelo de seda blanca que Kaled me entrega y contemplo cómo la sangre de quienes me traicionaron es absorbida por la tela antes de desecharla sobre el cuerpo de Bassem.

La amenaza ha sido eliminada, y el rey del Inframundo ha cumplido su papel con la brutalidad que el cargo exige.

Guardo el arma en la caja y me vuelvo hacia Kaled, que permanece inmóvil en las sombras, observando la masacre con frialdad.

—Limpia todo —ordino, con voz desprovista de emoción—. Quiero que todos los soldados que respondieron a Rashid y todos los contactos de Bassem que se encuentren entre estas paredes sean eliminados antes del amanecer. No dejes ni una sola raíz viva de esa mala hierba.

Kaled inclina la cabeza, haciendo una señal a los hombres del Submundo.

—Y, Kaled… —lo detengo con una mirada—. Hazlo en silencio, sin alboroto. No quiero que las mujeres se despierten con el sonido de la muerte. Amira necesita paz para recuperarse, y no permitiré que el olor a sangre llegue hasta ella.

—Así se hará, hermano —responde él, asintiendo—. Mañana, el palacio volverá a estar limpio.

—Asegúrate de que así sea.

Salgo del patio sin mirar atrás, dejándoles a ellos la tarea de retirar los restos de la traición. Subo las escaleras hacia el ala privada, sintiendo el peso del traje y cómo baja la adrenalina.

Antes de entrar en la habitación, me detengo en el pasillo y respiro hondo, dejando atrás el aura del Inframundo. Entro en silencio, encontrando la habitación sumida en la penumbra y el suave sonido de la respiración de Amira.

Me siento en el borde de la cama y le toco la mano, sintiendo la vida que lleva latir bajo su piel. El desierto ahí fuera puede ser cruel, pero, aquí dentro, mi único deber es ser su escudo y garantizar que nunca más sangrará.



Capítulo 43

Abro los ojos lentamente, sintiendo cómo la suave luz de la mañana de Al-Zafiriah se cuela a través de las cortinas de seda.

Malik está a mi lado, mirándome como si no me hubiera visto en semanas. Hay algo diferente en su postura, una ligereza casi imperceptible en los hombros, como si un peso monumental le hubiera sido arrancado de la espalda durante la noche.

El aroma a sándalo y el calor de su mano sobre la mía me traen una paz que el terror de Dubái casi había borrado. Sé, sin que él tenga que decir una sola palabra, que en algún lugar allá abajo se ha producido un ajuste de cuentas definitivo.

Por eso el aire parece tan limpio hoy.

Decido no preguntarle nada al respecto. Algunas sombras deben permanecer donde nacieron. En las sombras.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, con voz ronca, besándome los dedos con cariño, arrancándome una sonrisa.

—Mejor —susurro, aunque todavía siento el cansancio del viaje en mis huesos.

Anoche, después de llegar, el sueño me venció antes de que se pudiera hacer ningún examen, pero Malik no es hombre de dejar el destino al azar.

—He llamado al médico —me informa.

—¿Ahora?

—Sí.

Asiento con la cabeza y él se inclina para besarme la frente. Al oír un ruido en el pasillo, Malik se levanta, coge el pañuelo de seda que hay sobre el sillón y él mismo me ayuda a cubrirme el pelo con el ligero *hiyab*, un gesto de protección y cuidado antes de que se abra la puerta.

—Gracias —susurro.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Mi marido se aleja de mí y, entonces, la puerta se abre suavemente. Al poco rato, la habitación se llena con el médico y su enfermera, y con la imponente presencia de la Sultana-Madre, acompañada por Layla y Farrah.

A juzgar por sus rostros, parece que han pasado una noche de mal dormir, y una mezcla de alivio y preocupación, porque me hace sentir parte de verdad de esta familia.

—Es el mejor que tenemos, Amira —dice la Sultana, acercándose a la cama mientras el médico prepara el equipo con la ayuda de la enfermera—. No saldremos de aquí hasta saber que tú y el heredero estáis a salvo.

La Sultana Madre permanece de pie junto a la cabecera, con una mano posada en mi hombro, mientras Layla y Farrah observan a la enfermera organizar los frascos y las sábanas con atención.

El médico comienza la exploración y siento cómo el gel frío me roza el vientre, un marcado contraste con el calor de la mano de Malik, que no ha soltado la mía desde que me desperté. Cuando la primera imagen granulada aparece en la pantalla del monitor, la habitación parece contener la respiración.

El sonido del corazón, rápido y constante, como el galope de un caballo en el desierto, llena la sala, resonando contra las paredes.

—El sangrado que tuvo en Dubái fue un hematoma subcoriónico —explica el médico, señalando la mancha oscura en la pantalla con calma profesional. —Es una acumulación de sangre entre el útero y la placenta, causada por el trauma del impacto y por el estrés extremo que sufrió su cuerpo. Da miedo, visualmente es grave, pero el organismo reaccionó a tiempo para proteger al feto antes de que el desprendimiento fuera fatal.

Hace una señal a la enfermera, que ajusta la iluminación del monitor. El médico mueve el sensor con delicadeza y la imagen del bebé se vuelve de repente más nítida, una silueta curvada que parece ajena al caos que nos rodeaba.

—Como pueden ver, el latido es fuerte y el desarrollo no se ha visto afectado. El reposo que ha tenido su majestad en las últimas horas, bajo el efecto de la sedación, ha sido crucial para estabilizar el hematoma —continúa, volviendo la mirada hacia Malik—. El riesgo inmediato de desprendimiento ha pasado, pero exigiré reposo absoluto durante las próximas semanas. Sin viajes, sin estrés, sin esfuerzo. El bebé está bien, Majestad. Es un luchador, igual que su padre.

Siento que Malik exhala en un largo suspiro, la primera señal de vulnerabilidad que se ha permitido desde que me rescató. Layla esconde el rostro en el hombro de Farrah, y la Sultana cierra los ojos, con las manos temblando ligeramente sobre mi manta.

—Sobrevivirá —afirma Malik, no como una pregunta, sino como una orden al destino.

—Con los cuidados adecuados, sí —confirma el médico, limpiando el exceso de gel con la ayuda de la enfermera—. Es un pequeño milagro que se haya mantenido firme después de todo.

Aprieto los dedos de Malik, sintiendo la textura de su piel contra la mía. Miro la pantalla, donde esa pequeña vida brilla en tonos de gris y blanco, tan frágil y, al mismo tiempo, tan resistente.

—¿De cuánto tiempo estoy? —pregunto, un poco temblorosa.

El médico vuelve la atención a los cálculos del monitor, midiendo milimétricamente el tamaño del feto.

—Cuatro semanas y unos días. Es un embarazo muy reciente, lo que explica por qué el hematoma fue tan peligroso. El embrión acaba de implantarse.

Hago cuentas mentalmente. Hace poco más de un mes que nos casamos. Este heredero fue concebido en nuestras primeras noches, un resultado inmediato de la posesividad de Malik y de nuestra unión forzada. Un fruto que apenas tuvo tiempo de formarse y ya se enfrentó a una caída y al odio de los traidores.

—Poco más de cuatro semanas —murmuro, mirando a Malik.

Él no dice nada, pero veo el orgullo crudo atravesar sus ojos oscuros mientras observa la pantalla. Se inclina y besa mi sien, un gesto cargado de la promesa de que nadie más se acercará lo suficiente como para hacernos daño.

La Sultana Madre se acerca, con las manos unidas frente al cuerpo, con la expresión de quien acaba de recibir la confirmación de una victoria divina.

—Un mes de vida y ya lleva el peso de Al-Zafiriah —comenta, rebosante de autoridad—. Este hijo ha demostrado su fuerza incluso antes de tener rostro.

El médico hace una señal a la enfermera para que empiece a guardar los aparatos.

—El heredero es fuerte, Majestad —repite, entregándole el informe a Malik—. Pero el reposo es ahora su única ley. El útero necesita tranquilidad para absorber el resto de la sangre del hematoma.

Asiento, sintiendo cómo el alivio inunda mi alma. A pesar de toda la sangre que Malik tuvo que derramar para limpiar el palacio anoche, la vida que creamos en nuestra primera semana de casados permanece intacta, latiendo en silencio dentro de mi vientre.

La prueba más pura de nuestro amor.

Malik se inclina sobre mí, ignorando la presencia de los demás en la habitación. El aroma de su piel me envuelve y sonrío. En el reflejo del monitor, veo el rostro de un hombre que destruyó a sus enemigos para garantizar que este sonido, el latido frenético de una nueva vida, siguiera siendo la única ley dentro de este palacio.



Epílogo

El aire en el ala médica del palacio es denso, cargado con el olor a antiséptico y la humedad de mi propio esfuerzo. Aunque muy moderno, aquí en Al-Zafiriah las tradiciones son lo que nos mantiene firmes. Y, para ser sincera, no quise romper ninguna de ellas.

Las mejores obstetras y enfermeras de Oriente Medio, todas mujeres, se mueven a mi alrededor con eficiencia, pero el sonido de mis propios latidos y la presión insoportable en mi vientre son las únicas cosas que llenan mis sentidos.

—Una vez más, Amira —ordena la obstetra, con voz firme y alentadora—. Es grande, pero tú eres más fuerte que este dolor. Te necesita ahora.

Siento que voy a partirme por la mitad. El sudor me resbala por la frente, pegándome los mechones de pelo a la cara, mientras el agotamiento intenta cerrarme los ojos.

Malik está a mi lado, una presencia sólida e inquebrantable en medio de la tormenta. Me coge de la mano y yo la aprieto con tanta fuerza que siento sus huesos bajo la piel, pero mi marido no se echa atrás.

Él es mi punto de equilibrio, el hombre despiadado que ahora me mira con una vulnerabilidad que solo yo conozco.

—No puedo… —susurro entre dientes, con la garganta seca.

—Puedes hacerlo. Eres mi reina —la voz de Malik resuena cerca de mi oído, cargada de una autoridad que me obliga a luchar —. Trae a nuestro hijo al mundo, Amira.

Con un último grito que parece arrancarme el resto de mis fuerzas, empujo con toda el alma que me queda. El alivio es repentino y abrumador, y el silencio dura solo un segundo, antes de ser roto por el llanto alto, vigoroso y exigente del heredero de Al-Zafiriah.

Las enfermeras se llevan el pequeño cuerpo para los procedimientos de limpieza, y yo me derrumbo sobre las almohadas, jadeando.

—Mi hijo… dejadme ver a mi hijo —pido, con la voz embargada por el llanto—. —Quiero a mi hijo —repito, sintiendo que me arden los ojos.

—Traed a nuestro hijo. ¡Ahora! —ordena Malik, con la impaciencia y la ansiedad desbordándose mientras observa a las enfermeras pesar y medir al bebé con prisa ante su autoridad.

Después de lo que parecen horas, lo traen envuelto en una sábana de seda blanca con el escudo de la familia. Me lo entregan en brazos, lo que me hace sonreír y llorar al mismo tiempo.

Es pesado, está calentito y tiene el rostro más hermoso que he visto en mi vida. Lloro aún más al acurrucarlo contra mi pecho, sintiendo el calor de su piel.

Malik se inclina sobre nosotros, con su gran mano acariciando la cabecita de su hijo, y veo cómo le brillan los ojos con una emoción que nunca se permitiría mostrar ante ningún otro hombre.

—Hola, *Hamza*[11] —susurro, utilizando el nombre que elegimos una noche de luna llena en el desierto. —Hola, mi amor. Bienvenido.

—Hamza Al-Zafir —repite Malik, con la voz ligeramente quebrada al observar al niño que lleva su linaje—. Tiene la fuerza de un rey y la belleza de su madre. El mundo se arrodillará ante él.

— ¿Te puedes creer que hayamos hecho este milagro?

—Sí. —Malik me besa en la mejilla y yo sonrío—. Te quiero, *habibti*. Os quiero a los dos.

—Yo también.

Miro a Malik, luego vuelvo la atención al pequeño Hamza, que ahora se calma al oír nuestras voces. Por un momento, siento un escalofrío profundo, como una visión que atraviesa el tiempo.

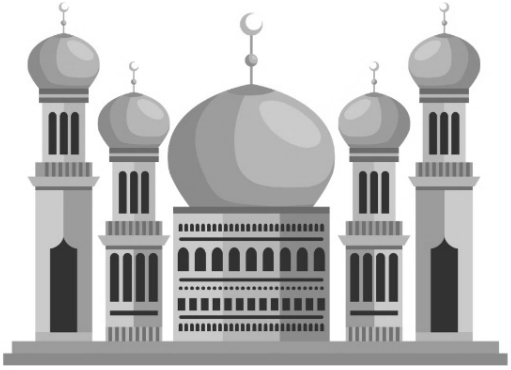
—Tendrá su fuego, Malik —murmuro, observando cómo se cierran las manitas del bebé—. Puedo verlo crecer, fuerte e implacable, hasta que una mujer se cruce en su camino… una mujer que no temerá su poder, pero que lo hará arder por una obsesión tan grande como la que tú sientes por mí. Él será el caos de alguien, y ese alguien será su destino.

Malik sonríe, una sonrisa sombría y orgullosa, y me besa la frente. Antes de que podamos sumergirnos más en ese futuro, se abre la puerta. Layla y la Sultana-Madre entran, con los rostros iluminados por una alegría pura que parece disipar cualquier sombra de traición que haya pasado por este palacio.

—Ha nacido el sol de Al-Zafiriah —anuncia la Sultana, acercándose con los brazos extendidos, el orgullo de un linaje asegurado brillando en su mirada.

Mientras mi hijo duerme en mi regazo y Malik vigila nuestro mundo, sé que la historia de los Al-Zafir apenas está comenzando, y que la sangre que corre por las venas de Hamza, algún día, escribirá su propio capítulo de fuego y gloria.

UN MENSAJITO



Hola, Maria Mafiosa, ¿ s todo bien? Si has llegado hasta aquí, entonces has caminado conmigo hasta el final de las arenas de Al-Zafiriah.

La historia de Malik y Amira, en muchos sentidos, representa el nacimiento de un imperio que mezcló la belleza de la tradición con la implacable oscuridad del inframundo. Escribir sobre el jeque y su reina italo-árabe fue como abrir las puertas a un mundo totalmente nuevo, lleno de fuego, posesividad y lealtad ciega.

Hubo días tranquilos, otros llenos de dudas, escenas que tuve que reescribir más veces de las que me gustaría admitir y un hombre que simplemente se negaba a dejarme dormir hasta que terminara su historia.

Si has llegado hasta aquí, te doy las gracias de todo corazón. De verdad.

Gracias por darle una oportunidad a Malik, incluso cuando parecía duro, implacable y demasiado posesivo. Y gracias por ver la fuerza y la resiliencia de Amira, que, a pesar de haber sido entregada como herencia, demostró que la dulzura y la rebeldía también pueden domesticar al hombre más peligroso del desierto.

Estos personajes han vivido conmigo en mi cabeza durante mucho tiempo. Y saber que has estado aquí conmigo, leyendo cada capítulo, viviendo y emocionándote con el nacimiento del pequeño Hamza, hace que todo sea aún más especial.

Si en algún momento suspiraste, te enfadaste o quisiste meterte en el libro para sacudir a alguien, que sepas que yo también sentí exactamente lo mismo mientras escribía.

Gracias por confiar en mí y por acompañarme hasta aquí. Y, sobre todo, gracias por amar estas historias tanto como yo.

Puede que este sea el final del viaje de Malik y Amira, pero como bien has visto en las últimas líneas... el pequeño Hamza Al-Zafir aún crecerá para gobernar este imperio, y el fuego de esta familia nunca deja de arder. ¿Quién sabe qué le depara el destino al cachorro de león? 😉

Hasta pronto.

Si aún no has leído otras historias mías, échale un vistazo a mi página de Amazon o a mi Instagram. Y si quieres estar al tanto de mis nuevos lanzamientos, spoilers del universo de Al-Zafiriah y todo lo que ocurre entre bastidores de mi escritura, ven a hablar conmigo en:

INSTAGRAM: @brenda.ripardo

https://www.instagram.com/brenda.ripardo/

¡Un beso enorme y cuídense!

Prometo que pronto habrá más historias, más emociones, más matrimonios forzados y, quién sabe, más secretos del desierto por venir. 🖤👑

---

[1] «Alá» es la palabra árabe para «Dios» (con «D» mayúscula), y es el término que utilizan los musulmanes y los cristianos árabes para referirse al Creador único.

[2] La Gran Mezquita es el corazón espiritual de una ciudad islámica, un lugar de fe, silencio y devoción. Es un espacio sagrado, cargado de antiguas tradiciones, que inspira respeto y refleja la cultura que rige la vida y las costumbres a su alrededor.

[3] Es un manto tradicional árabe que se lleva sobre la túnica masculina. Normalmente se utiliza en ocasiones importantes y por hombres de gran estatus, como jeques y líderes.

[4] Es un velo que utilizan las mujeres musulmanas para cubrirse el cabello y el cuello, a menudo asociado a la tradición cultural y a la modestia religiosa.

[5] Sultana-Madre es un título honorífico utilizado en Al-Zafiriah para designar a la madre del gobernante. Aunque no es una nomenclatura tradicional en todos los contextos árabes, en esta obra se emplea para representar a la mujer de mayor influencia dentro de la dinastía, símbolo de poder, tradición y autoridad sobre el palacio.

[6] Mi querida o mi amada.

[7] Es la máxima autoridad religiosa de la jurisdicción, responsable de validar los contratos matrimoniales (*Nikah*) y garantizar que se cumplan las leyes tradicionales y civiles. En las bodas reales, su presencia simboliza la legitimidad espiritual y estatal de la unión, haciendo que el contrato sea incontestable ante el Consejo y la sociedad.

[8] Es un término árabe que se refiere a una procesión musical de boda, considerada una marcha nupcial festiva para celebrar a los novios.

[9] La ancestral «Danza de las Espadas» es un ritual de fuerza y linaje en el que los hombres de la élite exhiben su destreza con el acero. En celebraciones de Estado y bodas reales, es el recordatorio visual de que el jeque es, ante todo, un guerrero dispuesto a defender su imperio y sus posesiones.

[10] Se refiere a la tradición de la «mañana siguiente» a la boda, en la que la pareja recibe visitas y regalos. En contextos más conservadores o en tramas de linaje real, es el momento en el que la consumación del matrimonio y el honor de la novia son validados formalmente por la familia.

[11] Significa «león» o «fuerte».